



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

Nº 24 1977 SANTIAGO CHILE

Fundador: Guillermo Feliú Cruz

Director: Roque Esteban Scarpa

SUMARIO

<i>Roque Esteban Scarpa</i> : Carlos Ruiz-Tagle en la Academia	5
<i>Cedomil Goiñ</i> : El emblema del amor tierno en Gabriela Mistral	19
<i>Antonio Carković</i> : Gabriela Mistral, fabuladora de mitos	27

NARRACION

<i>Arturo Griffin Ríos</i> : Diario solemne	67
(Prólogo de 1955 y notas de R. E. Scarpa)	

POESIA

<i>José María Memet</i> : Espérame donde comienza el bosque	93
Mi padre	95
El niño de la rotisería	96
La búsqueda	97
Poemas	98
Sinonimia para un hombre cristiano	100
El viajero	101
Sin tiempo	102

TEATRO

<i>Fernando Cuadra</i> : La familia de Marta Mardones	103
---	-----

UNA VOZ EN EL TIEMPO

<i>Joaquín Edwards Bello</i> : París (manuscrito de poema en francés, publicado en la revista "Grecia" de Sevilla)	167
<i>Pablo Neruda</i> : Ocho poemas manuscritos en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.	

Amar	168
El amor perdido	170
Hombre	169
La angustia	169
Con los brazos abiertos	169
Elegía de un pobre grillito que mataron mis pies	171
Como en la noche	172
Laus Deo	173

DOCUMENTOS POR CONOCER

<i>Gabriela Mistral</i> : Epistolario. (A don Pedro Aguirre Cerda)	174
--	-----

LA CULTURA EN LA VIDA

Una gran donación enriquece a la Biblioteca Nacional	211
--	-----

EL LIBRO HOJA TRAS HOJA

<i>La poesía de Jorge Plescoff</i> : (R. E. Scarpa)	217
<i>Esperándote, por Carlos Alberto Cornejo</i> : (R. E. Scarpa)	220
<i>Dos momentos en la poesía de R. E. Scarpa</i> : (Mario Andrés Salazar)	222

Carlos Ruiz-Tagle en la Academia

Luigi Pirandello escribió la más significativa y brillante comedia "da fare" cuando ideó sus "Seis personajes en busca de un autor", moviendo seres desgarrados, inconclusos, que requerían una solución vital a su problema agónico de vivir y ansiaban arrancarse de un tiempo detenido para siempre. Nunca se planteó la posibilidad de un personaje, entendido como recreación literaria de un fragmento de la realidad, a quien se le diera la fortuna de encontrar a su autor y se le permitiese darle la bienvenida en una ocasión solemne.

No creo probable que en la historia de la Academia Chilena, quizá de las Academias, se haya dado el caso de un personaje secundario y episódico que haya recibido a su autor. Me atrevo a mencionarlo, porque nace de una gratitud y no de una vanagloria; porque puedo reconocer, en todo lo no agregado para disimular y en lo nacido en el buen corazón de Carlos Ruiz-Tagle e incluso en aquello que da bulto para hacerlo expresivo, cierta congruencia entre el ser-personaje y el ser-realidad. Podría negar que en el impreciso tiempo de una relativa juventud, ese personaje si le entusiasmaba una empresa, se movía para realizarla con la devoción "de una cruzada o una guerra santa"; que, por nada del mundo, "dejaba que sus prerrogativas fueran atropelladas" y ponía, de inmediato, en juego el todo o nada con su renuncia; que no mostraba disposición alguna en trabajar en instituciones donde mandaran "señoras parlantes", como aquella que acumulaba en sí la Presidencia de las Conferencias de San Vicente, de la Asociación de Madres Cristianas, del Kennel Club, autoridad máxima de la Asociación Popular Católica (ACPOCAT), delegada adulta del IER y consejera de la Liga de Damas, y que en virtud de sus títulos, gozaba ella del privilegio, que para los otros era suplicio, de dictar una charla semanal, por lo menos, en el colegio donde el personaje era profesor de castellano.

No podría negarlo, aunque se le atribuya para obtener un bien para los demás, como aquella beca romana para alguien a quien le urgía, el que se dedicara con ahínco a escribir artículos sobre novelistas italianos, dar una conferencia en el Instituto sobre los sonetos de Petrarca, e incluso la posibilidad de cantar una romanza, si ello redundara en influencia para lograr el beneficio para su colega. Ruiz-Tagle se detiene en este punto y no agrega que se trataría de presión indebida, pues su personaje, si diera en la voz ronquilla de Don Quijote en su romance a Altisidora, no alcanzaría al don que tuvo el caballero en la afinación. En cambio, generosamente, le otorga en una parte de su definir, algo que al personaje le emociona. Dice: "cuando se entusiasmaba por una causa lo hacía como un niño chico", lo que en la pluma del nuevo académico, tiene el carácter de un elogio casi incondicional. En otra ocasión, Ruiz-Tagle ha confesado que lo mejor en la gente grande es aquello que de niño permanece en su existencia, lo que, acumulativamente, llama "bendición del cielo, milagro, algo extraordinario que no tiene explicación", convirtiéndolo en esencial y ajeno a toda edad cronológica, la propiedad quijotesca y cristiana, de recrear la fe y la esperanza.

Dejemos que el breve personaje retorne a las páginas de su libro, después de congratularse de la honra de su autor. Tras la venia, la acogida que la Academia le ha encomendado a quien no es él.

Definir la obra ajena, encontrar su calidad esencial, es empresa difícil, especialmente cuando la comedia humana no está generalmente representada en obras de largo aliento, sino a la manera de los pintores impresionistas, con leves toques que, sumados, dan el relieve y la luz a la escena o a los personajes. Esa pincelada puede escoger el rasgo del humor, de la emoción, de la sátira, la intuición penetrante, para centrar en el cuadro la intencionalidad del creador, aquello que le hiere o le conmueve. La brevedad que condensa para hacerse profundamente expresiva es un logro que el autor, con modestia, ha calificado como su dificultad de escribir. Sin embargo, si sumamos sus personajes racionales e irracionales, desde aquel inolvidable perro, de sus catorce años, que se llamaba Domingo Faustino Sarmiento, "nombre probablemente inadecuado para un foxterrier tan cariñoso como el mío", hasta los que está recogiendo en sus *Historias de Santiago*, veríamos una galería impresionante de tipos. Genéricos, a veces esbozados en una sola frase, como las profesoras "cuyas eses llenaban el ámbito de la sala"; en otras, insinuando la cazurrería criolla, en la figura de aquel juez Bombal, a quien han obligado a levantarse a destiempo por el solo hecho de haberse descubierto un cadáver más allá del camino de ripio, en el estero Paucó; un finado desconocido que se dignó detenerse junto a los sauces de hojas verdes viperinas sólo para crearle un problema, ya que si hubiera seguido corriente abajo, la indagación le correspondería al juez departamental del pueblo vecino: por eso, carraspea, después de pesar y sopesar, para emitir breve y rotunda sentencia: "¡Que el cadáver siga su cur-

sol"; en otras, elabora el desarrollo de la peripecia humana, como la del Father O'Connel, sucesor del querido padre Bonavertú. Maestro en la penetración psicológica de los seres, alterna en algunos de sus relatos, de personajes extranjeros, por ejemplo, la técnica de ir retratándolos de a poco, sucesivamente en sus rasgos más evidentes que transparentan su modo de ser e intimidad, más allá de la apariencia o la idea que la condiciona como el sentido del deber en Frau Emma, la caravana de ronquidos durante la noche larga de angustias del temblor, aunque al recordar que ella fue una "Kleine Emma", deja oír, desde su pieza, a los sentidos atentos, unos suspiros tan apasionados, que llegan a estremecer a los niños aún despiertos y a desearle como regalo "un novio colorado de esos que mueren en las guerras en Alemania, un Fritz vivo, con el pelo cortado al rape y en molinete, semejante a la chépica alemana del jardín".

En el caso del Father O'Connel, que de Milwaukee le destinan a ese pequeño pueblo, protagonista de *Dicen que dicen*, usa un tiempo hilvanado Carlos Ruiz-Tagle. Lo administra sabiamente. No nos damos cuenta que su procedimiento, en el fondo, es idéntico: un breve rasgo, y el suceder temporal abarca mucha alma y mucho mundo. Cuando llega el enorme personaje, de largas piernas ceñidas de pantalones negros y saluda cordialmente a los obreros pavimentadores del camino de ripio y les regala cigarrillos y fósforos de cabezas multicolores, "los hombres quedaron preguntándose quién era, a qué venía al pueblo; pero no hubo entre ellos ninguno capaz de reconocerle". La clave del cuento está dada en estas pocas frases, la tragedia de la espontaneidad ingenua y de una mala inteligencia y desconocimiento. Establece luego Ruiz-Tagle, como por azar, una curiosa proximidad simbólica: la visita de las señoras que se arremolinan en torno suyo para hablarle de su antecesor milagroso, de los favores concedidos a quienes le rendían culto, cuatro meses después de su muerte, de su voluntad de imprimir una novena en su honor, y el gesto posterior de Father O'Connel de ventilar la iglesia, despedir alegremente las gallinas con vocación religiosa que dormitaban sobre los bancos y examinar las vestiduras apollilladas. Es suficiente esta primera página para comprender que el autor ha puesto los motivos conductores, cuyo desarrollo serán sus variaciones temáticas. Como contrapunto agregará el anhelo de Father O'Connel de "conocer a los habitantes del pueblo, a esos hombres sencillos que le ayudarían a trabajar; con ellos pasaría los momentos difíciles en cristiana comunidad".

El intento de crear un coro de niños para cantar el Venite Adoremus, naufragaba en el *Agoremus* que pronunciaban. La adoración se hace agorera, sutil variación que introduce la presencia de la Srta. Edith Albornoz con su hermosa voz de soprano, que entusiasma al Father con la esperanza de lograr, entre ambos, el mejor coro de la zona. "Ella y él", esa aleación la perturbó: le declaró languideciendo que pese a todo lo murmurado en el pueblo, hallaba "fantástico" al padre sin sotana, "que se veía mucho, mucho mejor de pantalones que casi parecía un hombre común y corriente". Si el Father

O'Connel se abisma de las confidencias de la Srta. Albornoz y la aleja sin querer tomar partido "sucedió que, apenas defraudado el grupo de la señorita Albornoz por su determinación de andar con sotana", atrajo a varias señoras, a la señora Berenice, por ejemplo, que antes no concurría a las ceremonias, porque "jamás hubiera podido confiar en un sacerdote que andaba sin sotana como cualquier hombre, vale decir, como Satán". Sí, porque "la religión era la religión...". Había que prender velones, hacer "mandas" dolorosas y plañear con los brazos abiertos, en oración, delante de las imágenes protectoras... Sus relaciones con el cura nuevo terminaron tan de improviso como habían empezado. La ruptura se debió a la negativa de Father O' a rezar en la iglesia la novena al Santo Padre Bonaventú. "Numerosas señoras, disgustadas con esta actitud del párroco, dejaron de frecuentar la iglesia, y le amenazaron con reclamar al obispo".

¿Podría imaginar el ingenuo padre norteamericano las consecuencias de sus lógicos actos? ¿La razón porque no le llegaban las cartas de su madre de Milwaukee? ¿Que una letra de mujer desencadenaría todas las suspicacias pueblerinas? Pastora Catrileo, en otras de sus obras, en la que el autor proyecta, desde ese presente a un futuro bastante inmediato, su lógica imaginativa, si se queja del cartero de Nacimiento que se llama Vladimir Lenin Ruiz-Tagle y a esos extremos se imagina que podían llegar las cosas, dirá que él pierde las cartas "y como se lo pasa curado jugando al cacho con sus amigos, tampoco se pueden mandar giros postales, porque a veces los apuesta... Las encomiendas las abre y lee todo con su señora y comentan en el pueblo...". Pero el tiempo de los brigadistas de la "Pecar sin concebir" y los de la historia del Father O' son distintos en apariencia, porque "rumores de fuentes fidedignas aseguraban que los sacerdotes norteamericanos contraían matrimonio y que el susodicho O' se le había apersonado a Nora Arriarán; que el padre quería vender el cáliz de oro perteneciente al pueblo y comprar la camioneta...". El poder del dicen que dicen es invisible como un gnomo y poderoso como un gigante: juega con la humanidad ajena y la pierde, conservando tranquila la conciencia. Es el "todos a una", de la comedia de Lope, que ninguna justicia podrá desentrañar.

Le bastará la más leve coincidencia que el azar depare para poseer toda la razón del mundo. Carlos Ruiz-Tagle —no confundirle con Vladimir Lenin, por favor— opone, en un dramático claroscuro, al llamado de una mujer que pide la Extremaunción para su compañera, el que se sepa que había visitado la casa más sospechosa, acompañado por cierta hembra, la más perdida; le acusen de visitar lugares impropios para la salvación de su alma y le llamen vergüenza del pueblo y fraile fornicario, con la consecuente petición al obispo de que el Father contara en presencia de los asistentes en voz alta al finalizar la misa, el dinero de cada colecta dominical, pues las cosas no estaban nada de claras, y ese vagar en la tarde del Father como un sonámbulo por el pueblo hasta una "colina iluminada de flores silvestres...". El viento las mecía pa-

ra que saludaran "buenas tardes, Padre O". Eran sus mejores feligreses; no murmuraban de nadie, ni siquiera del picaflor que, desdeñándolas, escogía a las sensitivas. O'Connel les dijo que venía a aprender de ellas "cuánto nos amaba la Virgen purísima". Las flores oyeron el pequeño discurso, bondadosas y acogedoras, sintonizando la brisa por si les donara nuevas palabras. Pero no hubo más... Las campanillas blancas inclinaron sus cabezas de monjita, asintiendo recatadas, y todo el mundo las imitó. Y el padre cogió a las de colores suaves, o a aquellas más reverenciosas, y las llevó consigo, bajando con los zapatos amarillos de polen. Al llegar a casa, dispuso las pequeñas flores "olorosas de suavidad" en tarros de conservas, y alegró una pizca su "cuarto oscuro y feo". La luz de la poesía de lo natural e ingenuo y la tiniebla del alma común se suceden, normalmente, como dos polos que tientan a Carlos Ruiz-Tagle y dan a su obra su carácter tan peculiar e indefinible, su encanto, su potencia expresiva, la fuerza concentrada en pocas palabras que no necesitan explicación, pero que trascienden los alcances de una primera lectura. Hay siempre cierta ternura en su humor certero e implacable; una facultad de creer y esperar más allá de la miseria humana. Y ello le viene desde su primera obra, aquellas "Memorias de pantalón corto", donde va descubriendo imperceptiblemente a primera vista, pero rotundamente en hondura, el mundo.

Recuérdese el autorretrato y el de su circunstancia en "Corbata y media": "En el colegio, mientras conservé la gomita de borrar, los amigos rodearon mi pupitre. Desgraciadamente, la perdí... Llegaron entonces los días de soledad. Pero yo llevaba los pantalones demasiado cortos para amar la soledad: las relaciones entre ellos y yo resurgieron luego y cierto sentimiento de desgracia común trabajó la paz... Advierto que participar en la desgracia común no fue bastante para que me perdonaran... Si bien me levantaron la culpa, quedaba por purgar cierta cantidad de ella no la más leve, y no alcanzaría indulgencia plenaria sin reaparecer la gomita de borrar". Este matiz kafkiano, antes de conocer a Kafka, de purgar una culpa inmerecida, tiene la ventaja de saber su origen, aunque no modifique sus consecuencias. Es curioso señalar ciertas aproximaciones, que no son producto de influencias. La infancia, aunque sea una bendición del cielo, no está ligada a un tiempo humano, sino a una condición interior, lo que él llama "lo extraordinario que no tiene explicación". Y de esa inocencia esencial le viene su sentido de injusticia del mundo, su ansia de comunicación para modificarlo, para que tome conciencia de que existe así y no es amable.

Téngase en la memoria el recuerdo de "Los otros niños", su descubrimiento del otro, del yo ajeno, ansioso y triste, tan distante de los interesados en su calidad de poseedor de la goma de borrar, símbolo del poder, en cierta edad colegial. El protagonista del relato va al carrousel, monta un caballo de un blanco napoleónico, "guerrero encabritado, airoso, la mirada hecha rayo, la po-

tencia hecha vibración en los ijares y en los pechos". Desde esa altura cesárea, en una de las vueltas ve a un niño menor que él, que sigue con la cabeza los giros de su caballo blanco, y entre la cadencia del vals que los mecía, oye, para explicar el misterio en cuatro palabras, la voz aguda de Frau que le dice: "¡Es un niño pobre!" Pero el niño del corcel ya lo había comprendido en lo inmediato. Lo que no podía entender era la razón de que existiera, quien no podía poseer, por un instante, su caballo blanco. "Sí. Pero ¿por qué? ¿Por qué parado ahí, mirando, terriblemente niño y terriblemente solitario, y, también, terriblemente ansioso?". Y más tarde, después que él descabalgara, para disparar con desgano las ferias de tiro, al pasar frente al carrousel, contempla que "el niño seguía ahí, inmóvil, apretando con sus manitos las flechas que servían de barrotes. Ahora que el mundo se identificaba con el carrousel, su extensa libertad de niño pobre, al margen, de niño sin carrouseles, aparecía como una jaula cruel y estrecha". "¿Qué podría ofrecerle, él, niño también, sujeto a poderes que no había creado, a esos ojos de anhelo contenido y triste que servían para mirarle cómo aparecía y desaparecía al ritmo del vals sobre un caballo que gira, gira, gira airosa, guerrera, encabritadamente? Lo único que le es propio, que pertenece a su libertad: el detenerse ante el niño pobre, ante el amigo (palabra como de milagro) y decirse: Sé. Sé. Será".

Pienso en el "no me podrán quitar el dolorido sentir" de Garcilaso, como su única riqueza humana, de la que deriva su poesía y nace su aptitud de amar. En vano, como en Kafka, conoce los terribles poderes de la sociedad constituida, que le otorgan la sensación de una culpa que no podrá jamás terminar de purgar, sino por un acto heroico, en la medida del niño eterno y maduro que nos describe Ruiz-Tagle. Leamos esa pequeña obra maestra de matices, que encubre qué lo que es una expresión de cortesía, incompromitente entre nosotros, se la toman en serio. Porque si el chileno le dice a otro, ¿por qué no te vienes a comer a mi casa uno de estos días?, el otro le responderá "de todas maneras", aunque ninguno tenga la intención de verse de nuevo. Pero si es un extranjero, que toma al pie de la letra las expresiones, se produce la catástrofe. En "Llegaría el 14", el inglés ha recibido en una escuela la consabida frase. ¿Por qué no se viene a pasar unos días con nosotros?, deja Buenos Aires y después de anunciarse, arriba. "Al no se vaya todavía", agrega diez días más de permanencia.

Ruiz-Tagle ama a los seres auténticos, aunque se equivoquen: la niña que, al ingresar a la Universidad, cuando le corresponde llenar un cuestionario, donde decía curriculum vitae, puso rotundamente un no; el alumno que no podía precisar sus conocimientos, porque el profesor de zootecnia, que creía que la cultura de un pueblo se mide por su progreso zootécnico, era capaz de escribir en los apuntes —y en este caso Ruiz-Tagle no inventa ni una coma, "El caballo árabe galopa sobre las arenas del desierto con la gracia y soltura con que una mariposa parpadea sobre los senos desnudos de una mujer" o

llama a la pequeña vaca bretona, flor de un día. ¿Cómo podía exigir precisión si hasta las vacas las hacía de materia huidiza? Si el profesor encuentra un poco vago en sus respuestas al alumno Ramírez, éste tiene derecho de recordarle que más vago ha sido él durante el curso; si en un gesto de desafío, el maestro, le invita a ponerse la nota él mismo, Ramírez en el acta y en el acto, se asignará, en tinta azul, un cinco.

En todos ellos ve, aunque estén errados, un signo de continuidad, de ser ellos mismos. La piedad se derrama de su pluma, que enternece la prosa, le da ese carácter limpio, de una transparencia de cristal o de diamante tallado, que no revela en su brillo, ni lima ni trabajo, sino luz pura, reflejo heridor. Este agrónomo que es crítico, este humorista que es serio, este catador del pan y la sal de la vida, que sonríe misericorde ante la debilidad y se yergue fuerte ante cualquier nombre que tome la injusticia, este ser tan humano que está siempre abierto ante lo demás humano, es un verdadero poeta. No nos engañemos con lo más extremo que he escogido de sus obras: las *Memorias de Pantalón corto*, *Dicen que dicen*, *Ultima instancia*, *La luna para el que la trabaja*, *Después de la Campana*, *Cortometrajes*, *Historias de Santiago*. Hay tras todas sus palabras, un respeto fiel a la grandeza de la vida y al espíritu inmortal del hombre, aunque muestre el látigo para los mercaderes del templo. En este difícil juego de juzgar siendo uno mismo motivo de juicio por la propia imperfección; en esta mirada lúcida sobre el mundo, exactitud, humor y poesía, uno advierte que viene desde los hondones del alma, de un alma cristiana a la manera del Quevedo de la fugacidad y de la ironía, del tiempo frente a la eternidad. Creo yo, al recibirle en la Academia, en nombre de todos sus miembros que hoy lo acogen como hermano en las preocupaciones de ver en la palabra el trasunto del pensar y el sentir del hombre, herencia para la fidelidad y para la recreación, que ha de surgir de la propia experiencia, que nadie mejor puede expresar que el propio Carlos Ruiz-Tagle esta grandeza y pequeñez del hombre: del Ruiz-Tagle que se ve en Andrés su hijo, que es juzgado con el sueño del niño, y advierte en él y pone en sus labios palabras de profunda extrañeza, y descubre la gran tragedia del pequeño heroísmo de la timidez frente a los solemnes poderes de que se revisten los hombres, y que Ruiz-Tagle, gráficamente, llama "El sorbo". "Si gusta servirse", dijo don Felipe, cogiendo con su mano seca la fuente de plata. El comedor de los Robledo era en extremo solemne. La lámpara enorme evocaba, no sé cómo, cierto dibujo del sistema solar de la "Astronomía al alcance de los niños".

"La pequeña señora Jimena, sentada en el otro extremo, hablaba entonces con mi madre (en esa casa la palabra "mamá" estaba fuera de lugar), de sus hijas Emilia y Adela, quienes tenían dos sillas preparadas a mi lado. La señora Jimena contaba las gracias de las niñas:

—La Adelita estudia inglés. Esto del inglés le dará más cultura y, como usted bien sabe, nosotros tenemos algo de ingleses: mi padre era Fuente de Oro

Bruckson, —de los Bruckson de Newcastle— y señalaba el escudo de los Bruckson, el paño más estropeado de la sala.

Cuando mi madre preguntó por la otra, "por la Emilita", la señora Jimena sirvió limonada, se limpió la boca chiquita y sólo, cuando fruncía la servilleta de papel y la colocaba sobre el plato, repuso: "La Emilita sale". La respuesta fue categórica, como si Emilita tuviera decidida su vida en ese sentido, como si en su sangre no navegara algo de los Bruckson de Newcastle, aquel impulso que hacía a su hermana estudiar inglés.

Siempre enigmático, don Felipe hizo una señal y el mozo se deslizó por la alfombra hasta desaparecer. Ya no me sentía vigilado y pude comerme el pastelito. Durante la citada conversación habían llenado mi taza de porcelana; cuando don Felipe —¡qué semejante era, recién lo advertía, a la armadura de hierro del hall!— hizo la señal al mozo, éste dejó de montar guardia a mi espalda con sus instrumentos. Opté por beber, de inmediato, esa cantidad grande de líquido depositada en mi tazón; pero era ya tarde, porque la pequeña mosca, que revoloteaba anteriormente sobre el pastelito, se había decidido antes que yo. Demasiado golosa tal vez, víctima de un siniestro naufragio quizá, movía desesperada sus patitas negras.

Don Felipe tomó la campanilla y entonces levanté la cabeza. Pensé que había advertido mi tragedia y que llevarían mi taza para sustituirla por otra sin mosca. Me avergoncé y, al reaparecer el mozo, sonreí cobardemente. Desde mi punto de vista —uno muy especial— sentía ser responsable ante los Robledo de la elección de esa mosca que, usando de su libertad, había preferido mi taza entre todas las tazas de su vida.

De sobra abochornarme por culpa ajena, de sobra la sonrisa y el haber levantado la cabeza. Don Felipe no tenía conocimiento de mi encrucijada: "Dé la luz, toda la luz", ordenó al mozo, y éste colocó su dedo enguantado en el interruptor. ¡Miserables!, alumbraban el sistema solar, las constelaciones, para contemplar más a gusto mi vergüenza.

Continué vigilando a mi enemiga: había cambiado de posición, se acercaba a la orilla, pero, incapaz de subir por la porcelana resbaladiza, se fatigaba estúpidamente. Yo sentía los ojos de los Robledo, generaciones enteras de ojos de Robledo saliendo de los escudos para mirarme y ver qué tipo de hombre era yo, vencido por la criatura más inservible: una mosca, aún una mosca mojada y paralítica.

Cuando tenía ya la mosca flotando en la poza chiquita de mi cuchara, se abrió la puerta. La mosca cayó por segunda vez en esa quieta piscina de té con leche. El mozo colocó un jarro junto a don Felipe y desapareció con pasos que no sonaron en el piso alfombrado.

La señora Jimena, ya que todos habían terminado, hizo ademán de levantarse, pero don Felipe, señalándolo con augusto e imperceptible y tranquilo

signo, la retuvo. Se irguió tieso e inmóvil, como las sillas del comedor, las sillas altas de tapices colorados.

Pasaron unos minutos. Sentí el tic del botón que dejaba sin luz mil ampolletas. Era como decir "la sesión ha terminado".

Aparté uno de los panes de la bandeja. Tomando el tazón con ambas manos, me agaché y sorbí el contenido azucarado.

Sé que ninguno de los Robledo sospechará jamás qué clase de héroe se sentó en una de esas sillas altas, bajo las constelaciones. Pero para su orgullo.

"Después me rellené de pan y los sorbos siguientes fueron rápidos y sin importancia".

El niño puede ser héroe y puede ser modesto, porque tiene destino. El hombre, sufre la fuerza de idénticos poderes, y padece también una metamorfosis kafiiana. Uso de las aproximaciones, pero reitero que no se trata de influencias. El Astudillo, del Servicio de Seguro Social, es absolutamente chileno, así como su jefe y los jefes de su jefe. Astudillo parece el niño que mira el carrusel, convertido ya en hombre con sus limitaciones y vanidades. Inútilmente hace que su letra parezca escritura impresa para el Servicio, para la Ley 10.383 en todo su vigor. Podrá tener sus pequeños orgullos, como el de poder proclamar que "la familia", no él, haya mantenido al padre moribundo por largo tiempo en la Clínica Santa María, la mejor de Santiago, pero necesita cerciorarse si existe otra más cara, "alguna que, con lujo y extremados recursos empañase la gloria familiar". Necesita saberlo porque teme, y, en esta obra de 1959, a Astudillo le parece que "desde Santiago, alguien terrible e inmisericorde como una sociedad anónima, domina los destinos de su pueblo, de su propia economía, aun como en el caso de la Clínica, del derecho suyo a disfrutar la grandeza de haber mantenido a su padre en "la mejor clínica de todas". Teme, de un momento a otro, un decreto que dice: "Elimínase el 20% de los empleados de todas las reparticiones o, elimínense los pueblos menores de tantos miles de habitantes", y así, de una plumada, quede él, persona particular, eliminado. Nadie le amedrenta tanto como este enemigo inubicable que bien puede tomar el nombre de algo oficial, como "el bien del país, por designios superiores", o puede llegar en un papel con cualquier membrete, incluso bastaría con las siglas de cierta importantísima corporación cuyo nombre completo él no lograría adivinar".

Mientras tanto, ese poder omnívoto, toma la forma del jefe que le grita su apellido a toda voz y con desagrado. "Al comienzo, a Astudillo le aterraba ser llamado así y se acercaba temblando a reconocer qué había hecho... Mas, advirtiendo que dicho modo de llamarle no siempre era ocasionado por su última tontería, sólo queda de su primer espanto un temblorcillo nervioso del bigote y una gran rapidez de movimiento para arribar, si es posible de un salto, donde el jefe". Si éste descende a confesarle que la diligencia urgente por la que ha de ausentarse es comerse un sandwichito, "los pasos del jefe hacia

la puerta suenan en sus entrañas, parece que caminara por el piso de su estómago". En la mayoría de las ocasiones, lo que escucha es la queja y la orden perentoria: "Pero, Astudillo, ¿no le dije que necesitaba un Control total de Cargas para el lunes en la mañana? . . . Póngase de inmediato a hacer eso y no pare hasta terminar". "Oiga, le dice el jefe al día siguiente, recibí una carta de Estadística, piden los datos del mes pasado". Y aunque Astudillo arguye que ya los han enviado, sintiendo un escalofrío, porque presente la lógica de las jefaturas, escuchará: "Si los piden otra vez, por algo será, ¡téngalos listos para el jueves temprano!". La conducción al absurdo de la obediencia ciega, la expresa Ruiz-Tagle de una manera más humana, pero equivalente al cosificar al hombre, que la empleada por el autor en "La metamorfosis".

Ruiz-Tagle ve con un ojo largo, que no sólo ve sino palpa en el extremo de una antena, la traición a la realidad íntima y trascendente de los seres. Su novela "Después de la campana" toca esa realidad dolorosamente, pero, por estar muy cerca de ella, por piedad atempera su crítica. En otros relatos, más breves, ciertas actitudes hacen que su humor se torne acre. La Gesta de Mío Cid Bezanilla y las hazañas de sus segundones Urraco Cousiño y Ricardo Corazón de Lyon, "hijosdalgos idealistas financiados por empresas norteamericanas, jóvenes del TPF, Sociedad de Defensa de la Tradición y de la Propiedad de mi Familia", son narrados por Amadís de Lloná, que desertó de la Cruzada y espera ser perdonado por la lectura diaria del Gran Bulario, en especial la tan esperada bula *Qui primum tempora*, de San Pío v, promulgando el misal romano restaurado en 1570. La carta de Ramona Pastora Catrileo, producto de su desesperación funcionaria, va dirigida al señor Director de "El Mercurio", Respetado Tomás P., porque a pesar de no estar de acuerdo con la línea política de "El Mercurio", después de todo es el diario que más se lee y las divergencias doctrinarias deben cesar a causa de una "influencia que no debe desconocerse".

El episodio de la intervención de la Contraloría General de la República en el lanzamiento del cohete espacial, lleva al extremo ciertas realidades, porque los ojos del Ruiz-Tagle creador o recreador pueden ser extensos, pero sus pies están asentados no sólo en la tierra sino en nuestra tierra de la que revela potencialidades peligrosas:

"El Contralor General de la República se abrió paso hacia la Plataforma de Lanzamiento. Sus numerosas ocupaciones le habían impedido llegar antes a revisar ciertos aspectos contables relacionados con la maniobra.

Por su parte el Primado de Santiago avanzó a bendecir el cohete, acompañado por el único sacerdote de la Arquidiócesis. En una corta alocución se refirió a la necesidad de cambiar las estructuras de la luna . . . en el caso de que las hubiera.

La cuenta regresiva nunca había llegado tan cerca del instante crítico: ahora nombran el 3, el 2.

Pero observa, el locutor, se ha producido un desperfecto. Algo raro, algo que nadie acierta a comprender. Cuando la ciudadanía se apronta a gritar Viva Chile mi alma, la cuenta se detiene al borde de cero.

A través de los parlantes se anuncia que el Contralor General de la República leerá un informe donde explica que al Presidente y sus ministros, a los uniformados, en fin a toda la ciudadanía por qué se ha visto obligado a detener el lanzamiento.

En su celo por cautelar los intereses del país, el Contralor General de la República que les habla se referirá a ciertos hechos cuya investigación le ha obligado a suspender el lanzamiento de este bien, inscrito con el número 15220 en el Conservador de Bienes Raíces de Santiago. En primer lugar, ha podido constatar... Se dice comprobar, lo interrumpe el Director de Bibliotecas, Archivos y Museos. ¿Quién me interrumpe? Decía que el Contralor ha podido constatar... Se dice comprobar... que según lo atestigua la Inspectoría de Impuestos Internos, el astronauta Norambuena, acogido al pago diferido en diez cuotas, no ha cancelado el total de su global complementario. Esto, que resulta inaceptable en un funcionario que sale del país, adquiere particular gravedad en el caso de quien no sólo abandona el país, sino el planeta. Por otra parte, los empleadores del astronauta tampoco han presentado carta alguna donde certifiquen encargarse del pago si el funcionario se ve privado de regresar y deja el saldo insoluto. También el Contralor General de la República ha podido constatar... Constatar es galicismo. ¡Qué me importa a mí que sea galicismo! Decía que el Contralor General de la República ha podido constatar la veracidad de una denuncia. Como es de conocimiento público, la salida de todo bien estatal debe ser autorizada por decreto, trámite fundamental que en este caso no se ha cumplido debidamente. Por otra parte, pese a hallarse inventariado, no se determina de manera fehaciente en el registro quien se hace responsable si el Venceremos sufre deterioro o no es restituido al patrimonio nacional. Asimismo el Contralor General de la República ha podido constatar... Comprobar. Constatar que ha habido un uso inadecuado de fondos en los siguientes ítems. La palabra es ítem, corrige el Director de Bibliotecas. ¡Pero es que son varios! vocifera el Contralor. Usted habla, señor, y me confunde entero. Aunque sean varios, pues, insiste el Director de Bibliotecas... Un ítem, dos ítems, tres ítems. No, señor Contralor, hágame el favor: un ítem, dos ítem, tres ítem. Viene del latín y no agrega ese en el plural. ¡Qué me importa a mí de dónde venga! La Contraloría General de la República ha podido constatar y/o comprobar, que en la construcción de este bien declarado monumento nacional... ¿Pero por qué monumento nacional, señor, si me hace el favor?, pregunta el Director de Bibliotecas. Usted no entiende nada, señor, y me confunde. Decía que el Contralor General de la República, en su celo por cautelar los intereses nacionales, iniciará la investigación pertinente. Por ahora queda declarado monumento nacional.

Si la luna será para quien la trabaje, sí, como dijo en artículo mortis, misiá Pastora Catrileo, en Chile se dan mejor las mujeres que los hombres, no es culpa de Ruiz-Tagle el comprobarlo y/o constatarlo. Aunque las haya también del tipo especialmente seductor de mujeres que nunca han podido vivir, porque su marido se empeña en ir un poco atrasado en la carrera de la vida: por ejemplo, cuando debió haber tenido un Volkswagen, recién compraba una citróneta, y ella ha de pasar por estratos sucesivos del no poder vivir: sin batidora, sin refrigerador, sin casita junto al mar, en ascendiente y continua importancia de signo de indigno estar en la vida. O como su tía, que ciñe toda su existencia en Kiki, el pequinés, el pichoto, a quien le dan nervios el timbre, los ruidos de la calle y la televisión y, por esta causa desde hace una semana han de andar en casa todos de puntillas. Quizá los sonidos han molestado la fina sensibilidad del can, le han producido quizá una alergia y un tic en la nariz, que no han sido curados en cuatro visitas al doctor ni la tía halla santo a quien encomendarse. En cambio existe el niño que canta en el micro, que avanza flojamente por la avenida en el día domingo, y la gente lo trata como un mendigo, aunque haya realizado su trabajo, esforzándose tremendamente hasta quedar sin resuello, para obtener sólo una moneda, porque los pasajeros, súbitamente, miran por las ventanillas. A él le basta esa persona que le salvó con esa moneda que brilla al sol en la palma morena de su mano: le basta, porque una persona fue amable y justa y le trató con dignidad y quiso darle a entender que todos le debían algo por su trabajo.

Qué culpa tiene Ruiz-Tagle si Chile es un país indescifrable para el extranjero, donde la Tercera sale antes que La Segunda, se comen una gordita o un barrosuco o un aliado, o se beben una "marta con huevo" u ofrecen una Agüita de fantasía, y el chileno ha de padecer, principio del asombro, de la necesidad de respuesta y del poetizar. El mundo continuará cuando nosotros nos hayamos detenido y otros tomen sobre sí nuestras angustias, nuestros oficios, nuestra responsabilidad de ser hombres y de hacer mejor el mundo en conciencia y en voluntad. Digamos el diálogo, entre el comienzo y la realización que se aman, aunque en profundidad no puedan verse totalmente, frente al mundo, al mar, que nunca duerme, aun cuando nosotros, los poderosos a los ojos del niño, tengamos que hacerlo y perder parte de nuestra conciencia y nuestra vida, como signo de nuestra debilidad ante lo eterno, que, en lo material, también tendrá fin un día.

"Esta noche hay luna y yo salgo a pasear con Andrés, mi hijo de cinco años, por la orilla del mar. Bajamos a la playa, hasta la arena húmeda. Las pequeñas huellas de los zapatos de Andrés van quedando estampadas junto a las mías.

—Papá —afirma a modo de resumen de lo que le ha gustado más de ese largo día de playa—: yo quiero ser hombre rana.

—Ahora quieres ser hombre rana.

—O marino, pero marino de buque grande. Bueno —pregunta tirándome de la mano—, ¿y tú qué quieres ser cuando grande? Me detengo sorprendido.

—Pero, Andrés: si yo ya soy grande.

—¿Y qué eres tú?

—Escritor.

Seguimos andando. Levanta la cara. Me mira y se ríe, desconfiado. Piensa, por cierto, que ser escritor no es cosa que valga la pena. Pero militar, hombre rana, marino, de esas cosas, ¿qué quieres ser tú?

—Nada. Ninguna de esas cosas. Soy escritor.

—Psch, escritor. Oye —dice, cambiando de tema y observando la espuma fosforescente, ¿la espuma son los bigotes del mar?

Yo voy a contestarle cuando se detiene y grita excitadísimo:

—¡Mira!

—¿Qué?

—¡Mira, papá: el mar sigue andando!

—Por supuesto.

—¿Que entonces no se duerme de noche?

—No —le digo—. Lo tomo en brazos para que vea el mar en toda su extensión.

—Pero nunca, ¿a ninguna hora duerme?

—A ninguna hora.

—¿Ni siquiera se duerme cuando tú te vas a acostar?

—Ni siquiera cuando yo me voy a acostar”.

Cuando el niño, después de encogerse de hombros ante la profesión del padre, pregunta “¿la espuma son los bigotes del mar?” y observa que el mar sigue andando sin descanso y no duerme, como consecuencia en su inquirir y en su observar notamos al escritor en ciernes junto al escritor maduro. Y ambos, son como la continuidad del mar y de la vida que nunca duerme, que se repite, sin repetirse, que deja testimonio en su belleza durante el día y, si viene la noche, su rumor es la voz del sueño, como toda palabra de sueño y realidad es la literatura, poesía, sonrisa y angustia, de todo lo humano abreviado en un hombre, como el que nos honramos en recibir esta tarde de honor para la Academia.

El emblema de amor tirano en Gabriela Mistral

A Roque E. Scarpa

Los *emblemas* son signos que conllevan un sentido bien determinado y constituyen, por tanto, una suerte de alegoría. Su modo de representación tradicional es el de una figura gráfica o *cifra* que va acompañada de un dicho explicativo, un *lema*, *mote* o *letra*. Esta es la representación que tiene en cuenta el poeta cuando utiliza el emblema en literatura. En su origen, concurren por igual la tendencia a formular lemas y la interpretación de los jeroglíficos egipcios. Se los conoce corrientemente como emblemas, *jeroglíficos* o *escritura cifrada*. Su cultivo se extiende desde el siglo xv y alcanza en los siglos xvi y xvii su máximo esplendor. En la literatura de lengua española de esos siglos se desarrolló vastamente y merced a su influjo se extendió, durante el Barroco, por toda Europa¹.

La vinculación de la poesía de Gabriela Mistral con una tendencia largamente interrumpida parece improbable, sin embargo está fuera de duda que en ella hay, como tendremos oportunidad de mostrar, un conocimiento seguro de este singular elemento literario. Debemos señalar que entre los elementos formativos de la Mistral cuenta la tendencia simbolista, cuyas figuras características —los 'símbolos'— constituyen una renovación de la literatura emblemática². En la poesía de la generación Mundonovista los emblemas no son tampoco cosa extraña como consecuencia probable de lo anterior³. También

¹Vid. E. R. Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina Medieval*. México, FCE, 1955. I, 486-488; Wolfgang Kayser, *Interpretación y Análisis de la obra literaria*. Madrid, Gre-dos, 1954. 113-119.

²Vid. Hugo Friedrich, *Estructura de la Lírica Moderna*. Barcelona, Seix Barral, 1959. Wolfgang Kayser, *op. cit.*, han señalado con precisión este hecho.

³Como puede verse por ejemplo en el poema *Himno al Amor* de Manuel Magallanes Mou-

pueden observarse en la poesía contemporánea. Una variada inclinación emblemática ha animado las formas de la poesía nueva y en algunos casos ha montado un verdadero *corpus* de emblemas alquímicos ligados a las preferencias surrealistas⁴. Este es un aspecto que precisa de un detenido estudio y que promete, por cierto, frutos sugestivos a la investigación literaria.

El poema *Amo Amor*⁵ de Gabriela Mistral constituye un particular ejemplo de uno de los emblemas más prestigiosos de la tradición literaria: el emblema de *Vis Amoris*⁶. El emblema del Poder de Amor, que da sentido al poema que nos proponemos analizar, encuentra en el texto diversas otras formas emblemáticas que desplazan pluralmente la variedad de fuerzas del amor y comprenden el Amor Tirano, el Amor Dulce, el Amor Ciego, el Amor Astuto, el Amor Ardiente y el Amor Brujo. Todas ellas en su contradicción constituyen la representación poética de la ambigüedad de la figura y de la ontología numinosa del Amor. En otras palabras, la representación ambigua del amor traza el jeroglífico del Amor Divino: la coincidencia de los contrarios, de lo oculto y lo manifiesto, lo masculino y lo femenino, lo grande y lo pequeño, lo fuerte y lo débil, de su polaridad, en la esencia divina, todopoderosa e incoercible.

SITUACION DEL POEMA

Amo Amor ocupa el segundo lugar en el ciclo de la sección 'Dolor' del libro *Desolación*⁷. Como es sabido, ese ciclo configura una historia de amor. En esa historia, el poema que nos ocupa, es el más esencial de los ocho que componen la primera estación del ciclo. Es, también, el que señala con mayor precisión que la experiencia de la enamorada no es el amor genérico y ordinario, sino la experiencia de una forma radical y metafísica de conocer el amor⁸. Es-

re en el cual Augusto Iglesias cree encontrar un antecedente inmediato del poema de la Mistral. Vid. A. Iglesias, *Gabriela Mistral y el Modernismo en Chile*, Santiago, 1950, p. 189.

⁴Un ejemplo cabal de esto último lo constituye la poesía de Humberto Díaz Casanueva. En la poesía de Huidobro o en la narrativa de Julio Cortázar juegan también un papel importante. Leopoldo Marechal por su parte ha tratado algunos emblemas tradicionales como el 'Ciervo Herido'.

⁵*Amo Amor* se publicó por primera vez en *Zig-Zag* (6 de mayo 1916). El texto de la antología *Selva Lirica*, Santiago, 1917, es una errata manifiesta. Con escasas variantes se recoge en *Desolación*. Nueva York, Instituto de las Españas, 1922.

⁶Aparece ya en Ercilla, *La Araucana*.

⁷Utilizamos la edición de Margaret Bates, Gabriela Mistral, *Poesías Completas*. 3ª ed. Madrid, Aguilar, 1966, que puede considerarse definitiva en relación a los textos de *Desolación* 1922, 1923 y 1926.

⁸En este punto nos alejamos por completo de la comprensión establecida de Virgilio Figueroa, Norberto Pinilla, Julio Saavedra Molina y sus seguidores. Cfr., como una crítica desde el punto de vista biográfico, con Margot Arce de Vásquez, *Gabriela Mistral: Persona y Poesía*. San Juan, Puerto Rico, 1958.

ta forma traspasa sensiblemente la corporeidad del hablante y ancla en la carne el absoluto poder del amor. En sus variados matices la experiencia de amor se convierte en la encarnación dolorosa y grata a la vez de un movimiento absoluto que hiere y halaga alma y cuerpo indisolublemente. El amor también traspasa el cosmos y se erige en el fundamento de todo lo que anima, de cuanto es pleno y fecundo y apasionadamente vivo y creador. Dolor y conciencia de la muerte son otros elementos que se articulan en la experiencia de amor de manera igualmente radical, acompañados del temple de angustia cobarde, de impotencia expresiva a fuerza de plenitud y tímida vergüenza y de tribulación. En ocasiones, un temple de anticipado resentimiento que el temor del alejamiento del amado engendra, conduce a la amante a comprometer mágicamente la solidaridad cósmica y divina con su causa. Tal construcción es desmentida regularmente por la representación dominante de una naturaleza que se muestra patéticamente indiferente a los movimientos de lo humano.

La tendencia a proponer el amor en términos de absoluto, que mitifica o sacraliza la situación lírica, se expresa regularmente en la forma interior ritual, es decir, en una forma ceremonial que imita el rito religioso de la proclamación de una esencia numinosa, o de la adivinación, o la oración, la maldición o el conjuro.

Este es el contexto cíclico en que el poema se sitúa.

EL TITULO

El título del poema, *Amo Amor*, reviste alguna extrañeza y ambigüedad que el traductor ha traicionado a veces ingenuamente. René Tavernier traduce traidoramente, *J'aime l'amour*⁹, haciendo de *Amo* una forma verbal. Pero no *Amo*, cuyo sentido de dueño poderoso, soberano y tiránico es el propio, ha sido traducido por Mathilde Pomès, adecuadamente, como *Amour Souverain* o *Amour Maître*¹⁰ y por Hans Rheinfelder como *Amor, der Herr*¹¹. Otro ejemplo de deformación, de origen posiblemente en la ambigüedad de la expresión, se produce en el título que, por error de imprenta o no, reza, *Amor Amor* con duplicación entusiasta¹².

Si analizamos este título veremos que en el plano fónico constituye una ponomasia, en la que el ritmo y la eufonía de /amo/ parece desplazar en la repetición todo interés semántico en favor de la simetría acentual /ámo amó/ originada por la variante de la segunda palabra, oxi-tona esta vez, y su vibrante final. Pero, en verdad, la aliteración del grupo / amo / crea la imagen pa-

⁹Vid. Gabriela Mistral, *Désolation*. Paris, Nagel, 1946. p. 69.

¹⁰Vid. Mathilde Pomès, *Gabriela Mistral*, Pierre Seghers Editeur, 1963, págs. 43 y 113.

¹¹Vid. Hans Rheinfelder, *Gabriela Mistral. Motive ihrer Lyrik*. München, 1955, p. 33.

¹²Cfr. Gabriela Mistral, *Desolación*. B. Aires, Espasa-Calpe Arg., 1951. (Col. Austral, 1002). p. 69. Rheinfelder, *loc. cit.*, ha señalado esta errata.

onomástica de la delectación y del balbuceo turbado desatado por el ente amoroso, que anticipa y representa el poder de amor¹³. Lo balbuceante del título repetirá la ambigüedad del ser que representa, su divino carácter, su poder enajenante, persuasivo, enhechizador, su turbador efecto.

En el nivel semántico, nos encontramos con una nueva ambigüedad. Esta se origina porque nos encontramos con dos nombres en aposición y no es inmediatamente claro, en este caso, cuál determina o especifica a cuál. Nos inclinamos a considerar éste entre los casos de completa indeterminación a que se refiere Gili Gaya¹⁴ en los que actúa de un modo exclusivo la vivencia estética con que la frase se profiere. Bastará comparar el título con los enunciados corrientes de emblemas de amor como los arriba señalados o con sus traducciones al francés o al alemán para representarse con claridad cuál es el sentido del título y percibir al mismo tiempo su extraña poética, desviación de las normas ordinarias de la lengua¹⁵.

Es cierto que, apenas se para mientes en que *Amo* tiene el significado de señor, dueño o tirano, la ambigüedad disminuye y el sentido se hace más claro y manifiesto. Pero hasta el momento en que se decide si se trata de clase de *Amo* o clase de *Amor*, el poema mismo ha permanecido como un texto sin sujeto específico, como un auténtico jeroglífico o como una adivinanza —suerte de 'albricia' diría la propia Mistral—, cuyo enigma la ambigüedad del título parece contribuir a mantener. Otra vez, ahora desde el punto de vista semántico y de la determinación, el título expresa en su indeterminación la ambigüedad del ente que se representa.

ESTRUCTURA DEL POEMA

Se trata de un poema poliestrofico —cinco cuartetos de pie quebrado— encadenado por la unidad conceptual y la unidad poética de las estrofas y además por la estructura de éstas y el paralelismo —con ruptura del sistema— de los elementos que se reiteran de una estrofa en otra. Las estrofas de cuatro versos son di-isométricas, formadas por versos alejandrinos compuestos (7+7) y un heptasílabo como cuarto verso, cuyas rimas son totales y cruzadas: ABAb — CBCb — DBDb — EFEf — GHGh¹⁶.

El poema es de género lírico netamente enunciativo: enumera los poderes de amor mediante una táctica analítica que se extiende a todo el poema. Las

¹³Cp. Roman Jakobson, "Linguistics and Poetics", ap. Seymour Chatman & Samuel R. Levin, eds., *Essays on the Language of Literature*. Boston, Houghton Mifflin Company, 1967. p. 302-303.

¹⁴Vid. Samuel Gili Gaya, *Curso Superior de Sintaxis Española*. Barcelona, 1948, p. 193.

¹⁵Vid. Jean Cohen, *Estructura del lenguaje poético*. Madrid, Gredos, 1970.

¹⁶Vid. Antonio Quilis, *Métrica Española*. Madrid, Ediciones Alcalá, 1969. (Colección Aula Magna, 20). Para todo lo referente a métrica y los renovados aspectos de su análisis.

oraciones son enunciados que se igualan métrica y fonológicamente con los hemistiquios o con versos completos y ocupan lugares definidos en la disposición estrófica. Los dos primeros versos de cada estrofa acumulan enunciados sobre los variados poderes de amor; los dos últimos, una advertencia al tú que importa también un carácter enunciativo de conocimiento cierto o de experiencia cumplida de esos poderes incontrastables. La distribución de los versos y de los hemistiquios y su sentido determinan una constante en la disposición estrófica y poética tal que, cuando se produce el quiebre del sistema utilizado, esas estructuras parecen seguir operando.

El hablante proclama la esencia del Amor representando en forma plural el poder tiránico del dios como en una serie de notas características. El modo de proclamar su poder absoluto toma el aspecto de una adivinanza o acertijo, dado que el seguro saber del hablante lo lleva a caracterizar el ente sagrado en sus rasgos extraños y sobrenaturales callando su identidad. El tácito sujeto del poema refiere derechamente al título como a su solución. Ya hemos señalado de qué manera ese título, en primera aproximación, despista y encubre, al tiempo que expresa, la identidad del ente. Sólo en él y en la presencia invocada en el texto está la respuesta para el enigma que formula.

En la primera estrofa, la representación de Amor es enunciada en una serie de oraciones afirmativas, que expresan un conocimiento cierto y seguro. Esta representación conlleva las notas distintivas de lo incondicionado, ubicuo y omniabarcante, de una esencia universal y absoluta. Su presencia es enunciada mediante la oposición o antítesis de lo térreo y lo celeste en dos momentos que configuran un *quiasmo* por la inversión de las posiciones extremas de los elementos significativos (a+b:b+a). En las estrofas siguientes esta figura vuelve a repetirse.

Al señalarse la presencia de su movimiento *libre y vivo, en el surco + en el viento: en el sol + al pinar*, mediante el quiasmo se está señalando la presencia omnimoda, total, de Amor en todo lo que vive y anima, en lo fecundo y en lo impetuoso; en lo ardiente como en lo fresco y en lo agitado y lo rumoroso. La ambigüedad de este ente rompe los límites de lo espacial: está en todas partes. Rompe también los límites del principio de identidad: es una y otra cosa a la vez y conjuga la contradicción incasable.

Amor está tan íntimamente ligado a todo lo que vive que, a pesar de su imperceptible presencia secreta, comparable a la fugacidad y levedad de un mal pensamiento prestamente reprimido, no hay poder capaz de eludirlo. Así lo advierte el hablante, con crédula y segura convicción, al tú. La apelación al tú, al tiempo que comunica cierta inmediatez al discurso, refuerza el carácter seguro del conocimiento que se comunica al constituirlo en el destinatario del saber que se transmite. Pero la forma apostrofica tiene un carácter puramente provisional, el lenguaje tiene una forma indisimulablemente enunciativa y representa objetivamente la presencia del poder y su ineludible imperio.

La estrofa siguiente acrecienta la condición sobrenatural y extraña del Amor mediante la forma contrastada y contradictoria en que se ordenan los rasgos de su poder merced a su decir bronco y suave. También en este caso los rasgos están dispuestos en quiasmo: *lengua de bronce + lengua de ave; ruegos tímidos + imperativos de mar*. Amor tiene para la seducción bronca virilidad y femenil suavidad y delicadeza a la vez. No hay tampoco resistencia posible a este poder que domina todos los matices del verbo seductor. Estos matices están fónicamente desplegados en la gravedad de los sonidos /bron/, como una campanada profunda, y el golpe de ola poderosa que se deshace en el último término del quiasmo /im-perativos de mar/. La palabra *imperativos*, por su posición en el verso, da lugar a un encabalgamiento léxico medial, lo que obliga a acentuar la primera sílaba y desplegar una inflexión que se prolonga en la palabra, extensa y expresiva, para rematar en el vibrante estallido de los sonidos finales /mar/. En oposición a este poderoso golpe de campana y de ola, los sonidos acompañan la oposición en los términos intermedios /lengua de ave/ y muy expresivamente en la repetición de las vocales agudas en la palabra /tímidos/. La oposición entre sonidos graves y agudos traza una armonía sonora para la ambigüedad de la representación que puede observarse extendida a lo largo del texto.

La advertencia de los versos finales anula otra vez la posibilidad de réplica neutralizando las dos actitudes que se abren para los rasgos contradictorios señalados. Ni el *gesto audaz* frente al poder viril de Amor ni el *ceño grave* frente a su suavidad podrán contrarrestar su absoluta eficacia.

La tercera estrofa presenta la imagen del Amor Tirano. Su poder es imperioso e inflexible y, otra vez, con ambigüedad se lo representa por el acto de poder máximo y el mínimo y sutil. Lo catastrófico y lo delicadísimo de su presencia y de su condición hacen lo contradictorio y equívoco de este momento de la representación de Amor. Para ello se recurre otra vez al quiasmo. En esta oportunidad el quiasmo está perfilado por su ubicación en los dos versos iniciales de la estrofa, por la división de los versos y aún por las posiciones de los términos polares e inversos de la figura, con una excepción, en el segundo hemistiquio del primer verso, pues ha variado la forma sintáctica y ha quedado tan sólo la resonancia semántica de lo blando, pero en una construcción negativa. Es tan fuerte, sin embargo, la constancia del quiasmo que se percibe naturalmente la oposición a pesar del sentido: *Gasta trazas de dueño + no le ablandan excusas; rasga vasos de flor + hiende el hondo glaciar*. Téngase en todo caso como la primera ruptura del sistema dibujado en las estrofas anteriores.

Contra este poder cósmico capaz por igual de transformar la enormidad del glaciar y la nimiedad tierna de la flor, no es con palabras que se le podrá detener.

La persistencia del quiasmo todavía es sospechable en la cuarta estrofa a

pesar de que la estructura sintáctica ha variado radicalmente. Conserva dos componentes contrapuestos en cada verso como aspectos de una misma realidad: *argucias sutiles + en la réplica fina: argumentos de sabio + pero en voz de mujer*. Sin embargo, es notorio que en estos versos la disposición previa de la estructura gramatical y de sentido que se igualaba con la estructura métrica ha variado, diluyéndose el esquema o táctica diseñado en las estrofas precedentes. Los elementos que antes se ordenaban en oraciones yuxtapuestas correspondientes a cada hemistiquio, han pasado a constituir oraciones igualadas al verso en su extensión y a partes de éstas.

En esta estrofa se renuevan los matices de la segunda creando así una disposición alternada en la representación de los poderes de Amor. Al destacar las significativas y engañosas potencialidades de Amor, que dan ambigüedad a su condición sabia y mentirosa al mismo tiempo, las refiere al arte de la palabra. Las estrofas pares dan relieve a los poderes seductores de la palabra. Si en la segunda estrofa se caracterizaba la compatibilidad natural de la fuerza y la gracia, lo potente y lo débil, en Amor; en la cuarta estrofa se pondera a la vez la fuerza de la razón y del arte suasoria, de la sabiduría y de la astucia, de la razón astuta y de la sabiduría persuasiva y femenil.

En los versos finales, de advertencia disuasiva, la forma constante se ha modificado también haciendo algo oscuro el sentido del verso cuya extrañeza salta a la vista. Sin embargo, otra vez, el contexto sistemático hace que su significación sea clara. Allí se señala la invalidez de toda ciencia humana frente a la divina ciencia de amor que ha de vencer, seduciendo, toda resistencia incrédula.

La estrofa final, por su parte, en concordancia con las estrofas impares, representa nuevamente el poderío absoluto del dios, afirmando con plenitud de convicción y extático arrobó la efectividad siempre actual de sus poderes sobre el tú humano. Mediante la reiterada apelación al tú en esta estrofa se conquista una vívida inmediatez y actualización de la presencia del poder de Amor y el seguro saber del hablante ejerce más directamente la fuerza de convencimiento que en él reside. El mágico o divino poder se representa en su esencial efectividad al proclamarse su absoluto poder en acto. Para ello el poema ha progresado de la acumulación de rasgos caracterizadores a la pura esencia activa, de un orden sistemático a un desencadenamiento de su virtud específica mediante la ruptura del esquema previamente trazado. La estrofa ya no se divide del modo establecido porque los elementos de resistencia, la advertencia y la disuación, no son ahora necesarios. Los versos están constituidos por oraciones consecutivas que se identifican, significativa, fonológica y métricamente.

Amor Ciego y Amor Ardiente ejercen su poder sin resistencia: la fuerza determinante actúa y el efecto es consecuente e inmediato. Sólo el tercer verso

escapa al sistema de los dos anteriores y rompe el esquema estrófico trazado para todo el poema. La referencia al Amor Brujo distorsiona la identidad gramatical y de sentido con relación a la fonológica y métrica:

Echa a andar, / tú le sigues / hechizada / aunque vieras //
¡que eso para en morir!

En los dos primeros versos, prótasis y apódosis de la oración consecutiva se identifican, respectivamente, con cada hemistiquio del verso. No así en el tercer verso en donde la prótasis ocupa tan sólo parte del primer hemistiquio y la apódosis la otra parte y el hemistiquio siguiente. Desde el punto de vista de la entonación el hecho tiene efectos importantes. Los dos primeros versos tienen como única pausa la pausa medial y en los dos casos el tono en este lugar es ascendente como corresponde a un enunciado que deja en suspenso el efecto cuya causa está significando y que conviene en general al primer momento en oraciones consecutivas. En el tercer verso y en correspondencia con su significado turbador y mágico, que domina al hablante, el verso presenta múltiples pausas: una, después de la prótasis, de tono ascendente; otra, leve o marcada, en la pausa medial. Leve si sentimos *hechizada* como adverbio en inmediata modificación del verbo: entonces hay encabalgamiento sirrémico (verbo + adverbio) y el tono es horizontal y la pausa leve. Marcada, si al contrario, leemos *hechizada* como adjetivo especificativo —no marcado por la puntuación del texto que debería en tal caso ponerlo entre comas—, con una pausa antes y otra después y, finalmente, la pausa versal después de *vieras*. El verso polipausado que de una u otra manera resulta es expresivo de una agitación extrema que se corresponde con un significado estricto. Pone de manifiesto el temple del hablante extáticamente penetrado por la experiencia límite del poder absoluto de Amor.

La obediencia al Amor, luego de anuladas todas las resistencias desplegadas en la táctica de las estrofas anteriores, pone su signo más extremo y absoluto en la indiferencia ante la muerte que produce el llamado a integrarse a este poder que alcanza a todo lo que existe. De esta manera se proclama la esencia divina del amor absoluto, con el seguro saber de un hablante cuya índole no puede ser sino la de quien ha experimentado la situación límite que representa. Es un saber existencial el que el hablante proclama con seguro dominio como esencia numinosa. *Eso* es Amor y su poder incontrastable y enhechizador, sábelo. Sus poderes son múltiples y adoptan variadas y engañosas formas. Su extrañeza es magnífica y pequeñísima. Su virtud es seductora y sin derrota.

Hablando en otro lugar de este Amor, Gabriela Mistral, ha dicho: "yo he visto momentos que no sé decir y que me dieron calofrío, porque me pareció tocar los topes de la naturaleza y ver el punto en el que la carne se abre y muestra por el desgarrón un fuego que ciega, el del querubín ardiendo, que en el cielo representa el amor absoluto".

Gabriela Mistral, fabuladora de mitos

Un sino adverso aflige a los poetas. Del conjunto de sus obras perdura en la retina cordial del lector uno que otro poema; a veces, una que otra imagen feliz o una metáfora golpeadora, pero, como desgajados del sistema poético global. ¡Sarmiento arrancado de la vid!

El camino para esclarecernos el esfuerzo creador del poeta no es el de limitar nuestra visión a un trozo de su obra. Con una perspectiva que nos adecúe para "ver" el cuadro como unidad estética, será necesario respetar su integridad; no desmembrar ese cosmos en parcelas que, en el mejor de los casos, nos ofrecen un momento de la creación.

Un ejemplo de esta óptica amputadora del hacer poético se nos da con Gabriela Mistral. Al conjuro de su nombre, emergen, o los SONETOS DE LA MUERTE, o sus CANCIONES DE CUNA... como si, por decreto de alguien, tuvieran valor per se, desvinculados del resto de su obra. Ninguno de sus poemas aisladamente considerado hace viable palpar el núcleo misterioso de la creación en el cual se agitan y batallan energías vitales y energías líricas. Todos y cada uno de los poemas de Gabriela Mistral, cualquiera sea su temática, su modalidad formal e, incluso, al margen de la cronología externa, se amarran entre sí hasta engarzarse en un sistema poético gracias al cual podemos descubrir, por aproximaciones sucesivas, las profundas motivaciones biográficas y líricas de que se alimentan. Una experiencia ininterrumpida aunque no, por cierto, en un sentido groseramente lineal de emociones, sentimientos, visión de la vida, del hombre, de Dios, de sí misma atraviesa toda su obra y rubrica, con disímil énfasis y variadas formas, desde sus RONDAS hasta sus RECADOS; desde el poema de la MAESTRA RURAL hasta sus COPIAS...

Decimos algo simple y no menos significativo: un poeta auténtico se cons-

truye a sí mismo en y mediante su obra, de manera que toda ella, en su conjunto, constituye su canto vital. Sus modulaciones encierran y expresan todo su "dolorido sentir": un poema nos conduce a otro y otro... en un itinerario fascinante por lo humano. Entre oscuridades y plenitudes de luz, vamos perfilando la imagen viva del poeta: lo que es, lo que sueña, sus fracasos y resurrecciones. Carne y espíritu. Virtud y pecado. Amor y desesperanza. Vida — poesía.

Nuestro intento aquí consiste en precisar, hasta donde nos sea posible, en función estricta de la obra poética total de Gabriela, las coordenadas espirituales y carnales que orientan su proceso creador y nos orientan a nosotros para vislumbrar su sustancia. La última ratio interpretativa de la obra poética es la obra misma. En la alternativa de escoger entre los "hechos" de la biografía de la poetisa y los "hechos" de su poesía nos decidiremos por estos últimos. Para decirlo con la precisa expresión unamuniana: entre la "historia" de Gabriela Mistral y su "soto-historia" ésta ilumina mejor y más hondamente el sentido de su obra y, por cierto, el de su vida.

Las páginas que siguen son un esfuerzo de acercamiento a la soto-historia de nuestra poetisa. Manipularemos, por decirlo crudamente, el método científico en lo que es posible cuando, por ejemplo, se aplica al estudio de una fábula. La alusión no es casual. Nuestra hipótesis básica es que estamos en presencia de una genial fabuladora, y de una fabuladora de mitos. Es lo que, en definitiva, procuraremos probar con este ensayo.

POEMA DE GARGANTA PRESTADA

*Scr en la mesa el dado
y ser el jugador...*

G. MISTRAL

Gabriela Mistral incluye en "Tala" un extraño poema entrecomillado, uno de los diez de la sección "Criaturas", simplemente titulado "Poeta".

No es frecuente en Gabriela el evadirse de culpa o responsabilidad propia asumiendo la voz confidencial de otros para expresar su sentir personal. Es un artificio de excepción que ella cohonesto mediante una nota explicativa, al final del libro, siguiendo una modalidad de Alfonso Reyes según lo confiesa.

¿Qué nos trae esta *Nota*? Nos fuerza a creer que alguien, en un minuto de apertura espiritual liberadora, le entrega su sabiduría interior. Ella la coge y trasmuta líricamente, sea porque se siente identificada con la ajena confesión,

sea porque teme que que ésta vaya "a perderse como el vilano en el aire...". ¡Acosadora inquietud la del poeta frente al aire fino de la palabra! ¡Acosadora urgencia de cristalizar la vida en verbo poético! Eternizar el minuto pasajero por la palabra. En última instancia, *fabular*, es decir, crear mitos, "puesto que —lo advierte Guillermo Díaz Plaja— hablar es etimológicamente fabular, inventar; porque la misma "palabra" se acerca a la curva imaginaria de la invención, de la parábola"*.

En "POETA", Gabriela entrega la vicisitud de sí misma —vía crucis íntimo— y su sistema vital de alternancias alucinadoras, crueles; a veces, masoquistas; otras, plenas de dación personal.

El análisis formal y sustancial de esta "poesía entrecomillada" nos introducirá en el módulo poético y humano de esta mujer fabuladora de mitos. Lo que en el transcurso de este estudio se diga en torno de la obra poética de nuestro Primer Premio Nobel deberá interpretarse a la luz y con las sombras que surte este poema, acaso uno de los más compactos en cuanto a la versión desinhibida y totalizadora de su alma de mujer sola.

Es indispensable tener a la vista el texto completo de "POETA":

I

En la luz del mundo,
yo me he confundido.
Era pura danza
de peces benditos
y jugué con todo
el azogue vivo.
Cuando la luz dejo,
quedan peces lívidos
y a la luz frenética
vuelvo enloquecida.

II

En la red que llaman
noche, fui herido
en nudo de Osas
y luceros vivos.
Yo le amaba el coso
de lanzas y brillos

hasta que por red
me la he conocido
que pescaba presa
para los abismos.

III

En mi propia carne
también me he afligido.
Debajo del pecho
me daba un vagido.
Y partí mi cuerpo
como un enemigo
para recoger
entero el gemido.

IV

En límite y límite
que toqué fui herido.
Los tomé por pájaros

*Guillermo Díaz Plaja — ABC — Madrid — 31/X/71.

del mar, blanquecinos.
Puntos cardinales
son cuatro delirios...
Los anchos alciones
me traigo cautivos
y el morado vértigo
yo lo he recogido.

V

En los filos altos
del alma he vivido:
donde ella espejea
de luz y cuchillos,
en tremendo amor
y en salvaje ímpetu,
en grande esperanza
y en rasado hastío.
Y por las cimera
del alma fui herido.

VI

Y ahora me llega
del mar de mi olvido
ademán y seña
de mi Jesucristo,
que como en la fábula,
el último vino,
y en redes ni cañamos
ni lazos me ha herido.

VII

Y me doy entero
al Dueño Divino
que me lleva como
viento o un río,
y más que en abrazo
me lleva ceñido
en una carrera
en que nos decimos
nada más que ¡Padre!
nada más que ¡Hijo!

ALGUNAS PRECISIONES FORMALES

1. Desde luego, el título del poema: "POETA". Digamos, autoconfesión, un hablar sobre sí misma, fabular; intento de contenerse entera en la materia sutil que el poeta administra: la palabra. Espejo que recoge la imagen del espejo. Introspección ardua, porque no se agota en el puro autoconocerse; tiende, fatalmente, a plasmarse en verbo definidor de sí misma. Operación, además, muy compleja y la más radical y propiamente humana, en la cual la perspectiva necesaria a todo acto de conocimiento —visión— resulta imprecisa y confusa, puesto que el objeto visto es el propio objeto viéndose. Realmente, el espejo consciente de su propia imagen y de su infinita apetencia receptiva. En el caso de Gabriela, hay que decir "apetencia receptiva", pero agregar: incapaz de rechazar a quien se plante ante ella. La acogida podrá ser cordial o entristecedora, pero, nunca, rechazo al diálogo. Sensibilidad extrema para amar y para odiar. Poeta.

2. Este poema, el más extenso de la sección, está escrito en versos menores —hexasílabos— que, en general, no sobreabundan en su producción poética.

Extensión y ceñimiento. Alma rica en vivencias disímiles, contradictorias; a veces, abismantes; verbo, sin embargo, estricto, preciso, limpio. Siete estrofas componen el poema. Cada una, de diez hexasílabos, excepto la tercera y la sexta que sólo alcanzan a los ocho versos. Cinco largos momentos de su indagar hacia adentro de sí misma, con dos estancias más breves: la tercera, donde la carne de maternidad se alucina, y, la sexta, donde el espíritu se recobra.

3. Un registro del vocabulario de este poema resultará guía para la interpretación de "POETA", y de su obra en general, porque nos muestra como el código de la poetisa.

Gabriela acumula en este poema un conjunto de palabras estremecedoras que, al integrarse en un sistema lírico, acongojan como larga noche sin estrellas. ¡Palabras malas!

No las olvidemos:

Lívido — frenético — enloquecido
 herido — noche — red — presa — abismo
 carne — afligida — delirio — enemigo — cuchillo
 gemido — vértigo morado — mar olvido
 ímpetu salvaje — lazos — cautivo
 tremendo amor — rasado hastío

Téngase presente que se trata de una suma incorporada en un solo poema. Este espectro de *palabras malas* tiene el valor de una muestra muy representativa, cuyo procesamiento psicológico y poético nos conduciría, tal vez, a una formulación global respecto a su importancia como manifestación del ser y del sentir íntimos de la poetisa y de su instrumental estilístico - expresivo. No es éste el objetivo de nuestro análisis, pero, en su decurso, advertiremos cómo esta tendencia —constante— se acentúa a lo largo de su hacer poético.

4. En general, los poemas de Gabriela Mistral no están ceñidos a normas de Arte Poético alguna. Entre corazón, labios y pluma de Gabriela se trituran metros, cadencias, rimas, estrofas, todo lo cual, como en crisol de alquimia, regala sorpresas formales inéditas, presididas por una suerte de ley interior (el demonio socrático) que se le impone a ella en su decir cotidiano y en su fabular poético.

En "Poeta" no hay rima consonante. La asonancia suele darse entre los hexasílabos pares, mientras que los impares son blancos. En veces, se da rima asonantada en el interior de los versos, lo que es de frecuente ocurrencia en su obra.

Priva lo espontáneo sobre la maestría intencionada. A este respecto, es oportuno

tuno y esclarecedor transcribir parte de la Nota que Gabriela adjunta al Nocturno de la Consumación, en Tala:

"Cuantos trabajan con la expresión rimada, más aún, con la cabalmente rimada, saben que la rima, que escasea al comienzo, a poco andar, se viene sobre nosotros como lluvia cerrada, entrometiéndose dentro del verso mismo, de tal manera que, en los poemas largos, ella se vuelve lo natural y no lo perseguido.

En este momento, rechazar una rima interna llega a parecer una rebeldía artificiosa...".

Esta confesión vale para toda su obra poética en una materia aparentemente baladí. Retengamos algunos puntos de esta cita:

a. de ordinario, Gabriela no trabaja con la expresión cabalmente rimada;

b. la rima le viene espontáneamente, "lluvia cerrada" que penetra en el interior de los versos de modo "natural y no perseguido";

c. la poetisa se somete al imperio no racionalizado del crear artístico, pues, le repugna la "rebeldía inofensiva";

d. esta mujer, negada a la vana retórica, es sumisa a su demonio con un vigor de autenticidad que tiñe hasta lo más formal y externo de su obra.

5. Son pocos, muy pocos (no, por cierto, los mejores) los poemas de Gabriela Mistral que pudiéramos calificar como *fáciles* desde el punto de vista rítmico, aquéllos que el oído retorizado apetece por la matemática cadencia de sus *silabas contadas*. "POETA" es, precisamente, infracción a las reglas de la acentuación poética. Se da en este poema, como es obvio, el acento necesario en la penúltima sílaba del verso, pero, después, el caos... aparente.

La norma tradicional aconseja los acentos secundarios de los hexasílabos en la segunda o en la primera sílaba de cada verso. Gabriela arrasa. En "POETA", el acento rítmico se instala soberanamente en la tercera sílaba, o en la primera, o en la segunda o —suprema infracción— en la primera y en la tercera sílaba de un mismo verso. Cuando esto ocurre, la ruptura de la norma provoca un aire musical grave, severo, solemne. Vale ejemplificarlo:

*Cuando la luz dejo
QUÉDAN PÉCES LIVIDOS
y a la luz frenética
vuelvo enloquecido.*

El segundo verso rompe la ley, pero, crea nueva ley, fruto de la libertad creadora que empapa a la poetisa como "lluvia cerrada". Ley intransferible e inimitable que gobierna su mundo lírico.

6. Si, sobre la base de lo anterior, nos arriesgamos a generalizar, con una suerte de salto mortal, podríamos anotar algunas conclusiones (¿provisionales?) como éstas:

a) el arte de titular sus poemas constituye un acierto inicial en Gabriela. Cada título suele contener en sí, como fruto a punto de reventar por la cargazón de su jugo, un mundo sugerente, síntesis densa de larga meditación.

Al pasar, recordemos algunos de esos títulos:

- Canción de las Niñas Muertas;
- Recado de Nacimiento para Chile;
- El fantasma;
- Nocturno de las Tejedoras Viejas;
- Pan;
- Ultimo Arbol
- Sonetos de la Muerte
- Locas mujeres
- La Humillada
- El Costado Desnudo...

Cada título punza de expectativas al lector como el tábano griego y podría anunciar una pieza de teatro trágico o una leyenda becqueriana.

"Pan" y "Nocturno de las Tejedoras Viejas", por vía de ejemplo, ¿no suscitan, por anticipado, una cierta atmósfera lírica sui géneris?

¿No existe, además, en las reiteradas formas dialógicas de sus poemas la semilla de abreviadas piezas teatrales o de cuentos cortos que justificarían el título bautismal?

b) las formas estróficas de sus poemas se emparentan con las estructuras tradicionales, pero, manejadas por Gabriela Mistral con libertad complaciente.

c) el arsenal verbal de nuestra poetisa se caracteriza por el ejemplo sistemático, en veces, obsesivo, de *palabras malas* que, por añadidura, suelen aparecer en el título mismo del poema. Constituyen un código.

d) la rima se da sin otra norma que su espontaneidad creativa. Ningún artificio la sujeta. Predomina, sin cuestión, la rima asonante. Son relativamente escasos los versos consonantes. Destaca la rima "entrometida" en el interior de los versos.

e) la acentuación se da libre de ataduras; más que cadencia mecánica, la poetisa crea una atmósfera musical en el conjunto del poema. Este ámbito envuelve enteramente la composición y en ella un verso se anuda al siguiente

hasta constituir una estructura musical con impensados movimientos que libran al oído poético de la rutina.

Y ahora, a la sustancia del poema que estamos analizando.

Esta poesía se desarrolla siguiendo un módulo dialéctico que enriela, simultáneamente, lo vivencial-lírico y lo verbal-lógico de la composición. A través de sus siete estancias estróficas, se reitera de modo matemático una suerte de sistema poético originalísimo, afinadamente elaborado, sin transgresión a su racionalidad interna y, no obstante, sin lesión a su poderoso dinamismo lírico.

Aplicando los términos del modelo hegeliano a este proceso creador de Gabriela Mistral, diríamos que el sistema se compone de tres pasos lógicos, correlativos a sendos estados anímicos de nuestra poetisa.

El primer paso, *planteo de una tesis* con firme ahincamiento en su experiencia vital. Tesis que suele condensarse en los dos primeros versos de cada estrofa cuyo contenido se explicita en los tres o cuatro versos siguientes.

Estos son como el apoyo lírico de la tesis; sin ellos, la formulación de ésta marcaría al poema con un signo doctrinal extraño al ámbito de la creación artística de Gabriela.

El segundo paso, en rápida sucesión, la *anti-tesis*, que se nos entrega como por sorpresa, sin espacio suficiente casi para perfilar el contraste emocional con el paso anterior.

Este segundo elemento del sistema se expresa por vía más estrecha, sentenciosa, casi siempre en un solo verso, tras el cual se añade otro para subrayar tan sólo el efecto dialéctico del proceso.

Y, tercer paso, la *síntesis*, rectamente enunciada en uno o dos versos finales de la estrofa, cima del proceso; superación dinámica de una experiencia lacerante, la que, al re-vivirse poéticamente, libera a la poetisa de parálisis espiritual y le permite continuar viviendo, creando, fabulando...

Veamos el funcionamiento del esquema precedente, analizando la primera estrofa de POETA:

APOYO
LÍRICO

*En la luz del mundo
yo me he confundido.*

TESIS

*Era pura danza
de peces benditos.*

*y jugué con todo
el azogue vivo*

ANTI-TESIS

*Cuando la luz dejo
quedan peces lívidos
y a la luz frenética
vuelvo enloquecido.*

SINTEISIS

La tesis se formula en los dos primeros versos de la estrofa:

*En la luz del mundo
yo me he confundido.*

Aquí Gabriela expresa su experiencia global de la vida de un modo directo: se siente perdida en medio del mundo; su luz, en vez de facilitarle la visión de las cosas, la desubica. Es decir, los dos primeros versos tienen un aire documental. Los versos que siguen crean una atmósfera alada, juguetona e inquietante al mismo tiempo:

*Era pura danza
de peces benditos
y jugué con todo
el azogue vivo.*

Estos cuatro versos representan lo que hemos denominado el apoyo lírico de la tesis. Repárese en los términos que sirven de sustentación a la atmósfera propiamente lírica; "pura danza"— "azogue vivo".

Enseguida, viene la anti-tesis, la expresión de abandono o huida de la experiencia primera, no obstante el embelesamiento lúdico con que se entrega entera a la luz:

*Cuando la luz dejo
quedan peces lívidos.*

No afirma Gabriela, directamente, su abandono del mundo perturbador, sino, de modo oblicuo, por el camino de enfatizar los efectos de la huida: "quedan peces lívidos..." Este imperio de la muerte no es atribuible a la ausencia de luz vital en el mundo, sino al hecho de bajar ella sus párpados, de alejarse del mundo.

La fuerza de la anti-tesis se potencia mediante el empleo del adverbio temporal "cuando", y este "cuando" encierra un sentido de reiteración (y de causalidad virtual) de una misma experiencia que, multiplicándose, perfora la conciencia de la poetisa impulsándola, invenciblemente, al regreso.

La voluntad de regreso y el regreso ya consumado son la *síntesis*:

*Y a la luz frenética
vuelvo enloquecido.*

Síntesis que supera las dos experiencias anteriores: su contacto inicial con el mundo y su posterior abandono de él. Ambas experiencias atenazan su alma,

obligándola al retorno. Esta vuelta resulta siempre dolorosa; primero, porque su reencuentro con el mundo sedimenta una sabiduría rabiosa, de violenta excitación. Lo que en un primer choque era simplemente "luz del mundo..."; luego se trueca en "luz frenética..." que, sin embargo, necesita volver a sufrir sobre sus pupilas; y, segundo, porque esta necesidad de "luz frenética..." convulsiona radicalmente su alma. Vuelvo enloquecida, anotaré Gabriela.

Hay en este esquema una racionalidad realmente cartesiana en el sentido de la sujeción del poema a un lineamiento estricto. Repitémoslo: primero, su experiencia casi primitiva, infantil; segundo, la reacción razonada que induce a la fuga; tercero, la tendencia irrefrenable a retornar.

En suma, tesis, anti-tesis, síntesis.

Poco más o menos, esta estructura conforma cada estrofa del poema y el poema como unidad estética. El análisis del resto del poema puede, rigurosamente, patentizar la observancia del módulo descrito, hecha la salvedad de que se trabaja aquí con materiales poéticos y no con un sistema formal de silogismos.

En consecuencia, no será siempre fácil sobreponer a cada sub-unidad del poema el esquema con calce simétrico. De pronto, apenas se insinúa la tesis sin mayor desenvolvimiento; la anti-tesis suele hallarse, a veces, sólo implícita en el contexto; por su parte, la síntesis puede estar formulada en un momento y espacio distintos del que correspondería si todo el poema se desarrollara conforme al orden descrito de los pasos del modelo. Sea como fuere, en cuanto se ahonda en su análisis, se advierte la soterrada o manifiesta arquitectura descrita.

Si por un instante, gracias a un esfuerzo abstractivo, borramos el sacudimiento emocional que la trama síquica del poema nos provoca e, incluso, prescindimos de su cuerpo anecdótico, ¿qué resta del poema? Sólo su arquitectura racional; un espacio vacío apto para contener infinitas fabulaciones entretejidas por mil formas imprevistas. En el interior de ese espacio, Gabriela instala la vicisitud de sí misma. El modelo, en última instancia, no la instrumentaliza; es un modelo abierto que Gabriela manipula creativamente, construyendo su extensa fabulación de mitos.

En este sentido, "POETA" es clave en su obra porque tipifica la demoníaca gimnasia espiritual que ella ejercita con el propósito deliberado de plasmar poéticamente la fábula de su vida, aupando siempre el mito, forma exquisita de vengarse del mundo en torno, de los hombres, de sí misma.

Este esquema, desde el punto de vista subjetivo de Gabriela Mistral, transcurre en medio de dos planos que se entrechocan sin destruirse: su mundo interior, lavado de pecado, y el mundo extra-sujetivo, contaminado y contaminador. Un poco, la trampa rouseauniana...

La conjunción de su experiencia existencial, su reacción de repulsa instintiva al mal y a la conciencia de la inevitabilidad del contacto con el mundo

genera una extraña alianza entre la trilogía cristiana (mundo-demonio-carne) y la concepción angélico-rousseauiana del hombre. A este respecto, es pertinente recordar el tercer Soneto de la Muerte. Después del ruego de Gabriela:

*Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar...*

prosigue interrogando:

*¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!*

Es, decir, la alianza sugerida es evidente: por un lado, la tentación carnal en que cae el ruego de Gabriela (o aparta el Señor al amado de la "otra", o lo sume en la muerte). Roto, así el precepto cristiano del amor... Sin embargo, segundo factor de la alianza, parecería eximirse de culpa por la vía de doble interrogante: ¿Que no sé del amor, que no tuve piedad? Gabriela presume que Dios la exceptuará de las consecuencias del precepto quebrantado porque ella, en definitiva, no ha pecado; amor y piedad inmensos la libran de culpa.

Habría que adelantar la hipótesis de que este juego dialéctico-moral descausa, subconscientemente, en el hecho de ser Gabriela un alma "naturalmente cristiana" y en su ancestral raigambre campesina. Una confusa tendencia al misticismo (agregaríamos, su afición a las teosofías orientales) literariamente reforzada por su familiaridad con los místicos cristianos primitivos y clásicos españoles explicarían el esquema bipolar en medio del cual vive emotiva y racionalmente, es decir, el mundo del Bien y del Mal, míticamente presentes en su bitácora lírica.

El dualismo que apuntamos afecta a planos oscuros de la conciencia de la poetisa y desata, en tensas vigiliass u oníricamente, su demonio interior que se expresa a través de una extensa gama de recursos, moviéndose siempre en una dirección invariable: compensar poéticamente las deficiencias (pecado) del ser encarnado, del acontecer real de su propia historia externa, asumiendo el mito el puesto del ser ideal ausente de los dominios de su historia concreta. A su vez, las formas en que se expresa el mito serán crípticas, sutiles o desembozadas, pero, estará latente, subyaciendo en toda su creación literaria.

El análisis de POETA arroja claridad sobre tan imbricada operación de recemplazo, permitiéndonos detectar sus momentos.

El juego del modelo hegeliano —repiteámoslo— opera no sólo a nivel de cada estrofa, sino, además a nivel del poema como unidad estética.

Así advertimos cuatro versiones de la tesis central; en cada una de ellas, Gabriela emerge víctima, es decir, presuntivamente exenta de culpa. He aquí las cuatro versiones.

- Ia. *En la luz del mundo
yo me he confundido.*
- IIa. *En la red que llaman
la noche, fui herido.*
- IIIa. *En mi propia carne
también me he afligido.*
- IVa. *En límite y límite
que toqué, fui herido.*

Puede observarse que, en la primera versión, la tesis se expresa de un modo más o menos concreto; en la cuarta, vibra definitivamente un aire metafísico totalizador que se inserta en el ámbito del Mal de que está transido el mundo en torno de la poetisa.

Por su parte, la anti-tesis se expresa por modos diferentes, todos los cuales convergen en un punto de su trayectoria existencial: sentirse ella limpia de pecado.

Así, dirá:

*Cuando la luz dejo
quedan peces lívidos...*

*Yo le amaba el coso
de lanzas y brillos... etc.*

El juego azaroso de Gabriela con todo lo que la rodea no hará sino enfatizar la vigencia del dualismo Bien-Mal a que hemos aludido, adscribiéndose ella en la primera esfera y adscribiendo al mundo en la segunda. Su sabiduría interior —fruto del choque entre ambas entidades que se disputan la historia en general y "su" historia individual— la hiere "hasta los filos altos del alma"; confesión casi mística, y llaga su carne hundiéndola en "morado vértigo", "en tremendo amor" y "salvaje ímpetu", tanto más angustiante cuanto más se extiende y profundiza su experiencia:

*El límite y límite
que toqué, fui herido...*

Precisamente, al límite de su experiencia, se repliega sobre sí misma, único sitio donde puede hallar "justicia", es decir ausencia del Mal que pulula en

su alrededor. Su esfuerzo crucial será ése: cerrar las pupilas a "la luz del mundo"; zafarse de "la red que llaman noche..."; huir, incluso, de las "cimeras del alma", para, en último término, descubrir su refugio místico edificado sobre "el mar del olvido...". En éste, sentirá "ademán y seña de mi Jesucristo".

En esta íntima convocación —"como en la fábula del último vino"— *ingresa el mito*, lo "maravilloso", la "máquina" de los viejos poemas medievales.

Asistimos así al suceso crítico del quehacer de Gabriela Mistral: su formidable intento de sustitución metafísico-religioso del ser real por el ser ideal. Esfuerzo doloroso, primero, de convivencia con el mundo; tentación paradisiaca, después de denegarse a lo real y, finalmente, mítica —o mística entrega al Dueño Divino con quien le será posible el más simple y el más rico de los diálogos,

*en que nos decimos
nada más que ¡Padre!
nada más que ¡Hijo!*

Los análisis que iremos presentando en el resto de este estudio —creemos— no harán sino confirmar, en lo sustantivo, el proceso descrito hasta aquí y que no trepidamos en calificar, aún a riesgo de ser majaderos, como un *único y variado sistema de fabulación de mitos*.

LA MITOGENESIS EN LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL

*Ser en la mesa el dado
y ser el jugador...*

G. MISTRAL

Dos vertientes convergen y se entrelazan en la mitogénesis de la poesía de Gabriela Mistral. Desde luego, *su vocación lírica*, ajena al endechismo amoroso o a las estampas pastoriles. El demonio de Gabriela es de los que mora en almas fuertes y crean en ellas inacabable pugna entre la conciencia lúcida de la palabra que les ha sido dada y las terribles desolaciones que, al liberarse de ella, provocan en el poeta y en quienes descifran su mensaje.

El poeta auténtico —fabulador de mitos— vive azotado por el viento del Espíritu y la irrefrenable necesidad de participarlo a otros, aunque como él, se angustien:

*Terrible don. Socarradura larga
que hace aullar...*

como canta la poetisa en "Suplicio" de "Desolación".

Así, el poeta está literalmente arrastrado en el proceso creador y paga duro precio: su despojamiento íntimo —“socarradura larga”— y la siembra de quemante inquietud en los demás —“que hace aullar”—.

Esta doble servidumbre oscila entre el silencio del poeta, que aprieta y acongoja, y la explosión creadora que, desembarazándolo, obliga a los otros a reeditar su dolor.

Gabriela traza las líneas de relación entre la vocación lírica, los mensajes que ésta genera y el impacto de sus virtuales destinatarios del modo siguiente:

*Yo tengo una palabra en la garganta
Y no la suelto, y no me libro de ella
Aunque me empuja su empellón de sangre.*

Lo primero, cristalina conciencia de su vocación: “Yo tengo una palabra en la garganta”. Después, la bipolaridad de sentimientos que esa conciencia origina en el poeta; por un lado, voluntad de silencio: “y no la suelto y no me libro de ella”; por otra, necesidad de un alumbramiento próximo que se retiene en vano: “y no me libro de ella” “aunque me empuja su empellón de sangre...”.

Este contener la palabra en la garganta acusa y extrema la sensibilidad del poeta o, lo que es igual, acentúa su sentido profético de responsabilidad, porque sabe que la palabra no es juego baladí; que encierra germen de vida o muerte; que, en suma, es delicado y divino sacramento.

(Por el Verbo fue creado el mundo... Y Dios dijo: Hágase la luz y la luz fue hecha...).

Por ello, continuará Gabriela diciendo:

*Si la soltase quema el pasto vivo,
sangra el cordero, hace caer el pájaro.*

Asumir los deberes de la creación tiene sus riesgos. El verbo creador puede anular los frutos del empeño humano: “queme el pasto vivo”; herir el inocente: “sangra el cordero”; o, lo que es más grave, quebrar la libertad de los demás: “hace caer el pájaro...”.

Sin embargo, el alumbramiento lírico es inesquivable. El cumplimiento de este sino provoca tanteos espirituales tras el despeje de una incógnita que estremece por su misterio; ecuación artística cuyos términos conocidos son el fuego interior del poeta y la brasa de la palabra que lo pone de manifiesto. Surge, entonces, el gran imperativo:

*Tengo que desprenderla de mi lengua,
hallar un agujero de castores*

*o sepultarla con cal y mortero
porque no guarde como el alma el vuelo.*

La palabra enclaustrada agita el alma del poeta. No tiene otra alternativa que la de comunicarla, no importa si se instale en la oquedad de las bestias, o bajo lápida de "cal y mortero". En última instancia, lo más trágicamente inhumano sería que el poeta sepultase dentro de sí "su" palabra encendida, o, cual Narciso, la proyectase en su propio espejo. El circuito frustrado de la comunicación, la que no trasciende desde el poeta a los demás, o lo que ocurre, cuando no es dicha la palabra, crea una situación desesperada:

*rompérmela así, como la víbora
que por mitad se parte entre los dientes...*

El silencio es autodestrucción. La creación lírica redime. Los dos versos transcritos —escrupulosa verdad— nos eximen de mayores comentarios respecto al rol que el sacramento de la palabra juega en la génesis de los mitos presentes en la obra de Gabriela Mistral. El no crearlos, el no fabular míticamente, no comprometer y comprometerse con la palabra pegada en la lengua destruye moralmente

*como la víbora
que por mitad se parte entre los dientes...*

El segundo elemento de la mitogénesis en la poesía de Gabriela Mistral es, sin duda, su lacerante trayectoria vital. Acaso sin ésta, su vocación lírica habría seguido por los cauces evanescentes de tantas poetisas sin destino.

¿Cómo expresa Gabriela Mistral las alternancias de su experiencia biográfica?

En el poema "La Flor del Aire", incluido en TALA, canta Gabriela su encuentro con la poesía, el encuentro consigo misma y con los demás:

*Yo la encontré por mi destino
y ella me dijo:
flores blancas,
flores rojas,
flores amarillas (azafranadas y sola)
las sin color —ni bermejas, ni amarillas—
color del Sueño y de los sueños
en ninguna parte estaba:
y las corté del aire dulce
tijereteándolo ligera.*

*Con esas flores sin color,
ni blanquecinas, ni bermejas,
hasta mi entrega sobre el límite
cuando mi tiempo se disuelva...*

No obstante las sutilezas, un rápido análisis de este poema nos permitirá descubrir —como en clave— el itinerario biográfico de Gabriela Mistral, vale decir, daremos con la otra corriente que, soterrada o visible, circula a través del sistema de mitos que es su obra poética.

Notemos que la vida de Gabriela queda marcada por el encuentro entre ella y el verbo, es decir, cuando toma conciencia de su vocación lírica indeclinable: "Yo la encontré por mi destino", dirá refiriéndose a la Poesía. Esta —como desde un Sinaí— dicta los mandamientos a que estará sujeta su existencia. Los pasos profetizados se resumen en las cuatro estaciones poéticas que ella describe.

Primera: "flores blancas"... La época ingenua y esperanzada de su vida, cuando Gabriela, niña o adolescente, se halla confundida con su paisaje campesino y con su gente del valle o serranía; hora casi estática, en cuyo transcurso el Tiempo va por dentro de ella misma. "Flores blancas...", momento de inocencia; por tanto, de sueño no puesto a prueba. Hora gozosa y, sin embargo, vacía, sin reales confrontaciones. Fábula y Vida en plano confuso de irrealidad o realidad infantil.

Segunda: "flores rojas..." Momento del test vital de la poetisa, cuando la fábula pareciera encarnarse; cuando el sueño adolescente se incorpora y fija en las pupilas de "otro" la imagen del amor y del amado, germinada en soledad; sin palabras, todavía, pero, ya corporizándose, enfrentándose, es decir, estableciendo la disputa de los límites entre ensoñamiento y realidad. Choque inevitable que hiere manos y alma; comienzo del "empellón de sangre" creador de la palabra necesaria, atrapada en su garganta, queriendo emigrar, pugnando por hacerse poesía. Instante, por fin, en el cual el desajuste entre el sueño ingrátido y el "hecho" abrumador conforma la primera desilusión de su vida; por ello, instante preciso en el cual germina la fábula existencial, *el resarcirse, por la vía compensatoria de los mitos*, del golpe recibido.

Tercera: Y después, el acomodamiento otoñal del espíritu a las circunstancias adversas que con su brutal carnalidad parecen triunfar sobre el Espíritu; y, en apariencias, es vencida; vencida a la luz de eso que llamamos historia personal de Gabriela Mistral, pero, no, a la luz de su soto-historia.

Es verdad: "flores amarillas" (azafranadas y solas...); pero, la memoria juega su juego de olvido; despinta la engañosa corteza blanca, bermeja o amarilla de los hechos externos; sacude, dentro de sí, el dolor; restaña heridas con la única forma de redención que salva de la desesperanza o del suicidio; por eso,

Cuarta: "color del Sueño y de los sueños en ninguna parte estaba:

*y la corté del aire dulce
tijereteándolo ligera,*

cantará Gabriela, enseñándose el camino de la resurrección humana, de su fabulación o constitución de mitos. En el sueño se fraguan —como en el corazón de un pequeño dios casi omnipotente— las superiores realidades que alimentan, sostienen y ensanchan la vida sensitiva de la poetisa. Porque el sueño está a salvo de toda prueba ontológica. Su marginalidad histórica da a los seres que crea un hábito de incorruptibilidad, una suerte de transfiguración que los inmuniza del *hic et nunc*. El Sueño y los sueños son el Tabor de Gabriela. En él y con ellos tijeretea el aire dulce creando sus mitos; se recrea a sí misma. Vence sobre sus fracasos.

Hallado el camino, no lo abandonará mientras viva, porque a través de él se autocompensa. De aquí su firme voluntad de persistir en el Sueño como un eficaz programa de vida:

*Con estas flores sin color
ni blanquecinas, ni bermejas
hasta mi entrega sobre el límite
cuando mi Tiempo se disuelva.*

Queda, pues, de manifiesto el proceso psicológico-moral y poético que conduce a Gabriela desde su inmersión ingenua en la realidad hasta el punto en que, desilusionada, no derrotada, decide ganar la partida mediante el supremo esfuerzo de crear sus mitos. Y, con ellos llena en plenitud los sitios espirituales que la marea de su historia personal fueron vaciando, arrancándole de cuajo a sus criaturas amadas, o negándose las. En esas ausencias, instaló Gabriela Mistral sus mitos, como el devoto anónimo de las viejas catedrales medievales iba añadiendo sus piedras a la gran fábrica religiosa de Europa, montada, más que sobre la roca misma, sobre sus sueños y esperanzas.

Los mitos fabulados por Gabriela en su poesía se sobreponen a miserias, negaciones y esterilidades, las que cifieron su existencia temporal. Su soto-historia, el Sueño y los sueños, es vertiente poderosa de su mitogénesis poética.

EL MITO DE LA MATERNIDAD CARNAL

*Ser en la mesa el dado
y ser el jugador...*

G. MISTRAL

En la producción literaria de Gabriela Mistral, los "motivos" generadores de la creación lírica son relativamente escasos. Ello determina una constante profundización de los temas escogidos. La reiteración temática provoca una atmósfera obsesiva tan patente que ofrece rica veta para un enfoque psicoanalítico de insospechadas derivaciones. Desde cierto punto de vista, la insistencia de Gabriela en el tratamiento de unos pocos temas pone a prueba su potencialidad creativa. No obstante algunas declinaciones formales, suele entregarnos en sus múltiples variaciones sobre un mismo tema, no una monocorde estampa lírica, sino versiones siempre originalísimas que ahondan su visión desgarrada de los motivos matrices de su obra... y de su vida. Uno de esos motivos obsesionantes y obsesivos es el de la maternidad carnal inalcanzada.

El poema "Dormida", incluido en "TERNURA", resulta paradigmático y punto de partida de la mitogénesis de Gabriela porque nos conduce, paso a paso, precisándose meticulosamente las estaciones del proceso, hacia el mito trágico de la maternidad carnal. Este poema es su inmenso y dolorido esfuerzo onírico de compensación lírica y vital.

De nuevo es útil la inserción completa de este poema:

*Meciendo mi carne,
meciendo a mi hijo
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.*

*El mundo de brazos
de mujer molido
se me va volviendo
vaho blanquecino.*

*El bulto del mundo,
por vigas y vidrios
entra hasta mi cuarto,
cubre madre y niño.*

*Son todos los cerros
y todos los ríos,*

*todo lo creado,
todo lo nacido.*

*Yo mezo, yo mezo
y veo perdido
cuerpo que me dieron
lleno de sentidos.*

*Ahora no veo
ni cuna, ni niño.
Y el mundo me tengo
por desvanecido.*

*Grito a Quien me ha dado
el mundo y el hijo,
y despierto entonces
de mi propio grito.*

Una visión global del poema evidencia la causalidad onírica del mito. Este, vale reiterarlo, emerge tras la faena del sueño contrapuesto a la realidad concreta. La mecánica de la invención es siempre la misma y está inserta en lo que denominamos programa de vida: pugna permanente entre historia y soto-historia; entre la materialidad de los hechos de su vida y sus "venganzas hermosas". En definitiva, ruptura del binomio realidad-sueño.

Una reflexión honda del poema nos permite visualizar el proceso de pulverización de los límites que estrechan los dominios de la historia personal de Gabriela. Además, nos adentra en el secreto que dinamiza su portentosa fabulación mítica.

Ya lo señalamos: el mito se gesta en el sueño como compensación inconsciente contra la realidad negativa. La séptima estrofa es suficientemente explícita al respecto. Grito a Quien me ha dado el mundo y el hijo, y despierto entonces de mi propio grito. Agreguemos que esa realidad —el bulto del mundo— se internaliza dolorosamente en el alma de Gabriela, penetra por "vigas y vidrios" hasta cubrirla a ella y al hijo soñado.

Es en la intimidad cordial de la poetisa que se opera la transfiguración de una realidad negativa y es en esa intimidad que vence Gabriela ofreciéndose nueva criatura: el mito. Su nacimiento exige que el mundo real sea apartado del campo histórico-temporal porque en éste no germina esa maternidad anhelada:

*Meciendo mi carne
meciendo mi hijo,*

*voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos.*

Este "voy moliendo el mundo con mis pulsos vivos..." es un trabajo necesario y simultáneo a la faena de crear el mito de su maternidad carnal. Ambos —realidad y sueño— no pueden convivir aunque se necesitan para subsistir recíprocamente. El mito se sustenta, y refuerza su entidad psicológica, en la misma medida en que se opera la destrucción onírica de la realidad.

La faena de eliminación de las barreras erigidas por el mundo a su realización plena como mujer socava —psicológica y moralmente— la sustentación de ella misma porque el mundo en que inicialmente se apoya para crear el mito de su maternidad carnal se le vuelve inconsistente, como sin la sustancia de la cual extraer los elementos de la nueva criatura mítica:

*El mundo de brazos
de mujer molido,
se me va volviendo
vaho blanquecino...*

dirá en la segunda estrofa de "Dormida", reconociendo la precariedad de su intento. Roto el nexo entre el yo de la poetisa y el mundo en torno, el derribamiento es inevitable y aplastante:

*El bulto del mundo
por vigas y vidrios
entra hasta mi cuarto
cubre madre y niño.*

*Son todos los cerros,
son todos los ríos,
todo lo creado,
todo lo nacido...*

Esta especie de cataclismo cósmico provocado en el transcurso del proceso creador del mito, desafía la voluntad de venganza de Gabriela; rompe la inercia propia de la obsesión mítica; despierta en ella una vaga conciencia de que con la faena de destrucción de los límites realidad-sueño, arriesga la propia supervivencia del mito:

*Yo mezo, yo mezo,
y veo perdido
cuerpo que dieron
lleno de sentidos...*

Sin embargo, la porfía tiene resquicios por donde penetra la conciencia del aniquilamiento del mito e, incluso, de la misma realidad en contra de la cual o por encima de la cual aquél ha sido concebido:

*Ahora no veo
ni cuna, ni niño
y el mundo me tengo
por desvanecido.*

Digamos, en consecuencia que cuando el mito no es un legado ancestral, oculto en la noche de los tiempos, sino efecto voluntario, conciente de venganza frente a la realidad, ésta concluye, fatalmente, por entrar en tensión con la criatura fabulada en el Sueño y por los sueños. Es, exactamente, lo que advertimos en la quinta y sexta estrofa del poema. Es lo que hace más dramáticamente demoníaco el empeño de Gabriela Mistral. Es lo que, en nuestra opinión, debe haber cristalizado en el sentimiento que ella tiene de ser una "Pobre mujer herida..." que

*en su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres de dolor...*

según canta en "Maestra Rural".

Estos tigres de dolor, ¿no son sus débiles y poderosos mitos, puestos a prueba cada minuto por la brutal realidad del "bulto del mundo"?

Y esos "tigres de dolor", en el climax de su ensoñamiento mítico, son los que hincan sus gritos en los oídos de Dios —"Dueño Divino"—, al que intenta transferir la obligación de iluminar el enigma de su maternidad carnal inalcanzada. Semejante apelación, tan frecuente a lo largo de su mitogénesis poética, no parece acto de esperanza, sino, casi, desafío:

*Grito a Quien me ha dado
el mundo y el hijo...*

como exclama Gabriela en las postrimerías del poema; sin embargo, como queriendo disolver toda sombra de pecado, concluye:

*Y despierto, entonces,
de mi propio grito.*

Versos finales que coronan y certifican el proceso de la creación onírica de uno de sus mitos esenciales.

Cuando la madrugada penetra en su cuarto —secreto rincón del alma— y cubre a ella y cubre al mito por ella engendrado sabe que todo ha sido consumado; que el mito, deshecho el sueño por su propio grito, está allí, existe y la sostiene.

En resumen, diríamos que este poema nos aproxima a la comprensión cordial de una zona clave de su creación poética. Sus múltiples poemas en torno de la maternidad son otras tantas versiones complementarias de una misma fabulación mítica, la más asombrosa de su estremecedor esfuerzo de salvación personal.

Vamos a seguir, ahora, las estaciones de este largo vía crucis de Gabriela, las que, en definitiva, convergen en una tensión sostenida, implacable y lúcida por consolidarse ella misma poética e históricamente.

Hemos apuntado antes que el mito, en virtud de su origen y naturaleza propios, no puede legítimamente ser sometido a prueba racional alguna porque, en verdad, se elabora para saltar las rigideces lógicas que suelen arrinconar en las sombras el cuerpo inteligible del deseo más radical de esta mujer sola y solitaria. Diríamos que en la raíz subconsciente del proceso mítico pervive y se reedita el viejo conflicto pascaliano —razón vs. sentimiento— lo, que, por otra parte, nos parece, vale como hipótesis explicativa del fenómeno que nos preocupa: la mitogénesis de Gabriela Mistral. Sin embargo, no en la cima del proceso, sino en los momentos imprecisables de su incubación en el alma de la poetisa hay un sistema de convicciones racionalizadas que se desdibujan, lentamente, en el transcurso de la creación, constituyendo, de todos modos, pre-requisitos de la lucubración mítica. En este sentido, tampoco ocurren saltos en el itinerario de la creación lírica.

Gabriela maneja algunas premisas —supuestos— respecto de la maternidad carnal y del amor en la pareja humana que son la sustentación racional del proceso creador. En aquel sistema de convicciones se alían la sabiduría popular —acaso folklórica— del ambiente humano en que se desarrollan las primeras experiencias existenciales de Gabriela (sabiduría coronada luego por sus lecturas, particularmente, la de los Libros Sagrados) con una cierta visión desencarnada, ahistórica, romántica del amor entre hombre y mujer y de la entrega recíproca y total que aquél implica.

Hay versos —poemas completos, también— a la maternidad frustrada que tienen un sabor de maldición bíblica. En su contenido esencial, obedecen a pre-juicios (convicciones) que hallamos en el repertorio antropológico de todos los pueblos.

En "La Mujer Estéril" —variante obsesiva del mito— Gabriela pronuncia, con reminiscencia de salmista, su recta y lacerada palabra:

*La mujer que no mece a un hijo en el regazo
tiene una laxitud de mundo entre los brazos...*

El vacío —laxitud— invalida la vocación primaria de la mujer, según Gabriela. Su conciencia de maternidad imposible la empuja hacia el camino de la sustitución de esa realidad vacía por otra que, a nivel psicológico, le entrega una razón vital para continuar su peregrinaje solitario.

Esta "laxitud de mundo entre los brazos...", además, condiciona de modo alucinante su escaqueo con el Amor, así, absoluto, sin ropaje de varón concreto, moviéndose en una nebulosa como pre-adánica en cuyo interior se corporizan sus profundas inhibiciones respecto de la trama erótico-amorosa.

En "Encuentro", la poetisa confiesa:

*Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas...*

y luego agrega:

*Desde que le vi cruzar,
mi Dios me llenó de llagas.*

¿No se advierte, en los dos primeros versos, la radical timidez de esta "alma viril y delicada" hecha para el Amor, sensibilizada en extremo, carente, sin embargo, de esa sutil e inexpressable condición —carisma— femenina que sabe tomar la iniciativa sin traslucirlo?

Su instinto de mujer, palpitando en cada poro de su alma y de su piel, no logra establecer el diálogo de "amor correspondido" y, entonces, —"cara de lágrimas"— se viste entera de llagas hasta envolverse en un ensoñamiento que eleva a categoría casi mística su plan amoroso fracasado.

"Mi Dios me llenó de llagas..." exclama Gabriela, con lo cual completa los ingredientes necesarios para el proceso de reemplazo de la realidad por el sueño, del "bulto del mundo" por el mito.

Y no es que nuestra poetisa desestimara a priori la realidad amorosa concreta o que concibiese, inicialmente, el amor al estilo platónico. Por el contrario, tiene lúcida y atormentada conciencia de la índole totalizadora —carnal y espiritual— del amor humano. Sus palabras son fuego cuando rememora, por ejemplo, la historia bíblica de Ruth:

Y suspiró por su lecho baldío...

dice, retratándose ella misma en este verso que, por otra parte, se explicita a un nivel muy personal, sin eufemismo alguno, en el "Poema del Hijo":

*En las noches, insomne de dicha y visiones,
la lujuria de fuego no descendió a mi lecho...*

De nuevo, la ensoñación como motor impulsor de sus creaciones míticas que le llenan sus noches de "dicha y visiones..." en cuyo trasfondo pervive siempre el vacío alucinador, porque "la lujuria de fuego no descendió a mi lecho".

Nos preguntamos, inevitablemente, a la luz y con las sombras de estas ambivalencias lógicas y emocionales de Gabriela Mistral, qué barreras se levantaron en su contra, en contra de su realización plena como mujer. Y, no podemos menos que aventurar que es "su" definición —vivencia— del amor lo que crea el conflicto.

El poema "Íntima" esclarece la cuestión:

*Porque mi amor no es sólo esta gavilla
recia y lacerada de mi cuerpo...*

*Es lo que está en el beso y no es el labio,
lo que rompe la voz y no es el pecho,
¡es un viento de Dios que pasa hundiéndome
el gajo de las carnes, volandero!*

Creemos que estos versos trazan su esquema del Amor, no sólo sublimado trascendiendo la "gavilla recia y lacerada" de su cuerpo, sino, además, elevado a alturas religiosas, limitando con lo místico. Para Gabriela, Amor no es labio ni palabra que "sella el pacto..." entre los amantes; es más que todo eso: es el Espíritu —viento de Dios— que la punza con ansias de absoluta plenitud amorosa. ¿Será esta vivencia, excesivamente desencarnada —jansenista— totalizadora, con exigencias de perfección absoluta lo que obstruyó "su" camino de perfección femenina? Si la respuesta fuera negativa, la otra cara del conflicto podría explicarse diciendo que es el fracaso concreto, real, histórico de la experiencia amorosa de Gabriela lo que la arrastró hacia una paralizante idealización del amor, aunque compensatoria.

Cualquiera de ambas hipótesis ilumina el origen del mito del amor en la obra y vida de Gabriela Mistral y el de su maternidad.

Por eso, creemos que la anécdota del amante suicida debe reducirse a sus justas dimensiones, es decir, histórica o fruto de fantasía, vale en cuanto genera una porción medular de su hacer poético y selló con pertinaz porfía toda la obra de Gabriela. Queremos significar, por ejemplo, que los Sonetos de la Muerte nada pierden de su grandioso patetismo si acaso la anécdota en que se funda es real o febril alucinación, como lo es Dulcinea respecto del Caballero español.

Lo importante para la hipótesis global de este ensayo es que el mecanismo psicológico, en ambos casos, en Gabriela y en Don Quijote, es idéntico; de aquí que la anécdota, en ambos casos también, adquiere una cuantía moral imponderable, puesto que fue capaz de potenciar hasta el límite el genio creador del artista. Y el símbolo creado —el mito— ingresa al mundo de lo no sujeto a muerte, fuera y más allá del tiempo. Vale por sí mismo. Se autosostiene. Lo realmente sublime de Gabriela Mistral es que supo entretrejer su vida con las hebras sutiles del mito hasta el punto de que ya no tiene sentido discernir lo histórico-concreto de su biografía de lo propiamente lírico de su poesía. El ancho panorama de su mitología poética está dominado por el mito de sí misma, lo que no excluye el choque entre realidad-sueño. Fracasaríamos si intentáramos medir los "hechos" de su vida y los de su obra artística con las retículas distorsionadoras de la lógica.

La traslación de la potencia mítica del amor hacia el plano de las realidades contingentes de Gabriela Mistral es una insólita operación mágica que denuncia otros de los resortes recurrentes de su proceso creador enfilado siempre hacia sus "venganzas hermosas...".

Tal vez, podamos ejemplificar, contrastando, el sentido de nuestra afirmación. En "Balada", Gabriela cuenta el dolor de su alma cuando "él pasó con otra...". El desencanto amoroso tiene apoyo en un dato de su experiencia personal:

*"él pasó con otra..."
yo lo vi pasar,*

insistirá Gabriela como temiendo no ser creída. Creámosle, de verdad. Su posesiva sensibilidad no podía, en este caso, arrancarle sino gritos de condena y desesperanza.

Al fin y al cabo, sus ojos recogieron los signos materiales de la traición. Pero, en el poema "Dios lo quiere", se nos da el rostro oculto de esta máquina de celos que agobia a la poetisa. Aquí ya no es la experiencia directa, el dato vivido por ella lo que provoca sus celos; hay una proyección fantasmagórica de sí misma, una obsesión amorosa que compromete al mundo en torno:

*A la que tú ames, las nubes
la pintan sobre mi casa...*

Fabuloso, este poder del mito. Transforma en títeres del delirio de Gabriela al cielo y a la tierra. Y si no, un paso más, y, de nuevo, en la órbita de lo sobre-natural. De nuevo, en efecto, el Dueño Divino, cómplice a la fuerza, en el plan amatorio de Gabriela:

*Dios no quiere que tú tengas
sól, si conmigo no marchas.*

Esta suerte de religiosidad que limita con la línea oscura del fatalismo pagano tiene su expresión cimera en los Sonetos de la Muerte. Consumada la traición del amante y luego del suicidio, dicta Gabriela su sacrílega sentencia:

voto el pacto enorme tenías que morir...

Entre los dispositivos de la creación mítica, la muerte del amante —“se desvistió la barca rosa de su vivir”— es un requisito necesario, lógico para el eficaz funcionamiento del mito, visto desde el ángulo estrictamente subjetivo en que se genera.

Mientras la criatura de carne y hueso —real o presunta semilla del mito— no se desvista de su temporalidad concreta, subsiste el riesgo inminente de que aquélla pulverice el fruto del proceso mítico o, por lo menos, de que sea siempre posible su virtual cuestionamiento. La muerte, sólo la muerte, elimina estas amenazas y aumenta en grado creciente la eficacia psicológica, moral y poética del mito. Su poder, a esta altura, es incomparablemente superior al del núcleo de carne y hueso del cual naciera.

Así lo canta reiteradamente la propia Gabriela. En su poema “La Condena” expresa el vigor imperativo del mito encapsulado en ultratumba:

*el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos,*

y, en “Los huesos de los muertos”, explicita:

*Los huesos de los muertos
pueden más que la carne de los vivos.
¡Aun desgajados hacen eslabones
fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!*

El cautiverio amoroso que los muertos imponen es la contrapartida del desaire del amante; es la compensación anhelada, lograda más allá del tiempo y del espacio; es la realización del sueño más secreto: el de los “eslabones donde nos tienen sumidos y cautivos”.

Esta nueva dimensión del amor, enteramente inserta en el ámbito mítico abre las puertas al sueño posesivo de Gabriela —la unión total entre ella y el amado— y la pone a cubierto de la odiable y odiosa eventualidad de ser reemplazada por otra mujer.

Su poema “El Vaso” nos entrega la imagen de su sentimiento maternal posesivo y nos la entrega con acuciosa pulcritud; diríamos, además, con desnudo

crueledad, amén de que en este poema reaparece el rigor de los celos de Gabriela Mistral.

Así dice:

*Yo sueño con un vaso humilde y simple arcilla;
que guarde tus cenizas cerca de mi mirada.
Y la pared del vaso será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguada...*

Y prosigue:

*Pasarán las mujeres cargadas de gavilla
y no sabrán que amaso el lecho de un esposo,
y mi mirada inmensa será tu único manto.*

La clave de la unción amorosa de Gabriela y del sentido absolutizador del amor nos la da el tercer verso de la estrofa inicial: "y la pared del vaso será mi mejilla...".

Por su parte, en la siguiente estrofa, su segundo verso contiene la venganza suprema de sus celos: "y no sabrán que amaso el lecho de un esposo...". Este verso, amarrado a los del poema "La Condena":

*el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos...*

revela, con inequívoca claridad (macabra claridad, agreguemos), en última instancia, que, el *imperativo del mito encapsulado en ultratumba* es una versión original de una idéntica matriz de fabulación mítica reiteradamente presente en toda su obra. Dicho de otro modo: Gabriela crea al amado; decreta su muerte; otorga fuerza de mandato a sus huesos; ella, en fin, autocrea todos y cada uno de los componentes del mito.

El mito es, por consiguiente, ella misma, desdoblándose para "ser líricamente" lo que no puede ser históricamente. Esta no es una inferencia abusiva. A la inversa, es una conclusión ceñida rigurosamente a la ley básica que rige su fabulación poética. La propia Gabriela lo insinúa con acento conmovedor. Es la confesión de un atormentador secreto traído a la luz por la autenticidad de su hacer poético.

En "Coplas", cuando "araña la ruin memoria", declara:

*Tal vez lo que yo he perdido
no es tu imagen, es mi alma,*

*mi alma en la que yo cavé
tu rostro como una llaga.*

Después de esto, "sobran" —en verdad— todas las palabras. Gabriela cavó en su alma el mito del amado y de su maternidad imposible que "como una llaga" atormentó su dura existencia.

Imposible describir con más lúcido dramatismo el germen de la mitogénesis poética de Gabriela Mistral. Imposible, por último, desentrañar más hondamente la raíz del mito de su maternidad carnal frustrada. Terrible mujer ésta que pudo llorar su desesperanza, no obstante su poderosa voluntad de resarcimiento, con voz simple, honda y como de cisne en el segundo anterior al declinar de su canto vespertino:

*Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida.*

LA MITOGENESIS DEL HIJO EN LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL

*Ser en la mesa el dado
y ser el jugador...*

G. MISTRAL

¿Qué niño de habla española no ha oído, alguna vez, las rondas y canciones de cuna de Gabriela Mistral? ¿Qué madre chilena —quizá creyéndolos anónimos— no ha modulado esos poemas de amor junto a la cuna del hijo?

No por ser lugar común habrá que silenciarlo: sólo la ternura materna pudo arrancar del corazón de Gabriela himnos tan bellos. Este logos poético no consumió todo el fuego que logró convertir en pavesa el alma de esta chilena con intenso soñar en el fruto de sus entrañas. Hay un logos metafísico en su fabulación en torno del hijo, cuyo estudio nos conduce, otra vez más, a la mitogénesis poética de la Mistral.

Partamos precisando el esquema racional que embarca, en su punto de partida, el itinerario que la llevó a crear nuevo mito en su obra, inevitable, por lo demás, a la luz de lo que hemos vislumbrado respecto a su visión de la maternidad carnal ensoñada. En este sentido, hay una línea de firme coherencia lírica que, repetimos, se traza por el Sueño y los sueños.

Conocemos la categórica afirmación de Gabriela sobre la vocación primaria de toda mujer. Ese llamado esencial ha sido por ella definido en los versos ya transcritos, correspondientes al poema "La Mujer Estéril":

*La mujer que no mece a un hijo en el regazo
tiene una laxitud de mundo entre los brazos.*

Semejante convicción, inscrita en lo impersonal y genérico, desciende pronto a su plano experimental íntimo. Ello se advierte en el epílogo del mismo poema, cuyo dramatismo se forja por el contraste entre la singular riqueza de la maternidad real con el vacío indecible de la mujer a quien le ha sido negado la plenitud del fruto del amor:

*¡Y una mendiga grávida, cuyo seno florece
cual la parva de Enero, de vergüenza la cubre!*

En "El poema del hijo" —ya lo hemos señalado antes— Gabriela clama por la carne de su carne, mendiga ingrávida, porque sabe que se juega, en el grito, su radical dimensión de mujer. Ese grito es reiterado sin ornamentación retórica, tal cual surge —limpio, angustiante— de su propia entraña:

*¡Un hijo, un hijo! yo quise un hijo tuyo
y mío...*

Aquí se conjugan las dos fuentes generatrices de su vida y de su re-hacer lírico: por un lado, su propio vacío existencial; por otro, ansias de plenitud vital y de plenitud poética. Ese "yo quise un hijo tuyo y mío..." dinamiza la interioridad de Gabriela hasta el gesto heroico de concebir en el Sueño, de crear el mito poético del hijo. Sólo así cubre de voces su silencio y su soledad, de alegría:

*Tu fiesta, hijo mío,
apagó todas las fiestas...*

Y, en otro de sus poemas:

Pero yo la que te mece...

pero yo la que te estrecha...

*pero yo la que te oprime,
yo no tengo soledad.*

El aire de letanía de estos versos cincela la joya que anheló en su vida y que, de modo supletorio, alhajó su poesía: "yo no tengo soledad...".

La fabulación mítica del hijo —como toda su obra poética— tiene honda raíz en su experiencia bio-gráfica, no importa si histórica o fantaseada. En este caso preciso, confirmándose una hipótesis ya adelantada, la actitud de Gabriela Mistral es extrañamente dual y, en apariencias, contradictoria. Sí, en aparien-

cias, porque en el fondo de su hacer vital-poético pervive un hálito consustancial a su estructura anímica que disuelve, a un nivel de conciencia oscuro, el antagonismo realidad-sueño, superestructura síquica que funciona más allá de la lógica del hombre despierto.

Nos lo dice ella misma en "País de ausencia":

*Parece una fábula
que ya me aprendí
sueño de tomar
y de desasir.*

En el "sueño de tomar y de desasir..." pregona su grito: "un hijo, un hijo, un hijo...", con la misma honestidad con que reconoce el alucinador vacío existencial que levanta murallas impalpables, vedándole la materialización del sueño:

*Muro fácil y extraordinario,
muro sin peso y sin color,
un poco de aire en el aire...*

Agreguemos: suficiente entidad la del "aire en el aire..." para la alegría de fabular deseos acuciantes:

*Aleluya por el tenerte
para cosechas de fábulas.*

Aleluya, además, con fuerza expansiva inatajable, más necesitado de participar a los otros que si el hijo fuera de carne y hueso. En voz alta, sin ocultamientos, ni vergüenzas que le cubran la cara, en sitio público, Gabriela anuncia la nueva de su sueño:

*Y yo iré, entonces, voceándolo
como una loca por los pueblos,
con un pregón que van a oírme
las praderías y los cerros.*

La transferencia de su venganza en el poema —"con un pregón que van a oírme"— es un efecto necesario de la acumulación de las energías líricas que se va produciendo en el largo ensoñamiento de la poetisa; sus imágenes oníricas prefiguran el cuerpo mítico del hijo. En "Palmas de Cuba" canta Gabriela Mistral:

*Duermo mi siesta azuleada
de un largo vuelo de cigüeñas
y despierto si me despiertan
con un silbo de tantos pechos.*

Dicho de otro modo por ella misma, en la línea de nuestra interpretación central del hacer poético-vital de Gabriela:

*El Angel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño.*

He aquí la prueba de que una "mujer que no mece a un hijo en el regazo..." carece de proyecto vital, como sucede con la granjera de que nos da noticias la Mistral en el poema del mismo nombre:

*Para nadie planta las lilas
y poda las azaleas,
y carga el agua para nadie
en baldes que la espejean.
Abre rejas sin que llamen,*

*sin que entre nadie, las cierra
y se cansa por el sueño
que la toma, la suelta y la deja...*

Son admirables los rasgos de este cuadro alucinador; en su centro, palpita la autoconciencia de mujer que "carga agua para nadie..."; en ella se espejea, es decir, se ilumina su vacío interior; en último término, adquiere la sabiduría desgarradora de sentirse juguete del sueño que "la toma, la suelta y la deja...".

La necesidad angustiada de superar esta dolorida lucidez de mujer sola —irrealizada— obra en Gabriela el prodigio de su creación lírica, milagro consistente en sustituir el vacío real por el mito. Hay, sin embargo, en esta delicada operación, cierta zona de torturante penumbra que dificulta el esclarecimiento de los mecanismos psicológicos y poéticos que se conjugan estrechamente a lo largo del proceso creador.

¿Cómo entender, por ejemplo, el sacudimiento espiritual y visceral que provoca en Gabriela su anhelo de espejarse en el hijo de su carne y de su sangre y entender, simultáneamente, el sentido de terribles anatemas cristalizados en otros de sus poemas?

Retornemos al "*Poema del Hijo*". Resulta legítimo pensar que este poema es cronológicamente posterior a la anécdota del suicidio del amado, como lo son, obviamente, sus Sonetos de la Muerte.

Cuatro hitos en el poema que nos ocupa. ¿Qué dice, primero, Gabriela?

*Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno
que sólo por ser tuyo me hubiera abandonado.*

Imposible no evocar de inmediato, a contraluz, el estremecimiento de su anhelo materno registrado poco antes en este análisis:

*¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío...*

Se completan los dos versos primeros con otros cuatro en los que Gabriela entronca, de modo patético, una suerte de profecía posterior de los hechos —“cuarenta lunas él no durmiera en mi seno...”— con la más terrible confesión personal que de la poetisa conozcamos:

*Y el horror de que un día con tu boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
¿Por qué ha sido secunda tu carne sollozante
y se hincharon de néctar los pechos de mi madre?*

La requisitoria filial de Gabriela es —creemos— la más desnuda expresión de su frustración íntima de mujer sola. ¿Por qué este espanto en los ojos de nuestra poetisa a la vista del hijo que tanto soñó tener con el amado suicida?

El horror de mecer en sus brazos al hijo de ese hombre, ¿no esconde por debajo de su corteza anecdótica, una carga invencible de timidez, de temores, de inseguridad radical en sí misma?

Aquí descubrimos —nos parece— la trama profunda que, como en el sueño de la granjera, esteriliza los mecanismos de autodecisión de Gabriela Mistral. No atina a movilizar sus infinitas energías amorosas; sólo atina al escapismo, la creación del mito del hijo, pan de su alma hamletiana.

En este contexto es posible comprender (plano emocional en que hasta la piedad está ausente) ya en el centro del vértigo, la alegría triste de Gabriela frente a la muerte del amado y comprender, además, su egolátrica conformidad por el hijo que nunca llegó.

Apuntamos al tercer hito del poema, el que refleja los contrapuestos sentimientos de la poetisa:

*Siento el amargo goce de que duermas abajo
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera
mi mano, por dormir yo también sin trabajos
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.*

Cuatro versos que entrelíneas —como roca sustentándolos— evidencian la consolidación final de sus creaciones míticas; éstas, ante la nueva realidad abierta por el disparo suicida, quedan a salvo de cualquier confrontamiento; su vali-

dez subjetiva es incuestionable; su eficacia psicológica, absoluta. El mito del amado y el del hijo son ya realidades. Ella los posee y ella es poseída por sus mitos.

Esta pobre alma de mujer sola corroborará, en el verso final del poema —cuarto hito— (una suerte de paráfrasis invertida de la salutación del Angel a María) su definitiva venganza frente a la vida. Dirá Gabriela (cuesta aceptarlo fríamente, pero, debe entenderse en la línea de su mitogénesis poética) la más sobrecogedora confesión que de boca y corazón de mujer pueda apenas imaginarse:

¡Y bendito el vientre que en mi raza muere!...

Esta paralizante bendición nace —lo sospechamos— de las últimas reservas síquicas de autodefensa que Gabriela moviliza con la esperanza recóndita de salvaguardar sus mitos, para siempre. En la medida en que su carne no se prolonga en el hijo, a través del amado, se van gestando en las entrañas espirituales de la poetisa las formas ideales de la fecundidad mítica. Intento, en definitiva, de equilibrar las contingencias negras de su historia precedera con el peso de sus deseos. Camino de salvación personal... mitogénesis poética y vital; realización lírica como mujer. Una nueva y diferente razón vital transita por este camino de compensación y es la que hace posible que Gabriela continúe su peregrinaje en soledad. De otro modo, sin este sustituto, el mundo en torno de ella, sin humana compañía, la habría penetrado hasta el centro de su ser robándole el sabor —no importa si amargo— de vivir.

Ella lo sabe; así lo siente y lo canta, con unos versos de potencia expresiva sin igual, en su poema "Recado de Nacimiento para Chile":

*Todo me sobra y yo me sobro
como traje de fiesta para fiesta no habida...*

La conciencia de "sobrarle todo" y de sobrarse ella a sí misma, como "traje de fiesta para fiesta no habida", toca el límite de sus motivaciones existenciales; más allá, el pozo de la desesperanza total, la quiebra definitiva de su resorte vital.

Mil formas poéticas expresan este riesgo terrible en la obra de Gabriela, desde los versos de "Dios lo quiere":

*Baldías del hijo, rompo
mis rodillas desoladas...*

hasta la más genérica formulación de lo que es el vacío de amor en la vida de "Mujer Prisionera":

*En lo obscuro, mi amor que come moho
y telarañas...*

Es hora de concluir. Porque ella misma ya concluye su camino de salvación, el de la creación de sus mitos. Entendámosla cuando nos dice, como palabra de despedida:

*Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo...*

Amor de salvación. En los poemas de Gabriela están esas cosas sobreviviendo, y ella, en medio de esas ausencias, sobreviviendo también; son sus mitos y, ella misma, un mito.

LO RELIGIOSO EN LA POESÍA DE GABRIELA MISTRAL

*Ser en la mesa el dado
y ser el jugador...*

G. MISTRAL

En páginas anteriores, hemos aludido de modo incidental a "lo religioso" en la mitogénesis poética de Gabriela Mistral. Quisiéramos, ahora, con "temor y temblor" (dicho sea sin retórica), no sistematizar, pero, ordenar nuestras propias impresiones en torno a lo religioso en la obra de la poetisa, sobre las bases de las evocaciones y resonancias que germinaron en nuestro espíritu al conjuero de sus poemas. No abordaremos, por tanto, el problema religioso desde su ángulo estrechamente formal, ni la vieja cuestión de si Gabriela profesó la religión católica en el sentido más vulgarizado del término. Ella con su Dios, en su hora, habrán hablado sobre tales asuntos. Respetemos la intimidad, magnitud y misterio de ese diálogo.

Nos preocupa aquí, si es permisible esta licencia, la *encarnación lírico-histórica del sentimiento religioso* en Gabriela Mistral o, lo que vale igual, precisar *el papel que ella hizo jugar a Dios en su vida y en su obra*. Así enfocado el problema, puede juzgarse una irreverencia. Acaso lo sea. Pero, desde esta perspectiva resulta viable aclarar la gran cuestión. Se da el caso de que los términos de la relación (re-ligio) -Dios-criatura- sufren sustancial alteración en la praxis religiosa de la poetisa. Ella trastorna el orden de los factores en juego dinamizando de manera singularísima su sentimiento religioso.

La religión de Gabriela Mistral (vinculación interpersonas: criatura- Creador)

consiste en un llamar sostenido de la criatura al oído de Dios para que Este "responda" de su obra. Si aceptamos que la relación es reversible (Dios-criatura-criatura-Dios), sostenemos que Gabriela transita más en la dirección que va desde el hombre hacia su Creador en un modo de acosamiento insistente al Dueño Divino. Esta no es una nota diferencial secundaria: trastorna la dialéctica consagrada sobre la materia; es decir, la actitud de súplica, ruego o solicitud de amparo se vuelca en un alertar la responsabilidad de Dios frente al hombre.

Este viraje constituye punto de partida para la cabal inteligencia de lo religioso en Gabriela Mistral. La actitud religiosa de interpelación se evidencia de mil maneras en la obra de nuestra poetisa. Tendremos oportunidad de comprobarlo. Sin embargo, hay cinco poemas de "Desolación" que proyectan la mayor luz sobre este aspecto sustantivo de la vida y obra de Gabriela Mistral.

Estos poemas son: "El Dios Triste"; "Tribulación"; "El ruego"; "Dios lo quiere"; "Interrogaciones". Son estos poemas hitos muy significativos en la trayectoria religiosa de nuestra poetisa; les dedicaremos especial consideración, aunque no excluyente.

De qué modo opera en Gabriela el proceso de familiarización entre la criatura y su Creador; cómo funcionó, "en las cimeras del alma" —son sus palabras—, la participación de Dios en la soto-historia de la Mistral; en fin, cuáles fueron los recursos de que ella se valió para la renovada encarnación mística del Verbo en "su" tiempo —el de Gabriela— y en "su" vivir, son cuestiones capitales que nos interesa dilucidar hasta lo posible y a la luz de su propia obra poética.

Tal vez si "El Dios Triste" nos aproxime al pórtico del hogar religioso de Gabriela, tan pleno de luces humanizadoras y de sacras oscuridades.

Recordemos ese poema:

I

*Mirando la alameda, de otoño lacerada,
la alameda profunda de vejez amarilla,
como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla.*

II

*Y en esta tarde lenta como una hebra de llanto
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño, un Dios sin ardor y sin canto
¡y lo conozco triste, lleno de desaliento!*

III

*Y pienso que tal vez Aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de locura embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.*

IV

*Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza;
su mirada hacia mí como lágrima rueda
y esa mirada mustia me inclina la cabeza.*

V

*Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
"Padre, nada te pido, pues te miro a la frente,
y eres inmenso, ¡inmenso! pero te hallas herido!*

Lo primero que este poema subraya es el esfuerzo de Gabriela por "hominizar" a Dios. La tarea se ejecuta desde dentro del alma melancólica de la poetisa, trascendiéndola; su estado de ánimo otoñal, potenciado al crepitar de las hojas caídas, despierta en ella la imagen de un Dios con los atributos de la Naturaleza declinante y con los de su propia alma sumida en profunda tristeza:

*Mirando la alameda, de otoño lacerada...
por la alameda de oro y de rojez yo siento
un Dios de otoño...*

*Se oye en su corazón un rumor de alameda
de otoño: el desgajarse de la suma tristeza...*

¡Y lo conozco triste y lleno de desaliento...!

El hombre y la naturaleza —creaturas de Dios— proyectan sus deficiencias estacionales sobre el rostro del Creador, estructurándose una trilogía confusa cuyos elementos se tiñen de connotaciones antropomórficas hasta casi perder sus respectivas identidades.

El desdibujamiento de cada uno de los componentes de dicha trilogía (hom-

bre-naturaleza-Dios) deriva hacia una síntesis nueva, líricamente consistente y una, cuyo eje es la propia poetisa. A través de esta línea radicalmente subjetiva, de enorme eficacia desde el punto de vista poético, pasan Dios y la Naturaleza. Ambos reciben, durante el tránsito, los signos —estigmas— del desfallecimiento espiritual de Gabriela; ella los arrastra tras de sí y los inserta vitalmente en su propia vorágine.

Visión humanizada de la Naturaleza. Visión antropomorfa de Dios. Proceso de transustanciación lírica cuyo centro germinal reside en la criatura humana. Sentido, por último, homocéntrico de la vida, de la historia, del cosmos...

Puntualicemos nuestro análisis.

El proceso de familiarización (Poeta-naturaleza-poeta-Dios) se inicia por la disposición contemplativa de la Mistral: "mirando la alameda...". Pero, simultáneamente, un extrovertirse su sentir hasta tocar lo medular del objeto contemplado, es decir, hasta transformarlo, convertirlo realmente en paisaje, trozo de naturaleza enmarcado e iluminado por ojos humanos. La mirada de Gabriela viste de llagas el otoño (valga su propia imagen):

mirando la alameda de otoño lacerada...

Retengamos aquí una característica típica del contemplativo a lo cristiano. Si fuera lícito el binomio de términos opuestos, diríamos que esta condición específica tiene una sola fórmula: la contemplativo-activa. El abrirse el alma para ser poseída por "lo visto" no anula las virtualidades concientes del yo; al revés, en el alma penetra lo contemplado enriqueciéndola, pero, refractándose, luego, y enriqueciendo, a su vez, lo contemplado con las vibraciones íntimas del sujeto: mirando la alameda de otoño lacerada... Proceso de humanización (hominización) de lo contemplado activa y líricamente.

En igual sentido por consiguiente, deberíamos ajustar nuestra óptica interpretativa respecto a la visión de la Naturaleza que nos entrega todo el poema "El Dios Triste". El movimiento de la naturaleza otoñal ("tarde lenta..."); su sopor de tristeza ("como hebra de llanto..."); su cromatismo y su declinar físico ("vejez amarilla..." "alameda de oro y de vejez..."), todo está transido por un alma que contempla creativamente a la naturaleza.

Desde este estadio del proceso creador —humanizador y homocéntrico— Gabriela asciende hasta Dios o, más propiamente, reedita el descendimiento histórico del Verbo, sin desvincularse ella, ni desvincularse del área contemplada en que posa su mirar y su corazón entristecido.

Dentro del espacio y del tiempo que le ha sido dado, Gabriela se impone el deber de re-descubrir a Dios en sus criaturas:

*Como cuando camino por la hierba segada
busco el rostro de Dios y palpo su mejilla...*

La búsqueda queda signada por el otoño lacerado, de hierbas segadas y "en tarde lenta como una hebra de llanto...", es decir, en un escenario de despojamiento vital que incita, con instintivo apremio, a caminar "por la alameda profunda de vejez amarilla..." hacia la fuente de la Vida. En su borde, como próxima a palpar su mejilla, Gabriela siente un Dios de otoño, un Dios sin amor y sin canto...

Su experiencia religiosa, iniciada al contacto de la Naturaleza, prosigue con el hallazgo de un Dios participante del desvalimiento de sus criaturas.

No es posible imaginar un cúmulo mayor de deficiencias humanas que el que Gabriela adjudica al Dueño Divino. Ella lo conoce "triste, lleno de desaliento", "de mano laxa y mejilla cansada", oyendo en su corazón (en el de Dios) "un rumor de alameda de otoño: el desgajarse de la suma tristeza...".

He aquí la síntesis antropomorfa de la visión de Dios que Gabriela "siente" y nos revela en este poema. Recordemos los momentos de tan singular experiencia: primero, apertura espiritual de Gabriela, actitud contemplativo-activa; segundo, inmersión de la Naturaleza en las aguas profundas, lentas, entristecedoras del alma de la poetisa; tercero, como desde el fondo del pozo de lo creado, emergiendo el Creador con las miserias de sus criaturas.

Visión humanizada de la Naturaleza. Visión antropomorfa de Dios.

Este proceso se entronca con la trayectoria no lineal, sino cuajadas de revisiones, en la experiencia religiosa de la Mistral. Ella lo dice:

*Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer...*

En una hora triunfal de su vida, Gabriela, "de locura embriagada", sentía a su Dios como "aquel Señor tremendo y fuerte" de que nos hablan los profetas de la Antigua Ley, el Jahvé de brazo armado, vigilando y conduciendo la liberación de su pueblo. En una nueva etapa de su existencia, registradas en su corazón mil batallas sin botín, salvo el último fruto del guerrear ascético con la vida, una radical incertidumbre muerde su corazón religioso y tiene hacia Dios el puente de la duda, construido con estremecedora limpieza espiritual y expresado mediante un medular decir poético:

*Y yo pienso que tal vez aquel tremendo y fuerte
Señor, al que cantara de locura embriagada,
no existe, y que mi Padre que las mañanas vierte
tiene la mano laxa, la mejilla cansada.*

Este Dios de "mirada mustia" no erosiona, sin embargo, la sólida y tensa voluntad de fe amorosa de Gabriela a su Creador. Desde la fuente misteriosa de su poder, surge renovada forma de supremo amor en Gabriela: el que la crea

tura siente por el "Dios de la suma tristeza", Aquél que exclamara —ella lo sabía— "Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado...", y al cual, como condigna respuesta de amor humano ya realmente divinizado, traspasado por el Amor mismo del Creador, Gabriela canta:

*Y ensayo otra plegaria para este Dios doliente,
plegaria que del polvo del mundo no ha subido:
"Padre, nada te pido, pues te miro a la frente
y eres inmenso ¡inmenso!, ¡pero te hallas herido!*

Solidaridad de la criatura doliente con su Creador herido. Suprema audacia de amor que Gabriela ejercita con inédito vigor religioso-poético. Punto cumbre del proceso de familiarización —hominización— compenetración mística, acaso, de la criatura con el Creador; momento desde el cual podrá ensayar una vía original de alianza religiosa.

En los términos de esta alianza, y entendida su génesis radicalmente humana, se nos esclarece el sentido reverente del diálogo entre la poetisa y Aquél que le regalara el don de la Palabra, no obstante las irreverencias formales que suelen distribuirse a lo largo de sus poemas propiamente religiosos.

Intentando una explicación de este "tuteo" entre la poetisa y su Dios, nada nos parece más apropiado que resumir su actitud como la de *mujer de fe pristina* que en su historia y en su soto-historia, a Dios y a El se entrega, pese a las caídas recurrentes. Pudiéramos, tal vez, pensar que Gabriela, sin apurar los términos, fue criatura mística a quien el polvo del camino desdibujó, por dentro, las formas y recursos de alcanzar la cima.

Mujer de fe pristina, no al estilo racionalista-tomista, sino, más bien, en el ámbito vital agustiniano en el cual se siente a Dios visceralmente, vale decir, con fe asediada por dudas que, en veces, fortalecen y, en otras, debilitan hasta el límite, sin traspasarlo jamás porque, en última instancia, su modelo es Cristo cuya suprema lección humano-divina se contiene en la inenarrable pregunta: "Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?".

En "Nocturno de la Derrota" de TALA, Gabriela Mistral nos aproxima a su experiencia religiosa de un modo muy directo. Esos versos trasuntan la agonia —lucha— de la poetisa cristiana que compara el ideal evangélico —"Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto"— con los renuncios de su vida religiosa:

*Yo no he sido tu Pablo absoluto
que creyó para nunca descreer...*

*Yo no he sido tu Santo Francisco
con su cuerpo en un arco de amén...*

*Yo no he sido tu fuerte Vicente
confesor de galera soez,
besador de la carne perdida...*

Hay zonas del alma de Gabriela y tramos de su historia en los cuales la duda impera —Yo no he sido tu Pablo absoluto—; o la rebeldía frente a los designios providenciales —Yo no he sido tu Santo Francisco con su cuerpo en arco de amén—; o la repulsa frente a la llagada miseria del hermano —Yo no he sido tu fuerte Vicente...—. Es una hora negra e insondable de soledad, de dramática crisis religiosa que Gabriela misma confiesa.

Se apaga Cristo en mi pecho

Este apagamiento tiene una dimensión histórico-vital en que se conjugan el sentir y el vivir religioso de la poetisa. La fe de Gabriela rechaza, por íntimo mandato, cualquier esquematización teológica ortodoxa y se "carnaliza" en el Cristo histórico —el de las carnes en gajos abiertas— en el Cristo que ella amaba como a ninguno, el de la Cruz— la invisible y la cierta como una ancha montaña... a la que reza en otros de sus poemas.

Fe carnalizada de Gabriela; fe enraizada en la historia del Hombre-Dios cuyo amor lo deifica. Finalmente, sin ser ella Pablo absoluto, sin que su vida haya sido siempre "un arco de amén"; sin practicar en plenitud la caridad de Cristo, proclama Gabriela, sin embargo, su fe en El de la manera más radical que es posible al ser humano, porque su fe pervive y se asienta en lo "invisible y cierto", en las dos connotaciones rigurosamente definitivas de toda fe auténtica.

Lo "invisible" y lo "cierto", coordenadas del hombre religioso que delimitan el espacio vital de la Esperanza y el sentido de la existencia; que autosostienen a Gabriela en la presencia sentida de Dios desde el primer amanecer y durante todo el transcurrir de su tiempo:

*Creo en mi corazón que cuando canta
hunde en el Dios profundo el flanco herido,
para subir de la piscina viva
como recién nacido...*

y hasta su hora final, cuando Gabriela Mistral pudo rezar su cercana epifanía de alma naturalmente cristiana:

Siento que Dios me va haciendo dormir...

NARRACION

Arturo Griffin Ríos

Este diario solemne

(Prólogo de 1955)

No es pródiga nuestra literatura en memorias y menos de la naturaleza de las que forman el presente volumen. Se publica años después de acaecidos los acontecimientos y en vida del autor y de sus personajes, algunos plenamente identificados, otros bajo el leve y picante disimulo de sus iniciales y, los menos, piadosamente disfrazados de otros nombres. Corre el autor el grave riesgo de que, al no coincidir la imagen que de sí tienen en el recuerdo con el retrato de época que en estas páginas se da, se sientan heridos. Porque estas memorias son auténticas en hechos y actores. Expurgadas, pero auténticas. Arturo Griffin ha eliminado de su "Diario" muchas páginas de su evolución interior, algunas escenas cuya fuerza corrosiva tocaría a seres que ya se han desprendido del yo grotesco o cruel que actuó en dicho instante, unas pocas cartas que dirigió el Griffin aún niño al Griffin de 1960. Hemos tenido los cuadernos originales en nuestras manos y lamentamos estas mutilaciones explicables y necesarias.

Lo que resta es la visión de un muchacho sobre sí y el mundo que lo rodea durante los tres cursos que completan sus estudios finales de Humanidades. Hemos sido como profesor, testigos de numerosos hechos que registra el "Diario" y podemos atestar su veracidad, aunque nos sorprende el ángulo de enfoque que tuvo el adolescente para definirlos. Los quince, los dieciséis y diecisiete años miran el contorno, lo juzgan y lo sufren, y cada uno de estos pasos temporales, aunque modifique su escala de valores, guarda la unidad de la personalidad del autor en lo que tiene de implacable, irónica y sentimental. El "Diario", siendo verdad, es Griffin puro. Corrientes de subjetividad y objetividad se entremezclan y convierten la historia real en expresión de un alma, sin que pierda su doble autenticidad.

Griffin recoge en su "Diario" lo habitual: sesiones de la Academia del cole-

gio, fiestas de disfraces, inauguración de bibliotecas, despedidas de profesores, visitas a niñas buenas mozas, pero escoge de estas escenas lo extraordinario dentro de lo habitual: una suma de máximas de temperatura, la curva de excepción en su vida y en la de los demás. Obtiene de este modo, y sin quererlo, acusados perfiles; la vida pierda su monotonía y se explica la intermitencia en el registro de sus impresiones.

Además, y esto lo señalo como un valor futuro, su capacidad de admiración y de observación le lleva a fijar acciones y pensamientos de compañeros, como Armando Uribe y Carlos Ruiz-Tagle, que se distinguen, dentro de su generación, como valores en la poesía y en el cuento. Conserva de este modo, viva y fresca, la imagen infantil y luego adolescente de dos escritores.

En lo que vamos diciendo se establece la seriedad de fondo de este "Diario", lo que Griffin denomina su solemnidad, quizá en su acepción antigua y desusada aplicable a lo que se hace año tras año, o en la vigente, de formal, grave, firme, válido y acompañado de circunstancias importantes. Porque todo lo que aquí acontece es de mucha entidad para el adolescente casi diría trascendental. O en su otra acepción de crítico e interesante, porque en cada acto registrado en esta serie de reflejos de vidas, hay una crisis vital, una confrontación dolorosa entre el sueño y la realidad, entre el deseo y el hecho. Pero esta solemnidad es ininteligible para los demás, imposible de captar en su último dramatismo por la gente mayor e incluso para otro adolescente, que sólo entiende su propio drama y su propia soledad. De aquí que la cualidad primera de estas páginas sea ese sutil desequilibrio entre el fondo y su apariencia, entre la tragedia y lo grotesco: en síntesis, su humorismo. Una gracia que se hace mofa, una mojiganga escolar que oculta al ser humano que presenta. El tiempo ha agregado a estas páginas la terrible diferencia que ha impreso la historia a la mentalidad y al mundo que se le ofrecía entonces y constituye y rodea al niño de hoy, aunque, en el fondo, haya siempre una nueva posibilidad. Por eso, en el recuento, sus espectadores nos sentimos bajo el halo dorado de la nostalgia.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Diario Solemne

1948

CUARTO AÑO DE HUMANIDADES

22 de marzo. Como las clases empezaron el diecisiete, he tenido mucho que hacer con la compra de los libros y cuadernos. Los profesores nos han dado largos discursos en los que se ve claramente su buena fe. El más dramático de todos ha sido el de don Pedro Núñez sobre la importancia de su ramo, la Música. Borró, sin embargo, el buen efecto de sus palabras pasándonos un prospecto de propaganda del Conservatorio Palestrina, que él dirige.

7 de abril. A. B. es un malvado, a pesar de ser tan inteligente. Hoy, por ejemplo, se entretenía en clase en ahogar moscas con gotas de tinta, moscas a las cuales, previamente, había despojado de sus alas.

22 de abril. He estado hablando con el Padre Huard sobre cómo será el nuevo colegio, en el barrio El Golf. "Cuando esté listo, con internado y canchas de juego, yo estaré con barba blanca y ustedes habrán egresado de la Universidad", me ha dicho¹.

Sábado 24. Vinieron Carlos Ruiz-Tagle y Alfonso Márquez en una moto para convidarme a ir a vender la revista "Vida Nueva", casa por casa. Tuvieron la gentileza de no pedirme que empezara yo por comprar una. No acepté, porque tenía entradas para ver "Lo que el viento se llevó". No me gustó la película, salvo los paisajes y la belleza de la actriz. Sólo sirve para hacer pensar que hay gente más mala y miserable de lo que uno se imagina.

17 de julio. Ayer cumplí quince años. Vino Carlos Ruiz-Tagle a jugar ajedrez. Yo no le había dicho que era mi cumpleaños. ¡Son días tan iguales a los otros! Estábamos en el comedor, que tenía una salida al living y una ventana. De repente se oyeron voces. Se abrió la puerta del vestíbulo y aparecieron tres de mis tías, avanzadas de sus respectivas familias. Carlos se negó terminantemente a saludarlas. Dijo que se iba, que odiaba en general a todas las tías, especialmente a las propias. Saltó por la ventana y se fue. Mi tía Victoria me abrazó y tuvo que mirar con dureza a Manuelito para que me entregara los

¹El nuevo colegio, dedicado a Seminario de la Congregación, está en funciones. El Padre Huard conserva el color natural de su cabello y no tiene barba.

patines que me regalaba. Después me dijo que estaba más gordo y más crecido e hizo aspavientos. Siempre que me ve me dice lo mismo. Si fuera verdad, ya pasaría de los cien kilos y mediría dos metros.

28 de junio. Generalmente andamos todos muy mal vestidos, con los uniformes sucios y los cuellos de las camisas doblados. Carlos Ruiz-Tagle es quien menos cuida de estas exterioridades. Pedro Fontaine, el mejor vestido del curso. Hoy Carlos llegó tan destartado (nunca usa abrigo, por convicción) que daba miedo, pero su traje no era de uniforme. "Ando pituquito", nos dijo observándose con desprecio. Pedro Fontaine lo quedó mirando y después se pasó la mano por la frente y no dijo ni una, ni una sola palabra.

25 de julio. Estoy escribiendo a la luz de las velas de un candelabro porque hay racionamiento de electricidad. Voy a hacer algunas anotaciones respecto del carácter de varios compañeros de curso:

Augusto A. Desde que lo conozco ha sido el primero de la clase, el mejor alumno. Cuando estábamos en quinta preparatoria, nos dijo a mí y a Ruiz-Tagle (los tres no hacíamos gimnasia, premunidos de llorados justificativos) que si Chile no le daba un puerto a Bolivia, por un tratado secreto Brasil se lo daría². ¿Cómo habrá sabido esa noticia? Volviendo a su carácter, he de decir que es el que está mejor informado de todo lo que pasa en el colegio y los Padres lo consultan sobre la extensión de las pruebas, sobre la mentalidad del alumno chileno, sobre la forma en que el curso los aprecia a ellos. Como jefe de curso es algo vanidoso, nos mira a todos en menos y ha despertado a su alrededor la sorda envidia de los compañeros menos capacitados. Llegará muy alto.

C. R. Gordo y grande. es, como todos los gordos, alegre. Tiene la curiosa idea de hacer reír aunque sea a costa de sí mismo, y lo consigue haciendo muecas y sacándole la lengua a los profesores. Logró plenamente el efecto buscado cuando un profesor se volvió inesperadamente y le dio una dolorosa y sonora reprimenda³.

C. R. T. Es el "buen compañero". Si todos los alumnos poseyeran su inteligencia y compañerismo, sería un curso perfecto. Es un excelente jugador de ajedrez. Se remontará muy alto en lo que se dedique y siempre será un valor donde se encuentre. Tiene una mente ágil. Es un modelo de joven cristiano. De todos los alumnos es el que más estimo. Posee todas aquellas cualidades que, bien dirigidas, le harán llegar a la inmortalidad⁴.

²Los problemas internacionales han preocupado siempre a los alumnos de preparatorias. Años anteriores, la convicción que expresaban de manera absoluto era que si Estados Unidos atacaba a Chile, Japón vendría en su ayuda.

³C. R. ha reaccionado. Ahora está flaco.

⁴El autor no precisa a qué inmortalidad se refiere. Von Aecksal plantea al respecto un

Gerardo [Blest]. Salido de una familia decadente y corrompida, será decadente y corrompido, y se perderá entre los miles de su especie, enlodado y embrutecido⁵.

J. [G.] Se le puede definir como un cerdo viejo dentro de un gallinero. Su forma inescrupulosa y atrevida de actuar es causa de mi más profundo desprecio.

Es lástima que sean ya pasadas las diez de la noche. Si no, haría un comentario sobre cada uno [de mis tíos y primos,] que, al fin y al cabo, se lo merecen.

27 de julio. ¡Cómo pasan mis días! Me despiertan un cuarto para las 8, trayéndome una bandeja con el desayuno⁶. Me visto y me voy al colegio. A las doce terminan las clases y volvemos caminando a pie, Carlos Ruiz-Tagle, que quiere que Az. deje sus lecturas cochinas aconsejándolo, y yo que voy escuchando. Como Az. tiene dos años más que nosotros, quizás para su edad lo que lee no sea tan cochino. No sé.

4 de agosto. Sería interesante poder anotar ese gran número de impresiones que uno después olvida y que, en conjunto, son la base de juicios y opiniones. Trataré de hacerlo sin embargo, y, como yo soy el protagonista de este Diario y he sido y quiero seguir siendo sincero, trataré de ser lo mejor posible para que así este espejo refleje, en parte siquiera, la imagen de lo que debe ser un joven cristiano.

Muchas veces cuando estoy en cama, apagada la luz, reflexiono. Muchos deben hacer lo mismo. En lo que toca a mí, las reflexiones son buenas, los principios elevados, las determinaciones muy dignas de ser llevadas a la práctica. Lo malo es que, cuando al día siguiente me levanto, olvido mis buenas ideas y buenos propósitos, y soy el mismo egoísta, lleno de brusquedades y caprichos.

9 de agosto. Tuvimos una ceremonia en el colegio. El profesor de Historia nos había hablado a principios de año, de una gran biblioteca de libros de

problemática de la inmortalidad: "Die Unsterblichkeit Besitz des eigentlichen Seins, wenn das uneigentliche vergangen ist". (*Die Unsterblichkeit als Quelle der Kultur*. Leipzig, 1953). No concordamos con Von Aecksal. Preferimos a Ludwig Gegenüber, que analiza este párrafo diciendo que el autor se refiere a "die Unsterblichkeit: Verbleiben im Sein nachdem Nichtsein". (*Der Unsterblichkeit begriff in der Entwicklungsalter*. Heidelberg, 1954).

⁵El autor se ha permitido poner su nombre porque no corresponde a ninguno verdadero. Las dotes proféticas del señor Griffin son modestas, pues si Gerardo [Blest] es quien creemos, hoy es un honrado joven comerciante.

⁶Dentro de cien años, este párrafo tendrá valor fundamental en la historia de las costumbres. Para un juicio correcto sobre el autor, compárese su actitud con la que tiene el 8 de julio de 1950.

historia y geografía únicamente, que nos prestaría gran ayuda para el bachillerato. Y me encargó a mí pedirlos en los cursos en que él no hacía clases y guardar los que los alumnos fueran entregando. El día de la inauguración teníamos el estante y cuarenta libros ("ésta es una obra de gran aliento; algún día lo veremos colmado de volúmenes", dijo el profesor). No hubo clases a la última hora de la tarde, y en la parte posterior de la capilla se reunieron el Coro del Colegio, el Rector, representantes de otros cursos y algunos profesores. Primero hablé yo y dije, entre otras cosas, que así como el faro señalaba a los navegantes el camino bueno, un profesor era como un faro, y que el señor J., en ese momento, nos estaba señalando el camino de los libros útiles y buenos que nos darían cultura y nos harían mejores. Sonrisas irónicas, mal ocul-tas, premiaron el discurso.

Después habló Ruiz-Tagle sobre la cultura griega. El tema era difícil y es-taba muy bien hablado.

12 de agosto. ¡Se va el Padre D'Autremont! Se le colmó de grandes ban-quettes, el último ofrecido por sus alumnos. El Padre De Prizzio pidió la cola-boración de nuestro curso. Como por cortedad, falta de espíritu de colaboración o prudencia, nadie aceptó voluntariamente hacer gracias, él fijó con tono pe-rentorio lo que cada uno debería hacer. Agustín Huneeus y Virgilio Verdugo tocarían el piano; Enzo Pastorino y Sergio Concha, convenientemente caracte-rizados, bailarían la cueca; yo diría un discurso; Carlos Ruiz-Tagle leería un poema. Para literatura española nos pidieron escribir un romance. Muchos re-currieron a Carlos para que se los hiciera. Carlos los escribía tratando temas a la medida de las personas que se los pedían. Así, para ser presentado por Jim Etcheverry, escribió uno que empezaba:

*On Dwight Pérez Peñaloza
se plantó la china al anca...*

Para la fiesta del Padre D'Autremont escribió uno tan ofensivo para todos los profesores, que el P. De Prizzio le pidió no leerlo.

El día de la fiesta (a cuarenta pesos la adhesión), el festejado fue muy aplau-dido. Su personalidad admirable, su don de gentes, su cultura y su bondad le habían granjeado el sincero aprecio de todos nosotros. Estábamos pues honda-mente emocionados.

Observé que la mayoría de los comensales desconocía el consomé servido en taza e ignoraban la forma de pelar las manzanas y naranjas con la ayuda del cuchillo y el tenedor. Así, al menos, a mí y a quienes hablaron en la ceremo-nia no nos hubieran llegado enteras las manzanas y naranjas con las que el público acogió nuestras palabras.

Con el ponche, algunos compañeros creyeron que era espiritual irse gritan-

do por la calle cuando terminó el banquete; otros, como Tom Mac Carthy, hicieron cosas curiosas: vaciar los saleros en el café y tomárselo todo bien revuelto, o querer incendiar las sillas de paja, como quiso Pablo C. con la que ocupaba Armando Uribe.

21 de agosto. Terminó el Campeonato de Ajedrez inter-cursos. Se han jugado 61 partidos con toda corrección y orden, vigilados por mí, Augusto y otros compañeros más. El primer lugar lo ocupó Isaac Poblete, que es un jugador extraordinario; el segundo yo, después Ruiz-Tagle, Anguita, Avaria, Donoso, etc.

Gerardo Blest, hablando con Fernando Orrego, Agustín Huneeus y yo, nos ha dicho sorprendentemente: "A los 19 años, cuando termine el colegio, iré a trabajar a la hacienda de mi padre, y como él es medio enfermo y está aflojándole a la vida, muy pronto entraré a manejar toda su fortuna, y Uds. serán unos pobres, colgados de las polleras de sus madres". Nos dejaron perplejos estas palabras. Fernando lo miró en silencio, le lanzó una mirada despectiva y volvió a la lectura de "El Escándalo", libro que parece atraerle notablemente⁷.

Fernando Orrego Vicuña llegó a nuestro curso a mitad de año. Frío, con perfecto dominio de sí mismo, muy inteligente y de gran capacidad, es una de las personalidades más interesantes de la galería de retratos que es nuestro curso.

Carlos Ruiz-Tagle nos tiene desconcertados. Antes encontrábamos a sus personajes literarios comprensibles. Por ejemplo, su "On Dwight Pérez Peñaloza", su Rey don Alfonso, a pesar de andar por el castillo a pie pelado por comodidad; su perro Domingo Faustino Sarmiento, a pesar de su nombre; sus ingenieros que construyan casas redondas para que no las botara un terremoto, etc. Pero ahora no. Está superando lo insuperable. No puede ser sino que está enamorado. Carlos Rozas es de la misma opinión. Carlos Rozas ha dicho que no podemos preguntarle de quién está enamorado, pues opina que Ruiz-Tagle debe ser muy celoso y bastaría una pregunta indiscreta para hacerlo pelear con nosotros para siempre. En todo caso, tuvo en los últimos meses tanta inspiración literaria que escribió un libro titulado "No lo lea, por favor", una comedia sobre los profesores, nueve cartas y alrededor de diez poemas sobre temas varios. Además está en cada período de clases escribiendo una "composición-carta"⁸.

⁷Gerardo [Blest] parece ser una creación literaria del autor, lo que nos hace dudar de la autenticidad de algunas páginas de estas Memorias. Según investigaciones realizadas no era "El escándalo" de P. A. de Alarcón, el libro que leía Fernando Orrego Vicuña por esa época. Nos inclinamos a pensar que, con sentido familiar, leería "Casa Grande" de su abuelo. Estos dos hechos nos plantean el interrogante sobre la honestidad intelectual del autor; sin embargo, repetirá en marzo de 1949 que seguirá siendo sincero en lo que en el Diario escriba.

⁸Compárese la visión de Carlos Ruiz-Tagle del 24 de abril, del 17 de junio, del 25 de julio, 9 de agosto y 12 de agosto. El autor concilia, en el tiempo, con extrema facilidad, al "modelo de joven cristiano" con las actividades algo selváticas de su compañero.

28 de agosto. Carlos Ruiz-Tagle, sentado en la reja del jardín de mi casa, me ha dicho: "Lo más admirable que pueda tener una niña son la pureza y la sencillez. Yo, si alguna vez me enamoro, será de una niña así".

1949

QUINTO AÑO DE HUMANIDADES

17 de marzo. Creo que estoy cambiando. Parece que me comprendiera mejor, que pudiera analizarme mejor, como si tuviera una conciencia más clara de lo bueno y de lo malo, una nueva escala de valores con qué juzgarme y juzgar lo que me rodea. Seguiré siendo sincero en lo que aquí escriba, pero creo que habrá cosas más interesantes que contar ahora.

18 de abril. Las niñas, según dice Jorge Swinburn, que debe haberlo visto en su propia casa, a los doce y trece años guardan recortes con las caras de los actores de moda y escriben un diario; a los quince y dieciséis rompen las fotografías y, poco después, queman el Diario.

4 de mayo. Me acaba de contar mi amigo B. lo ridículo que resulta el seguir ciertos impulsos. Dios sabe por qué se le ocurrió ir a visitar a las primas de un compañero, que había conocido casualmente en una fiesta. "Fue una visita interesante y divertida (para verla con una distancia de tiempo), me decía. La Inés, sentada en el sofá, la Juanita en una silla, y yo en el medio, en un banquillo diminuto, como un acusado. No sé por qué me senté ahí: era algo incómodo y tenía un no sé qué de espantoso. Mi conducta, mi forma de actuar debían ser extrañas, porque, a pesar de que eran las siete de la tarde y el día estaba extraordinariamente frío y yo andaba desabrigado, transpiraba como si estuviera en el trópico. En fin, mi visita terminó cuando se iniciaba un cambio de ideas sobre tintorerías, a raíz de un aviso que dieron por la radio, sintonizada cuando ya mi conversación languidecía un "poco".

Recuerdo que otro muchacho, el mismo que un día dijo que era esclavo y no quería salir de su esclavitud (el déspota era la hija de un pintor catalán que era una niña aérea, delgadísima, de largos cabellos rubios, que no hablaba nada, se sentaba en una silla y se dejaba adorar), me contó las reacciones que él tuvo cierta ocasión en que se le ocurrió llamar a esta espiritual criatura para ofrecerle boletos para un beneficio: "el corazón palpita con fuerza... siento cierta angustia... disminuye un poco la angustia... me decido a marcar... ahora va en aumento... deseo que ella no esté... la boca como si hubiera tragado algodón... me duelen los músculos del antebrazo, los siento cansados. En la cabeza pura abstracción, ni sombra de idea romántica ni nada parecido... respiro hondo: ahora estoy más calmado... quiero hacerme de valor pensando que

ella es poca cosa... no, no puedo pensar eso... Preparo mucha saliva en la boca... siento las manos frías, que se niegan a marcar... Pienso in mente lo que voy a decirle. ¿Cómo comenzaré? Quiubo, Javierita, ¿cómo te va?, ¿cómo lo has pasado?... No. Voy a decirle otra cosa: Quiubo, Javierita, qué es de tu vida... Javierita, Javierita. Le voy a decir muchas veces Javierita. A la gente le gusta oír su nombre. Es una manera de hacerse simpático. Voy a llamarla de una vez por todas... he perdido ya cinco minutos en decidirme, pero estoy más tranquilo... aunque me arde la cara... Sigo en veremos. Me pongo en casos hipotéticos a que puede llegar la conversación y tengo que responderlos todos. Llevo quince minutos de pensamientos perdidos. Estoy marcando. Contestan. Se me olvidó todo, no le dije nada, no me acordé de su elegantísimo vestido azul que llevaba el otro día, no le dije Javierita ni una sola vez, no le vendí ni un boleto... La experiencia es interesante, pero es preferible no tenerla.

5 de mayo. Las características principales de la conversación de Armando Uribe son:

- a) habla más de las cosas que de las personas;
- b) dramatiza sus ideas;
- c) su conversación es siempre seria y llena de imágenes, algunas pintorescas, pero que, a veces, resultan algo rebuscadas;
- d) ha leído mucho y es muy culto, pero siempre evita mostrar todo lo que sabe para no aburrir a su interlocutor; es muy ameno y variado en sus temas, sin intercalar en sus relatos interjecciones ni malas palabras;
- e) como a pesar de todos los méritos arriba señalados podría resultar aburrido, se va temprano, lo que resulta también muy importante, y deja un agradable recuerdo de todo lo que ha dicho⁹.

28 de junio. Las páginas de un Diario se asemejan a los días de la vida de un hombre. No importan los borrones que se hayan deslizado en la anterior. Se da vuelta la página y aparece una superficie inmaculada y nueva...

Yo quiero cambiar. Mi vida es feliz dentro de mi familia, de mis amistades, del Colegio. Transcurre clara y tranquila. Pero ¿basta que la vida transcurra apacible y serena? ¿Está bien ser reservado y frío como yo soy, abiertos los ojos sobre todo hacia el interior del alma? Mis parientes, mis amigos, mis lecturas, los días escolares, ¿no serán un ambiente algo artificial, una especie de jardín de invierno, todo protegido de vidrios, pero adonde no llegan los rayos vivificadores del exterior porque hay que evitar la lluvia y la helada peligrosa? ¿Hasta qué punto vale el mundo que nos rodea, la gente con sus usos y costumbres? ¿Hasta qué punto vale nuestra propia vida? ¿Y por qué existimos? ¿Y por qué

⁹Debemos afirmar que el retrato de Uribe sigue siendo totalmente válido. Lo único que podría agregarse es que ahora, al hablar de las personas, las "cosifica".

existimos en el mundo tan temporal y limitado? Pero Dios, incomprensiblemente para mí, nos puso aquí en el mundo. Habrá, pues, que ser lo mejor posible, lo más perfectamente cristiano que se pueda, habrá que serlo, tendré que serlo, lo seré. Eso por una parte. Por otra, extenderé el círculo de mis conocidos para poder observar ese cúmulo complejo de caracteres que se llama el mundo¹⁰.

Examinemos a algunas personas nuevas: el Padre Haley, que dirige el Club de San Roque, especie de acción católica al estilo yanqui, formado por alumnos del San Jorge y alumnas del Villa María, posee el Padre un conocimiento profundo del carácter de cada uno de nosotros, pero conocimiento deformado por los años en que fue profesor en un reformatorio de menores en Estados Unidos. Ahora está en el problema de dejarlos a todos contentos para que no se les cree complejos y resentimientos. Como en público nos alaba exageradamente, hemos terminado por pensar que, para restablecer el equilibrio, quizás se desquite criticándonos en el pensamiento. Respecto del Club, creo que el Padre ha creado un monstruo que ha de terminar devorándolo a él.

De presidente está C. D., con su aspecto tranquilo y meditabundo. Sin embargo, a la vista y en presencia de una prima de Marco Antonio, la Marie Louise, su expresión huraña se cubre con el disfraz de una sonrisa quizás algo amarga, y trata de decir cosas que hagan reír y que no son más que insensateces. La niña, como un personaje de Julien Green, ha descubierto que en forma ingenua, poniendo los ojos cándidos y grandes, se puede decir cualquier cosa y resultar siempre encantadora. Ella y una niña Serrano son grandes amigas. Tiene ésta última mucha personalidad, pero Marco opina que es puras palabras y nada más.

Está la Jude Mac Carthy, de unos dieciséis o diecisiete años, de ojos muy azules y serenos, las pestañas largas, la amplia frente con una chasquilla corta; cuando no está de uniforme, lleva los labios pintados con un rojo claro que resalta en su faz nórdica, levemente sonrosada. Su sonrisa es agradable y franca y su actitud benévola y amistosa.

30 de junio. Tengo un serio defecto: la timidez. Esto es mi pesadilla, mi tragedia constante. Además, tengo poco carácter, sí, poco voluntad, poco desplante. ¡Cuántas veces he tomado decisiones y he fracasado miserablemente!

Yo no estoy en mi tiempo ni sigo sus costumbres y maneras. Conozco lo poco que vale el mundo y sé que el conquistarlo es obra para el hombre. Se necesita para ello muy poco, y, sin embargo, no puedo.

Es corriente entre mis compañeros el sentirse incomprendidos por el mundo

¹⁰Adviértase el tono personal y algo angustiado de las líneas precedentes, señal de una adolescencia que se despierta con todos sus problemas. La visión del año anterior tiene toda la implacabilidad de la niñez, el ojo cruel que advierte el defecto y el ridículo con una claridad objetiva, y de la que el autor no quiere desprenderse, como se comprueba con las últimas palabras y con lo que sigue.

que los rodea. A mí me sucede lo opuesto. Soy yo el que no comprende al mundo. Hay ocasiones en que me pregunto el porqué de todo lo material, pero mis preguntas no tienen respuesta. ¡Me parecen tan ridículos los usos del mundo, sus leyes, sus costumbres! Estoy rodeado de todo lo material que es temporal y está destinado a la destrucción. Mi alma quiere huir, tiene ansias de lo perfecto, de lo infinito, y está atada a la tierra...

4 de julio. "Junior" es un ser realmente notable, en especial por haber conseguido la antipatía de todo un curso.

Igual que en los resúmenes de Filosofía, anotaré sus características:

- a) Sólo está en su ambiente en presencia de norteamericanos. A los que son alumnos del colegio los persigue tenazmente para conversar con ellos;
- b) Está enamorado de una niña norteamericana: la Betty;
- c) Tiene en su libreta sólo direcciones de niñas americanas;
- d) Se considera americano y no chileno;
- e) Considera que es de personas "alturistas", "estiradas" o "mayores" (términos que él usa), ir a platea baja;
- f) En la mañana, en lugar de decirnos buenos días, nos grita: Hiii, you guy, y arruga la nariz al mismo tiempo;
- g) En cuanto a religión, no se preocupa. No sabría distinguir las ideas católicas de las protestantes;
- h) Está lleno de prejuicios contra los que él supone deben tener prejuicios en su contra;
- i) Se comporta más correctamente con aquellos que lo desprecian que con los que son más benévolos con él.

18 de agosto. Las niñas del Club San Roque tienen a mi juicio unas cuantas características comunes: espíritu amigable; desco sincero de tener muchas amistades; esperan un poco de todos y mucho de uno solo; no tienen mayor experiencia; son tímidas, más que por carácter, por cierto cálculo; esperan ser entretenidas; gustan de la espontaneidad; la risa las desarma; hay algunas que son muy bonitas, y las que no lo son tienen tal encanto, que a las unas y a las otras cuesta encontrar palabras para describirlas.

Las palabras de Carlos me han dejado muy impresionado. ¡Qué bueno sería que la Isabel y la Carmen con toda su desagradable coquetería y sus admiradores desbocados, supieran estas cosas, que hay jóvenes que valen más que los otros y que, para ellos, más que ninguna otra cosa valen la pureza del alma y la sencillez.

3 de septiembre. Son las tres y treinta de la tarde. He dejado por primera vez la tierra de Chile. El avión calentó sus motores, recorrió la pista cada vez a mayor velocidad y emprendió vuelo. Hemos ido tomando altura. La última

vista de Santiago fue el cerro San Cristóbal con la Virgen sobresaliendo entre la niebla. Antes de anoecer llegaremos a Lima. Después Panamá, de allí a Jamaica, luego Miami, Washington y Nueva York.

29 de septiembre. Relación detallada de lo que ocurrió en la fiesta que los Mac Carthy dieron ayer lunes 28 de septiembre de 1949, narrada en forma objetiva y en tercera persona por un protagonista: Arturo Griffin.

Habían caído las sombras. La casa blanca, de estilo colonial, estaba sumida en la penumbra. Algunas luces eran todo el indicio de que estaba habitada. Dos sombras, Arturo Griffin y Marco Antonio Cariola, observan la casa silenciosa, tan callada y oscura, tan apacible y adormecida, que llegan a pensar que la invitación al malón con traje de disfraz no ha sido más que una broma...

No se deciden a tocar el timbre y prefieren esperar si viene alguien más, con paciencia, antes de caer en el ridículo. Los transeúntes se quedan sorprendidos al observar a las dos sombras que esperan, el uno vestido de huaso, el otro vestido de torero. Dan las siete, dan las siete y cuarto, las siete y media, un cuarto para las ocho. Finalmente un grupo aparece. ¡Menos mal! La puerta se abre y todos entran.

El living-room se va llenando de gente; la Marcia Amenábar, con traje y sonrisa de pastora; la Raquel Hurtado, con su rostro de gitana y su pelo de azabache; la María Margarita Honorato, tan juvenil y tan seria al mismo tiempo; la Marie Louise Barroilhet, con una alta peineta, un mantón finísimo y con sus ojos llenos de llamitas agudas que queman; la Marie Rose, su hermana mayor, otra gitana buscando el significado de sus sueños; la Cecilia Binimelis, tan bien disfrazada que, con el antifaz puesto, nadie podía reconocerla, y muchas otras que me son desconocidas y que circulan en torno a los dueños de casa, Jude Mac Carthy, tan gentil y atenta, y Tom, nuestro compañero de curso.

Están Antonio Avaria, de huaso de gran poncho y sombrero alón deformado, sin poder enmascarar su condición de hombre de ciudad; Jorge Swinburn, muy entusiasmado ayudando a la dueña de casa a repartir la torta en traje de cowboy; Crescente Donoso, preocupado con algún problema de política; Pedro Fontaine, exageradamente sociable; varios otros más, y Marco Cariola y Arturo Griffin, que son los dos únicos que no fuman. Hacen bien. Hay que ser intransigente y hacer, no lo que todos, sino lo que uno quiere hacer.

14 de octubre. Señor, haz de mí un instrumento y empléame; haz que no olvide nunca las sagradas enseñanzas de la fe, que las practique integralmente, y que alcance al fin de la jornada, la luz y la bienaventuranza eternas.

Humíllame, Señor, humíllame Tú, porque yo no tengo fuerzas para hacer

lo; y si levanto un día mi faz hacia Ti y te pido vanidades, no me las concedas.

No me desampares, hazme conocer Tu voluntad, porque todos los trabajos y todos los esfuerzos que no son guiados por tus normas llevan al mal.

Señor, no sé cómo me atrevo a levantar los ojos a Ti en esta oración. Sólo confío en tu misericordia. Da felicidad a mi padre, a mi madre y a mi hermano y haznos dignos de gozar de tu reino cuando nuestra vida se apague para siempre. Amén.

16 de octubre. Comparando un trabajo de Antonio Avaria con otro de M. S., dije hoy en la Academia: "Entre uno y otro trabajo existen fundamentales diferencias. Mientras que el señor S., al intentar exponer pensamientos profundos, sólo nos demostró que era incapaz de concebirlos, el señor Avaria de la Fuente, sencillo en cuanto a los vocablos y a la técnica empleada, consiguió impresionarnos por la hondura de las ideas, lo exacto del razonamiento, la elegancia de la forma y construcción literaria, y la delicadeza de la sensibilidad".

17 de octubre. La característica más notable de Marco es su apasionamiento, pero como es católico, y hoy por hoy muy católico, su alma posee una fuerza muy grande que oponente a la tendencia de la pasión. Leif llegó hoy al colegio con unos recortes escandalosos. Se los señalé a Marco¹¹ y éste se lanzó sobre Leif, se los arrebató, vaciló un momento con ganas de mirarlos, pero, casi de inmediato, su mano los apretujó estrujándolos y deshaciéndolos.

29 de octubre. A la salida de la reunión de Acción Católica, me acerqué a Miguel, que está dos cursos más abajo que yo, y le dije: ¿Qué te parece que vaya a tu casa hoy día? —¿A... mi casa? —Claro, ¿por qué no? —¿Cómo sabes mi dirección? ¿Te la dijo mi hermana? —No, confesé. Sale en la guía de teléfonos. ¿A quién voy a encontrar allá? —A las dos, a la Chabela y a la Angélica. —¿Por cuál hay que preguntar? —Por cualquiera, pero la Chabela es más bonita.

Quedé desconcertado por las palabras de Miguel, que empezó a reírse de mí. —No te enojas, cuñado, me dijo, y se alejó riéndose con más entusiasmo. Está visto que los niños chicos no comprenden el sentido de ciertas palabras.

Desde el colegio la llamé por teléfono con gran sorpresa de la sirvienta. Oí que se volvía y preguntaba a la mamá de Angélica: Señora, señora, ¿está la señorita Angélica? Ya los jóvenes están empezando a fijarse en ella. El plural

¹¹No precisa el autor qué grado de conocimiento alcanzó a tener de los recortes para calificarlos de escandalosos ni por qué no fue él quien realizó el acto de destrucción. ¿Acaso sufría de la vacilación que acosó por un momento a Marco Cariola?

aquél, "los jóvenes", se me hizo doloroso, e imaginé que quizás la Angélica estaría con visitas, cuando la sirvienta dijo: No ha llegado aún del colegio, señor. ¿Podría usted llamarla en media hora más? Y por favor deje usted su nombre para decirle. Le di mi nombre y ella debe haberse vuelto hacia la mamá de Angélica cuando le dijo: "Se llama Arturo y un apellido raro después". Se me pusieron los pelos de punta, y me imaginé la frente de la mamá de Angélica arrugándose. La llamaré después, le dije, algo resentido, y corté.

Pero a la hora indicada la volví a llamar. Contestó esta vez la Angélica en persona. Esa tarde no podía estar en casa, pero sí al día siguiente. Le encargué saludos para su mamá. Dile que gracias, dijo una voz cercana al fono. Seguramente la mamá, que escuchaba. Gracias, Arturo, dijo Angélica, se los voy a dar a mi mamá. Y mañana te espero a las seis y media.

Si la visita resulta un éxito, consignaré aquí todos los detalles. Si no, cuanto pase mañana quedará sumido en el olvido, y no volveré a pensar en ello nunca más.

30 de octubre. Había sol aun cuando llegué a casa de la Angélica en bicicleta y sin vestón, porque me imaginaba que, a las niñas, les gusta más en las personas lo llano y deportivo que la fría elegancia de los trajes azul oscuro de fiesta. Llevaba el talonario de rifa en el bolsillo¹².

Entre la casa y la reja hay un jardín; entre el jardín y yo, una altísima puerta de barrotes de fierro. Vacilo un instante antes de tocar el timbre para anunciarme, me persigno para que todo vaya bien y toco enérgicamente. Ningún movimiento delata mi nerviosidad. Pasa un instante largo. Por una ventana aparece una niñita de cinco o seis años. Le pregunto por la Angélica. No ha llegado todavía del colegio. Por la Chabelita. Tampoco. Por Miguel. Sí. Miguel aparece y baja hacia la puerta, muy sorprendido.

Bien —le digo—, ¿no me invitas a conocer tu casa? El corre a buscar las llaves y me abre. Dejo la bicicleta en el garage y entramos. Miguel quiere llamar a su mamá. Me cuesta disuadirlo. No la molestes, insisto, y sonrío, aliviado, cuando Miguel se sienta, convencido. Se oyen pasos. ¿Será la mamá? No. Me nos mal. Es la Rosarito. Viene con un plato lleno de manjar blanco que come con una cucharita. Es una niña muy linda y rubia. La Saludo. Quiubo, Rosarito. Me mira con regalona coquetería. —Come tú también, me dice, y, obsequiosa, añade: Voy a traerte una cuchara limpia, especial para ti, pero comeremos del mismo plato. Trato de disuadirla, pero sale corriendo, y yo quedo con el plato, sobre las rodillas. ¡Qué absurdo si apareciera la mamá y me vie-

¹²Es curioso señalar (confróntese con el 4 de mayo de este mismo año), cómo en todas las escenas de amor los jóvenes donjuanes van premunidos de talonarios de rifa o boletos de cine para beneficios, no se sabe si como pretexto para justificarse ante los demás o para con ellos mismos. El hecho es que no venden ninguno, con lo que puede considerarse salvado el desinterés del amor.

ra así! Podría hasta creer que yo he ido a su casa sólo con el fin de tomar té¹³.

Por la ventana vemos que llega la Angélica en bicicleta. ¡Qué linda es! Toca el timbre y sale la sirvienta a abrirle. Debe decirle que yo la espero, porque ella mira hacia la salita, aunque sabe que nada puede ver del interior a causa de las cortinas. Veo que se saca los guantes y se arregla el pelo castaño. La sirvienta le saca una pelusa de la manga. La contempla por todos lados. Debe haberle dicho: "Se ve muy bien, señorita Angélica", porque la Angélica sonrío y se arregla nuevamente el pelo. Después, con parsimonia, con pasos mesurados y femeninos, se va acercando por el camino de maicillo.

"Estoy tranquilo, muy tranquilo, perfectamente tranquilo. Esta visita será un éxito", me digo una y otra vez para tranquilizarme. Ella ha entrado a la casa. Oigo sus pasos que se acercan y, un momento después, estoy frente a ella. Viene con el traje azul y la blusa blanca. La contemplo largamente. Tiene los ojos más maravillosamente luminosos que haya visto en mi vida.

Conversamos. Yo no sé conversar muy bien y siento la boca como si la tuviera algodónosa. Ella me cuenta que, al día siguiente, tienen en el colegio una misa en honor de la Madre Superiora que cumple años y que ella cantará en el coro. Le digo que quiero ir, que, positivamente, quiero ir a escucharla. Ella sonrío, pero me dice que la Madre Superiora no permite la entrada de ningún chiquillo al colegio. Le hago visibles señales de disgusto y pena.

La mandarán al colegio de Lima —me cuenta—, pero el año que viene. Yo manifiesto mi júbilo aplaudiendo y ella finge asustarse de tanto entusiasmo. Insisto en que me será posible ir —le digo—; desde luego, hablaré con ella por teléfono. No sé por qué se me ocurrió esta idea, ni qué pueda conseguir con el llamado. Ruego a Dios que la Madre Superiora no esté a esa hora en la oficina. Puedes estar segura —le digo a la Angélica— que si hablo con ella, la convenceré. Y camino hacia el teléfono. No seas loco, grita ella, riéndose complacida y temerosa. Yo empiezo a marcar.

Desde la escalera, la voz de la mamá inquiere: ¿Qué están haciendo? —Miguel, que llega en ese momento, se encarga de contestarle: es Griffin, mamá, que se entrena en llamadas amorosas. Entre la Angélica y yo le hacemos callar.

Por el teléfono me dicen que no está la Madre Superiora. Soy el tío de una de las niñas que cantan en el coro —le digo a la monja que contesta— y quiero asistir a la Misa. ¿Podría darme usted una entrada? Sé que han entregado algunas a los padres de las niñas que actúan en el coro. La monja pide mi nombre y el de Angélica. Angélica se asusta y corta la comunicación. Si no

¹³Gran miedo siente el autor de que la madre interprete su primera visita amorosa con fines utilitarios (a pesar del talonario de rifa en el bolsillo). La adolescencia es una edad, por definición, famélica, y el sacrificio estomacal de dulces, bebidas y sandwiches, es el más grande que pueda realizar un muchacho. Su codicia gastronómica, su gula indeterminada, es sólo comparable a la que se comprueba en el buffet de cualquier recepción diplomática.

permiten que vayan chiquillos —dice—, ni con tarjeta te van a dejar pasar. Y se ríe con sus ojos luminosos.

Hemos pasado más de una hora juntos y ha llegado el momento de despedirse. Ella se da importancia. "No dejes de decirle a Juan Manuel donde vivo y que quiero que me venga a ver. Si ves al mayor, a Alberto, se lo dices también". Su coqueta crueldad me deja consternado.

Con gusto —atino a decirle, y siento un nudo en la garganta—. Los veré mañana en el colegio y les daré tu recado.

En el jardín encuentro a la mamá y a una tía de Angélica conversando, y las saludo. La niña, desde el porche, me mira pensativa.

¿Qué se quedaría pensando la Angélica? Esa es mi única esperanza. Le gustará mucho Juan Manuel o Alberto. Pero no le pueden gustar los dos. En todo caso, no pienso darles mañana ningún recado, ni se los daré nunca.

16 de noviembre. Cuando después que leyó un trabajo en la Academia, alguien le gritó a E.: "Debías dedicarte a deportista", yo me reí a carcajadas. Me prometió golpearme en la primera oportunidad en que no tuviera que irse temprano a su casa, promesa que en los últimos seis meses me ha repetido en varias ocasiones, porque, en vista de sus amenazas, no me queda más camino que mortificarlo cada vez que lo veo. Así, el sábado pasado, se presentó en una fiesta de disfraces vestido con traje de calle. Alguien le preguntó por qué había venido así, y él, suficiente, respondió: "Para actuar en las fiestas yo no necesito de esas cosas". Yo, que andaba cerca, interrumpí: "Es que para ti el usar pantalones es ya un disfraz". Saltó como una víbora¹⁴ y, sordamente, me prometió nuevos y feroces castigos que añadiría a los que había merecido por molestarlo en ocasiones pasadas. "Da gracias a Dios que estamos en una casa ajena, pero en el colegio el lunes verás lo que te espera", terminó diciendo y se alejó de nosotros.

He sentido profundamente haber dicho esas palabras, porque en el fondo es buena persona, pero en vista de sus bravatas continuaré buscándolo por todo el colegio para seguir mortificándolo.

Domingo 18 de noviembre. En la casa de Inés había una fiesta y la Isabel me trajo la invitación escrita. Llegué un cuarto para las ocho. Habría unas treinta personas. La Inés no sabía nada y había salido. Cuando la oímos llegar nos ocultamos y su mamá apagó la luz. Al entrar ella en el living, se encendieron las luces y, a una señal, todos empezamos a cantar "Happy Birthday to you". La Inesita parecía muy contenta en medio de su asombro; la cara de su madre estaba radiante al ver el contento pintado en el rostro de la hija. Nos dio la mano a todos y no tardó en comenzarse a bailar. Marco Antonio, que estaba en su día, me proponía que hiciéramos felices a las niñas más feas

¹⁴Después del veneno de su frase, el autor atribuye la calidad de víbora a su víctima.

bailando únicamente con ellas y evitando que se aburrieran. "Yo con la gordita, esa del traje a cuadros; tú con la de verde, ésa más altita". Como no tuvo éxito en convencerme, se fue solo en busca de una de aquellas niñas. Todos se pusieron a bailar, salvo algunas excepciones, entre ellas, claro está, la Graciela, tan grande, tan alta, tan antipática. Me acerqué a saludarla. Como yo no sé bailar, no debió haber esperado otra cosa que un saludo amistoso, pero como me miró llena de ira y mortificación, comprendí que había que hacerla salir de su silla pasara lo que pasara... Le pregunté cómo se llamaba este baile, *éste* que estaban tocando. "El nombre es lo de menos, dijo ella fríamente; pero sabiéndolo bailar es muy fácil". "Mira, le dije, vamos a bailar, pero este baile *no* figura entre los que yo sé". Se levantó algo preocupada. A mí me dio una gran lástima y sentí no saber bailar muy bien para que ella hubiera hecho mejor papel, pero eso no podía ser por el momento...

Después me fui donde la Inés y la encontré tras una cortina abriendo los paquetes con los regalos. Cogida in fraganti, se rio mucho con los ojos muy luminosos y contentos.

Volví a la sala. Marco estaba rodeado por tres admiradoras muy bajas y muy gordas. Al divisarme, se disculpó un momento de ellas y se acercó a mí y me dijo: —"Yo te ayudo, tú me ayudas... nos turnamos... son niñas muy buenas, santas... sistema de cadena... tú me libras a mí y yo después te libro a ti... Por favor, ven cuando te haga una señal. Querrá decir que ya estoy desesperado". La señal no se hizo esperar. Movía la frente como un fuelle, arrugándola y desarrugándola. Me dio entre compasión y risa y me acerqué. —"Es una magnífica pianista", me dijo señalando a su pareja, y, haciendo una sonrisa y una reverencia afectada, se fue—. "Toca algo", le dije. Ella lo hizo de rogar diciendo que hacía mucho tiempo que no tocaba, que apenas si había tenido clases. Finalmente caminó hacia el piano. "Tocaré un trozo de Bach de memoria", me dijo. Se sentó y comenzó a tocar. Yo me senté en una silla al lado de ella con cara espiritual. Pasó la Gloria acosada por tres admiradores y con una sonrisa muy irónica nos estuvo observando. Y digo observando porque yo, que estaba al lado del piano, apenas si podía oír algo a causa de los discos bailables en el otro extremo de la misma pieza. Cuando terminó de tocar, le dije a la niña pianista: "Gracias, ha sido tan, tan agradable", y la acompañé al buffet. Una niña que debe haber estado hambrienta, sin una vacilación, acercó su plato al mío y me robó la mitad de una torta exquisita, acto vandálico que aún no puedo perdonar. ¡Clemencia Cruz, algún día pagarás tu actitud para con quien, quizás, estaba con más apetito que tú!

A las once y media regresé muy contento a mi casa.

21 de noviembre. Hoy se celebró la última sesión de la Academia Literaria. La lucha por el primer puesto entre Uribe, Ruiz-Tagle y Avaria hizo que los trabajos leídos fueran magníficos.

Ruiz-Tagle leyó una sátira de una sesión de la Academia que nos hizo reír largo rato. Armando Uribe, una de sus magníficas poesías. Pero el que se robó el papel protagónico fue el trabajo de Avaria, llamado "Oda a un insigne profesor". Era un elogio al Asesor y con él esperaba Antonio asegurarse el primer lugar, halagando su vanidad¹⁵.

Los resultados finales de la Academia fueron los siguientes: primeros en empate de puntaje, Antonio Avaria, Uribe, Rosselot y Ruíz-Tagle; después yo, Rafael, Augusto, Pepe Gutiérrez, Francisco Alvarado y otros.

1950

SEXTO AÑO DE HUMANIDADES

Viernes 6 de enero. La adolescencia es la edad de la transición, de las dudas, de las vacilaciones, de las más grandes y sublimes aspiraciones y de los mayores peligros y asechanzas, la edad que lo quiere todo y no realiza nada.

Cuando estoy escribiendo, levanto súbitamente los ojos; la pluma descansa inmóvil junto a mi mano y mis ojos contemplan en el cielo sereno que veo a través de la ventana abierta, el rostro de ella. Mis labios se mueven y murmuro muy quedo, muy suave, el nombre de ella. Y junto con pronunciar su nombre, siento extenderse por mi cara una sonrisa que es una respuesta a la sonrisa que veo, sí, que veo en el rostro de ella. —Angélica, te quiero. —Y ¿por qué? —Yo mismo no lo sé. Para tenerte siempre junto a mí. Pero, ¿puedo vivir sin ti y puedo olvidarte? Sí, pero no te olvido. Bajo los ojos, sigo escribiendo en esta misma página y de nuevo me parece tenerte junto a mí, observando, invisible, sobre mi hombro. Sé que estás lejos, que ni siquiera habrás pensado en mí, pero te quiero, y yo pienso en ti porque me encantas, sí, me encantas; me encanta tu voz, tu sonrisa, tus ojos, y caería a tus pies... pero no caeré, porque algo así, tan absurdo, sería causa de que te perdiera.

18 de marzo. A la salida de la Academia le he dicho a Pepe Gutiérrez que, al lado de la de él, la poesía de Neruda es una alpargata. Primero me miró con cierta desconfianza, temiendo una burla. Después arrugó el entrecejo, meditó unos instantes y me dijo: "Veo que tú sabes apreciar las corrientes más modernas de la literatura", y me regaló un ejemplar escrito a máquina de sus "Doce Poemas Trascendentales".

26 de marzo. ¿Se te sirve mejor dentro de la negra sotana de sacerdote o es posible hacer de cada acto de la vida diaria una oración que llegue hasta ti, Señor?

¹⁵La modestia es una de las virtudes que el Asesor no ha conocido ni de vista. Pero, en honor suyo, se debe declarar que la intención del señor Avaria, que era obtener el primer premio único, resultó fallida. Compárese, en sentido ejemplar, la pálida vanidad del Asesor con la de sus discípulos (Vid. 18 marzo 1950).

28 de marzo. No es posible que yo me convierta en una especie de charlatán de feria en mi asiento del fondo de la clase. En estos últimos días, en lugar de poner atención a los profesores, he estado charlando con mis vecinos Concha, Cariola, Herrera, Larraín y Reyes. Si sigo así, al término del año, no voy a saber ni la mitad de lo que quiero saber. Por tanto tomo la determinación de no hablar ni una sola palabra en horas de clase. Esto hasta junio. En los recreos, no hablaré nada de lo que me concierna directamente a mí, porque, cuando hablo, suelo ser muy personal, muy egoísta, mal pensado y excesivamente amigo de criticar.

No leeré tampoco ninguna novela que no sea de las señaladas en la hoja que nos dio don Roque.

No haré ninguna visita hasta junio.

No fumaré por ningún motivo.

No me enojaré. Y si estoy por dentro muy enojado, sonreiré, y no sonreiré amablemente, sino que sonreiré dulcemente.

Iré a misa y comulgaré todos los viernes y hablaré con el Padre Francis Provenzano para que mejoren el pésimo desayuno que nos sirven después de misa¹⁶.

6 de abril. Lo que dijo Arturo Griffin a su amigo Isaac Poblete, el campeón de ajedrez, a la salida del colegio:

"Si Dios nos ha hecho la merced de hacernos nacer en hogares católicos, ello nos obliga a ser un ejemplo y a asumir una actitud y una acción de acuerdo con lo que nuestra conciencia nos señale que es su santa voluntad. Ese es nuestro deber y no debemos eludirlo.

"Siempre se ha pensado que el cristiano debe tener un espíritu de lucha y debe ambicionar distinguirse en el servicio de Dios, así como los cruzados luchaban por clavar el primero la bandera con la cruz sobre el bastión tomado al enemigo.

"La vida es un gran campo de batalla y hay que elegir la causa mejor y el general mejor. Y no hay mejor causa que la católica ni mejor general que Jesucristo".

A todo esto, ambos amigos habían llegado frente a la casa del campeón. Cuando terminaron las palabras de Arturo Griffin, su amigo quedó meditando, reconcentrado. Griffin quedó impresionado: nunca creyó que sus palabras llegaran tan al fondo del espíritu de su compañero, el cual abrió finalmente la boca para decir: "¿Sabes lo que estoy pensando? Que en lugar de jugar Alfil

¹⁶Caso inhallable es el del alumno mediopupilo o interno que no proteste de la comida de su colegio. Sin embargo, cuando sesionaba la Academia Literaria los viernes por la tarde y servían once antes de la sesión, las protestas iban parejas con la desolación total de vituallas en que quedaba la mesa. Recuérdese lo que decíamos en la nota decimotercera.

4 Rey debería jugar Caballo 5 Torre. Pasa adentro a tomar una taza de café y discutiremos el asunto. Es muy importante esa próxima jugada”.

Domingo 7 de mayo. Ayer sábado llegó al curso un Slam-Book, libro que es un cuestionario de preguntas más o menos íntimas, más o menos generales, todas ellas muy indiscretas. Había opiniones de niñas respecto a compañeros de curso, algunas tan mordaces que solamente eran superadas por las que los compañeros de curso tenían de esas mismas niñas.

Francisco Alvarado: se cree un churro, es un idiota: no quiso pololear conmigo.

Pedro Fontaine: muy distraído. Fíjate en mí, pues, Pedro.

Antonio Avaria: inculco y antipático; me dijeron que me había comparado con una guitarra.

Y otra opinión sobre Antonio, de otra niña: es un gran filósofo, es muy inteligente.

Jorge Swinburn: muy simpático, de perfil clásico.

Armando Uribe: churro y amor.

Carlos López: simpático el chico.

Naturalmente que el libro, con todas las preguntas y todas las respuestas, fue a parar a la gran caja donde guardo los papeles graciosos y también los otros.

Caí en la tentación de contestar algunas preguntas, y escribí: Sí, creo en el ideal como una región de perfección, pero a la que se puede llegar sólo tras larga lucha. Creo que el hombre labra su propio destino. Creo que el materialismo es la religión de sí mismo, y no en la parte en que el hombre es hecho a la imagen y semejanza de Dios, sino en lo que tiene de más bajo. Creo en el amor, creo que es una gran fuerza, la más grande fuerza con que cuenta el hombre, y creo que puede llevar a la cumbre de la vida espiritual si está bien dirigido o al abismo de la desesperación si lo está mal.

22 de junio. Estoy contento. Finalmente llegué a conseguir de nota bimestral siete sietes, en Castellano, en Filosofía, en Inglés, en Historia, en Religión, en Dibujo y en Música. Como yo no sé tocar ningún instrumento, ni tengo buena voz, fue el siete que más me costó. Había ido donde el profesor y le dije: “Señor (soy el único que le dice “señor”; los demás lo tutean y le dicen Jiménez), ¿qué debo hacer? Yo quiero tener un siete de nota de bimestre”. Me observó y volvió a observarme, entre sorprendido y suspicaz. “¿Qué le parece que haga un trabajo de investigación?”, le sugerí. “Bien, me respondió y volvió a observarme, trate el Iluminismo”. “¿Qué extensión deberá tener?” —“Unas cuatro o cinco páginas. Y relaciónelo con la cultura”.

Me entusiasmé tanto con el tema que leí doce libros para documentarme, y el trabajo sobre “El Iluminismo en la música del siglo XVIII” constó de

dos partes y de setenta y seis hojas escritas a máquina y encuadernadas.

El resultado fue el siete.

Para el próximo bimestre escribiré otro ensayo, ahora sobre el romanticismo en la música, aún más largo e interesante que el anterior.

8 de julio. Estoy sufriendo por tener siete sietes. Por un lado, no quiero bajar mis notas. Y así no puedo ir al biógrafo ni hacer visitas ni nada. Ayer, para la prueba de Filosofía me levanté a las cinco de la mañana. Me fui al repostero y calenté agua para preparar el té; con la tetera, el té y la leche condensada me fui al escritorio a estudiar.

Teníamos la prueba a tercera hora, así es que estudié hasta las diez y cuarto. Entonces, con mis cuadernos, sin afeitarme, sin corbata, con las zapatitos desabrochados, despeinado y desarreglado llegué corriendo al colegio después de haber causado cierta admiración entre los transeúntes.

Naturalmente me saqué la mejor nota, pero Leif, engominado y elegante, que había tomado desayuno en cama, que había ido a visitar a una chiquilla el día antes, y que seguramente había estudiado las sensaciones oliendo una rosa del florero, como copió la prueba del principio al fin, se sacó igual nota que yo. Existe cierta injusticia en las cosas de este mundo.

25 de julio. Fui a una conferencia del Prof. B. sobre el psicoanálisis. Llegué bastante convencido de lo que había escuchado, pero ahora, pensándolo bien, he cambiado de opinión. Es más razonable lo que dice Adler al respecto. Por lo demás, el psicoanálisis no me importa nada.

Ayer en el Club Hípico estaba la Raquel. Le dijo a una amiga: "Cómprale boletos a este caballo blanco; ese moreno no tiene cachet".

La semana pasada estuve donde la Angélica. Le llevé un libro: "Allá lejos y hace tiempo". Perdí una hora hojeándolo con cuidado, no fuera a tener algo inmoral. No había nada. Además, estoy seguro que ella no va a pasar de mirar la tapa.

27 de noviembre. El Padre Johann me ha dicho: "Usted, Griffin, es el mejor alumno que he tenido aquí y en Europa. Es casi tan buen alumno como lo fui yo de Von Kreussen". Me he sentido, después de oírlo, muy orgulloso y preocupado simultáneamente: ¿Llegaré a ser parecido al Padre Johann?

Terminó el Campeonato de Ajedrez tras una enconada lucha en la que intervinieron todos los factores posibles además de la capacidad ajedrecística. Vendió Poblete; segundo en empate, Schleyer y yo; terceros Anguita, Jaime y Sergio; después Pablo y Pancho García Huidobro. Este último del cuarto año.

Finalizaron también las sesiones de la Academia Literaria, con Uribe, Ruiz-Tagle y Avaria en los primeros lugares.

La vida es curiosa. Nadie está contento con lo que tiene.

Estoy definitivamente indiferente por la Angélica. Me es algo doloroso estar indiferente por ella en estos días tan diáfanos de noviembre. Pero es así, sin que yo mismo pueda evitarlo.

En días pasados me confesé. El Padre Rodríguez me dijo que yo tenía cierta frialdad hacia lo religioso. Me sentí un Voltaire en pequeño, y creo que hasta me puse contento por un instante. Pero luego recapacité: no son posibles estas frialdades.

12 de diciembre. El Padre Johann llamó al Padre Huard, que pasaba, y señalándome, le dijo: "Es uno de mis mejores alumnos, por no decir el mejor que he tenido". Gracias, Padre Johann, un millón de gracias.

El año está por terminar y con este 1950 nuestra vida de colegio. Hay una expectación dolorosa en todos nosotros.

Augusto, el amigo a quien yo tanto estimo, está muy enojado conmigo. Habíamos estado hablando antes de la última sesión de la Academia, que la niña más fea y antipática era la Luz María. "La odio", comentó uno. "He tenido suerte en no conocerla", dijo otro. Y tocaba que la poesía de Augusto, interpretada a las mechas, le podía ser alusiva. Llegó la sesión. Augusto avanzó desde el fondo de la sala hasta el tablado. Nos miró a los académicos fríamente, con un dejo de desprecio. "Leeré una poesía", dijo: "Luz tan inocente y pura — como de lánguida estrella..." Cuando terminó, pedí la palabra:

"Señores académicos: Habían ya desembarcado en Africa las legiones romanas, cuando al hacerlo el César, resbala y cae de bruces sobre la playa. Los legionarios tiemblan. La caída del jefe es vaticinio de segura derrota. Pero entonces surge potente la voz del César, diciendo: "¡Africa, yo te abrazo!"

(Frente a mí, que estoy en la mesa del Directorio, Augusto, que se ha retirado a su asiento del fondo de la sala, aprueba).

"Había convertido una caída en un resonante triunfo. Tal cosa ha hecho también el señor Académico que acabamos de escuchar. Ha sabido aprovechar una tragedia para obtener con ella un resonante éxito".

"Siempre, después de nuestras reuniones, se formaban corrillos para conversar y opinar sobre los trabajos leídos. Veíamos entonces pasar al poeta solitario y melancólico, los ojos mirando más allá, alguna visión lejana y a la vez maravillosa. (Augusto pone cara de aprobación). Lo veíamos alejarse y comentábamos: "A ése le han dado una pateadura de las feas". (Risas en la sala. Augusto pone cara de estupor). Quería yo averiguar quién era la culpable del pesar que abrumaba al señor académico. Y la clave la he encontrado en su propia poesía leída aquí ante nosotros hace unos momentos. Poesía es ésta de grandes méritos. Hay frases muy hermosas: "Luz tan inocente y pura — como de lánguida estrella...", "luz que me aprisionastes — en tu hermosura..." Allí estaba la clave. El poeta había caído en las redes tejidas por la coquetería despiadada de Luz María. (Hay una risotada gigantesca en la sala. Augusto me hace signos

poco convencionales. Torrens, que ha tomado en serio lo que yo he dicho, reta al poeta: "¡Sólo tú, mateo asqueroso, podías enamorarte de la "Galleta de agua!"¹⁷.

Se levantó Augusto y respondió a la crítica en tono colérico. Nos dijo que su poesía era un canto a la belleza en abstracto, cosa que nosotros no podíamos comprender. Dijo que no tenía yo derecho a generalizar, que lo que podía pasarme a mí (eso de la pateadura) no era algo que pudiera sucederle a él.

Fue muy elocuente. Nunca había sido más elocuente, pero nadie quiso atender a sus razones.



En la última sesión de la Academia agradeci al Asesor la bondad que había tenido "en venir en el largo rosario de viernes" a asesorar nuestras reuniones. Dije del interés que él había mostrado en que cada uno de sus alumnos extendiera sus horizontes, en que sintiesen amor por la literatura en sus manifestaciones más bellas y trascendentales, como manifestaciones de un espíritu rectamente dirigido. "La vocación de un hombre, terminé diciendo, es amor por la cosa misma; la gloria, los honores, son meros alicientes accesorios. Y los hombres que se entregan por entero a una causa son sus apóstoles".

Fueron palabras muy sinceras.

El señor Scarpa tuvo al término de mi discurso serias dificultades al querer agradecerme lo que yo había dicho y simultáneamente explicarle al Padre Rector, sentado al lado suyo, que las palabras que se habían oído eran iniciativa mía propia y no sugeridas diplomáticamente por él.

16 de diciembre. Hace dos días tuvimos la repartición de premios. Nos hicieron sentarnos separados del resto de los premiados y todos juntos, "por equipo", como dijo un profesor aludiendo al compañerismo tan fuerte que ha existido entre nosotros. Habló el Padre Huard, que ha sido siempre tan amable y bondadoso conmigo. Después habló Monseñor Zanin, el Nuncio, cuyos discursos son extraordinarios. Uno podría reconstruirlos horas después. Vinieron los premios de las preparatorias; los de la Academia y los de Ajedrez. Recibí por la Academia, una "Historia de la literatura italiana", voluminosísima, y por el ajedrez, yo, atleta del intelecto, una copa y el bautismo simultáneo del organizador del torneo, porque, en lugar de hacer grabar Arturo en la copa, se equivocó e hizo estampar otro nombre. Antes me habían dado el Premio Especial de Inglés, un libro: "Treasure of old and rare English verse". Nos entregaron los diplomas y debimos besar el anillo episcopal del Nuncio. Pasaron algunas cosas divertidas. Carlos Ruiz-Tagle, que estaba resfriado, a última hora decidió no

¹⁷Denominábase "mateo" en la jerga escolar al alumno aplicado y egoísta que sólo dedicaba sus energías al estudio de las materias exigidas con la finalidad de obtener buena nota.

concurrir. Al ser llamado, la ovación tributada fue la más larga de todas, en parte porque es el alumno más apreciado por todos nosotros, y en parte porque los que estábamos sentados en las filas de adelante creíamos que no aparecía a recibir sus premios porque no podía pasar debido a la masa de gente que había, y queríamos darle tiempo de hacerlo. Gonzalo Reyes, por apuesta, hizo como que se caía al subir al tablado. Armando Uribe pronunció el que ha sido el mejor discurso de despedida que se ha escuchado en el Saint George's College. Tengo mucho interés en leerlo cuidadosamente; lo llamaré por teléfono para pedírselo. La María Olga estaba muy ruborizada. Claro que generalmente está algo ruborizada. Quizás sea así.



Rompí un certificado de suspensión de clases, que debían firmar mis padres y que no devolví jamás al colegio, y que debo a la Yolanda A. Ese papel lo rompí, y otro en el que había pegado un largo pelo rubio. ¡Pequeña ridiculez de adolescente...!

VIERNES 11 DE OCTUBRE DE 1952. AHORA

Y aquí estoy en la última página de este Diario, del que no hubiérais sabido una sola palabra si una tarde, hace dos semanas, en el escritorio acogedor, lleno de libros, de la casa de Armando Uribe, él no me hubiera sugerido la idea de hacerlo público.

¿Y qué ha sido de mí ahora?

En la mañana, ritualmente, he bajado desde la oficina en el cuarto piso de la Bolsa hasta la Rueda, y fríamente, en medio del bullicio, he visto quizás con cierta melancolía incomprensible cómo las acciones subían algunos puntos. Y con la conciencia de haber añadido algo más a las heladas cifras de mi cuenta en el Banco, he tocado el timbre del ascensor para regresar a mi escritorio.

Y así ha seguido el día hasta la tarde, en que con los ojos cansados de ver números, he regresado a mi casa. He salido de nuevo y me he ido caminando hasta el teatro Dieciocho. Dan una película francesa. En la escena, un viejo y una muchacha: "Cinq cent francs?" —"Non", responde ella. —"Huit cent francs?" —"Non". —"Mille francs, deux milles francs?", y ella, sonriendo: "Bien, Henri, je suis à toi, je t'aimerais, mais donnez-moi maintenant les deux milles francs". El reloj que hay a un lado de la pantalla ha marcado las ocho y media y he salido sin ver el desenlace.

He esperado un trolleybus, pero antes que llegara ha pasado un auto muy negro y grande: "¿Vas para arriba?". —Sí. —"¿Te llevamos?" —Ya, gracias.

¿Cómo ha crecido la pequeña Virginia desde aquel día en que me arrastró hasta el gigantesco piano de cola, grande como un automóvil, para que yo le

escuchara tocar la polka del perro. Era en los días en que yo hacía mi trabajo de investigación sobre música y sabía lo que era la polifonía flamenca del siglo XVII y las limitaciones temáticas del romanticismo de Von Weber. Entonces desprecié la polka del perro. Ahora, la niña, infinitamente culta en sus dieciséis años, recibe a sus amistades en el mismo salón de muebles tapizados de paño de Génova, y sería una gran herejía decir que un día el gran piano, ese mismo piano, lanzó las notas agresivas, pero que yo quisiera volver a oír ahora, de la polka del perro.

Y mañana, ¿qué haré mañana sábado? Me levantaré como de costumbre muy temprano y comulgaré. Volveré a mi casa para salir a la oficina poco antes de las diez, hora sensata y prudente.

Y en la tarde iré hasta el fundo de mi tío Manuel. Y volverán a llegar la señora Rosario con sus tres hijas. Y la señora Rosario volverá a hacer callar a la pequeña Inés cuando, tomada de la manga de su madre, le diga: "Pero no ve, mamá, que es demasiado narigón". Y mientras afirmados en la baranda de la casa vemos galopar a su hija mayor, dirá la señora Rosario: "La María Teresa es extraordinaria. Estas dos chiquillas —y señalará a las menores—, son locas. En cambio, ella no. Nunca, nunca me ha dado una molestia. Las monjitas la quieren tanto que la persiguen para que se entre de monja. Si quieren que termine sus exámenes y pase inmediatamente al Noviciado. Pero la Teresita les ha dicho: "No, madre, no tengo vocación para monja; tengo vocación para casarme y tener hijos y ser feliz y hacer feliz a mi marido". Pero las monjitas la siguen persiguiendo. Hasta a mí me han dicho: "Señora, a ella la queremos por su carácter, vale más que cualquier otra niña. La dote (Ud. sabe que las monjas siempre exigen dote) no nos importa"; me han insistido: "la que vale es ella". "¡Y es tan buena, siempre preocupada de los ciegos y de hacer la caridad!"

Pero los ojos verdes de la niña y su sonrisa maliciosa desmentirán aquellas últimas palabras. Y cuando la adorable criatura deje el caballo y se sienta en el banco, me encontrará con el entrecejo arrugado, meditativo.

"¡Pero, señora Rosario, y Ud. cree que yo escribí el famoso trabajo de investigación de setenta y seis páginas para llegar a esto? ¿Y cree que he trabajado durante días y días en la oficina sin darme tiempo ni para ir al biógrafo, a veces durante muchos meses, para llegar a esto? ¡Y quiere Ud. que reduzca todos mis sueños de tantos años a un convertible para llevar al Charles a su hija! Pero!, ¿está usted loca?"

Pero, ¿estará loca? Tantas páginas anotadas en este Diario, tantos sueños forjados, tantas ilusiones, tantos esfuerzos, reducidos a tan poco. Y yo que ambicioné ser santo, ahora satisfecho con la comunión semanal y la Conferencia de San Vicente. Y yo que medité hacer tantas cosas buenas y generosas, remontarme hacia Dios y ofrecerle mi voluntad, ahora tengo prisionera el alma en la in-

mensa jaula de la Bolsa. Y mi cuerpo sin alma, lo único que me queda, que aún está libre de Ud., señora, sólo por casualidad, por misericordia, por haberme cruzado de brazos para no tomar entre las mías la mano de su hija.

* * *

No, no es posible que esto sea así. ¡Yo no quiero estas realidades absurdas! Mañana, cuando lleguen las niñas, no le diré a la María Teresa que cada día está más bonita. Nada de eso. Iré donde la Paulina que tiene catorce años y le preguntaré, poniéndole las manos sobre los hombros, en qué piensa, porque la Paulina se queda muchas veces pensativa, y la convidaré a correr una gran carrera hasta extenuarnos, hasta caer sentados sobre el pasto sin poder decir una palabra, sin poder hacer un movimiento, salvo sonreír. Pero ella no querrá. Como yo cuando empecé a escribir este Diario a la edad de ella, la Princesita no querrá correr. Querrá soñar con los ojos abiertos.

Y yo, algo horrorizado, volveré a escuchar la voz de la señora Rosario: "La María Teresa es tan, tan estudiosa", y su pequeña y hechicera Inés, de nueve años, volverá a decir como en secreto: "La mejor nota que se saca es tres", y volverá a recibir una mirada fulminante de su madre, miradas a las que ella no hace ningún caso.

* * *

Si yo hubiera sabido entonces, cuando aún era niño, que esto era ser hombre, quizás todo cuanto habéis leído sería distinto... o quizás sería igual.

POESIA

José María Memet

(Temuco)

ESPERAME DONDE COMIENZA EL BOSQUE

*Espérame donde comienza el bosque
para que juntos
dejemos atrás los cables
las micros y el cemento
conformándonos con viajar en una hoja
por vertientes sin petróleo
vente a vivir conmigo
espérame donde comienza el bosque
no debes traer manos plásticas
ni boca herida
deja que los tanques se oxiden de amargura
en las calles
deja la ciudad
antes de que otro gorrión
se pudra en un alcantarillado
espérame donde comienza el bosque
que yo iré a buscarte por la tarde
no traigas radio de cien transistores
ni reloj con que desmoralizar a las estrellas
quiero que entre tú y yo
exista una mirada que nos una
espérame donde comienza el bosque
y trata de escuchar mientras esperas*

cómo respira el mundo
cómo se besan el pino y la nube
pero no dejes que junto contigo
entre una luna artificial a buscarme
espérame donde comienza el bosque
que yo te he esperado desde siempre
a la orilla del sendero
combatiendo con el humo
será la única vez que esperarás
en la noche
saldremos a caminar por el laberinto de la
luna
y por la mañana
regresaremos hablando de carreteras celestes
seremos los habitantes de un geranio
espérame donde comienza el bosque
sin carros
ni trenes eléctricos que atemoricen
a la lluvia
trae contigo un equipaje de sueños
y deja que las latas se aburran y se mueran
en tu antigua casa
he sembrado los boletos para ir a ver
nacer el sol junto contigo
espérame donde comienza el bosque
y no te olvides de que si no llegas
cada día y cada noche
algo morirá
dentro
del bosque.

MI PADRE

Cuando crecía —junto a mí— crecía la pobreza
y las puertas se abrían solas con sus chapas
oxidadas
y mi padre con su moto celeste
se iba a su taller
a jugar a abrir un corazón que amaba
fue el mejor cerrajero de la
tierra
desde países muy distantes
tres cuatro o cinco cuadras quizás
se acercaban a sus canas
y comentaban de cómo abrir la luna.
Con un alambre o con una mirada
tomaba las estrellas en sus manos
y cerraba mi pieza.
Yo era el capitán de las hojas
y mi padre
un marinero
que descubrió la lluvia
cómo le busqué cuando la turbina
de nuestra nave se
detuvo
quedó silencio entre nosotros
y el televisor prendido.

EL NIÑO DE LA ROTISERIA

Se detuvo enfrente de la vitrina
 (todos los días lo hacía)
 vio como giraban
 dentro de un horno eléctrico
 cinco pollos
 lentamente giraban
 como planetas de un universo
 tan distinto
 lentamente giraban
 cinco pollos
 dorándose como soles desnudos
 como bellotas
 como turistas
 lentamente giraban
 cinco pollos
 goteando
 humeando
 como locomotoras
 que pasan por pueblos donde nadie
 a comprado un pasaje
 lentamente giraban
 cinco pollos
 que eran cinco corazones
 en su imaginación de niño
 lentamente giraban
 como satélites de la vergüenza
 del hombre.
 Un empleado baja la cortina metálica
 el mundo gira
 ese niño crece como un yuyo
 esos pollos giran
 con la velocidad
 que no tienen los niños que han muerto
 de esos que nacen
 crecen y mueren
 en los basurales del hombre.

LA BUSQUEDA

*Sigo explorando la tristeza
de los días que pasan en las micros
aferrado a un beso
aferrado a la lluvia
al barco manicero de la plaza
al hombre de overol que se entume
en las bodegas
sigo con la mirada a la mujer del otoño
sigo con el tacto la sonrisa del pan
sigo por los montes
a una hormiga
para comprender su sudor
su carga y su camino
me sigo a mi mismo
como un detective que trata de atrapar
al viento
como una mariposa sin flores
como una hoja
como un hombre que se busca
y no se encuentra
como un hombre que pasa
y nunca vuelve.*

POEMAS

*Detuve entre la hierba
el paso de un caracol
le pregunté
por el silencio
y se fue despacio
demorando la tarde
aterrizando en el sol
hasta perderse en la respuesta.*



*Haré un poema de polvo
para que seamos eternos
y aunque la micro tosa
cuando cruce las calles de Temuco
llevándome al barrio donde nos conocimos
tú me esperarás
con la misma sonrisa quemada por la luna.
hecha un montecito de polvo
eterna como un grano de arena.*



*Dentro de una caja
guardé
todo lo que un día
sentí por ti
hoy
después de muchos años
abriendo la misma caja
pude comprobar
cómo se detiene el universo.*



*Deseo no olvidarme de tus ojos
depender del agua
despertar al hombre que vive en mí
y que siempre te ha querido*

deseo ir tranquilo por la calle
deteniendo cada hoja
que cae de los árboles
tener mil años menos
un rostro
(quizás la mano que hizo el mundo
no pensó en nosotros)
unos minutos.



Los bueyes
acostumbran a demorar la
tarde
con un paso de muerte
que nos duele.



En los comercios del polvo
te sigo queriendo con la melancolía
del agua
que sale de los tubos
que sale de las llaves
y en cada palabra que digo
apareces sonriendo
con un rostro tan humano
que beso el aire para no perderte.

SINONIMIA PARA UN HOMBRE CRISTIANO

Debo caminar
Debo pagar la cuenta del agua
Debo ser feliz
Debo comprar un hulton
Hey
Hey hombre
Hoy
Camina
Paga
Sé feliz
Pero no te olvides
De llorar
Por ese pobre hombre
Que tiene tu rostro
Que tiene tus manos
Que tiene tu voz
Aunque ya esté seco
Y no respire
En ese madero podrido.

EL VIAJERO

Ata

Con un cordón

Con un hilo de tierra

*Todo lo que un día sentiste
por mí*

Atalo a la espalda

De un pájaro

Y déjalo

*Que vuele en la tristeza de un
minuto*

En otoño

Quizás regrese ese viajero

Como un mochilero abierto al viento

O simplemente

Se pudrirá en la rama de un árbol.

SIN TIEMPO

*De pronto
Salieron pájaros
Que dormían en las camitas
de tus senos
sin ruido
sin alas
sin palabras
Tratando de alcanzar
Lo que nosotros pensábamos.
No han regresado
jamás.*

TEATRO

de Fernando Cuadra (Chileno)

La familia de Marta Mardones

(Obra en tres actos)

Junio 1976

PERSONAJES:

La Familia:	MARTA, 48. RICARDO, 55. RAMIRO, 23. ELVIRA, 20.
Los Amigos:	ANTONIO, 45. ALBERTO, 25.
El Extraño:	JUAN RIVERA, 42.
Epoca:	Actual.
Tiempo:	Primer acto: Verano. Mediodía. Segundo acto: A la mañana siguiente. Tercer acto: Un año después.
Lugar:	Santiago. Un lugar cercano a la Estación Central.

Escenario: La Cocina y el Comedor de la Familia Sánchez Mardones. La cocina ocupa una tercera parte del escenario, a la izquierda del espectador. En la pared del fondo, una pequeña ventana de cuatro vidrios permite ver el patio en el que se divisan plantas y algunos árboles; en la pared izquierda, una puerta que comunica con el patio. En la habitación hay una cocina a gas ubicada bajo la ventana y, en el rincón, un pequeño lavaplatos. Sobre el lavaplatos y esqui-

nadas, dos o tres tablas barnizadas o pintadas y un armario, en los que Marta guarda los diversos utensilios que ocupa en sus labores diarias. Al centro de la estancia, una pequeña mesa rectangular y dos o tres sillas de madera pintada de colores alegres. Todo se ve ordenado y limpiísimo, reluciente. Las paredes también están pintadas de color claro. Comunicase con el comedor mediante una puerta sin batientes. En la pared derecha del comedor hállase la puerta de calle. En la pared del fondo, la puerta que comunica con el interior de la casa. Contra esta pared, casi al lado de la puerta, un "buffet" con un florero en su cubierta, un juego de té de loza barata y otros objetos. Sobre el mueble, un espejo. Al centro, una mesa ovalada y en su derredor, dos o tres sillas bien tenidas. Del techo, en el centro pende una lámpara de tres ampolletas empanalladas. Todo igualmente limpio y ordenado. Los muebles son comunes, de esos que se fabrican en serie, pero se ven cuidados con cariño. En las paredes algunas oleografías de naturaleza muerta. Un calendario. En un rincón, una máquina de coser.

ACTO PRIMERO

Al abrirse el telón, la escena permanece sola por algunos instantes. Al cabo de ellos entran, por la puerta del fondo, Elvira y Alberto. Con aspecto y andar sigilosos llegan hasta el comedor. Queriéndolo o no, miran hacia la puerta de calle. Hay un leve pero evidente desarreglo en la vestimenta de Elvira, como también en su cabello. Detienen ambos y se miran a los ojos por un momento. Después, Alberto se acerca a Elvira y, abrazándola, la besa apasionadamente.

1. ELVIRA.—(Desprendiéndose del abrazo). Déjame . . .
2. ALBERTO.—Bah . . .
3. ELVIRA.—No está bien lo que estamos haciendo, Alberto.
4. ALBERTO.—(Sonriendo con cierto descaro). ¿No irás a hablarme de tu mamá ahora, no, y de lo que ella podría pensar, eh?
5. ELVIRA.—Podríamos haber esperado un poco y . . .
6. ALBERTO.—Me parece que tú y yo somos mayorcitos, ¿no?
7. ELVIRA.—Andate ahora, ¿quieres?
8. ALBERTO.—¿Por qué?
9. ELVIRA.—Es mejor.
10. ALBERTO.—(Leve pausa). ¿Dónde vamos esta noche?
11. ELVIRA.—(Encogiéndose de hombros). No sé.
12. ALBERTO.—¡Bah! ¿Qué mosca te picó de repente?
13. ELVIRA.—Ninguna.
14. ALBERTO.—¿Entonces? Sabes hace harto tiempo que a mí me gustan únicamente las películas que no tienen ninguna complicación.

15. ELVIRA.— *(Con leve ironía)*. El final feliz, por supuesto . . .
16. ALBERTO.— ¿Paso a buscarte a la Confitería? *(Elvira asiente silenciosa)*. ¿A qué hora terminas el turno hoy?
17. ELVIRA.— A las nueve.
18. ALBERTO.— ¡Macanudo! ¡Hay un bailongo del uno en! . . .
19. ELVIRA.— *(Con leve gravedad)*. ¿Qué edad tienes exactamente, Alberto?
20. ALBERTO.— Veinticinco. ¿Por qué?
21. ELVIRA.— *(Leve pausa)*. Por nada.
22. ALBERTO.— Y a la noche a estar muy contenta, eh. La vida, mijita, no es otra cosa que pasarlo lo mejor posible.

(Alberto se acerca y besa de nuevo a Elvira ardorosamente. Elvira no reacciona. Alberto la mira un instante y después sale con rapidez por la puerta de la calle. Elvira permanece inmóvil un momento. Después, se mira en el espejo del "buffet". Arréglase el cabello y se acomoda sus ropas. A continuación, pasa a la cocina. En ella, empieza a manipular en alguna de las ollas colocadas en la parrilla.

En ese momento, por la puerta de calle, entra Ricardo, con aspecto cansado. Se desplaza lento y se deja caer en una de las sillas del comedor. Al andar, Ricardo lo hace con cierta dificultad en una de sus piernas, semi inutilizada por un accidente. El brazo derecho le cuelga inmóvil. La dificultad para andar se le acentúa a Ricardo en sus arranques de nerviosismo: pareciera que su semi invalidez le pesara como una culpa. Hay algo falso y huidizo en sus movimientos, así como en sus ojos que raramente miran de frente y sostenido).

23. ELVIRA.— ¿Mamá? *(Ricardo no contesta, Elvira se acerca a la puerta de comunicación)*. Ah . . . *(Volviendo a la cocina)*. ¿Cansado?
24. RICARDO.— Hum . . . Enfermo, querrás decir . . .
25. ELVIRA.— *(Continúa manipulando)*. Oh, por supuesto, papá . . .
26. RICARDO.— *(Como para sí, pero con voz suficientemente alta)*. Pero qué saco con hablar aquí. Para empezar, tu madre es la primera que no me cree.
27. ELVIRA.— Las cosas que dice, papá. Sabe que eso no es cierto.
28. RICARDO.— ¡Hum! *(Tócase con la mano izquierda el brazo inútil)*. Sin embargo, esto es un testigo, ¿no?
29. ELVIRA.— *(Siempre afanada)*. ¡Oh! ¿Para qué se acuerdo de eso? Siempre se lleva con lo mismo usted.
30. RICARDO.— ¿Crees tú que se puede olvidar tan fácilmente que, de la noche a la mañana, un hombre se quede con la mitad de su cuerpo deshecho por . . .?
31. ELVIRA.— *(Rápida se desplaza hasta la puerta de comunicación)*. ¿Por qué, papá?

32. RICARDO.— (*Evadiendo a Elvira*). ¿Acaso no lo sabes?
33. ELVIRA.— (*Con extraña insistencia*). Sí, sí. El accidente, claro. Lo que tú contaste. ¿Pero qué más?
(Elvira se encoge de hombros y vuelve a la cocina. Ricardo se levanta y camina hacia la puerta del fondo. Antes de que salga, ábrese la puerta de calle y entra, briosa y dinámica, alegre, tumultuosa, ruidosa, resoplando acalorada, riendo, Marta, cargada de paquetes, con un canasto además repleto de verduras y provisiones y un gran ramo de flores).
34. MARTA.— (*Cerrando la puerta con un sonoro portazo*). ¡Ah! ¡Qué lindo ruido el de una puerta que se cierra cuando se ha cumplido parte del trabajo obligado! ¡Eh, Ricardo! (*Yendo a la mesa, en la que va dejando algunos paquetes*). ¡Uf! ¡Qué calor! ¡Parece que el verano no quiere mandarse cambiar! ¡Ah, pero con este calorcito dan más ganas de vivir! (*Ríe con fuerza. Ricardo sonríe débilmente*). Sí, sí, Ricardo. A pesar de tu sonrisita. (*Hacia la cocina*). ¿Elvira?
35. ELVIRA.— (*Sonriente*). Sí, mamá. Te oí.
36. MARTA.— (*Riendo, vuelve al comedor*). ¡Bueno! A mí no es muy difícil que no se me oiga, no. (*A Ricardo, pasándole un paquete*). Tu camisa. Tal como la querías. Gris. Como el humo de tu famosa primera locomotora.
37. RICARDO.— (*Apretando el paquete contra el pecho*). ¿Tienes que recordarme eso, Marta?
38. MARTA.— ¡Vaya! ¿Sabes que a ratos resultas hartito divertido, Ricardo? (*Désplázase hacia la puerta de comunicación. A Elvira*). Ya vengo, hija... Antes tengo que atender a don Jeremías... (*Elvira ríe, tapándose la boca*).
39. RICARDO.— (*Con leve protesta*). Marta...
40. MARTA.— No te hagas el ofendido más encima. Veinte y cuatro años de casados... ¡Veinte y cuatro!... Son más que suficientes para que me conozcas al revés y al derecho. Siempre he llamado a las cosas por su nombre. Y tú eres un Jeremías.
41. RICARDO.— Si tú lo dices...
42. MARTA.— ¡Ay, Ricardo! Tuviste un accidente. Ya. Todos lo sentimos hartito. Ya. Pero estás vivo, ¿no? Y en esta vida lo realmente importante es eso: vivir. ¿A qué tanto quejarse? ¿Me quejé yo cuando te vi en el hospital medio desangrado? ¿Me quejé cuando se me murieron los mellizos que eran un par de soles iluminando la casa? ¡Ya! ¡Sonríe, hombre! ¡Tó tall! ¡No tienes que preocuparte por nada de la casa, no!
43. RICARDO.— No es preciso que te lo lleves repitiendo a cada rato, no...
44. MARTA.— Ya, ya... Anda a probarte la camisa. Siempre te quedan un poco largas de manga. Le hago las alforzas de costumbre y listo.
(Ricardo se va al interior, silencioso. Marta sigue abriendo paquetes. D)

ellos saca varios trozos de género de colores variados. Mide rápidamente los trozos con las manos. Se acintura algunos y luego los arroja sobre la máquina de coser).

65. MARTA.— Bien, bien... Esto aquí... Trabajo para más tarde... (*Coge el canasto con verduras*). Y esto a la cocina, señor... (*Cruza rápida hacia la cocina*). A ver, a ver, mi ayudanta... (*Revisa destapando las ollas*). ¡Hum! Rico parece... al menos por el aspecto. (*Sacando las verduras del canasto que ha colocado sobre la mesa*) ¡Ay, ay! Ya no se puede comprar nada, Elvira. Es un verdadero asalto a mano armada. (*Riendo*). Pero, en fin. Hay que vivir y para eso es necesario comer. ¿Sabes cuál es uno de mis orgullos? (*Elvira sonríe y se encoge de hombros*). Que a pesar de la carestía y todo lo demás, comamos bien. Ni siquiera me preocupan tanto las pilchas a mí, eh. Pero comiendo bien, se puede ser hasta bueno, pienso yo. (*Ha terminado de ordenar las verduras. En el estante revisa ahora algunos tarros*). Hum... Me va a faltar azúcar.
66. ELVIRA.— ¿Para qué?
67. MARTA.— Se me están terminando las mermeladas y como la gente las pide...
68. ELVIRA.— ¿No es mucho trabajo, mamá?
69. MARTA.— Sí. Casi demasiado, pero lo necesitamos, ¿no?
70. ELVIRA.— ¿Y si le pasara algo a Ud.?
71. MARTA.— Con lo que le pasó a tu padre, ya tenemos pagada nuestra cuota. (*Riendo*). Ah... En la hechura de los delantales vas a tener que ayudarme. Ah, el maquineo es cosa seria para los riñones, Elvira, cuando se han cumplido... Bueno, algunos años, eh. (*Marta y Elvira no han dejado de afanar en los preparativos de la comida*).
72. ELVIRA.— ¿Delantales también, mamá, ahora?
73. MARTA.— Y más cosas si pudiera y supiera hacer, pues, niñita. Pero soy tan ignorante.
74. ELVIRA.— (*Abrazándola repentinamente*). Mamá...
75. MARTA.— (*Con agradable asombro*). ¿Bah? ¿Y a ti te picó alguna araña?
76. RICARDO.— (*Entrando por la puerta del fondo, con la camisa nueva puesta, de mangas desoladoramente largas*). Marta... (*Marta cruza al comedor. Al ver a Ricardo, échase a reír vigorosamente. A la risa de Marta, acude Elvira, que sonríe*).
77. MARTA.— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, ¡por Dios! Ahora me lo explico todo. Claro, pues. Era el paquete de un señor muy gordo y muy alto, a quien se lo arrebaté en el apuro. ¡Pobre hombre! Debe haber creído que se lo robé. Si todavía parece que le estoy viendo la cara que puso. (*Riendo siempre*). Sácatela y te la voy a cambiar esta tarde... (*Ricardo vuelve al interior. Marta y Elvira regresan a la cocina: Marta riendo aún*).

78. MARTA.— ¡Ay, señor! (*Secándose las lágrimas de risa*). Sí, pues, hijita. Mis mermeladas son un éxito. Y nunca se me había ocurrido venderlas, ffjate. Claro que las hago como corresponde, ¿no? Con fruta escogida y de la buena. Con harta azúcar y con hartito "punto" en la hervidura.
79. ELVIRA.— (*Con suave risa y leve emoción*). Lo sé, mamá. Es uno de mis recuerdos más queridos. Tus mermeladas.
80. MARTA.— (*Cógele una mano*). Y este dedo es la prueba, ¿no? ¡Cómo lloraste cuando lo metiste en una olla hirviendo para probar lo que hacía! Me acuerdo como si lo estuviera viendo. Cinco años tenías y ya eras una metete.
81. ELVIRA.— (*Lenta*). Mamá... ¿es realmente importante para ti tu familia?
82. MARTA.— (*Id.*). ¡Qué pregunta más rara! Es lo único que me importa.
83. ELVIRA.— ¿De manera que si alguno de nosotros... Quiero decir, a Ramiro o a mí nos pasara algo... Hiciéramos algo que no estuviera bien...?
84. MARTA.— (*Rápida*). ¿Has hecho tú algo que no está bien?
85. ELVIRA.— (*Con leve turbación*). No... no...
86. MARTA.— ¿Entonces...?
87. ELVIRA.— Era... Nada... Era por preguntar...
88. MARTA.— A propósito: hace días que no veo a Alberto por aquí.
89. ELVIRA.— Usted sabe lo ocupado que pasa.
90. MARTA.— Pero si trabaja en la Confitería, igual que tú.
91. ELVIRA.— Sí, pero... Me refiero... Me refiero a las obligaciones que tiene en el Sindicato. Sus compañeros, ¿entiende?
92. MARTA.— ¡Hum! Como el soñador de mi hijo. Ah, Ramiro salió a su padre, eh. Con una pequeña diferencia, eso sí.
93. ELVIRA.— (*Riendo*). ¿Cuál?
94. MARTA.— Estudia y trabaja al mismo tiempo y no se queja. (*Probando un caldo*). ¡Ay, hijita! ¡Cómo siempre! ¡Sin pizca de sall (*Sazonando*). Y hoy tenemos invitados, eh...
95. ELVIRA.— Mejor. Así no vuelven más. ¿Quién? (*Marta rie maliciosa*). Ah, ya. No me diga nada, mamá. Don Antonio.
96. MARTA.— (*Riendo*). Ahá...
97. ELVIRA.— Pero, don Antonio, ya no es un invitado, mamá. Es una epidemia.
98. MARTA.— (*Supuestamente seria*). ¡Qué peladora te pones a veces!
99. ELVIRA.— ¡Hum! Sería mejor preguntarle qué día no va a venir.
100. MARTA.— (*Riendo cruza hacia el comedor*). No te permito que hables así de don Antonio. Es el único amigo que tiene tu padre de sus tiempos en ferrocarriles.
101. ELVIRA.— (*En la cocina*). Y hartito provecho que le saca, no.
102. MARTA.— (*Que ha empezado a colocar individuales y servicios*). No lo hace por interés.

103. ELVIRA.— ¡Hum! . . .
104. MARTA.— No, no, Elvira. Lo hace para no estar solo, ¿ves?
105. ELVIRA.— (*En la cocina*). Culpa suya nomás, pues.
106. MARTA.— (*Continuando su arreglo*). No siempre.
107. ELVIRA.— (*Por el ramo*). ¿Y estas flores?
108. MARTA.— (*Cogiendo el florero vacío del "buffet"*). Toma . . .
(*Elvira cruza desde la cocina*).
109. MARTA.— (*Pasándole el florero*). Pónlas aquí.
(*Elvira coge el florero y vuelve a la cocina para disponer las flores*).
110. MARTA.— ¡Ah! Me gustan tanto. ¡Hum! El día que yo tenga plata, Elvira, que va a ser nunca, pienso llenar de flores la casa. (*Con rápida reflexión*). Mejor, no. Podría recordarme mi propio entierro. (*Ríe*).
111. ELVIRA.— (*Cruza desde la cocina con el florero dispuesto. Colocándolo en el centro de la mesa*). Listo. Ramiro debe estar por llegar ya . . .
112. MARTA.— Hum . . . ¿Te has fijado lo tarde que está llegando desde hace dos o tres meses?
113. ELVIRA.— No . . .
114. MARTA.— ¡Hum, hum! ¡La buena hermana del querido hermanito! Lo que es a mí no me engañas tú ni don Ramirito. Creo que el futuro ingeniero nos está contando el cuento del tío con toda tranquilidad.
115. ELVIRA.— ¿Cómo? No, mamá . . . Acuértese que es dirigente del Centro de Alumnos, no.
(*Ricardo viene desde el interior*).
116. MARTA.— ¿Y eso . . . lo hace llegar tarde todas las noches? Sóplame este ojo, hijita. No es el Centro de Alumnos el que lo hace llegar tarde.
117. RICARDO.— ¿Por qué no, Marta? Este tipo de actividades nos gustan a nosotros los hombres.
118. MARTA.— (*Dubitativa*). Sí . . .
119. ELVIRA.— (*Riéndose y yéndose a la cocina*). ¡Ay, qué señora más incrédula, por Dios!
120. MARTA.— (*Terminando los últimos detalles de la mesa*). Listo, ¿Te has fijado, Ricardo, qué cuadro más lindo es una mesa a la hora de comer? No es que yo sea muy religiosa, ¿no? Creyente, eso sí . . . Pero esto es lo que descubrió la religión: la comunión.
121. RICARDO.— No te entiendo.
122. MARTA.— Claro, pues, Ricardo. Es cuestión de pensar un poquito. Todos juntos comiendo el mismo pan.
123. RICARDO.— Que no te oiga el cura de aquí, de la parroquia, no . . .
124. MARTA.— ¿Qué no me oiga? ¡Ah, ah, ah, ah! Esto y otra cosa más me ha escuchado las pocas veces que conversamos.
125. RICARDO.— ¿Pocas veces? Pero si él mismo me ha dicho que conversan a diario.

126. MARTA.— El, probablemente ... Yo ... discuto. No para ganar, eh ... Sino para aclarar. *(Va a la máquina de coser y coge alguna tela)*. Mientras esperamos a Ramiro y a don Antonio, eh ... *(Corta y modela con las tijeras)*. ¿Sabes? No puedo estar con las manos quietas. El día que así las tenga ... estaré muerta, creo yo.
127. RICARDO.— *(Tocándose el brazo inútil)*. Feliz tú, pues.
128. MARTA.— *(Que se ha sentado a la máquina, lo mira brevemente y opta por no contradecirlo)*. ¿Cuarenta y ocho años tiene don Antonio? *(Empieza a coser)*.
129. RICARDO.— Creo que sí ...
130. MARTA.— ¿Por qué no se habrá casado?
131. RICARDO.— Qué sé yo ...
132. MARTA.— A mí me parece feo que una persona se quede sola.
133. RICARDO.— *(Intentando bromear)*. No todos han tenido tu suerte.
134. MARTA.— *(Mirándolo)*. Sí. Suerte.
135. ELVIRA.— *(En la cocina. Gritando con rara intensidad)*. ¡Mamá! ¡Se está subiendo el almíbar!
136. MARTA.— *(Cruza rápida hacia la cocina)*. ¡Por Dios, niñita! ¡Apague el gas, pues! *(Lo hace. Elvira está temblando)*. ¿Qué te pasa?
137. ELVIRA.— *(Rehuyéndola, temblorosa)*. Nada ...
138. MARTA.— *(Acercándosele; con afecto)*. Aquí anda metido Alberto, eh ...
139. ELVIRA.— *(Con un grito incontrolable)*. ¡Déjeme tranquila! *(Marta la mira desconcertada)*.
140. RICARDO.— *(En el comedor)*. ¿Pasa algo?
141. MARTA.— *(En la puerta de comunicación)*. Elvira se apretó un dedo ... al abrir un cajón.
(Suena el timbre de la puerta de calle).
142. MARTA.— *(A Ricardo)*. Yo voy ... *(Va a abrir la puerta)*. ¡Oh, don Antonio! Pase, pase ...
143. *(Entra don Antonio. Tiene un ingenuo aire de bohemia, concorde con su cuerpo redondo. En su rostro parece resumir una inefable generosidad a prueba de cualquier egoísmo)*.
144. DON ANTONIO.— *(Entrando)*. ¿Cómo le va, señora Marta? *(A Ricardo)*. ¿Qué tal, hombre? ¿Cómo va ese ánimo?
145. RICARDO.— Más o menos ...
146. MARTA.— Asiento, pues ... *(Don Antonio se sienta)*. Me disculpará, ¿no? *(Cruza hacia la cocina)*.
147. DON ANTONIO.— ¡Esta señora Marta! Envidiable, eh.
(Elvira se ha repuesto y continúa en la cocina).
148. ELVIRA.— *(Al ver a Marta)*. Mamá, yo ...
149. MARTA.— *(Con autoridad)*. Ni media palabra ahora. Hay gente de fuera

Cualquier cosa que pase entre nosotros, debe ser solamente para nosotros. Después tendremos tiempo para hablar.

(Un silencio. Elvira y Marta empiezan a preparar los platos de entrada).

150. RICARDO.—¿Y? ¿Qué tal la pega, viejo Antonio?
151. DON ANTONIO.—¡Oh! Como siempre. Tú la conoces tan bien como yo
152. RICARDO.—(Tocándose el brazo). No tan bien. Ya ves los resultados.
153. DON ANTONIO.—(Leve pausa). ¿No estarás dándole mucho a lo mismo, Ricardo? (Antes un gesto de Ricardo). Sí, sí. Sé que es algo que no se puede olvidar, pero...
154. RICARDO.—(Cortante). Yo no lo olvidaré nunca.
155. DON ANTONIO.—¿Ves?
156. RICARDO.—Mira, Antonio... (Atisba hacia la cocina rápidamente). A ti te lo puedo decir, pero bueno... Creo... Estoy seguro que todo ha cambiado para mí desde entonces. Hasta Marta. Lo he pensado mucho.
157. DON ANTONIO.—¿Pero cómo va a ser posible?
158. RICARDO.—(Nueva y rápida mirada hacia la cocina). Marta... Tú la vez. Trabaja sin descanso de la mañana a la noche y no por eso se queja ni deja de reír.
159. DON ANTONIO.—¿Y esto te preocupa?
160. RICARDO.—(Duro). Para mí, esa risa es mentira.
161. DON ANTONIO.—¡Hombre!...
162. RICARDO.—Con su risa me está ocultando cosas que...
163. DON ANTONIO.—No sigas diciendo tonteras, ¿quieres?
164. RICARDO.—(Tenso en voz baja). ¿Tendré que contarte, entonces, como es la verdadera Marta cuando ya nadie la está mirando, sino yo solo al acostarnos?
165. DON ANTONIO.—(Incómodo). No me interesa.
166. RICARDO.—Eres mi amigo, ¿no?
167. DON ANTONIO.—Sí, pero...
168. RICARDO.—Escúchame, entonces. No tengo a nadie a quien decirle esto. (Pausa. En voz baja). ¿Qué quieres que piense de toda esa alegría que tiene, en tanto yo... apenas un medio hombre... ahora?
169. DON ANTONIO.—¿Te has vuelto loco, Ricardo?
170. MARTA.—(En la cocina; con alegría por las "entradas"). ¡Listo, señor! (Cruza hacia el comedor con dos platos que coloca en la mesa). A ver, a ver, don Antonio... Dígame. ¿Dónde ha visto usted una entrada más rica? Ni en el mejor hotel, se lo aseguro. (Ríe ampliamente). A sentarse, pues. Y rápido. Usted ya conoce su lugar. (Ricardo y don Antonio se sientan). Eso es...
- (Elvira viene de la cocina, equilibrando los tres platos restantes. Marta coge uno y juntas, los distribuyen. Marta y Elvira se sientan).
171. DON ANTONIO.—(Al ver a Elvira, se levanta torpe y ceremonioso, con mar-

- cado nerviosismo*). Elvirita... Qué gusto verla a esta hora... (*Elvira sonríe*).
172. MARTA.—(*Riendo*). Como todos los días que viene a almorzar con nosotros, pues...
173. DON ANTONIO.—(*Desolado*). Señora Marta...
174. MARTA.—(*Siempre riendo*). ¿Pero es cierto o no? Por mí, esta mesa debería estar siempre llena con los amigos de Ricardo.
175. RICARDO.—(*Con leve tensión*). Sabes que no tuve amigos en el trabajo. Sólo Antonio.
¿A qué darle y darle con lo mismo?
176. ELVIRA.—Papá...
177. RICARDO.—Tú no te metas.
178. DON ANTONIO.—Pero, hombre...
179. MARTA.—(*Conciliadora*). Sirvámonos mejor, ah. (*Todos empiezan a comer. Cógela una mano a Ricardo con cálido afecto*). ¿No te amurres, eh? (*A don Antonio por la panera*). ¿Pancito? Es el especial. No tiene nada que ver con ése que parece que lo hacen con harina de cartón. (*A Ricardo*). ¿No comes?
180. RICARDO.—(*Terco*). No.
181. MARTA.—(*Cordial*). Bueno... Es asunto tuyo. Pero está hartito sabroso, te diré. (*A don Antonio*). ¿Qué hora es?
182. DON ANTONIO.—(*Consulta su reloj de bolsillo*). Casi la una.
183. MARTA.—Y don Ramiro sin llegar. ¿Ah? ¿Qué te dije, Elvira?
184. ELVIRA.—(*Abstraída*). ¿De qué, mamá?
185. MARTA.—(*Riendo*). No puedes ser mejor para contarte secretos. Hasta se te olvidan.
186. ELVIRA.—Oh... Estaba distraída.
187. MARTA.—Hum, hum...
188. DON ANTONIO.—(*A Elvira, solícito*). ¿Aceitito?
189. ELVIRA.—No. Gracias.
190. MARTA.—(*A Ricardo*). Come. No seas niño chico. Con lo caro que está todo, es un pecado no comer.
191. DON ANTONIO.—(*Asombrado*). ¿Pecado? Primera vez que le oigo esta palabra a Ud. señora Marta.
192. MARTA.—¿Por qué se extraña de que la use ahora? Estas cosas sí que son graves para mí; no comer cuando todavía podemos hacerlo. Elvira, te coge los platos y tapa el de Ramiro, ¿quieres?
(*Elvira se levanta y empieza a coger los platos. Don Antonio, muy nervioso, va a pasarle el suyo, pero se le cae y se rompe*).
193. DON ANTONIO.—(*Consternado*). Oh...
194. MARTA.—(*Riendo*). No, no. Nada de "oh". Se lo pongo en la cuenta, listo.

- (*Elvira se inclina para recoger el plato roto, pero Don Antonio también realiza la acción al mismo tiempo y ambos se golpean en la cabeza.*)
195. MARTA.—(Con nueva explosión de risa). ¿Pero, don Antonio? ¿No querrá romperle la cabeza ahora a la pobre Elvira, pues!
196. DON ANTONIO.—(Cuya confusión ha llegado a un punto máximo) ¡Oh! ¡Oh!... ¡Nunca! ¡Cómo voy a quererle hacer eso, Elvirita!
197. ELVIRA.—(Riendo). Sí, sí. Pero nadie me despinta el chichón.
198. MARTA.—(Riendo a más y mejor). ¿Qué te parece, Ricardo? ¡Amor a golpes! ¡Semilevantándose se sienta de inmediato). ¡Ah, qué tonta soy! He comprado un tiesto, don Antonio, para servir la sopa en la mesa. ¿Qué tal? ¿Se estaba pensando usted, que en la casa de Ricardo Sánchez no había para estos lujos? (Con gesto y ademán displicentes). Y ahora, muchacha... Traiga todo para servirles a los caballeros.
199. ELVIRA.—(Riendo). Bien, señora. (Cruza a la cocina con los platos).
200. RICARDO.—Qué lujo, ¿no, Antonio? Antes, con mi sueldo, no alcanzaba ni para platos.
201. MARTA.—Así fue muchas veces, pues. Sobre todo, cuando tus famosas huelgas. Pero antes, yo tampoco trabajaba.
202. RICARDO.—¿Me lo estás echando en cara?
203. MARTA.—(Con leve cólera, inmediatamente reprimida). ¡Ah! ¿Quieres dejar de tenerte lástima en todo momento? Si quieres arrumacos; conmigo no los tuviste ni cuando novios... Mucho menos ahora. (Con más livianura). Hasta mis hijos, don Antonio, han tenido el cariño necesario, pero nada más. (Leve pausa). No sé. A veces pienso que el exceso puede malograr muchas cosas.
(*Elvira, que ha manipulado mientras en la cocina, cruza hacia el comedor con una sopera en sus manos.*)
204. ELVIRA.—(Depositándola en el centro de la mesa). Servida... señora.
205. (*Elvira, riendo, vuelve a la cocina para regresar con los platos para servir la sopa.*)
206. DON ANTONIO.—Yo, en cambio... Me perdonará usted, ¿no? Yo pienso lo contrario. Nunca el cariño será suficiente para nadie.
207. MARTA.—(Con rápida reflexión). ¿Sabe que a lo mejor tiene razón Ud.? Claro. Todo parece estar tan desprovisto de cariño ahora...
208. DON ANTONIO.—¿Qué dices tú, Ricardo?
209. RICARDO.—A mí no me interesan estas cosas.
210. MARTA.—(A Elvira). El cucharón, pues, hijita...
211. ELVIRA.—(Riendo). Oh... (Vase a la cocina).
212. MARTA.—(En voz más alta). Así no serás nunca una buena dueña de casa. (Riendo a don Antonio). El cucharón tiene dos usos muy importantes. El primero, servir la sopa.
(*Elvira trae el cucharón y se lo pasa a Marta. Después, se sienta.*)

213. MARTA.—El segundo... Mire, ¿ve estas abolladuras?
214. DON ANTONIO.—(*Con aspecto de absoluta incomprensión*). Sí.
215. MARTA.—(*Riendo*). Cómo se ve que usted no es casado, ahí, ni tendrá por ahí mujer que lo abolle.
216. ELVIRA.—(*Con malicia*). Eso último, no lo sabemos, mamá. (*Marta empieza a servir los platos; el primero, a Ricardo*).
217. DON ANTONIO.—(*Desolado*). Elvirita...
218. ELVIRA.—Estos... solteros de largo plazo son peores que los solteros jóvenes.
219. DON ANTONIO.—(*Más desolado*). ¿Piensa usted eso de mí, Elvirita? (*Viviéndose hacia Ricardo*). Ricardo, tú que me conoces tantos años...
220. RICARDO.—(*Cordial ahora*). Muchos, sí. Pero en este asuntito, cada uno sabe la verdad de la milanesa, viejo.
221. MARTA.—(*Riendo a carcajadas*). Buen abogado fue a escoger, don Antonio.
222. DON ANTONIO.—(*Inclinándose hacia Elvira*). ¿Usted no creerá lo que ha dicho, no es cierto?
223. ELVIRA.—(*Con sonrisa tensa*). ¿Por qué habría de importarme?
224. MARTA.—Vamos a ver cómo ha quedado esta sopa de pollo sin pollo. Concentrada, como dicen ahora. (*Prueba la sopa*). ¡Uf! ¡Mala! Como la situación económica, pero hay que aguantársela... Quiero decir, tomársela. (*Rien todos. La puerta de calle se abre y, muy rápido, entra, Ramiro, con algunos libros*).
225. RAMIRO.—Oh, perdona el atraso... (*Abraza y besa a Marta*). Hola... (*Golpea con afecto a Ricardo en el hombro*). ¿Qué tal? Buenas tardes, don Antonio... (*Deja en el "buffet" los libros y se sienta, al lado de Elvira. A ésta*). Hola, fea...
226. ELVIRA.—(*Riendo*). Tonto...
227. RICARDO.—(*Con intención*). Me habría gustado que hubieras escuchado a tu madre hablar de los centros de alumnos, de la religión y de la situación económica.
228. MARTA.—¡Ay, que susto! Se lo puedo repetir. (*Al ver a Ramiro que ha empezado a comer*). ¿Comiendo y sin lavarse las manos? Lindo universitario, no. A lavarse primero y después, a explicarme muy bien su atraso.
229. ELVIRA.—(*Riendo*). Peligrosa explicación, hermanito.
230. RAMIRO.—(*Que iba hacia el interior, se detiene. Riendo*). No tan peligrosa como la que tendrás que dar tú.
231. ELVIRA.—(*Tensa*). ¿Qué?
232. RAMIRO.—Me topé con Alberto ahora recién.
233. ELVIRA.—(*En un chillido*). Intrigante. Sucio. Chismoso.
234. MARTA.—(*Con fuerza*). ¡Elvira! ¡Ten la decencia de respetar a don An-

tonio, sino quieres que me pare y te dé la cachetada que me estás pidiendo!

(Elvira se levanta rápida y cruza hacia la cocina).

235. RAMIRO.—*(Desconcertado)*. Yo no quise... Fue una broma. Palabra.
236. MARTA.—*(Levantándose)*. ¡Hum! Conozco tus bromas. En eso eres muy parecido a...
237. RICARDO.—A mí. Ya lo sé.
238. MARTA.—*(Pausa)*. Anda a lavarte mejor.
(Ramiro cruza al interior. Marta cruza hacia la cocina. Elvira está preparando el segundo plato).
239. MARTA.—*(Acércoselo. Con afecto)*. ¿Juguemos?
240. ELVIRA.—*(Un silencio)*. ¿A qué?
241. MARTA.—A decirnos la verdad. ¿Qué te pasa? *(Elvira no responde)*. Bueno. Si no quieres hablar... *(Coge dos platos servidos)*. Pero no des espectáculo. En un hogar, Elvira, aún el más amigo de los amigos sigue siendo un extraño. Sólo son importantes los de la familia. *(Cruza hacia el comedor y le sirve a Ricardo y a don Antonio)*.
Elvira viene con los platos restantes. Los coloca y se sienta. Ramiro viene en ese momento del interior. Antes de sentarse, se acerca a Elvira.
242. RAMIRO.—Discúlpame. No quise molestarte. Palabra.
(Elvira sonríe afectuosa. Ramiro se sienta).
243. MARTA.—*(Feliz)*. ¿Ve usted, don Antonio? ¡Ah, cómo no voy a estar orgulloso! En mi familia, las peleas son peleas de novios que se quieren mucho.
244. DON ANTONIO.—*(Con timidez)*. Si... Elvirita tiene cara de novia.
245. RICARDO.—*(Con leve sonrisa)*. Parece que se te está declarando, hija.
246. RAMIRO.—Y con todas las de la ley. Habrá que esperar la pedida de mano. Palabra.
247. DON ANTONIO.—*(Confundido)*. Oh...
248. MARTA.—*(Riendo)*. ¿Qué contestas, Elvira?
249. ELVIRA.—Imagínese. Con un candidato como don Antonio, una puede salir de cualquier apuro.
(Don Antonio se atraganta y tose, enrojeciéndose).
250. MARTA.—*(Levántase rápida y golpea con energía en la espalda a don Antonio)*. A su edad, estos atoramientos son peligrosos. Y desde ahora, hay que cuidarlo mucho, eh.
251. DON ANTONIO.—*(Tratando de detener los golpes)*. Gracias... Gracias, señora Marta.
252. MARTA.—*(A Elvira, riendo)*. Desde el comienzo hay que demostrarle al hombre quien lleva los pantalones. *(Yendo a la cocina)*. Yo traeré el postre. *(Ya en la cocina empieza a servir flan en tanto canturrea)*.

253. RICARDO.—(A don Antonio). ¿Y? ¿Sigue el loco González a cargo del Taller de Reparaciones?
254. DON ANTONIO.—Jubiló hace tiempo.
255. RICARDO.—Pero no va quedando nadie de nuestro tiempo.
256. DON ANTONIO.—Pocos, en realidad.
257. RICARDO.—Es que es un trabajo duro, pues... Aunque algunos crean lo contrario.
258. DON ANTONIO.—(Con tímido entusiasmo). Uno termina encariñándose... Hasta con la locomotora que te toca. ¿No es cierto, Ricardo?
259. RICARDO.—Hum...
260. RAMIRO.—(Con picardía). ¿Por eso no se ha casado, don Antonio?
261. DON ANTONIO.—(Confundido). ¿Cómo?
262. RAMIRO.—Claro. ¿No dice que está enamorado de una locomotora?
263. RICARDO.—(Agrío). Para un maquinista, su locomotora lo es todo, Ramiro. Es su casa, su mujer. Su familia.
264. ELVIRA.—(Con leve aspereza). Sin embargo, su locomotora le inutilizó un brazo.
265. RICARDO.—¿Y qué? ¿Acaso ustedes las mujeres no suelen hacer lo mismo?
266. RAMIRO.—(Con cierto asombro). ¡Papá! Hablas de las máquinas como si fuesen seres vivos.
267. RICARDO.—¡Y lo son! (Todos lo miran extrañados por su vehemencia). O como si lo fueran. (Intentando reír). ¿Te acuerdas, Antonio, del bautizo de la 325? (Don Antonio asiente). ¡Ah! Para mí, es como si hubiera sido ayer. Con sus guirnaldas y sus banderas cruzadas, mientras todas las demás tocaban sus bocinas. ¡Bú-bú! ¡Bú-bú! ¡Ah, Dios! No hay nada como una máquina.
(Un silencio).
268. RAMIRO.—No sé... Pero yo pienso que el hombre es más importante que la máquina. Siempre.
(Marta viene de la cocina con los postres).
269. MARTA.—(Distribuyéndolos). Con su pizquita de mermelada de frutillas de las más caras, don Antonio y en su homenaje.
270. DON ANTONIO.—Gracias. Pero caras o no, se la compran igual que las otras, ¿no?
271. MARTA.—Por supuesto. Las mermeladas de Marta Mardones se venden siempre.
272. RAMIRO.—(Con burla cordial). ¡Oh, oh, oh!... Doña Modesta es mi nombre.
273. MARTA.—(Encarándolo). Sí, señor. (A don Antonio). ¿Sabe por qué? Sí yo digo: es mermelada de damasco, es porque tiene cien por ciento de damasco. Y de los buenos, eh. (Sentándose). Se me haría muy difícil en

- gañar... y a mi edad, ¡imagínese! Hay que ser verdadero siempre. Aunque nos escueza la lengua con la verdad.
274. RICARDO.— Pero tus regateos en la feria se escuchan en la casa cada mañana.
275. RAMIRO.— Y la Feria está a diez cuadras.
276. MARTA.— ¡Bah, bah, bah! Para empezar, sólo las mujeres sabemos lo lindo que es regatear. Ustedes los hombres no entenderán nunca esto. A ver, ¿qué gusto hay en aceptar el primer precio que nos pidan, ah? Falta los momentos en que lo que vamos a comprar empieza a ser nuestro. De a poquito. Sin apuro. Lentamente. Hasta que por fin es nuestro. Y todo eso, señores, necesita tiempo y paciencia. Incluso picardía, diría yo. (*Con rápida transición*). Y luego que todo el mundo sabe cómo engañan con los precios. Porque la economía está muy mal entre nosotros, eh.
277. DON ANTONIO.— (*Riendo*). Ya. Uno de sus temas favoritos, señora Marta.
278. MARTA.— ¡Vaya! ¿Por qué no? Si muchas cosas están mal, pues. Pregúnteme a mí... Una dueña de casa de clase media, tirando para abajo. Pregúnteme a mí la verdad de la historia y después, hagan cálculos y porcentajes y reajustes.
279. RAMIRO.— Entonces para tí, mamá, no hay nadie que te diga la verdad.
280. MARTA.— No lo sé, pero de repente me vienen mis dudas que mejor me las irago. ¿Sabés cuál es mi única verdad, hijo? (*Golpea la mesa con cierta muda energía*). Esto. Mi casa. Ustedes. Mi gente. Y defenderlos del miedo y del hambre.
281. RAMIRO.— Eres injusta, mamá. Siempre ha habido gente que... que ha defendido...
282. MARTA.— (*Rápida*). Sus intereses. Como la mayoría.
283. RAMIRO.— No todo es tan sencillo como tú los dices, mamá.
284. MARTA.— A lo mejor. Mira... Algunas veces he tomado esos libros que tú lees y lees...
285. RAMIRO.— (*Con asombro sincero*). ¿De veras? ¿Y...?
286. MARTA.— Palabras, Ramiro. Puras y vacías palabras. Y ni un poquito así de todo esto que es pobreza y angustia y tantas otras cosas.
287. RAMIRO.— De acuerdo con todo esto, tampoco creerás en Dios.
288. MARTA.— (*Con fuerza y pasión*). No lo sé. Pero sí he aprendido que en la vida lo único importante es vivir y no perder el tiempo en la culpa y el perdón.
289. ELVIRA.— (*Remecida*). Mamá...
290. RICARDO.— (*Con leve sorna*). ¿Entonces... en qué Dios crees?
291. MARTA.— (*Con honda emoción*). En el mío. En el que me ha ayudado a defenderlos a ustedes de tantas cosas que me asustan.
292. DON ANTONIO.— ¿Usted, señora Marta... con miedo?
293. MARTA.— ¿Por qué no? Miedo... como usted no se imagina. (*A Ricar-*

- do, con risueña transición). ¿No crees que nos merecemos un trago, Ricardo?
- (*Todos rien como relajados. Ricardo semi se incorpora, pero vacila.*)
294. RAMIRO.—(*Rápido*). Yo iré.
295. RICARDO.—(*Con leve violencia*). Déjame. Puedo hacerlo. (*Levántase trabajosamente y va a la cocina.*)
296. DON ANTONIO.—Rico el postre, señora Marta...
297. MARTA.—(*Riendo*). Como todos los solterones, eh. Le gustan los dulces. (*Intima y cordial*). ¿Por qué no se casa, don Antonio? No está bien que el hombre se quede solo. El mejor número es el dos.
298. DON ANTONIO.—¿Y con quién? No es tan fácil encontrar la mujer que uno sueña, ¿no es cierto, Elvirita?
- (*En la cocina, se le cae un vaso a Ricardo. Con sorda rabia golpéase el pecho. Va a inclinarse para recogerlo, pero no puede. Elvira, sin responder a don Antonio, ha cruzado a la cocina y le ayuda a Ricardo.*)
299. MARTA.—¡Hum! ¿Con quién? A hombres como usted debe sobrarles las candidatas. Pero si usted no se preocupa, me voy a encargar yo del asunto, ¿qué le parece? Hoy mismo abro la lista de inscripciones. El barrio se va a despoblar, se lo aseguro, y más de alguna casada va a suspirar arrepentida.
- (*De la cocina viene Ricardo, con una botella, y Elvira, que trae los vasos.*)
300. RICARDO.—(*Colocando la botella en la mesa*). Es del bueno, Antonio. (*Elvira, sirve.*)
301. MARTA.—(*Coge su vaso. Sonriente*). Voy a brindar. Hoy día, en esta mesa, se han dicho cosas muy importantes.
302. RAMIRO.—(*Ríe y aplaude*). Bravo...
303. MARTA.—(*Pausa*). Brindo... Por lo único que puede brindar una pobre mujer como yo: por mi marido y mis hijos.
- (*Un silencio. Todos permanecen con las copas en alto por un momento. Ramiro sonríe débilmente. Ricardo baja la cabeza como apesadumbrado. Don Antonio mira a uno y a otro, mordiéndose los labios.*)
304. ELVIRA.—(*En un susurro*). Mamá querida...
- (*Beben todos en silencio.*)
305. DON ANTONIO.—(*Consultando su reloj de bolsillo*). Oh... Tengo que irme ya.
306. RICARDO.—(*Festivo*). Comida hecha...
307. ELVIRA.—¿Por qué tan luego?
308. MARTA.—Si entra recién a las tres...
309. DON ANTONIO.—Claro. Pero con la movilización que tenemos...
310. MARTA.—¡Ah! Muy cierto, señor.
311. DON ANTONIO.—(*Levántase*). Me voy yendo, pues. (*Permanece de pie sin decidirse a marcharse*). Claro... Me voy... a la pega. (*Sonríe*). ¿Sá-

ben? Al cabo de tantos años, resulta ya como si no fuera trabajo para uno.

(*Elvira, Ramiro y Ricardo lo miran silenciosos y muy fijamente, con aspecto de mucha seriedad. Marta observa reprimiendo la risa.*)

312. DON ANTONIO.—(*Más confundido*). Bueno... Me voy, pues.
313. MARTA.—(*Levántase y va a la puerta de calle. Abriéndola. Rte.*). Lo esperamos mañana, ¿no es cierto?
314. DON ANTONIO.—Es que vengo todos los días...
315. MARTA.—(*Con humor*). ¿Y ahora, después de tantos años, va a comenzar a fijarse?
316. DON ANTONIO.—Hasta luego... y gracias.
317. MARTA.—¡Oh, qué tantas gracias, hombre!
318. DON ANTONIO.—(*Tímido*). A lo mejor... A lo mejor vengo a la noche. (*Lento y desolado*). Allá solo, en la casa... me ahogo, ¿sabe? (*Marta asiente sonriente. Don Antonio sale. Marta cierra la puerta.*)
319. MARTA.—Pobre... (*A Elvira y a Ramiro*). Y ustedes son unos malvados.
320. RAMIRO.—(*Con asombro fingido*). ¿Nosotros?
321. MARTA.—(*Remedándolo*). "¿Nosotros?". ¡Háganse los inocentes más encima!
322. ELVIRA.—(*A Ramiro*). ¿Sabes tú de qué está hablando esta señora?
323. RAMIRO.—Ni pío. Palabra.
324. MARTA.—(*Id.*). "Ni pío. Palabra". Cada vez que el pobre don Antonio se va, ustedes hacen lo mismo.
325. RAMIRO.—Lo miramos en silencio, mamá. (*Como consultando a Elvira y a Ricardo*). Lo único, ¿verdad?. No veo qué tendría de malo.
326. MARTA.—¡Lo miran en silencio! ¡Precisamente, pues! Eso es lo que "corta" todo al pobre que ya no sabe qué hacer para irse. (*Va a recoger los platos sucios*).
327. ELVIRA.—(*Rápida*). Descanse usted un rato. (*Empieza a recoger los platos*).
328. MARTA.—(*Riendo, con picardía*). Lo que yo digo: no hay como la familia, aunque sea como ustedes.
329. RAMIRO.—Siempre tan contenta, mamá, a pesar de todo. Te aseguro que eres estimulante.
330. MARTA.—¿Para qué perder los momentos en que podamos reír, ah? (*Como recordando súbitamente*). Eso es lo que le falta a esos libros que tú lees, Ramirito. Alegría.
331. RAMIRO.—(*Riendo*). ¿Ves? Siempre tan alegre.
332. RICARDO.—(*Con sorna*). Y tu padre tan triste, no.
333. RAMIRO.—Nadie está diciendo eso.
334. RICARDO.—Pero lo dejas entrever.

335. MARTA.—Ricardo...
336. RICARDO.—Si no soy tonto yo, pues.
337. RAMIRO.—Usted se imagina cosas, papá, que nadie ni siquiera ha pensado.
338. RICARDO.—Así que loco más encima.
339. MARTA.—No, pues, Ricardo. Es demasiado. ¿A qué hacer una montaña de nada?
340. RICARDO.—En cada palabra... Hasta cuando se callan hay una intención en contra mía.
341. MARTA.—(*Serena*). Eso no es verdad, Ricardo.
342. RICARDO.—Y es muy lógico, digo yo. Soy un inútil. ¿Crees que no sé que lo piensas? ¿O crees que no entiendo lo que quieres decir cuando hablas y hablas de tu hogar, de tus hijos... De tu maldito trabajo?
343. ELVIRA.—(*Rápida en la puerta de comunicación*) ¡Papá!
344. RICARDO.—¡Me humillas, Marta! ¿Lo oyes? ¡Pero cuando yo era el que trabajaba y ganaba, todo era atenciones y sonrisas! ¿Y ahora, qué? ¡Me dejan solo, tú y tus hijos!
345. MARTA.—(*Lenta y serena, con energía*). Aunque te duela, Ricardo: tenemos que trabajar, hasta Ramiro que al mismo tiempo estudia, para que tú vivas tranquilo. Lo que tú recibes por tu accidente no alcanza ni para ti. No tenemos sino el tiempo necesario para estar juntos durante el día. Cualquier cosa que pienses es una ingratitud que no merecemos ni tus hijos... Ni yo.
(*Un silencio*).
346. RICARDO.—(*A Ramiro*). Pásame un trago.
347. MARTA.—Estás tomando mucho ahora último, Ricardo.
348. RICARDO.—(*A Ramiro*). ¿No me has oído?
(*Elvira vuelve a la cocina. Ramiro le sirve un vaso a Ricardo*).
349. RICARDO.—(*Lo bebe de un sorbo*). Me voy a dormir mejor. (*Vase lento al interior*).
350. MARTA.—(*Míralo salir; después se sienta a la máquina, coge alguna tela y reanuda su labor*). Me está preocupando mucho...
351. RAMIRO.—Lo sé.
352. MARTA.—Ya ni don Antonio lo hace reír como antes.
353. RAMIRO.—(*Con dificultad*). Mamá...
354. MARTA.—(*Atendiendo a su labor*). ¿Sí?
355. RAMIRO.—(*Tratando de decir algo, pero sin atreverse totalmente*). No sé... Pero... Bueno, más de alguna vez lo hemos conversado Elvira y yo...
356. MARTA.—¿Qué cosa?
357. RAMIRO.—(*Titubeante*). Bueno... Sobre... Sobre el accidente...

358. MARTA.—(*Dejando de lado su labor*). ¿Qué pasa con el accidente de tu padre?
359. RAMIRO.—(*Con gravedad*). ¿Cómo fue, mamá?
360. MARTA.—(*Con leve desazón*). Como todos los accidentes. Inevitable.
361. RAMIRO.—No es eso lo que te pregunto.
362. MARTA.—(*Concentrándose de nuevo en su labor*). No sé contestarte de otra manera.
363. ELVIRA.—(*Gritando desde la cocina*). ¿Este poco de caldo lo guardo en una olla más chica?
364. MARTA.—(*En voz alta*). Sí. No te vayas a atrasar. (*A Ramiro, con leve sonrisa*). A propósito de atraso... Usted, jovencito; ¿podría explicarme sus llegadas tan tarde por la noche? Y no le echas la culpa a ninguna de esas instituciones a que perteneces, porque sería una mentira muy gorda.
365. RAMIRO.—Pero si siempre tengo alguna reunión, pues, mamá. Palabra.
366. MARTA.—(*Deja la costura a un lado; con afecto*). Ya. Dímelo. ¿Cómo se llama?
367. RAMIRO.—¿Cómo se llama quién? ¡Palabra!
368. MARTA.—(*Muy sencillo*). Ella, pues.
(*Un silencio*).
369. RAMIRO.—(*Lento*). Es... una compañera.
370. MARTA.—(*Retomando la costura*). ¿Bonita? ¿Joven? ¿Qué edad tiene?
371. RAMIRO.—(*Con dificultad*). Es inteligente, ¿entiendes?... Y muy interesante.
372. MARTA.—¿Qué edad tiene?
373. RAMIRO.—(*Titubeante*). Un poco mayor que yo. (*Pausa*). La quiero, mamá.
374. MARTA.—Lo veo. ¿Muchos años mayor?
375. RAMIRO.—Pocos.
376. MARTA.—Recién estás estudiando en la Universidad, Ramiro.
377. RAMIRO.—(*Con levisima acritud*). ¿Qué? ¿Me vas a decir que puedo descuidar mis estudios? ¿Que son muy caros? ¿Que a ti te cuestan mucho?
378. MARTA.—(*Sencilla*). Pero si todo esto lo sabes. ¿Para qué voy a insistir? (*Con leve seriedad*). Por lo mismo, te pregunto cuántos años mayor, que ya estoy sospechando que no son tan pocos.
379. RAMIRO.—(*Acercándose a la máquina con rapidez y con brusca determinación*). Es casada, mamá.
380. MARTA.—(*Sin acusar, en apariencia, el impacto*). Y se va a divorciar para casarse contigo, ¿no es cierto?
381. RAMIRO.—(*Con entusiasmo*). Eso mismo. ¡Palabra!
382. MARTA.—(*Acariciándole levemente los cabellos*). ¿La quieres mucho?
383. RAMIRO.—Sí, mamá.
384. MARTA.—(*Sonrie suavemente*). Es curioso. ¿Sabías? Antes de casarme con

- tu padre, también yo estuve medio enamorada de un hombre mucho mayor que yo. Soltero, eso sí, eh.
385. RAMIRO.— ¿Y él de tí?
386. MARTA.— (*Mueve la cabeza negativamente. Pausa*). Nunca lo supo. (*Ríe*). Me habría dado mucha vergüenza si lo hubiese sabido.
387. RAMIRO.— ¿Por qué?
388. MARTA.— Dieciséis años tenía yo. A esa edad, una es muy tímida.
389. RAMIRO.— (*Riendo*). ¿Tímida, tú? (*Consulta su reloj*). ¡Ufa! Tengo que salir corriendo. (*Levántase*). ¿Te preocupa lo mío?
390. MARTA.— (*Con leve vacilación*). No. (*Ramiro se dirige al interior*). Ramiro.
391. RAMIRO.— (*Detenido*). ¿Qué?
392. MARTA.— ¿Cómo es Alberto?
393. RAMIRO.— Hum... Buena persona. Pero tal vez medio loco, eh. Irresponsable, me atrevería a decir. ¿Por qué?
394. MARTA.— (*Leve pausa*). Por nada.
(*Ramiro vase al interior*).
395. ELVIRA.— (*En la puerta de cruce*). Listo, mamá.
396. MARTA.— Gracias. ¿A qué hora entras hoy?
397. ELVIRA.— (*Evasiva*). Tarde.
(*Ramiro, casi corriendo, viene del interior, con algunos libros bajo el brazo*).
398. RAMIRO.— Voy a estudiar con algunos compañeros, mamá.
399. MARTA.— (*Sonriente*). ¿Estudiar?
400. RAMIRO.— Sí. Estudiar. Palabra. Tenemos prueba de cálculo y diseño... y harto embromada que es la cosa, no. (*Dirigiéndose a la puerta de calle*). Chao.
(*Ramiro sale presuroso*).
401. ELVIRA.— (*Acercándose a Marta*). ¿Te ayudo?
402. MARTA.— Nunca te había visto con tan pocas ganas de irte al trabajo.
403. ELVIRA.— (*Se aleja un poco de Marta. Se le ve nerviosa. A pesar del gesto decidido que ahora asoma a su rostro. En voz baja*). Creo que estoy embarazada.
404. MARTA.— (*Queda inmóvil por un momento. Después, arroja la costura a un lado*). ¿Qué?
405. ELVIRA.— (*En voz un tanto alta, pero ahora quebrada*). Estoy embarazada, mamá.
406. MARTA.— (*Se levanta rápida y se acerca a Elvira, cogiéndola con fuerza por un brazo*). Repítelo.
407. ELVIRA.— (*A punto de llorar. Pero con mucha sobriedad*). Estoy embarazada. Eso es todo.

408. MARTA.—(*Su mano libre parece que va a golpear, pero se detiene*). ¿Alberto, por supuesto?
(*Elvira se echa a llorar*).
409. MARTA.—(*Afloja su presión y suelta el brazo de Elvira*). Lo sospechaba hace tiempo. (*Pausa*). Y el lindo... ¿lo sabe?
410. ELVIRA.—No me haga hablar más, ¿quiere?
411. MARTA.—¡Ah! No vas a venir con vergüenzas más o vergüenzas menos ahora. (*Pausa*). Lo hiciste. Ya. Pero yo tengo que saberlo todo para saber cómo ayudarte.
412. ELVIRA.—(*Llorando de nuevo*). Mamá...
413. MARTA.—Las lágrimas están demás, hijita, en estos casos. Estoy segura que si lo hiciste, lo hiciste por amor. No te voy a reprochar por eso. Pero necesito que me lo digas todo. (*Pausa*). ¿Alberto lo sabe?
414. ELVIRA.—Creo que sí.
415. MARTA.—Hay que decírselo, entonces.
416. ELVIRA.—¡Oh, no, mamá! ¡Eso no!
417. MARTA.—¡Eso sí! No podemos seguir con mentiras.
418. ELVIRA.—Precisamente. Por eso, me decidí a hablarte.
419. MARTA.—Hiciste bien. (*Con emoción*). Porque aunque me duele harto que haya sido así, tener un hijo, Elvira es... ¡es lo más hermoso! (*Con energía*). Y lo vas a tener y tendrá un padre. Ah, sí. Te lo aseguro.
420. ELVIRA.—¿Cómo?
421. MARTA.—(*Desconcertada*). ¿Cómo... cómo? Alberto se casará contigo, ¿no?
422. ELVIRA.—(*Pausa*). No estoy muy segura.
423. MARTA.—(*Explotando*). ¡Ah, pero es mucho más sinvergüenza de lo que pensaba! ¡Ah, pero me va a oír el jovencito! ¡Sí, señor! A mí me va a venir con sus arrebatos de don Juan en liquidación por fin de temporada. Ah, no, señor. Tendrá que enfrentarse conmigo. (*Para sí*). ¡A ver, a ver! Calma. Mucha calma, Marta Mardones, que esto es lo más grave que te ha tocado este último tiempo. (*A Elvira*). ¿Cuántos meses?
424. ELVIRA.—(*Vacilante*). Bueno... pocos...
425. MARTA.—¡Ah, señor! Igualita a tu hermano. En estos casos, Elvira, hay números. Cifras. Ni poco ni mucho. Uno, dos... Tres meses. ¿Entiendes?
426. ELVIRA.—Es que no sé bien, pues, mamá. Recién este mes, yo...
427. MARTA.—Suficiente. Nunca me han gustado los detalles. (*Reflexionando*). Habría alguna manera de arreglarse, siempre que tú obedezcas...
428. ELVIRA.—Imagínese...
429. MARTA.—Bueno. Ahora lo primerito es que lo sepa Ricardo.
430. ELVIRA.—¡No, mamá! ¿Cómo se le ocurre?
431. MARTA.—Mira, Elvira. Siempre te he enseñado a ti y a Ramiro que lo

- único que vale es vivir sinceramente. Cara a cara con la verdad. Tu padre no se merece este engaño.
432. ELVIRA.— Pero está enfermo, pues, mamá.
433. MARTA.— ¡Hum! Con la verdad, a lo mejor se sana de una vez por todas.
434. ELVIRA.— La impresión, mamá.
435. MARTA.— ¡La impresión ya la pasé yo, hijita, y aquí me tienes!: viva todavía. (*Dirigese a la puerta del fondo*). Ricardo...
436. ELVIRA.— Mamá. Por última vez...
437. MARTA.— Por última vez lo tuyo fuera del matrimonio... (*Llamando*). Ricardo...
438. ELVIRA.— No me haga pasar esta vergüenza.
439. MARTA.— Eso debiste pensarlo antes. (*Llamando*). Ricardo...
440. RICARDO.— (*Apareciendo en la puerta*). ¿Qué bullicio es éste? Ni la siesta puede uno dormir tranquilo en esta casa.
441. MARTA.— Ojalá, entonces, que lo que vas a escuchar no te espante el sueño definitivamente.
442. ELVIRA.— Mamá...
443. MARTA.— (*A Ricardo*). Siéntate.
444. RICARDO.— Pero...
445. MARTA.— Siéntate. Es mejor. (*Ricardo se sienta muy sorprendido*). Soy mujer de pocas palabras cuando la cosa es grave. Ricardo: Elvira va a tener un hijo.
446. RICARDO.— ¿Qué?
447. MARTA.— Lo has oído bien y entendido mejor.
448. RICARDO.— (*Semilevantado, a Elvira*). ¿Qué has hecho, desgraciada?
449. MARTA.— (*Con energía*). Lo que toda mujer enamorada puede hacer: meter la pata.
450. RICARDO.— Y lo dices con toda tranquilidad.
451. MARTA.— Precisamente. Como se debe hablar de estas cosas difíciles.
452. RICARDO.— (*Explotando*). Oh. No sé quién es la más descarada. Si la madre o la hija.
453. MARTA.— Ninguna. Y sin gritos, Ricardo. Ni con esas palabritas. Déjalas para las telenovelas que te gusta ver casi a diario en el bar de don Rigoberto. (*Pausa*). Lo que a nosotros nos pasa es mucho más grave.
454. RICARDO.— (*A Elvira*). ¿Qué piensas hacer? Porque en mi casa no te vas a quedar.
455. ELVIRA.— (*Con altivez*). Si usted lo dice...
456. MARTA.— ¡Ay, ay, Ricardo! No has entendido nada.
457. RICARDO.— ¿Cómo? ¿Va a tener o no va a tener un hijo ésta?
458. MARTA.— Sí. Y ni tú vas a armar tanta alharaca ni Elvira se va de la casa. Aquí se quedará y aquí tendrá su hijo, tu nieto.
459. RICARDO.— Se irá de la casa, Marta.

460. MARTA.— ¡Ah, claro! Lo más fácil. Lo que hacen todos. No, Ricardo. Ahora es cuando Elvira te necesita a ti y a mí. Ahora es el momento en que tenemos que estar a su lado, orgullosos del hijo que va a nacerle... como yo lo estuve siempre de los míos.
461. RICARDO.— Pero no así.
462. MARTA.— ¡Bah! ¿Qué diferencia hay? ¿O los hijos sin padre reconocido las mujeres los parimos por otro lado? *(Con honda emoción)*. Cada vez que uno de ustedes pujaba por salir, yo, sola, preparaba las ropas y me iba al hospital, sin decirle nada a tu padre, Elvira y allá, abrigados por mi amor, nacían para mí sola, ¿entiendes? *(A Ricardo)*. Y volvía con mi hijo, a ofrecértelo a ti. No puedes haber olvidado eso. *(Pausa. Recobra-da)*. Ya sabes lo que le pasa a nuestra hija.
463. RICARDO.— *(Lento)*. ¿Qué vas a hacer?
464. MARTA.— Tratar de que esto se arregle de la mejor forma posible.
465. RICARDO.— Bien... Ya que así lo has dispuesto tú...
466. MARTA.— ¡Ah, no! Eres mi marido. Tienes que estar conmigo y con tu hija. Tienes que ayudarme ahora más que nunca.
467. RICARDO.— ¿Te has olvidado de que soy un enfermo? ¿Un inútil?
468. MARTA.— Inútil o no, me ayudarás. Y es preferible que no sigas con la historia de tu accidente. No quiero decir cosas de las que después tenga que arrepentirme. *(Acércase a Elvira)*. Te equivocaste, pero tu padre y yo estamos a tu lado... como nos corresponde.
(Elvira mira a Marta y, sofocando el llanto, corre hacia la cocina).
469. MARTA.— *(A Ricardo que se ve ensimismado)*. Gracias.
(Ricardo coge la botella y se sirve un vaso. Marta se va a la cocina).
470. MARTA.— *(A Elvira)*. ¿Terminamos de secar los platos? *(Coge un paño. Elvira sonríe y coge otro. Ambas empiezan a secar)*. ¿Sabes, Elvira? Habrá que hacer más delantales, eh. *(Más reflexiva)*. Hum... Regatearé más en la Feria... Y las mermeladas de Marta Mardones, de ahora en adelante, llevarán un poquito menos de azúcar. Sí, señor... Claro. Serán mermeladas con un poco de engaño. Total. Ya estoy acreditada con mis clientes, no. *(Ríe con cierto vigor)*.
471. ELVIRA.— *(Con sorpresa)*. ¿Por qué todo eso, mamá?
472. MARTA.— *(Riendo más alto, como si recuperara su alegría habitual)*. ¿Cómo, por qué todo eso, niña? Porque tengo otra responsabilidad ahora, pues. El nieto, Elvira. Mi nieto. Y para él tengo que ahorrar todo lo que pueda. ¡Ah, mi nieto precioso! ¡Si ya lo estoy viendo, por la mismísima...! *(Su risa es ahora una carcajada vigorosa que parece llenar la casa, en tanto comienza a caer el telón)*.

ACTO SEGUNDO

Marta cose afanosamente en la máquina. De pronto, suena el timbre de la puerta de calle. Marta, con rápido movimiento, se levanta y va a abrir.

473. MARTA.— Ah . . . Pase.

(Entra Alberto, un tanto nervioso, pero con cierta evidente suficiencia en los gestos y movimientos, todo lo cual terminará por irritar a Marta).

474. ALBERTO.— Buenos días, señora Marta . . . ¿Cómo está?

475. MARTA.— Mal. Pero adelante. (Cierra la puerta).

476. ALBERTO.— ¿Y don Ricardo?

477. MARTA.— Durmiendo. (Leve pausa). Durmiendo la borrachera de anoche.

478. ALBERTO.— (Con sonrisa tensa). ¡Vaya, no! . . .

479. MARTA.— Hum . . . Causada por algo grave, don Alberto.

480. ALBERTO.— (A la defensiva y con cinismo). Fijese, no . . .

481. MARTA.— Lo mismo digo yo: fijese, no . . . (Alberto ríe, tenso). Elvira no fue al baile anoche. (Leve pausa). ¿No se ha preguntado por qué?

482. ALBERTO.— Tendría algo que hacer a última hora . . . No se sentiría bien, qué sé yo . . . ¿no?

483. MARTA.— ¡Hum! (Con leve risa despectiva). Usted es más vivo y más su-
cío de lo que siempre pensé.

484. ALBERTO.— Señora Marta . . .

485. MARTA.— Anoche . . . cuando don Antonio, a pedido mío, fue a buscarlo al baile, a usted le faltaban piernas para zangolotearse, eh . . .

486. ALBERTO.— Bueno . . . ¿Y para qué otra cosa son los bailes, señora? (Con insolencia). Claro que ya a cierta edad, la gente comienza a olvidarse de cómo es un baile.

487. MARTA.— (Controlándose). Naturalmente. Sobre todo cuando se vive para trabajar y no para divertirse. (Pausa). Usted sabe bien por qué lo he mandado llamar ¿no?

488. ALBERTO.— (Sonriente). No se me ocurre, fijese.

490. MARTA.— (Controlándose). ¿Ah, no?

491. ALBERTO.— (Sonriente). No.

492. MARTA.— (Leve pausa). ¿Qué edad tiene usted?

493. ALBERTO.— ¿Y eso qué tiene que . . .?

494. MARTA.— (Cortante). ¿Qué edad tiene usted?

495. ALBERTO.— (Desconcertado). 25 años.

496. MARTA.— ¿Y a esta edad, todavía es tan . . . inocente?

497. ALBERTO.— (Con descaro). Aunque le parezca raro, pues . . . Pero soy así señora Marta.

498. MARTA.— (Controlada al máximo). Bien. Hablemos ahora de lo que me interesa. ¿Qué le parece? Claramente, eso sí. Como a mí me gusta. A calzón quitado, don Alberto Riquelme.

499. ALBERTO.— (*Tenso, a pesar de su desparpajo*). Ud. dirá.
500. MARTA.— Elvira espera un hijo.
501. ALBERTO.— (*Dominándose y con frialdad irónica*). No me diga. ¿Y de quién?
502. MARTA.— (*Aprieta una de sus manos y se golpea el pecho, próxima a explotar*). De alguno de sus innumerables amantes, pues, don Alberto. ¿O no dice usted? Porque usted debe conocer a más de alguno de ellos, ¿no? De tanto estar en la miel... ¿No se acuerda de ninguno de los amantes de Elvira? ¿O quiere que yo le refresque la memoria? ¿Ah?
503. ALBERTO.— (*Nervioso*). No.
504. MARTA.— ¿Qué ha pensado hacer?
505. ALBERTO.— ¿Hacer? ¿Yo? ¿Qué cosa? ¿Por qué?
506. MARTA.— Usted tiene un deber que cumplir con Elvira.
507. ALBERTO.— ¿Deber? ¿Con su hija? Usted debe estar loca, señora Marta. Nada tengo yo que cumplir con su hija.
508. MARTA.— Lo suponía. Claro. Qué otra cosa se podía esperar. El picaflor del barrio...
509. ALBERTO.— ¿Qué quiere que le haga yo? No es culpa mía, ¿no?
510. MARTA.— ¿Ah, no? ¿Y de quién, dígame? ¿De su linda cara o de...? ¡Oh, Dios! ¡Mejor que me calle en este punto!
511. ALBERTO.— Soy hombre, no.
512. MARTA.— ¡Ah! Eso está por verse.
513. ALBERTO.— ¿Cómo?
514. MARTA.— ¡Sí, señor! ¡Por verse! ¡No es más hombre el que se acuesta con cuanta mujer pueda!
515. ALBERTO.— Lo que son las cosas, señora Marta. Para mí, fíjese, ésa es la marca de la verdadera hombría.
516. MARTA.— Entonces, poca diferencia encontrará usted entre el hombre y el perro, ¿verdad? Con perdón de los perros, por supuesto.
517. ALBERTO.— Señora...
518. MARTA.— A sus órdenes y por muchos años.
519. ALBERTO.— (*Breve pausa*). Cuando una mujer me busca, me encuentra. Yo no busco a ninguna.
520. MARTA.— Así será si usted lo dice. Y es lo que me extraña... Que una mujer como mi hija haya podido acostarse con algo... Con algo que es menos que un perro.
521. ALBERTO.— De una vez por todas...
522. MARTA.— (*Con hondo desprecio*). ¿Y usted va a ser el padre de mi primer nieto? ¿Usted? ¡No! No... (*Levisima pausa*). No quiero que el pobrecito empiece a sentir vergüenza antes de nacer.
523. ALBERTO.— De todas maneras, yo tengo que hablar con Elvira...

524. MARTA.— ¿Para qué? ¿Para que la convenza otra vez y le haga otro chiquillo y después usted me pregunte que de quién es hijo? (*Con violencia, coge a Alberto por la manga del vestón*). Por un momento... pensé que usted podría, haberse casado con mi hija. Hum... Pero ahora, al escuchar lo que piensa y lo que siente, me da vergüenza haberlo pensado... Oígame bien: ¡me da vergüenza! ¡Y ahora, a la calle! (*Prácticamente arrastra a Alberto hasta la puerta de calle*). ¡Ah! (*Enarbolando las tijeras que no ha dejado*). Y una recomendación, hijito. Mucho cuidado con andar farsanteándose por ahí, con esto le puedo cortar algo que a usted le haría muchísima falta. (*Abre la puerta y arroja violentamente a Alberto, cerrando con fuerza la puerta. Se desplaza un tanto desorientada por el comedor. Tira las tijeras sobre la mesa y termina por cruzar hacia la cocina. Saca, violenta siempre, un canasto de papas y empieza a pelarlas con rabia y obstinación*).

Por la puerta del fondo, aparece Ricardo, con aspecto soñoliento; bosteza largamente. Se desespera y luego se dirige hacia el "buffet". Saca una botella y bebe un largo trago. Después, guarda la botella.

525. RICARDO.— ¿Marta?

526. MARTA.— (*Para sí, molesta*). Oh...

527. RICARDO.— ¿Marta?

528. MARTA.— Aquí, en la cocina.

529. RICARDO.— (*Cruza hacia la cocina*). Me duele la cabeza.

530. MARTA.— A mí también.

531. RICARDO.— Oí que conversabas con alguien...

532. MARTA.— (*Dejando de pelar papas*). ¿Nada más que por eso te levantaste? No conversaba con nadie. Discutía.

533. RICARDO.— ¿Con quién?

534. MARTA.— No es difícil imaginárselo, ¿no? Con el ex futuro esposo de mi hija.

535. RICARDO.— ¿Pero cómo? ¿No se pusieron de acuerdo?

536. MARTA.— ¿En qué?

537. RICARDO.— ¿Cómo en qué? No sería para bromear, ¿no? En lo de tu hija

538. MARTA.— (*Con leve sorna*). "Tu hija". ¡Hum! Si tanto te interesa, ¿no podías estar presente tú para discutirlo, ah? No. Eso sí que no, por supuesto. Porque como de costumbre, el señor prefirió quitarle el traste a la jeringa. Claro. Así todo resulta más cómodo y sencillo.

539. RICARDO.— ¿Me vas a decir o no lo que ha pasado?

540. MARTA.— No hay casorio.

541. RICARDO.— ¿Qué estás diciendo?

542. MARTA.— No hay casorio. Y me alegro.

543. RICARDO.— Tú estás loca, Marta.

544. MARTA.—(*Enfrentando a Ricardo*). Lo repito. Me alegro. Ahora sé que no será algo vergonzoso.
545. RICARDO.—No te entiendo.
546. MARTA.—(*Pausa*). No me extraña (*Pausa*). Con franqueza, ¡eh! Nunca has querido entender nada de muchas cosas de nuestra vida.
547. RICARDO.—¿Qué quieres decir?
548. MARTA.—(*Mueve la cabeza*). Ah, Dios... Mira... Yo no sé muchas cosas. Soy una mujer ignorante... Pero... Presiento que hay, que debe haber un momento en la vida de dos personas que se quieren, que han estado juntas mucho tiempo en que... En que sólo les interesa la verdad.
549. RICARDO.—(*Lento y sombrío*). ¿Tú crees que para nosotros ha llegado ese momento?
550. MARTA.—(*Afirma levemente en silencio y agrega*). Quisiera decirte lo que pienso sobre dos o tres cosas.
551. RICARDO.—(*A la defensiva; su inseguridad se acentúa*). Habla.
552. MARTA.—(*Lenta*). Tengo miedo, ¿sabes? Por ti.
553. RICARDO.—(*Temboloroso*). ¿Por mí? (*Pausa*). ¿De qué?
554. MARTA.—(*En voz baja*). Tú lo sabes.
555. RICARDO.—(*Con subido y violento estallido*). ¡No! ¡No lo sé! ¡Y estoy hasta la coronilla de cosas dichas a medias, como si yo... Como si yo fuera!...
556. MARTA.—¿Fuera, qué?
- 557.—RICARDO.—¡Oh! (*Gira con la rapidez que su seminvalides le permite y cruza hacia el comedor*).
558. MARTA.—(*Avanza hasta la puerta de cruce; observa a Ricardo por un momento*) Voy a servirte el desayuno. (*Vuelve a la cocina y le sirve una taza*).
- Ricardo, muy rápido, saca la botella del "buffet" y bebe apresuradamente, guardándola después. Marta viene de la cocina con la taza y la coloca en la mesa. Del "buffet" saca pan y mantequilla, que también ubica en la mesa. Al ir a cerrar la puerta del mueble, ve la botella. La coge y la mira con profundo desaliento.*
559. RICARDO.—(*Agresivo*). ¿Qué? ¿Algo no le pareció bien a la señora?
560. MARTA.—(*Guardando la botella*). No creo que sea lo mejor. Ricardo. (*Ricardo se encoge de hombros y comienza a desayunar desgadamente*).
561. MARTA.—(*Sentándose a la mesa*). Y ahora escúchame, pero sin enojos ni griteríos, ah... Por favor (*Pausa*). Sé que no estás bien. Es... tu accidente. Pero tu hija ha sufrido algo tan grave... o más que lo tuyo.
562. RICARDO.—¡Ah, son dos cosas muy distintas, pues, no!
563. MARTA.—Bueno, bueno... Bueno. Ya hablaremos. Pero ahora... Disculpame... No quiero herirte (*Pausa*). Estoy segura que no te gustaría que Elvira se convirtiera en una inválida.

564. RICARDO.—(*Desconcertado*). ¿Inválida?
565. MARTA.—(*Afirmando*). Y de las peores. Inválida de aquí (*Tócase su pecho*).
566. RICARDO.—(*Sin mirarla*). Sigue.
567. MARTA.—Al hablar con ese infeliz, me he dado cuenta que el casamiento sería algo sucio. Una pura tapadera. Inmoral.
568. RICARDO.—Inmoral es lo que Elvira ha hecho.
569. MARTA.—Bien. De acuerdo... De acuerdo. Frente a lo que tú piensas... y todo el mundo, claro. Pero frente a lo que pienso yo, es mucho más moral que Elvira siga soltera antes que casarse con ese irresponsable.
570. RICARDO.—Tú no eres todo el mundo, Marta.
571. MARTA.—Lo sé. Soy una partecita... que si desaparece nadie se acordará si existió o no. (*Levántase muy brusca y da un palmetazo en la mesa*). Pero no puedo vivir con la mentira, Ricardo. ¿Me entiendes? Si Elvira se casa con Alberto, sería una mentira demasiado fea y sucia. ¿Sabes por qué? Le estarían mintiendo a ese hijo, por guardar las apariencias. Muy bien, Ricardo. ¡Muy bien! ¡Por qué yo... Yo me siento en las apariencias! El niño es lo único que realmente me importa.
(*Un silencio*).
572. RICARDO.—(*Lento y mirando a Marta*). ¿Nunca me has mentado, Marta?
573. MARTA.—No.
574. RICARDO.—¿Ni ahora que... que no puedo ser totalmente tu marido?
575. MARTA.—(*En voz baja*). Te estás volviendo loco, Ricardo...
576. RICARDO.—(*Se levanta trabajosamente y aferra a Marta por un brazo*). No me has contestado.
577. MARTA.—¿Qué quieres que te conteste?
578. RICARDO.—La verdad.
579. MARTA.—(*Soltándose con fuerza*). ¿La verdad? Perfecto. Comencemos por lo primero. Por lo que hace tanto tiempo me da vueltas y vueltas en la cabeza sin dejarme dormir.
- 580.—RICARDO.—Habla.
581. MARTA.—(*Lenta*). Siempre he pensado que ese accidente lo provocaste tú mismo para no tener que trabajar más. Para no tener más ninguna responsabilidad.
582. RICARDO.—(*Temblequeante*). ¡Desgraciada! (*Por la mano inútil*). ¡Ah, si pudiera moverla!
583. MARTA.—(*Se acerca a Ricardo casi hasta tocarlo*). Pégame. Tu otra mano puede hacerlo.
 (Ricardo quédase mirando a Marta por un momento. Después, se dejó caer sobre la mesa. Sollozando corta y convulsivamente).
584. MARTA.—(*Coge a Ricardo por la cabeza y lo aprieta, cálida y cordial, contra su vientre; con honda emoción*). Siempre supe que mi primer hijo

eras tú. El más debilucho. El que necesitaría más cariño y cuidados. Pero no debiste hacer esto conmigo ni contigo. Sé que eres débil. Lo supe desde la primera vez que dormimos juntos. Te acurrucaste en mis brazos como diciéndome que querías mi cariño para ti sólo; que los hijos, por venir, tendrían que conformarse con lo que sobrara. Así lo entendí entonces y no me importó. Porque te quería y te quiero. Cuando vinieron los niños, seguiste siendo el regalón... El consentido celoso... hasta el accidente (*Siéntase al lado de Ricardo y con las manos va secándole las lágrimas*). Dime... ¿no te asustó morir? (*Suena el timbre de la puerta de calle. Marta se levanta y va a abrir. Ricardo se dirige al interior*). No te vayas (*Abre*). Oh, adelante, don Antonio... Pase, pase... (*Entra don Antonio*).

585. DON ANTONIO.—(*A ver a Ricardo*). Hola, hombre... ¿qué tal? Tienes mejor semblante que ayer.
586. RICARDO.—Hum...
587. MARTA.—(*Que ha cerrado la puerta*). ¿Cómo pudo venir tan temprano?
588. DON ANTONIO.—Hoy comienza el cambio de turno. ¿Te acuerdas de eso, no, Ricardo?
589. RICARDO.—Hum...
590. DON ANTONIO.—(*Ríe con dificultad*). Así que por lo menos durante una semana no vendré a molestarla a la hora de almuerzo.
591. MARTA.—(*Ríe*). ¿Tomó desayuno?
592. DON ANTONIO.—(*Titubeante*). Este...
593. MARTA.—(*Riendo, vase a la cocina*). Le voy a servir al tiro mejor, eh.
594. DON ANTONIO.—Pero no se moleste, señora Marta.
595. MARTA.—(*Detenida en la puerta de cruce*). Ninguna molestia. (*Ríe y sigue a la cocina*).
596. DON ANTONIO.—¡Ah! ¡Esta doña Marta! ¡Impagable!...
597. RICARDO.—¡Hum! Así parece. Pero resulta hartito aburrido que te lo llesves diciendo a cada rato, no.
598. DON ANTONIO.—¡Cómo puedes decir esto, hombre! Es verdad lo que digo de doña Marta, ¿no? ¿Sabes, Ricardo? A ratos resultas hartito curioso tú, ah... Cuando hablas así de tu mujer, bueno... parece...
599. RICARDO.—Sigue.
600. DON ANTONIO.—(*Lento*). Parece que le tuvieras envidia.
601. RICARDO.—(*Con risa nerviosa*). Te hace mal el cambio de turno.
602. DON ANTONIO.—Discúlpame, ¿no? Franqueza por franqueza...
603. RICARDO.—A lo mejor tiene razón. (*Pausa*). De los dos, Marta es la perfecta.
604. DON ANTONIO.—¿De qué estás hablando?
605. RICARDO.—El secreto mejor guardado es el que nunca se cuenta, ¿no?
606. DON ANTONIO.—Probablemente. Yo no tengo ningún secreto.

607. RICARDO.—(*Mordaz*). ¿Ninguno? ¿Seguro? ¿Entonces no estás enamorado de Elvira?
608. DON ANTONIO.—(*Pausa*). Ese no es ningún secreto. Que yo permanezca callado es muy distinto.
609. RICARDO.—Tienes explicación para todo, eh...
610. DON ANTONIO.—(*Grave*). Son muchos años de diferencia. No quisiera aparecer como un viejo sinvergüenza.
611. RICARDO.—(*Duro y hostil*). Muy lindo gesto, eh. Ejemplar. Estoy rodeado de buenos ejemplos, Antonio. ¿Lo sabías? Por eso, qué me va a costar ser bueno. Mira... Empecemos a contar. Uno: mi mujer, el más bonito ejemplo de fidelidad y abnegación. Dos: Ramiro, otro buen ejemplo de responsabilidad en sus estudios. Tres: Elvira... Ah. ¡Este sí que es un buen ejemplo como tú no puedes suponerlo! Cuatro: tú... Tú mismo, el mejor ejemplo de amistad, caballerosidad y hombría. ¡Oh! ¡Me ahogan los buenos ejemplos! ¡Estoy hasta la coronilla de buenos ejemplos! ¡Pienso, hablo y duermo con buenos ejemplos! ¡Alguna vez, ¿entiendes? quisiera ser yo sin estar acorralado por los buenos ejemplos! ¡Porque... a pesar de los buenos ejemplos y para que lo sepas, Antonio, como si me fuera a morir... Yo soy un desgraciado!
612. DON ANTONIO.—(*Consternado*). Oh... (*En voz baja*). Tú estás muy enfermo, Ricardo.
613. MARTA.—(*Viene de la cocina, con una taza servida*). A veces se pone tan recontra sorda esta tetera, don Antonio. Le serví té. Cargadito, como a usted le gusta. (*Extremando su atención con algún objetivo futuro*). Aquí tiene su pancito tostado. (*Sacando del "buffet" la mantequillera*). Póngale mantequilla... a su gusto, eh...
614. DON ANTONIO. (*Confundido*). Gracias...
(*Marta va a la máquina, coge un delantal y vuelve a la mesa a seguir cosiendo*).
615. DON ANTONIO.—(*Desayunando*). ¿Vino Alberto, doña Marta?
616. MARTA.—(*Pausa*). Muchas gracias. Lo mismo por venir usted al tiro.
617. RICARDO.—(*Levantándose*). Parece que ustedes tienen mucho que conversar...
618. MARTA.—¡Bah! Quédate. Ahora, sí. Me interesa que estés presente.
619. RICARDO.—¡Para qué...! ¡Usted lo hace todo muy bien sola, señora Mardones!
620. MARTA.—(*Con leve sonrisa tensa*). Mardones de Sánchez. No te olvides.
621. RICARDO.—No, señora, Mardones. (*A don Antonio*). Vuelvo en un rato más. (*Vase al interior*).
622. MARTA.—(*Que sigue cosiendo*). ¿Qué tal le parece el té? Dicen que es una marca nueva, pero no lo creo. Es el mismo de siempre con distinto envase y nombre.

623. DON ANTONIO.—(*Concentrado en otro pensar*). Claro, claro... (*Pausa*).
¿Cómo ha estado Ricardo, señora Marta?
624. MARTA.—Oh... Como siempre...
625. DON ANTONIO.—Hum...
626. MARTA.—Don Antonio... Y perdone la intrusidad, no, pero... ¿Es verdad que usted no tiene más parientes?
627. DON ANTONIO.—(*Afirmando*). Mi familia fue muy corta... Mis padres y yo. Hijo único.
628. MARTA.—(*Riendo*). ¡Ay, ay! ¡Ahora recién se me aclaran muchas cosas!
629. DON ANTONIO.—Mi padre murió cuando yo era chico todavía. Mi madre, bueno... Cuando yo tenía ya cuarenta años.
630. MARTA.—(*Sonriente*). Tal vez eso no le permitió casarse... antes.
631. DON ANTONIO.—A lo mejor.
632. MARTA.—(*Con picardía*). O a lo peor, ¿no?
633. DON ANTONIO.—Fue un deber acompañar siempre a mi madre. Se sentía muy sola.
634. MARTA.—(*Reflexiva*). Yo no he tenido tiempo para pensar en la soledad. No sé... La vida para una mujer como yo no puede ser soledad.
635. DON ANTONIO.—Cierto.
636. MARTA.—Muy lindo ejemplo el suyo, eso sí, eh. (*Leve pausa*). Claro que a veces hay madres que... que son un poquito dominantes, no. (*Ríe*). A nuestra edad se pueden decir ciertas cosas sin que parezcan ofensa, ¿no cree usted? (*Intima y cordial*). Doña Herminia era como sargento de regimiento, eh, si somos francos.
637. DON ANTONIO.—(*Ríe brevemente, también íntimo*). Imagínese. Ni ahora todavía me atrevo a fumar sin su permiso.
638. MARTA.—(*Riendo*). Pero ya puede estar seguro de que no tiene que pedirselo, pues.
639. DON ANTONIO.—(*Riendo*). ¡De veras!...
640. MARTA.—Claro que tampoco está tan mal que algunas mamás críen hijos así. Mansitos. Tranquilos. Dominables.
641. DON ANTONIO.—¿Cómo?
642. MARTA.—(*Cordial*). Como usted es soltero, ignora la primera regla de todo buen matrimonio.
643. DON ANTONIO.—(*Con ingenuidad*). ¿Quererse?
644. MARTA.—Sí. También. Pero la primerísima regla consiste en la más absoluta obediencia del marido a todo lo que la mujer ordene. (*Lo ha dicho muy seria*).
645. DON ANTONIO.—(*Compungido*). Así que, entonces... si yo decidiera casarme...
646. MARTA.—¡Oh! Con los cuarenta años de entrenamiento forzoso a que

- lo sometió doña Herminia, usted está más que preparado para ser feliz. Se lo aseguro yo...
647. DON ANTONIO.— (*Reflexivo*). Así que... obedece a tu mujer y serás feliz, eh...
648. MARTA.— Ni más ni menos.
- 649.— DON ANTONIO.— No es tan difícil, entonces.
650. MARTA.— (*Auténtica*). Claro que también requiere de la mujer mucho tino.
651. DON ANTONIO.— (*Interesado*). A ver... Dígame...
652. MARTA.— (*Con risueña malicia*). La cosa es muy sencilla. Consiste en hacerle creer al marido que es él el que manda y toma las grandes decisiones. Por eso, la mujer bien mujer jamás le contradice nada a su marido. (*Leve pausa, sonriente*). Es el único secreto de todo matrimonio realmente feliz.
653. DON ANTONIO.— ¿Entonces...? Perdóneme... ¿Usted y Ricardo...?
654. MARTA.— (*Riendo*). ¿Cómo...? ¿No se había dado cuenta? ¡Ricardo manda siempre! ¡Ordena! ¡Truena desde su altura de hombre! ¡Pero la que termina mandando soy yo! Si es así de sencillo el asunto... ¿para qué contradecir y pelear y enojarse, ah? (*Cordial golpea a don Antonio en un brazo*). No me eche a correr el secreto, eso sí, ah...
655. DON ANTONIO.— ¡Al contrario! (*Con timidez*). Pienso aprovecharlo algún día.
656. MARTA.— ¿Cómo algún día? ¡Pronto, don Antonio! ¡Pronto! (*Leve pausa*). Fíjese un plazo. El "tren" no sólo deja a las mujeres. También a los hombres y si se casan demasiado a destiempo, bueno... Yo creo que ya no es amor el que les brindan. Y usted... En confianza, eh... Usted está a punto de perder el tren. Definitivamente.
657. DON ANTONIO.— (*Alarmado*). ¿Lo cree?
658. MARTA.— (*Con gesto expresivo*). ¡Oh! Usted está a punto de perder no sólo el expreso, sino el automotor y hasta el ordinario.
659. DON ANTONIO.— (*Cuya alarma crece*). ¡Oh!...
660. MARTA.— (*Insistiendo ya francamente en su "técnica del terror"*). ¿Ha pensado lo que es su vida, don Antonio, sola como un camino en el desierto? ¿Ah? ¡Menos mal que usted tiene tan buena salud!...
661. DON ANTONIO.— (*Tenso*). ¡Claro! ¡Menos mal!...
662. MARTA.— ¿Pero hasta cuándo, don Antonio? ¿Ah? ¿Hasta cuándo va a durarle su buena salud, ah?
663. DON ANTONIO.— (*Alarmadísimo*). Espero que siempre.
664. MARTA.— (*Definitiva*). Nada dura para siempre, don Antonio. Pronto aparecen las enfermedades inevitables de la vejez... ¿Y estar solo, entonces? ¿Ah, Señor? (*Dramatizando*). ¿De repente, un dolorcito por aquí? ¡Va

- a moverse y... Zas! ¡Otro dolorcito por allá! ¡Ah... Y esto es únicamente el principio, eh!
665. DON ANTONIO.—¿El principio?
666. MARTA.—Mire, don Antonio... No es por asustarlo, eh. (*Confidencial*). ¿Usted conoce a mi hermana Adelaida, no? (*Don Antonio afirma muy preocupado*). Bueno... Se demoró tanto en darle el sí a su pretendiente de años y años que cuando se lo dio... ¡Oh, pobre!... ¡Pobre Roberto! De pura alegría, don Antonio, por Dios, se atacó del corazón y... (*Gesto expresivo de fallecimiento repentino*).
667. DON ANTONIO.—(*Aterrado*) ¡No!...
668. MARTA.—(*Con amplio ademán confirmativo*). Sí, don Antonio. Créame. Hay que saber aprovechar la experiencia ajena. Ahí tiene usted ahora a mi hermana Adelaida, pues. Viuda sin haberse casado, porque así decidió permanecer... Y con un difunto que le hace gastar toda su jubilación para el 1º de noviembre de cada año. ¡Ah! Terrible cosa, don Antonio, el no saber decidirse a tiempo.
669. DON ANTONIO.—(*Pensativo*). Terrible...
670. MARTA.—Y después que la vesícula, que el riñón, que el cálculo... del riñón que viaja de aquí para allá como un ministro cualquiera... ¡Ah, sin contar al corazón y a la aorta que se llevan: patatán, patatán, patatán! ¡Patatán! ¡Y el día menos pensado, ya no hacen más "patatán", sino, Pum! Y explotan... Sí, señor. Como un cohete lunar que se desintegra. Explotan, don Antonio.
671. DON ANTONIO.—¿Ex... plo... tan?
672. MARTA.—(*Grave y terrible*). Sí, sin don Antonio. ¡Pum!
673. MARTA.—¡Ah, del pulmón derecho de mi hermana Adelaida mejor ni hablar, don Antonio!...
674. DON ANTONIO.—Al contrario. ¿Qué le pasa al pulmón derecho de la señora Adelaida?
675. MARTA.—Señorita. Por su culpa.
676. DON ANTONIO.—(*Convencido*). ¡Oh, sí!
677. MARTA.—Le funciona como radio descompuesta. (*Acércase más a don Antonio. En voz baja*). Yo creo que no tiene salvación.
678. DON ANTONIO.—(*También en voz baja*). No...
679. MARTA.—(*Dramatizando*). Pobre Adelaida. Siempre se lo dije. "Te vas a quedar sola. Demasiado sola". ¡No me hizo caso y ahí tiene usted el resultado. (*Pausa*). ¿Otra tacita de té?
(*Don Antonio, mudo de terror, asiente, Marta vase a la cocina y empieza a servir. Por la puerta del fondo entra Elvira, en bata y con el cabello desordenado*).
680. ELVIRA.—(*Al ver a don Antonio*). ¡Oh! (*Riendo*). Disculpe, don Antonio, la facha.

681. DON ANTONIO.—(Con leve sonrisa, sin disipar aún su temor, pero galante). Usted siempre está bien, Elvirita.
682. ELVIRA.—(Con fingida reconvencción). Se está poniendo muy lolero usted, don Antonio...
683. DON ANTONIO.—¿Yo?
684. ELVIRA.—Y peligroso. Ya no se puede tener confianza en usted.
685. MARTA.—(Desde la cocina). ¿Elvira?
686. ELVIRA.—(Avanzando hasta la puerta de cruce). ¿Sí, mamá?
687. MARTA.—(Al verla). ¡Pero, hija, por Dios! ¡Cómo puedes andar en esa facha!
688. ELVIRA.—Ya ves, pues, lo que son los gustos, mamá. A don Antonio, en cambio, se le salen solos los piropos.
689. DON ANTONIO.—(Confundido). Oh...
690. MARTA.—(Riendo). ¿De veras? (Viene hacia el comedor con la taza).
691. ELVIRA.—(Al pasar Marta cerca suyo, le da un beso). Hola...
692. MARTA.—(Colocando la taza a don Antonio). ¡Qué hija tengo, no!
693. DON ANTONIO.—Así es.
694. MARTA.—No es porque yo sea su madre, ¿no? Pero... Dígame, ¿dónde ha visto una muchacha más linda recién levantada?
695. ELVIRA.—(Riendo). Mamá...
696. MARTA.—¡Vaya! Dígame si no es cierto, entonces, don Antonio.
697. DON ANTONIO.—(Tímido y aprobando). Es cierto.
698. ELVIRA.—Oh... (Vase a la cocina a servirse desayuno).
699. MARTA.—(Réanudando su ataque). No sé por qué, pero siempre he pensado que no está bien que el hombre se quede solo.
700. DON ANTONIO.—Claro...
701. MARTA.—Y eso, sin pensar en la situación económica. (Lenta y cautelosa). Las apreturas se sienten menos cuando hay cariño... e hijos, ¿no le parece?
702. DON ANTONIO.—Bueno, supongo que...
703. MARTA.—Así es, hombre, por Dios. Usted que hizo una profesión el ser hijo, lo sabe mejor que yo, pues.
704. DON ANTONIO.—(Ungido). Sí, sí...
705. MARTA.—(Cayendo sobre su "presa"). ¿Cuándo se casa usted?
706. DON ANTONIO.—(Muy apremiado). ¿Yo? ¿Cuándo...? A mi edad, doña Marta...
707. MARTA.—¡Qué edad ni edad, don Antonio! Este es uno de los tantos privilegios de ustedes los hombres. Para casarse no tienen edad.
708. DON ANTONIO.—(Con leve esperanza). ¿Usted cree?
709. MARTA.—¡Pero claro, pues, don Antonio! ¡La edad, la edad...! ¡Hay otras cosas también que nos interesan a las mujeres...!
710. DON ANTONIO.—¿El ...amor quizás?

711. MARTA.— ¡Naturalmente! ¡Además, en el caso suyo...! ¡Ah! ¡Buen mozo, eh! ¡Porque usted es buen mozo! ¡Eso nadie lo discute!
712. DON ANTONIO.— (*Arrebolado el semblante*). ¡Señora Marta!
713. MARTA.— ¿Cómo? ¿No se lo habían dicho nunca? ¡Pero la gente no tiene ojos hoy en día! ¡Sin dejar de lado otras cualidades, eh! ¡Serio! ¡Ordenado! ¡Tranquilo! ¡Un hombre de su casa, como quien dice! ¿Qué más pedir? ¡Y la salud que tiene...! ¡De roca! ¡Sí, señor! ¡Porque ni siquiera ha tenido tos convulsiva usted, no!
714. DON ANTONIO.— (*Negando y muy informativo*). Pero tuve sarampión.
715. MARTA.— ¿Sarampión? ¿Qué digo, entonces? Con sus manchitas rosadas es mucho más bonito.
716. ELVIRA.— (*Volviendo de la cocina*). ¿Hago las camas, mamá?
717. MARTA.— ¡Mírela, don Antonio! ¿No es una lindura de hija? Ah, si alguien se casara con ella, se lleva el gordo de la Polla y la Lotería juntos.
718. ELVIRA.— ¡Pero, mamá! ¡Qué va a decir don Antonio!...
719. MARTA.— ¡Eso es justamente! ¿Qué contestaría usted don Antonio si yo lo dijera: cácese con Elvira?
(*Don Antonio se atraganta ruidosamente*).
720. ELVIRA.— ¡Por favor, mamá!...
721. MARTA.— (*Insistiendo*). Todos en la casa sabemos que usted la quiere. ¿O no?
(*Nuevo atragantamiento de don Antonio*).
722. MARTA.— Hasta Elvira. (*A Elvira*). ¿O no?
(*Nuevo atragantamiento de don Antonio*).
723. ELVIRA.— ¿Pero qué es lo que quiere hacer con todo esto?
724. MARTA.— ¿Y, don Antonio? ¿Qué me contestaría?
725. DON ANTONIO.— (*Inseguro, pero esperanzado*). Es una broma, claro...
726. MARTA.— ¿Broma? ¿Con algo tan serio como es el matrimonio? ¿Y delante de mi hija? ¡Parece no conocerme, don Antonio!...
727. DON ANTONIO.— Es... Es tan increíble...
728. MARTA.— (*Con gravedad esperanzada*). Se lo voy diciendo muy en serio.
(*Un silencio*).
729. DON ANTONIO.— (*Serio, a Elvira*). ¿Y usted qué dice?
730. MARTA.— ¡Está de acuerdo, don Antonio!...
(*Elvira mira muy sorprendida a Marta*).
731. MARTA.— (*Con leve temblor en la voz. Mirando a Elvira*). De eso... respondo yo... ¿Y...? ¿Se queda mudo?
732. DON ANTONIO.— Bueno... yo...
733. MARTA.— ¡No sabe usted qué mujer tan feliz sería si ustedes dos se casaran! ¡Sé que es difícil decidirse a casarse para un hombre como usted!
(*Intentando una risa*). ¡De profesión, soltero!... (*Calla, expectante*).
734. DON ANTONIO.— (*Se levanta. Compite su vestimenta y con cierta rigidez*).

Señora doña Marta Mardones de Sánchez, digna esposa de mi mejor amigo... Tengo el honor... altísimo... y el agrado de pedir la mano de su hija Elvirita, a la que... A la que quiero desde hace tanto tiempo... y a la que voy a hacer feliz, si ella acepta!...

735. MARTA.—(*Empujando a Elvira hacia don Antonio*). ¡Aceptado! ¡Aceptado! (*Corre hacia la puerta del fondo, llamando contenta*). ¡Ricardo! ¡Ricardo!...
736. ELVIRA.—(*A don Antonio, en voz baja*). Gracias.
737. MARTA.—(*Llamando*). ¡Ricardo!... ¡Apúrate!...
738. DON ANTONIO.—¿Gracias?
738. MARTA.—(*Impaciente*). ¡Ricardo!...
740. DON ANTONIO.—(*A Elvira*). Soy yo quien debe darles las gracias.
741. MARTA.—(*Llamando*). ¡Apúrate, pues!
742. ELVIRA.—¿A mí?
743. DON ANTONIO.—Sabré quererla, Elvirita, como usted se lo merece.
744. RICARDO.—(*Entrando por la puerta del fondo*). ¿Qué pasa?
745. MARTA.—(*Adelantándose, al centro*). ¡Vivan los novios!
746. RICARDO.—¿Novios? ¿Quiénes?
747. DON ANTONIO.—(*Por él y por Elvira, carraspeando*). Nosotros.
748. RICARDO.—(*Estupefacto*). ¿Qué?
749. DON ANTONIO.—Déjame explicarte... Yo sospechaba que ibas a molestarte, pero al fin y al cabo yo soy...
750. MARTA.—(*Interrumpiendo rápida*). Tu mejor amigo y el mejor de los yernos. Sí, señor.
751. RICARDO.—(*A don Antonio*). ¿Pero tú sabes?...
752. MARTA.—(*Rápida*). Todo. (*Breve pausa*). Todo.
753. RICARDO.—No puede ser.
754. MARTA.—Hemos aclarado todas las cosas. Le he hecho ver todo. ¿No es cierto, don Antonio?
755. DON ANTONIO.—(*Apoyando a Marta*). Así es.
756. RICARDO.—¡Pero...! ¿Aceptaste... sabiéndolo...?
757. MARTA.—¡Todo! ¡Lo sabe todo!
758. RICARDO.—¿Entonces tú...?
759. DON ANTONIO.—Nada de lo que me dijo la señora Marta me ha asustado. A mi edad hay que dejar de lado muchas tonterías.
760. RICARDO.—(*Asombrado*). ¿Tonterías?
761. DON ANTONIO.—Pero, claro. ¿De qué te admiras, Ricardo? Son cosas que tienen que pasar, ¿no? A la larga, todo resulta muy natural. Que se muera una madre o... O que nazca un niño. ¿No es así, señora Marta?
762. MARTA.—Claro. Que nazca un niño. Muy natural.
763. RICARDO.—¡El colmo!

764. MARTA.— ¡Oh, no seas tan alharaco, Ricardo! ¿Cómo va a ser el colmo que nazca un niño o que se casen un hombre y una mujer?
765. RICARDO.— ¡Sí, sí! ¡Todo está muy bien, pero en qué condiciones, Marta!...
766. DON ANTONIO.— ¡Ya sabía yo que no te iba a gustar por mi edad!...
767. RICARDO.— ¡Quién piensa en tu edad, hombre!
768. DON ANTONIO.— Entonces, todos estamos de acuerdo, a menos que Elvirita...
- (*Elvira échase a llorar y corre hacia el interior. Don Antonio mira desconcertado*).
769. MARTA.— (*Explicativa*). Se puso nerviosa. Usted comprende, ¿no, don Antonio? No hay novia a la que no le pase lo mismo. Igualito... Igualito me pasó conmigo, ¿te acuerdas, Ricardo?
770. RICARDO.— (*Furioso*). No.
771. MARTA.— Bueno... Tú siempre has tenido mala memoria, pues (*A don Antonio*). Y ahora que estamos de acuerdo, ¿para cuándo fijamos la fecha?
772. DON ANTONIO.— Yo podría pedir mis vacaciones y...
773. MARTA.— ¡Oh! ¡Pero eso es un trámite muy largo! ¡Cátese y después pide sus vacaciones!
774. RICARDO.— ¡Deja que él decida algo al menos, pues, Marta!
775. MARTA.— ¡Vaya, claro, pues! Le doy mi palabra que seré una suegra sumamente consciente.
776. DON ANTONIO.— (*Con timidez*). ¿Qué les parece que conteste cuando venga esta noche? ¿Porque puedo venir, no es cierto?
777. MARTA.— (*Riendo vigorosamente*). ¡Ah, sabía... Sabía que tenía que llegar el día en que usted se quedaría a almorzar para siempre con la familia de Marta Mardones! (*Riendo más alto*). ¡Ah, Dios! ¡Cómo me gusta que esta familia crezca! ¡Mis nietos! ¡Ah!... ¡Porque quiero muchos nietos, don Antonio... Así que apurarse, mi caballero!...
778. DON ANTONIO.— Bueno... Me voy, pues...
779. RICARDO.— En un rato más voy a pasar a verte a la pega, eh...
780. DON ANTONIO.— (*Dirigiéndose a la puerta de calle*). Bueno...
781. MARTA.— (*Abriendo la puerta*). Hasta luego, esposo de mi hija. (*Don Antonio saluda tímidamente y sale. Marta cierra la puerta*).
782. MARTA.— (*Va a la máquina y coge un delantal. Como no dándole importancia*). ¿Por qué se te ha ocurrido ir hoy precisamente a ver a don Antonio?
783. RICARDO.— No sé... a lo mejor porque me han dado ganas de ver una locomotora, la línea férrea... Una estación... ¡En fin! ¡Un lugar para partir!...

784. MARTA.—(*Mirándolo extrañada y con gravedad*). ¡Qué raro! Un lugar para partir... ¿Adónde?
785. RICARDO.—(*Mirándola fijamente*). ¿Adónde podría ir yo, Marta? (*Pausa. Se le acerca*). Me parece indigno lo que estás haciendo con Antonio... (*En voz baja*). Inmoral.
786. MARTA.—(*Levántase muy rápida y se dirige a la puerta del fondo. Llama con mucha energía*). ¡Elvira!...
787. RICARDO.—¿Por qué la llamas?
788. MARTA.—¡Inmoral! ¡Hum! Quiero que tú y ella sepan muy bien los motivos que he tenido para concertar este casorio con don Antonio.
789. RICARDO.—¿Motivos? ¿Motivos que justifiquen un engaño? ¡Ah, ah, ah!
790. MARTA.—¡No! ¡Nada de "ah, ah, ah", mi querido esposo! Cuando te vas a convencer que lo bueno y lo malo sólo se puede hallar dentro de cada uno de nosotros, si nosotros queremos darle paso, ah.
791. ELVIRA.—(*Entrando desde el fondo*). ¿Mamá?
792. MARTA.—Siéntate y escucha. (*Elvira se sienta un tanto perpleja. A Ricardo*). Tú, también. (*Ricardo se sienta. Marta se desplaza silenciosa unos instantes, reflexiva. Se detiene*). Tu padre ha dicho que es indigno tu posible casamiento. Inmoral. Para comenzar, no creo que estemos en situación de estar regodiándonos, ¿no?, aunque parezca duro tratándose de don Antonio, un hombre excelente.
793. ELVIRA.—Lo sé.
794. RICARDO.—Yo no me estoy refiriendo a Antonio.
795. MARTA.—¡Primero! No se me ha ocurrido a mí sola.
796. RICARDO.—(*Irónico*). ¿Ah, no?
797. MARTA.—No; Elvira y yo hemos discutido la situación mientras tú... descansabas.
798. RICARDO.—Ya. Voy entendiéndolo todo muy bien. Las dos preparándose para engañar a un pobre tonto.
799. ELVIRA.—Papá...
800. MARTA.—(*Con fuerza*). ¡Qué equivocado estás, Ricardo! De repente parece no saber nada de cómo somos tu mujer y tus hijos.
801. RICARDO.—¡Ah, por supuesto! Ya lo estoy viendo. Como siempre, al final la culpa la voy a tener yo.
802. MARTA.—Ricardo, Ricardo... ¿realmente no podrías hacer un esfuerzo, uno chiquitito, para entendernos? En estos asuntos, la mujer siempre tiene que estar más avisada que los hombres. ¿Sabes por qué? Porque en estos casos nos toca cargar con el egoísmo de ustedes.
803. RICARDO.—Mejor explicado ni en los libros, Marta.
804. MARTA.—No sé ni entiendo nada de libros. Otras cosas han sido más importantes para mí.
805. RICARDO.—¡No me digas, Marta! ¿Cuáles?

806. MARTA.—(*Leve pausa*). Tú, Ricardo... (*A Elvira*). Ustedes, mis hijos. Esto es lo que la vida me lo ha estado diciendo día a día. "Ellos, Marta, son lo único verdaderamente importante". Y en medio de todo este lío que los hombres han armado con la moral y lo inmoral, yo he seguido mi instinto, ¿entiendes, Ricardo? Por eso... No podemos darle por padre a nuestro nieto a ese irresponsable. No... mientras yo pueda impedirlo. Mientras yo pueda darle al padre que se merece.
807. RICARDO.—(*Duro*). ¿Y eso... tu instinto, te permite engañar... Convertir en monigote a un hombre bueno?
808. MARTA.—Ricardo... Es un hombre que está enamorado. Quiere a Elvira de verdad. (*A Elvira*). ¿Qué piensas tú? ¿No crees que este niño por nacer puede convertirse en el suyo propio gracias al cariño que él te demuestra hace tanto tiempo?
809. ELVIRA.—(*Lenta*). Creo que sí... Sí, mamá.
810. MARTA.—(*Conmovida*). Eso. Eso. Es en lo único que creo y creeré siempre, Ricardo. En el cariño. Tú lo sabes bien... desde el primer momento en que nos conocimos. ¿Puede ser inmoral si estoy tratando de darle el padre que se merece, ah? Si de nosotros depende arreglar lo que está mal, ¿por qué diablos cruzarnos de brazos y permitir que los irresponsables, los sucios ganen siempre la pelea? ¡Ah, no! ¡En este caso, no! ¡No, Ricardo! ¡Y lo sentiría mucho si tú no piensas como yo! ¡Es el porvenir de mi nieto el que estoy cuidando!
(*Un silencio*).
811. RICARDO.—(*Levantándose*). Bien... Yo no tengo nada más que hacer aquí. (*Vase a la puerta del fondo. Se detiene; a Marta*). ¿Sabes?... Me das vergüenza. (*Sale*).
812. ELVIRA.—(*Levantándose*). ¡Papá!...
813. MARTA.—(*Sonríe con tristeza*). No hay que hacerle caso, Elvira. (*Pausa*). Hum... Tu primera lección de probable casada, hija: el hombre siempre es débil. Lo difícil es que él no lo sabe. Por eso, hay que aprender a ser fuerte por los dos.
814. ELVIRA.—¿Como tú por papá?
815. MARTA.—Tal vez. (*Pausa; lenta*). O tal vez mucho más que yo en tu caso.
816. ELVIRA.—No te entiendo, mamá. ¿Por qué?
817. MARTA.—(*Al borde casi del llanto*). Porque... Porque don Antonio es bueno. Dios me perdone. Y esos son los más débiles.
818. ELVIRA.—(*Lenta*). Entonces, papá...
819. MARTA.—(*Aventando las lágrimas y con renovada alegría*). Nada. Es tu padre y mi marido. El único hombre que he querido. Y no me ha sido nada de fácil quererlo, te lo aseguro.
(*Ricardo viene del interior. Se dirige a la puerta de calle sin pronunciar palabra*).

820. MARTA.—(Con alegría forzada). ¿Vuelves luego?
(Ricardo sale sin responder).
821. MARTA.—(Con leve cansancio). Vamos a preparar el almuerzo.
(Marta se desplaza hacia la cocina. Tras ella, Elvira que lleva las tazas servidas a don Antonio. Elvira deja las tazas sobre la mesa y, repentinamente, abraza a Marta con hondo afecto).
822. MARTA.—(Con sorpresa cordial). ¿Y esto?
823. ELVIRA.—Quisiera ser como tú. Eso es todo.
824. MARTA.—(Sonriente le acaricia los cabellos). No. Trata de ser siempre tú misma. Es lo mejor.
825. ELVIRA.—De todas maneras quisiera aprender a perdonar como tú.
826. MARTA.—(Sonríe). ¿Por qué no? (Ríe lentamente). Aunque en el liceo no fuiste precisamente una matea, puedes aprender algunas cosas todavía, eh.
(En tanto Marta y Elvira han hablado lo anterior, Ramiro ha abierto la puerta de calle. Entra evidentemente desazonado y, al oír la voz de Marta, dirígese hacia el interior en puntillas tratando de evitar ser escuchado. Marta y Elvira han empezado a preparar el almuerzo).
827. MARTA.—(Sonriente). Don Antonio será un buen marido. ¿Qué crees tú?
828. ELVIRA.—(Pausa). Que sí.
829. MARTA.—No pareces muy convencida.
830. ELVIRA.—Pensaba en otra cosa.
831. MARTA.—¿Cuál?
832. ELVIRA.—Hum... Es curioso. Acepté a don Antonio casi sin pensarlo.
(Sonríe). ¿O lo querría desde antes y no me había dado cuenta?
833. MARTA.—(Detenida en su afán). No. (Pausa). Eso no, Elvira. La tranquilidad con que has aceptado es otra cosa muy distinta.
834. ELVIRA.—¿Cómo? No te entiendo.
835. MARTA.—¡Y fíjate que es harto sencillo, ah! Es la solución del problema. ¿ves? Lo más adecuado. (Pausa). Es a ti a quien te va a tocar un trabajo difícil ahora. Tendrás que esforzarte en estimarlo, en quererlo... Sobre todo, en respetarlo. El cariño también nace si una es testaruda, hijita. De una cosa sí estoy más convencida cada vez, porque, y meto las manos al fuego, tú no querías al tal don Alberto Riquelme.
(Suena el timbre de la puerta de calle, Elvira cruza rápida hacia el comedor y abre la puerta de calle).
836. VOZ DE HOMBRE.—¿Vive aquí Ramiro Sánchez?
837. ELVIRA.—Sí, señor.
838. VOZ DE HOMBRE.—¿Podría hablar con él?
839. ELVIRA.—No está en este momento, señor.
840. VOZ DE HOMBRE.—(Con irritación). ¿Cómo? Yo mismo lo he visto entrar aquí no hace ni cinco minutos.
841. MARTA.—(Que ha oído algo; en la puerta de cruce). ¿Qué pasa, Elvira?

842. ELVIRA.—Aquí este caballero, mamá, que dice que quiere hablar con Ramiro.
843. MARTA.—(*Acercándose*). Pero si está en la Universidad a esta hora.
844. ELVIRA.—Dice que lo vio entrar hace un rato.
845. MARTA.—Bah... Que espere... (*Vase al interior. Voz de Marta*). ¿Ramiro? ¿Qué haces en casa a esta hora? Alguien te busca. (*Reaparece Marta y va a la puerta de calle*). ¿Qué desea?
846. VOZ DE HOMBRE.—Hablar con su hijo.
847. MARTA.—Pase.
(*Entra el hombre. Tiene unos 40 años. Viste modesto, pero muy bien cuidado*).
848. MARTA.—(*Amable*). Había llegado y no lo habíamos sentido entrar. Asiento. (*Elvira, un tanto preocupada, cruza hacia la cocina*).
849. HOMBRE.—Gracias. (*Quédase de pie*).
850. MARTA.—(*Va a la puerta del fondo*). Apúrate, pues, Ramiro. (*Al hombre, sonriente pero con leve inquietud*). ¿Es amigo de Ramiro... Quiero decir, de la Universidad?
851. HOMBRE.—No.
852. MARTA.—Ah... (*Leve pausa*). ¿Del trabajo?
853. HOMBRE.—Tampoco.
854. MARTA.—(*Sonríe indecisa*). ¿Puedo saber para qué lo necesita?
855. HOMBRE.—Lo que voy a conversar con él, puede escucharlo usted. Y creo que va a ser mucho mejor.
856. MARTA.—(*Con sonrisa tensa*). Claro... (*Se desplaza hacia la puerta de cruce un tanto nerviosa*). Elvira... Fíjate en la olla de la mermelada. (*Al hombre, sonriente*). Le estoy dando "punto" desde temprano, ¿sabe? Así es como quedan mejor... (*Va a la puerta del fondo y llama con cierto apremio*). Ramiro...
857. RAMIRO.—(*Aparece ahora casi de inmediato, como si hubiese tomado una grave determinación. Sin embargo, al ver al hombre retrocede instintivamente. Después, se detiene*). Mamá... Juan Rivera. Un... Un amigo.
858. MARTA.—Ah...
859. JUAN.—¿Prefieres que se quede tu mamá?
860. MARTA.—Oh... Si tienen algo que hablar entre ustedes... (*Inicia su desplazamiento*).
861. RAMIRO.—(*Con cierto nerviosismo*). No. Quédate.
862. MARTA.—(*Con inquietud creciente*). ¿Qué pasa, Ramiro?
863. JUAN.—Yo, señora, conocí a Ramiro en la Universidad... En los cursos técnicos para obreros.
864. RAMIRO.—Te lo había contado, ¿no?
865. MARTA.—(*Vagamente*). Sí...

866. JUAN.— Lo llevé a mi casa. Lo hice mi amigo. Le presenté a mi mujer.
867. MARTA.— (*Mirando a Ramiro muy tensa*). Ramiro...
(*Ramiro baja la cabeza*).
868. JUAN.— Hoy día mi mujer me ha pedido la separación. Tenemos tres hijos, señora.
869. MARTA.— Comprendo.
870. JUAN.— Por eso, vengo dispuesto a hablar las cosas claramente. (*Como involuntariamente se toca la cintura*). ¿O no, amigo Ramiro?
871. MARTA.— (*Tensa y sin quererlo*). Por favor...
(*Elvira, que está escuchando, quédase inmóvil, asustada*).
872. JUAN.— Has sido muy desleal, Ramiro...
873. MARTA.— (*Con energía creciente*). No le permito que diga eso a mi hijo.
874. JUAN.— ¿Ah, no? ¿Por qué? ¿Sabe usted cómo es su regalón cuando usted no lo está mirando para que se comporte bien, ah?
875. MARTA.— Conozco a mis hijos, caballero. Especialmente a éste; al que he tratado de inculcarle muchas cosas buenas.
876. JUAN.— (*Con ironía*). Entonces, señora, le ha salido un alumno muy mal aprovechado.
877. RAMIRO.— (*Avanzando, tenso*). No voy a permitir que...
878. MARTA.— (*Con fuerza*). ¡Cállate, Ramiro! (*Pausa. A Juan*). Su mujer tendrá más o menos su edad, ¿no?
879. JUAN.— (*Con leve desconcierto*). Sí.
880. MARTA.— (*Iniciando su ataque*). ¡Hum! ¡Lo suponía! ¿No le parece raro, entonces, que se haya entusiasmado con un mocoso que hasta podría ser su hijo, ah? ¿Qué clase de mujer es la suya que... Que por este proyecto de hombre olvida con tanta facilidad tres hijos? ¿Conoce usted bien a su mujer, señor... o piensa que voy a creerle que es la primera vez que le hace todo este teatro?
881. JUAN.— ¡Si no fuera mujer!
882. RAMIRO.— (*Abalanzándose*). ¡Desgraciado!...
(*Elvira corre hacia Ramiro desde la puerta de cruce*).
883. MARTA.— ¡Ramiro! ¡Déjeme solita, mi amigo! ¡Todavía soy bien capaz de defenderme yo sola! (*A Juan*) ¡Y prepárese! ¡Porque me quedan tres o cuatro cositas que le van a enconar más la herida! ¡Por lo que veo, ya debería estar acostumbrado!
884. JUAN.— ¡Señora!
885. MARTA.— ¡Sí! ¡A-cos-tum-bra-do! ¿Que su mujer quiso engañarlo y le pide la separación por este galán estudiante? ¿Pero no se da cuenta que es para reírse a carcajadas si yo no sintiera mucho respeto por usted y un gran desprecio por la loca de su mujer? ¿Qué pensaba hacer usted, ah? ¡No es difícil adivinarlo, no es cierto! ¡Lo de todos los hombres

- pues! ¡Matar! ¡El revólver! ¡Suicidio! ¡Y armar toda la faramalla correspondiente para cometer un crimen pasio...! ¡Pasio...!
884. ELVIRA.—(*Rápida y temblorosa*). ¡Pasional, mamá!
887. MARTA.—¡Eso! ¡Gracias, hija! ¡Qué lástima me han dado siempre los hombres como usted, señor! ¡Igual... Igualito! ¡Lo mismo que pasa en esa historia que me has contado tú, Ramiro, de esa fulana llamada Helena! ¡La guerra, claro! ¡Si para eso parecen estar preparados siempre hombres como usted, señor! ¡Mire... Guarde su revólver! ¡Váyase a su casa y en mi nombre... En mi nombre, no se le olvide, déle a su mujer un par de cachetadas que le enfríen el entusiasmo! ¡Porque de este hijo que no he sabido enseñar o que él no ha querido aprender, me encargo, yo! (*Abre la puerta de callé*). ¡Hasta nunca, señor Rivera! (*Juan sale rápido. Marta cierra la puerta con fuerza*).
888. MARTA.—(*Oliendo. Con un gran grito*). ¡La mermelada, Elvira! (*Elvira corre a la cocina y manipula en la olla, quitándola del fuego*).
889. RAMIRO.—(*En voz baja*). Gracias... mamá.
890. MARTA.—No digas nada mejor.
891. RAMIRO.—Si usted ahora me dejara que yo...
892. MARTA.—Ya no eres un niño, Ramiro... aunque así te haya presentado delante de ese descontrolado para que no te dejara lleno de portillos.
893. RAMIRO.—¡Pero yo creo que!...
894. MARTA.—¡Que creer ni no creer, hombre! Se le veía en los ojos la intención. (*Pausa. Lenta*). Dime: ¿qué pensabas hacer? Porque algo habían planeado ustedes dos, ¿no?
895. RAMIRO.—(*Lento y como evadiéndola*). Irnos.
896. MARTA.—¡Ya!...
897. RAMIRO.—Eso habíamos planeado.
898. MARTA.—Hum... Lo maliciaba hace tiempo. Claro, pues. ¡Qué otra cosa se podía esperar! ¡El gran amor! ¡Contigo pan y cebolla! ¡Ah! ¿No te das cuenta que todo eso no puede ser? ¿Que eso sólo pasa en los libros y en las películas? ¿Ah? ¿Que este mundo que nos rodea la mayoría de las veces es demasiado sucio y desagradable para querer así, Ramiro... tan ingenuamente? ¡Ah, pero si te lo he dicho! ¡Tú, Elvira, tu padre... Yo misma, vivimos rasguñando esta corteza para sobrevivir con dignidad, con decencia... Con... Con qué sé yo qué, Señor!
899. RAMIRO.—¡Pero yo la quiero, mamá!
900. MARTA.—¡No la quieres, caramba!
901. RAMIRO.—¡Estoy seguro, mamá! ¡Es amor!
902. MARTA.—¡Ah! ¡Calentura querrás decir...!
903. RAMIRO.—(*Con fuerza*). ¡Por favor, mamá! ¡No ensucie algo que para mí es limpio!
904. MARTA.—(*Con rápida y conmovida reacción*). ¡Oh, sí, sí, hijo! ¡Discúl-

- pame! ¡Tienes razón! ¡A los veinte años no se puede querer de otra manera! (*Con brusca transición*). ¡Pero qué hijos he tenido, mi Dios, con este calor en la sangre!...
905. RAMIRO.—(*Déjase caer en una silla, sollozando y repentina y roncamente con la cabeza inclinada sobre la mesa*). Mamá... Mamá...
906. MARTA.—(*Acércasele rápida y lo abraza cálidamente*). Eso... Lloro... Lloro, mi Ramiro chiquito, a quien yo creía un hombre tan grande. ¿Qué otra cosa iba a pensar con tus bigotes y tu voz ronca, ah? ¿Con tus ideas sobre el mundo y la vida? Te hace bien esto, hijo. Te hace crecer.
907. RAMIRO.—(*Se levanta y, con cierta torpeza, se seca los ojos con las manos*). Gracias, mamá. (*Pausa*). Duele, eso sí.
908. MARTA.—Ah. Ramiro, todo lo que hace crecer, duelo.
909. RAMIRO.—Hum... Ahora lo sé directamente. ¿Sabes? También creo que empiezo a entenderte mejor.
910. MARTA.—(*Conmovida*). Menos mal. (*Pausa*). ¿Qué piensas hacer ahora?
911. RAMIRO.—Seguir estudiando, pues, mamá. (*Pausa*). Trabajar... Tratar de ganarme esa beca que deseo.
912. MARTA.—¡Hum! ¡Este es mi hijo, señor!
913. RAMIRO.—Voy a lavarme la cara... (*Marta asiente y Ramiro vase hacia la puerta del fondo*).
914. MARTA.—¿Y esa mujer?
915. RAMIRO.—(*Detenido, mira a Marta un instante*). Quédate tranquila, mamá. No será fácil, pero tendré que elegir. (*Sale*). (*Marta sonríe levemente y se desplaza hacia la cocina. Está en la puerta de cruce cuando suena el timbre de la puerta de calle. Vuélvese rápida a abrir*).
916. MARTA.—(*Abriendo*). ¡Bah! (*Con alegría*). ¿Es visita para la novia o para la suegra? (*Don Antonio entra, demudado el semblante*).
917. MARTA.—(*Seria ahora*). Pero... ¿Qué le pasa? (*Llamando a media voz*) Elvira.
918. DON ANTONIO.—No la llame. (*Pausa*). Es preferible que lo sepa usted primero.
919. MARTA.—(*En voz baja, rígida*). Hable.
920. DON ANTONIO.—Ojalá no me hubiera tocado a mí...
921. MARTA.—¡Hable, por favor!
922. DON ANTONIO.—¡Nunca pude imaginarlo...! ¡Y ahora...! ¿Por qué tuvo que tocarme a mí traerle una noticia así?
923. MARTA.—¡Hable, pues!
924. DON ANTONIO.—¡Usted fue testigo de las ganas que tenía de ir a verme hoy al trabajo, no!
925. MARTA.—¿Ricardo?

926. DON ANTONIO.—(*Asintiendo*). Yo estaba en el Taller de Revisiones y Reparaciones de Máquinas. El atravesó el Patio de Cambios y Señalizaciones. ¡Oh! ¡Estoy seguro de que vio la locomotora 325! ¡Su máquina favorita!
927. MARTA.—(*En voz baja como interrogándose a sí misma*). ¿Ricardo?
928. DON ANTONIO.— ¡De repente lo vi parado en medio de la línea! ¡Le grité!
¡Otros compañeros, también!
929. MARTA.—(*Como perdida*). ¿Accidente?
930. DON ANTONIO.— Me parece...
931. MARTA.—(*Con urgencia febril*). ¿Accidente?
932. DON ANTONIO.—(*Con leve gravedad*). Sí.
933. MARTA.—(*Ausente*). ¿Murió?
(*Don Antonio baja la cabeza. Marta cae semiarrodillada*).
934. MARTA.—(*Con un grito sordo*). ¡Aaaaah...!
935. ELVIRA.—(*Corre desde la cocina y se precipita hacia Marta*). ¡Mamá!...
936. RAMIRO.—(*Desde el interior, casi simultáneo*). ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué pasa?
937. MARTA.—(*Con extraña febrilidad en la voz, como intentando convencerse y convencer a sus hijos*). ¡Pero fue un accidente! ¿Entienden?
¡Aaaaah! ¡Otro accidente, Elvira! ¡Ramiro!... ¡Aaaaah...! ¡Otro accidente, hijos...! ¡Otro...! ¡Aaaaah...!

TELÓN

ACTO TERCERO

Marta, sentada, cose algunos delantales; otros están sobre la mesa del comedor. En la cocina hierven sus ollas de mermeladas. Es mediodía. Hay pequeños, pero perceptibles cambios en la casa. Por ejemplo, sobre el "buffet" se ve un cascabel o sonajero plástico. Sobre una silla, un monigote de goma; es decir, elementos que indican una presencia nueva en la casa. Marta no viste totalmente de negro. Se le ve un poco más severa quizás, pero siempre con su actitud enérgica y animosa. La risa no ha desaparecido de su rostro, aunque ahora parece quedarse ensimismada de vez en cuando. De pronto, oye el llanto de un bebé. Marta detiene la labor y sonríe tenuemente. Después, sigue cosiendo.

Por la puerta de fondo, aparece Elvira. Se le ve más madura y con un cansancio o aburrimiento evidente en sus gestos y movimientos, además de un humor presto a estallar por cualquier motivo.

938. ELVIRA.— ¡Oh! No me ha dejado pegar una pestañada en toda la noche.

939. MARTA.— *(Sonriente)*. Tiene cuatro meses ¿no?

940. ELVIRA.— ¿Y...?

941. MARTA.— ¿Cómo... y? ¿Qué quieres? ¿Que el pobre angelito te cante a ti una canción de cuna?

942. ELVIRA.— No digo eso, no, pero...

943. MARTA.— Pero te resulta molesto el llanto de tu hijo.

944. ELVIRA.— No.

945. MARTA.— Sí. No mientas más encima.

946. ELVIRA.— Estoy cansada, no. Es muy distinto. Supongo que tendré derecho a sentirme cansada alguna vez, no.

947. MARTA.— ¿Cansada? ¿O aburrída, Elvira?
(Elvira se encoge de hombros).

948. MARTA.— Ah... No es tan sencillo criar un hijo, Elvira...

949. ELVIRA.— *(Coge un delantal de la mesa y empieza a coser)*. ¿Cuántos tienes que entregar esta semana?

950. MARTA.— *(Cosiendo)*. Tres docenas.

951. ELVIRA.— *(Tirando del hilo con fuerza)*. ¡Uff...

952. MARTA.— *(Sin querer fijarse en el malhumor de Elvira)*. Y los voy a subir de precio, eh.

953. ELVIRA.— Es asunto suyo, no...

954. MARTA.— Con el alza del hilo no es ninguna ganancia el precio a que los vendo.

(Elvira torna a encogerse de hombros).

955. MARTA.— *(Animosa)*. Ah, si yo lograra reunir un pequeño capital...

956. ELVIRA.— ¿Qué haría?

957. MARTA.—(*Más alegre*). Instalarme. Ninguna cosa grande, claro. Una tiendecita chica, con su mostradorcito de cristal, sus vitrinitas y muchas luces. ¡Ah! Y un letrero luminoso, de esos bonitos, con letras de colores que digan: "Casa Marta" (*Suspirando*). Por supuesto que todo es un sueño. Y me digo: "Marta, Marta... Tú has vivido siempre despierta", así que a la que te criaste, niña, y aquí me tienes con mis mermeladas y mis dentales.
958. ELVIRA.—(*Pinchándose un dedo*). ¡Oh! ¡Mejor hubiera sido que no hubiese dejado el empleo en la confitería!
959. MARTA.—(*Sobria pero con fuerza*). Yo no te pido que me ayudes.
960. ELVIRA.—(*Levantándose*). Voy a verle la mermelada (*Vase a la cocina y manipula en las ollas. En voz alta*). Parece que ya están.
961. MARTA.—(*Levántase y cruza hacia la cocina*). A ver...
962. ELVIRA.—(*Coge una tapa que se le cae por tener el asa rota*). ¡Oh! ¡Hasta cuándo va a tener puros cachivaches en la cocina usted, ah! (*Recogiendo la tapa*).
963. MARTA.—¡Mira, Elvira! ¡Ya no puedo decirte como antes "juguemos", cuando teníamos que aclarar algo, no!
964. ELVIRA.—¡Bah! ¿A qué se está refiriendo usted?
965. MARTA.—Esta situación no puede seguir así.
966. ELVIRA.—(*Con acritud*). ¿Qué situación?
967. MARTA.—¡Ah! La que estás armando tú precisamente este último tiempo.
968. ELVIRA.—(*Desafiante*). ¿Yo?
969. MARTA.—Sí. Tú. No va a ser la virgen de Lourdes, no.
970. ELVIRA.—¡Curioso!
971. MARTA.—Tu malhumor. Tu cansancio. Tu aburrimiento. Todo eso necesita una aclaración. Y tú me conoces hartoo bien. Yo no soy de esas personas que se andan guardando las cosas.
972. ELVIRA.—Parece tener mala memoria usted.
973. MARTA.—A lo mejor. Pero tampoco me asusta que me recuerden lo que se me pueda olvidar.
974. ELVIRA.—¿Ah, sí? ¡Muy bien, entonces (*Hiriente*). No fui yo la que "armó" este casamiento.
975. MARTA.—Pero te prestaste al jueguito más que gustosa.
976. ELVIRA.—¡Qué iba a hacer en la situación en que me encontraba!...
977. MARTA.—¡Ah, ya! ¿Me vas a salir ahora con el cuento de que fuiste obligada?
978. ELVIRA.—Obligada... Obligada, no; pero...
979. MARTA.—¡Ah, cada vez te voy entendiendo mejor, eh! ¡Pero óyeme a mí también. En el casamiento como en el acostarse con el hombre que uno quiere o simplemente le gusta, nadie te puede obligar, hijita. La cosa pasa si una tiene ganas y si no, no.

980. ELVIRA.— Como de costumbre, usted lo ve todo muy sencillo, pero nada tiene que ver todo esto conmigo.
981. MARTA.— ¿Ah, no? ¿Y con quién, entonces? ¡Nada! ¡Hum! ¡Mucho, Elvira? Mas todavía, cuando hay un hijo de por medio y un hombre más bueno que el pan.
982. ELVIRA.— Supongo que ya tengo edad para pensar como me dé la gana, ¿no?
983. MARTA.— Siempre que no hagas daño a nadie. Ahí no me meto. Pero óyeme bien de todas maneras. No te permito que hagas ninguna tontería con las dos personas que te he nombrado. Y si sigues con la misma historia, por muy casada que estés, te doy una cachetada que te deje con la cara vuelta hacia un rincón para que pienses bien lo que te corresponde hacer. (*Oyese nuevamente el llanto de un niño*). Anda a atender a tu hijo. Tu marido está por llegar y no quiero que piense que su hijo llora solo. (*Elvira cruza hacia el comedor*). ¡Ah!... (*Elvira se detiene*). No estés pensando que no conozco la causa de tu aburrimiento!
(*Elvira, sin responder, vase por la puerta del fondo. Suena el timbre de la puerta de calle. Marta acude a abrir*).
984. MARTA.— ¡Bah! ¿Qué se le perdió la llave?
985. DON ANTONIO.— (*Entrando*). No... Pero como sé que siempre hay alguien en casa... Hice una arrancadita de la pega para traerle esto. (*Le da un sobre que Marta recibe y mantiene en su mano sin abrirlo*).
986. MARTA.— Gracias.
987. DON ANTONIO.— (*Con timidez*). ¿Cómo está el heredero?
988. MARTA.— (*Con humor*). ¿No estará creyendo que ha crecido desde esta mañana, no?
989. DON ANTONIO.— No, claro que no...
990. MARTA.— A propósito: cuando se levante a su turno temprano, no lo despierte, por favor.
991. DON ANTONIO.— Me gusta decirle hasta luego.
992. MARTA.— Perfecto. Lo entiendo. Me parece muy bien que lo enseñe desde chico a ser educado. Pero primero déjelo que duerma, se alimente y aprenda a hablar, ¿no le parece?
993. DON ANTONIO.— Precisamente, doña Marta. Es lo que me tiene preocupado. Que no vaya a aprender a hablar.
994. MARTA.— (*Riendo*). Siendo nieto mío, no hay ningún cuidado.
995. DON ANTONIO.— ¿Sabe? De vez en cuando pienso lo orgulloso que habría estado Ricardo.
996. MARTA.— (*Pausa*). Sí.
(*Un silencio*).
997. DON ANTONIO.— (*Como buscando un tema de conversación, por los delantales*). ¿No es mucho trabajo?

998. MARTA.— Mucho, sí. Pero hay que hacerlo. No crea que me estoy quejando. (*Por el sobre*). Esto no ayuda mucho, eh.
999. DON ANTONIO.— Es lo de todos los montepíos. Si yo pudiera hacer más . . .
1000. MARTA.— No se preocupe. Ya le dije que no me estaba quejando (*Pausa*). ¡El montepío de mi pobre Ricardo! ¡Ah!, pensar que hay personas cuya vida es una pura y larga equivocación.
1001. DON ANTONIO.— ¿Ricardo, doña Marta?
1002. MARTA.— Siéntese (*Don Antonio se sienta*). Hoy hace un año que murió. Exactamente. Tengo que hablar de él, ¿sabe? y de su muerte.
1003. DON ANTONIO.— Para qué . . .
1004. MARTA.— ¡Hum! No he ido al cementerio. Quizá lo haga mañana o pasado. Ni siquiera llevo luto. Se había dado cuenta, ¿no? Ah, don Antonio, si yo llevara luto sería una mentira.
1005. DON ANTONIO.— No diga eso.
1006. MARTA.— (*Sentándose; en voz baja*). No fue accidente lo de Ricardo.
1007. DON ANTONIO.— Pero si yo estaba ahí mismo. Lo vi.
1008. MARTA.— Lo sé, lo sé. Pero cuanto más lo pienso . . . (*Pausa*). Ricardo se mató.
1009. DON ANTONIO.— (*En voz baja*). No puede ser. ¿Cómo lo sabe?
1010. MARTA.— No importa cómo. Lo sé.
(*Elvira ha aparecido silenciosamente en la puerta de cruce*).
1011. MARTA.— Ahora mismo, al terminar de hacer el papeleo de Ferrocarriles . . . ¿estaba usted al tanto de que hace mucho tiempo pagaba un seguro doble de vida?
1012. DON ANTONIO.— No.
1013. MARTA.— ¿No lo ve, don Antonio? Quiso pagarme a mí por su muerte.
1014. DON ANTONIO.— Imposible.
1015. MARTA.— (*Con íntimo y pesado dolor*). Debe cansar mucho ser un inútil. El lo era. Lo sabía. Todos lo sabíamos.
1016. DON ANTONIO.— (*Bajando la cabeza*). Sí.
1017. MARTA.— Sus peleas en el trabajo, acá en la casa . . . Su falta de amigos . . . Su soledad última . . . (*Conmovida*). Todo eso no era más que el disfraz de su flojera, de su comodidad . . . De su egoísmo. Ah, Dios. Nunca quisiera haber tenido que decir esto.
1018. DON ANTONIO.— No siga.
1019. MARTA.— No. Cosas como éstas si se callan, se pudren. Prefiero decírselas a usted . . . porque a Elvira o a Ramiro, nunca. (*Con brusquedad y dolor*). Pensar que hasta me creyó capaz de serle infiel.
1020. DON ANTONIO.— No. Eso, no.
1021. MARTA.— Lo sé también, don Antonio. Lo sé. (*Pausa. Con tristeza, aunque sonriente*). Siempre ha mentado muy mal. (*Pausa. Con fuerza y do-*

- lor). ¿Sabe? A veces, por las noches, empiezo a pensar que fui yo quien lo empujó a hacer lo que hizo.
1022. DON ANTONIO.— ¡Señora Marta!
1023. MARTA.— ¿Por qué no? Piense, él... que se provocó el primer accidente para no tener que trabajar más. Para no tener ninguna responsabilidad... Bueno, ¿qué quería usted que pensara, que sintiera al lado mío, que siempre estoy haciendo algo, porque el no hacer es para mí lo mismo que estar muerta?
1024. DON ANTONIO.— Lo entiendo.
1025. MARTA.— Se sentía... Vivía como ofendido, ¿entiende? Por mi afán de hacer cosas. De querer la vida como la quiero.
1026. DON ANTONIO.— (*Con íntimo dolor*). ¿A quién no le gustaría tener una mujer así!
1027. MARTA.— (*Pausa. Mirándolo fijamente*). ¿Cómo? ¿Y Elvira?
1028. DON ANTONIO.— (*Pausa. En voz baja*). No me quiere.
1029. MARTA.— (*Dejando de lado su problema*). ¡Qué está diciendo, don Antonio!...
1030. DON ANTONIO.— La verdad. (*Tócase ligeramente el pecho*). Este... me dice que no.
1031. MARTA.— ¡Oh! Entienda a Elvira. Tiene veinte años, no. Está, aunque parezca lo más raro del mundo... Está como asustada de su cariño. De la devoción que usted siente por ella. (*Con levisimo temor*). ¿Porque usted la quiere, no?
1032. DON ANTONIO.— Imagínese...
1033. MARTA.— ¿Entonces? A usted le toca insistir. El cariño se logra peleando. Nada saca con cruzarse de brazos y decir: "Esta mujer no me quiere". Si usted la quiere, pelee por ella. Hágase querer. Esa es la clase de hombres que nos gustan a nosotras, las mujeres.
1034. ELVIRA.— (*Adelantándose, violenta*). ¿No te da vergüenza, mamá, decir estas cosas delante de un extraño?
1035. MARTA.— (*Levantándose rápida*). ¿Extraño? Es tu marido. Y si todavía no lo has entendido, no sólo te doy la cachetada prometida, sino todas las que sean necesarias para que lo entiendas de una vez por todas.
1036. DON ANTONIO.— Pero, señora Marta...
1037. MARTA.— (*Cada vez más recuperada en su vigor*). ¡Cállese usted también... que su madre tiene la culpa por haberlo criado así, tan dulce de... alcayotal
1038. DON ANTONIO.— Oh...
1039. MARTA.— ¡Ahora que están los dos en presencia mía, aclaren luegoito lo que yo sé que tienen que aclarar!
1040. DON ANTONIO.— (*Desolado*). Pero si yo hice una arrancadita nomás para traerle su cheque.

1041. MARTA.—¿Tiene miedo de perder su pega?
1042. DON ANTONIO.—No, pero...
1043. MARTA.—Es mucho más importante arreglar esto. Y si pierde su pega, fuerzas no me faltan para seguir trabajando. Estoy acostumbrada a mantener la casa y el trabajo nunca me ha asustado. Pero sí me asusta que ustedes dos cierren la boca cuando tienen que abrirla con todas sus fuerzas. ¡Así que a aclarar las cosas, niñitos. Tú, Elvira, menos porfía. Usted, don Antonio, más agallas, pues. *(Desplazándose, se detiene en la puerta de cruce)*. En cuanto me dé punto la mermelada de manzana, quiero saber qué pasa. Y ni un minuto más, eh. *(Entra en la cocina donde comienza a manipular las ollas, pero muy atenta a cuanto se habla en el comedor)*. *(Un silencio)*.
1044. DON ANTONIO.—*(Carraspeando)* El niño... *(Ríe)*. El niño... *(Serio)*. El niño... ¿puede comer cassata?
1045. ELVIRA.—Tiene cuatro meses, ¿no?
1046. DON ANTONIO.—Preguntaba nomás, Elvirita... Como esos helados los hacen de leche, digo...
1047. ELVIRA.—¡Oh!...
(Un silencio).
1048. DON ANTONIO.—*(Nervioso)*. Hay que... Hay que pensar dónde pasar las vacaciones...
1049. MARTA.—*(En la cocina, controlándose al máximo)*. ¡Ah!...
1050. DON ANTONIO.—Habrà que consultar al médico...
1051. ELVIRA.—¿Para qué?
1052. DON ANTONIO.—*(Sonríe cada vez más nervioso)*. La playa... o el campo. También la cordillera, claro. Es decir, lo que le convenga más, ¿no?
1053. ELVIRA.—¿A quién?
1054. DON ANTONIO.—Al... Al niño.
(Marta deja caer estruendosamente un cucharón).
(Un silencio).
1055. MARTA.—*(Desde la cocina, con un gran grito)*. ¡Ya me va a dar punto la mermelada de manzana!
1056. DON ANTONIO.—*(Con temor)*. Bueno...
1057. ELVIRA.—Bueno, ¿qué?
1058. DON ANTONIO.—La señora Marta ha dicho que hablemos, ¿no?
1059. ELVIRA.—Nada tengo que hablar yo.
1060. MARTA.—*(Viniendo de la cocina, detiéndose en la puerta de cruce, enarbolando el cucharón)*. ¿Cómo que nada? ¿Y tu aburrimiento? ¿Tu mal humor? ¿Nada? ¡Mucho! ¡Mucho, Elvira!
1061. ELVIRA.—¡Mamá! ¡Esto es asunto mío!
1062. MARTA.—¡Hum! Tienes razón *(Vuélvese a la cocina y sus ollas, pero siempre atenta)*.

1063. DON ANTONIO.—(*Desconcertado*). ¿Aburrimiento? ¿Por qué?
1064. ELVIRA.—Qué sé yo. Cosas de mamá.
1065. MARTA.—(*En la cocina, sofocada*). ¡Ah! ¡Cosas de mamá! ¡Cosas de mamá!
1066. DON ANTONIO.—Entonces... ¿cómo explicar esto...? ¿Esta cosa extraña que... que está pasando entre nosotros?
1067. ELVIRA.—Imaginaciones tuyas. No sé a qué se refiere.
1068. DON ANTONIO.—(*Lastimero*). Yo la quiero, Elvirita. Usted lo sabe.
1069. MARTA.—(*Rápida e incontenible. Aparece en la puerta de cruce*). ¡Ah, don Antonio! ¡Imposible! ¿No ve usted la diferencia que hay entre una declaración de amor y un pésame, por Dios? ¡Ponga alma! ¡Corazón, hombre, por la flauta!
1070. ELVIRA.—(*Molesta*). ¿Podremos hablar mi marido y yo... a solas?
1071. MARTA.—Las veces que quieras, niña, pero como recién decías que no tenías nada que hablar; en fin... Cállate, Marta; es mejor. Pero óyeme bien, eh. Cuando uno de ustedes dos no sabe algo y yo lo sé, tengo que enseñárselo, no. (*Breve pausa*). Hum... Tienes toda la razón, Elvira, en considerar este problemita como tuyo solamente. (*Vase rápida a la cocina, en la que continúa alerta*).
1072. DON ANTONIO.—Bueno... Yo he procurado ser un hombre respetuoso, consciente...
1073. ELVIRA.—(*Con cansancio*). Lo sé.
1074. DON ANTONIO.—Sin exigencias, ¿no es cierto?
1075. ELVIRA.—(*Con leve exasperación*). Oh...
1076. DON ANTONIO.—(*Consternado*). ¿O le he exigido mucho?
1077. ELVIRA.—No se trata de eso.
1078. DON ANTONIO.—¿De qué, entonces?
1079. MARTA.—(*Incontenible, reaparece en la puerta de cruce*). ¿Cómo que de qué, don Antonio? ¿En qué mundo ha vivido usted toda su vida?
1080. DON ANTONIO.—No entiendo.
1081. ELVIRA.—¡Mamá, por favor!...
1082. MARTA.—¡Qué tanto "mamá", por favor! ¿Ah? Eres mi hija, caramba, y todo lo tuyo es importante para mí. Aquí me voy a quedar ahora, en vez de estar correteando de la cocina al comedor y del comedor a la cocina. Con tanto trote ya estoy lista para cualquier campeonato de marcha forzada. Me quedo aquí, óiganlo bien, señores, sobre todo cuando yo también tengo muchas cosas que decir.
1083. ELVIRA.—(*Tensa*). Bien. Ya que así lo quiere, mamá. (*Enfrentando a don Antonio*). Ricardito es hijo mío solamente.
1084. DON ANTONIO.—(*Con sonrisa lastimera*). Sí.
1085. ELVIRA.—Más claro todavía: usted no es el padre.
(*Marta irreprimible, acércase rápida a Elvira y le da una bofetada en*

pleno rostro. *Elvira parece vacilar un momento y luego, sin proferir palabra, vase rápida por la puerta del fondo).*

1086. MARTA.—*(Apretando su mano contra el pecho, en voz baja y angustiada).* Hija...
- (Un silencio).*
- (Don Antonio divíge:se muy lento hacia la puerta de calle).*
1087. MARTA.—*(Girando rápida).* ¿Qué hace?
1088. DON ANTONIO.—*(Con tristeza).* ¿Será necesario hablar más, señora Marta?
1089. MARTA.—*(Acercándosele; se muerde los labios).* Pero si lo que Elvira ha dicho no es cierto. No se siente bien. Siempre les pasan estas cosas a las recién casadas. Como usted sabe poco de esto, tiene que sorprenderse, claro. Hay casadas que llegan hasta dudar de quién sea en verdad el padre de sus hijos. *(Pausa, por la mentira).* A mí me pasó también.
1090. DON ANTONIO.—*(Asombrado).* ¿A usted?
1091. MARTA.— ¡Claro, pues! Si es lo más natural que, de repente, las mujeres digamos: "Tú no eres el padre de mis hijos". Claro que a veces si el hombre no es comprensivo, se arma una trifulca de padre y señor mío, no. *(Pausa).* Lo que pasa, en realidad, es que nos gusta impresionar a nosotras, eh... ¿Ve usted?
1092. DON ANTONIO.— Sí, señora Marta. Pero de todas maneras hay algo bien claro.
1093. MARTA.— ¿Qué?
1094. DON ANTONIO.— Elvirita no me quiere.
1095. MARTA.— ¡Ay, don Antonio! ¡Cómo se le ocurre!...
1096. DON ANTONIO.— Más claro todavía: no me ha querido nunca.
1097. MARTA.— ¡Y dale! De los locos furiosos y los solterones recién casados Dios me ampare. Espéreme un momento. *(Cruza rápida a la cocina, prueba el contenido de las ollas, apaga el gas, coge un canasto plástico y vuelve al comedor. Deja el canasto sobre la mesa. De uno de los cajones del "buffet" saca un portamonedas).* Acompáñeme a cobrar el cheque. De paso, aprovecharemos, para ver cómo están los trámites del seguro doble. Y caminando, caminando bajo este sol tan caliente, nos distraeremos un poco y conversaremos. ¿Se ha fijado el soldito que amaneció hoy?, ¿ah? Las penas con sol se ven tan feas como esas viejas que no se resignan y que hay que echarlas a un lado. Vamos, eh... Y a lo mejor le permito que me invite a una fuente de soda a beber... bueno, lo que se pueda beber.
1098. DON ANTONIO.— No me va a convencer de nada.
1099. MARTA.— Ni yo lo pretendo. *(Quitándose el delantal).* ¿Sabe usted por qué? Porque no hay nada de qué convencerlo.
1100. DON ANTONIO.—*(Con dificultad).* Quiero... Quiero decirle algo antes, para que usted sepa bien qué terreno va a pisar.
1101. MARTA.—*(Con leve impresión).* Diga...

1102. DON ANTONIO.—(*Sincero*). Aunque ese niño no fuera mío lo considero mi hijo.
1103. MARTA.—(*Con una risa cercana al llanto*). ¡Así me gustan los hombres! ¡Los de verdad! (*Se vuelve hacia el espejo del "buffet" para disimular su emoción y se acomoda un cadejo de cabello. Coge el canasto y se dirige a la puerta del fondo*). Elvira ... Voy a salir, eh. (*Espera un momento; nadie responde, sonríe con tristeza. A Don Antonio*). ¿Vamos?
(*Salen Marta y don Antonio por la puerta de calle. Casi de inmediato aparece Elvira por el fondo con un biberón semi vacío en sus manos. Cruza hacia la cocina y empieza a lavarlo lentamente; su pensamiento está en otro lugar. Suena el timbre de la calle. Elvira se sobresalta, pero no acude a abrir. Torna a sonar el timbre, ahora con insistencia. Elvira deja caer el biberón, que se rompe, y retrocede como atemorizada. Por tercera vez suena el timbre. Elvira se rehace y cruza hacia el comedor, lenta primero, rápida después; al abrir la puerta, parece haber adoptado una decisión*).
1104. ELVIRA.—(*Con sequedad*). Te esperaba. Entra.
(*Alberto entra con una leve sonrisa de cinismo*).
1105. ALBERTO.— Recibí tu recado.
1106. ELVIRA.— Supongo. Estás aquí.
1107. ALBERTO.— Tu madre acaba de salir. Yo estaba en la esquina, esperando. Bien combinado, Elvira. Te felicito. El día que tu madre va a cobrar su montepío ... Qué mejor. (*Se acerca a Elvira y la abraza con sabiduría. Elvira lo rechaza suave, pero con energía*). ¿Otra vez con tus rarezas?
1108. ELVIRA.— Escúchame primero ...
1109. ALBERTO.— (*Riendo*). ¿Vamos a conversar? ¿Para qué? Hay tantas cosas buenas en las que no es necesario hablar ni escuchar. ¿No te parece? (*Acércasele más. En voz baja*). Cada día estás mejor. Más mujer.
1110. ELVIRA.— No es para esto que te he pedido venir hoy.
1111. ALBERTO.— Hablemos, claro. Hablemos todo lo que tú quieras ... pero después, eh ...
1112. ELVIRA.— ¿Es lo único que te interesa?
1113. ALBERTO.— Soy hombre, ¿no?
1114. ELVIRA.— Como hombre, entonces, escúchame.
1115. ALBERTO.— (*Abraza a Elvira, besándola*). Te escucho. Te escucho.
1116. ELVIRA.— (*Rechazándolo con violencia*). ¡Se terminó, Alberto!
1117. ALBERTO.— ¡Bah! ¿Qué bicho te ha picado? ¿O me has llamado para hablar de puras leseras?
1118. ELVIRA.— ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?
1119. ALBERTO.— ¡Puchas! ¡Ya! ¡Vamos a recordar! ¡Lo de todas las mujeres!
1120. ELVIRA.— Cinco años y tres semanas. Exactamente.
1121. ALBERTO.— (*Burlón*). De algo te ha servido ser cajera en la confitería.

1122. ELVIRA.— En todo ese tiempo, a pesar de tí mismo seguramente, me enseñaste algo muy importante.
1123. ALBERTO.— (*Con descaro*). ¡Claro!
1124. ELVIRA.— (*Con breve estallido*). ¡Grosero! (*Controlándose*). ¿Sabes qué me has enseñado? Probablemente ni tú mismo te has dado cuenta. (*Pausa*). Me has enseñado a respetarme a mí misma.
1125. ALBERTO.— (*Desconcertado*). ¡Ah! ¿De qué leteras estás hablando?
1126. ELVIRA.— (*Con fuerza*). Hay seres que se hunden más y más cuando conocen la mugre. Porque eso eres tú.
1127. ALBERTO.— (*Con cinismo*). ¡Bah! ¿Ahora recién me estás viendo así? Cosas muy distintas dices cuando nos acostamos.
1128. ELVIRA.— (*Con amargura*). No lo niego. Pero hasta eso me ayudó. Porque yo no me hundo, Alberto. Si por un momento pudo pasar, ya no.
1129. ALBERTO.— ¿Quieres aclararme, entonces, para qué diablos me has llamado?
1130. ELVIRA.— (*Con desprecio*). ¿Me entenderías? (*Pausa*). La experiencia de los viejos, lo que nos dicen o advierten... no es tan tonto e inútil.
1131. ALBERTO.— ¡Ay, ya veo! Aquí anda metida la mano de la mamita, no.
1132. ELVIRA.— Probable. (*Pausa*). Si volví a entregarme a ti después del nacimiento del niño, óyeme bien, se terminó.
1133. ALBERTO.— (*Con leve sonrisa*). ¿Arrepentida? ¿Así que ahora piensas largarme como si yo fuera un zapato viejo o... qué sé yo qué? Te das el gusto, le pones los cuernos al imbécil de tu marido y...
1134. ELVIRA.— Se terminó, ¿oyes? (*Pausa*). He tomado una decisión que ni tú ni nadie sospecha.
(*Abrese la puerta de calle y entra Marta, con paquetes y con el canasto repleto de verduras*).
1135. MARTA.— (*Sorprendida*). ¿Ah? (*Avanzando, tira los paquetes y el canasto sobre la mesa*). ¿Qué hace este renacuajo en mi casa? Fuera. A la calle. ¿Qué espera? ¿Qué vaya a buscar una escoba para echarlo como se merece?
1136. ALBERTO.— No arme tanto griterío, señora, conmigo. No es tan sencillo dárselas de macanuda, teniendo una hija puta.
1137. MARTA.— (*Coge un atado de zanahorias y, enarbolándolo, lo descarga con fuerza en la cabeza de Alberto*). ¡Y agradece que compré un atado chico! ¡Fuera! (*Empuja a Alberto con fuerza y cierra la puerta con violencia. Gira hacia Elvira*). Hace tiempo que lo sospechaba. Tonta no soy, hijita. Pero nunca me atreví a pensar que fuera en la misma casa.
1138. ELVIRA.— (*Cogiendo las cosas que Marta ha desparramado. Con extraña sonrisa*). ¿Juguemos?
1139. MARTA.— (*Estallando*). ¡Jugar! ¡Claro! ¡Eso nos faltaba! ¡Lindo jueguito jugabas tú, no! (*Se desplaza por el comedor estrujando y arrojando los*

- delantales*). Y el contendor del match, el sinvergüenza del barrio. ¡Ah! ¡Jugar! Se necesita ser un par de sinvergüenzas, claro. Mira . . . Si te defendí cuando ese infeliz te lanzó la palabrota, no lo hice por tí. Lo hice porque no debía ser dicha en mi casa. Pero ahora estoy por pensar que es cierto.
1140. ELVIRA.— ¡Mamá!
1141. MARTA.— ¡Sí! ¡Ciertol!
1142. ELVIRA.— ¡Escúchame!
1143. MARTA.— ¿Qué? ¿Más mentiras? ¡No estoy acostumbrada más que con la verdad!
1144. ELVIRA.— (*Con leve exasperación*). ¿Como mentirnos a Ramiro y a mí sobre la muerte de mi padre? ¿Y antes sobre el otro accidente?
1145. MARTA.— Pero si ustedes lo comprendieron sin necesidad de que yo les aclarara nada. Por eso, no he tenido miedo de enfrentar la verdad de su muerte. Mira . . . Ni luto decidí llevar y continué mi vida más o menos igual. (*Leve pausa*). Cuando la verdad se nos pone cara a cara, nada sacamos con mostrarle el traste, porque ahí mismo nos da la patada, Elvira.
1146. ELVIRA.— Muy bien, entonces. Por que yo . . .
1147. MARTA.— Eso es lo que estás haciendo con tu vida. Con la de tu marido y tu hijo. Y esto último no es justo.
1148. ELVIRA.— Lo sé, lo sé.
1149. MARTA.— ¿Entonces? (*Pausa. Con dolor*). Yo no le tengo miedo a la verdad. Créeme. Por lo mismo, puedo decirte que es muy probable que yo haya, aquí en lo hondo, haya deseado la muerte de Ricardo . . . para que no sufriera más.
1150. ELVIRA.— ¡Mamá!
1151. MARTA.— Sí, sí. No puedo ocultar a mi familia, a mi gente, lo que realmente pienso.
1152. ELVIRA.— Por favor, no digas estas cosas, mamá. Duelen mucho.
1153. MARTA.— (*En voz baja*). Tal vez ese deseo fue una última manera de querer. (*Con fuerza*). La mentira para los extraños, cuando es necesario. Pero acá, entre nosotros, la verdad, Elvira, por dura o por fea que pueda parecer.
(*Elvira baja la cabeza*).
1154. MARTA.— Tu comportamiento ha sido el de una prostituta. Yo no te he enseñado a vivir así.
1155. ELVIRA.— Lo sé, mamá.
1156. MARTA.— La casa, el pan . . . El sentarnos cada día a la mesa, juntos, es lo que me ha dado la fuerza para seguir viviendo en este mundo tan lleno de mentiras. De guerras. (*Con voz que se le quiebra*). Yo no quiero la guerra entre los míos.
1157. ELVIRA.— Justamente, mamá. Mamá querida, queridísima. Quédate muy

- segura. Muy tranquila. Soy como tú me has hecho. Como lo es Ramiro. Como lo fue, a su pesar, mi pobre papá.
1158. MARTA.— (*Casi para sí*). No estoy tan segura.
1159. ELVIRA.— El era débil. Lo terrible es que muy pronto se dio cuenta. Supo que por más que se esforzara, iría quedándose detrás tuyo... Más y más a medida que el tiempo pasaba. (*Pausa*). Ahora, escúchame a mí, por favor. Como cuando niña, ¿te acuerdas?, al volver del Liceo nos pasábamos largo rato, contándonos nuestra mutua ausencia. (*Con emoción*). Las caricias que entonces me hiciste han quedado marcadas a fuego, aquí, en mi piel. Nada, ¿oyes? Nada podrá borrarlas nunca.
1160. MARTA.— (*Llorando silenciosa*). Hum... Me acuerdo, claro. ¡Cómo se me iba a olvidar! Habíamos vivido tan unidos que cuando tú y Ramiro tuvieron que ir a la escuela... ¡Ah! ¡Qué desesperación tener que dejarlos ir solos! Las horas se me hacían eternas. Abría una vez y otra la puerta. Y cuando volvían... ¡Ah, mi Dios! Era una fiesta para mí. Como la Pascua, ¿entiendes? La vuelta de ustedes era mi regalo de cada tarde. (*Un silencio*).
1161. ELVIRA.— (*Desplazándose un tanto*). Mamá; he tomado una decisión.
1162. MARTA.— ¿Decisión? ¿De qué estás hablando? ¿Cuál?
1163. ELVIRA.— La que me corresponde. (*Pausa*). Me voy de la casa.
1164. MARTA.— (*Desconcertada*). ¿Cómo?
1165. ELVIRA.— Tal vez parezca abuso de parte mía, pero... creo que van a quedar en buenas manos.
1166. MARTA.— ¿Quiénes?
1167. ELVIRA.— (*Lenta y segura*). Mi marido y mi hijo. Los dejo en tus manos. (*Marta, en silencio, coge sus paquetes y verduras y cruza hacia la cocina, dejándolos sobre la mesa. Elvira va tras ella*).
1168. ELVIRA.— Después... Cuando pueda ser yo misma... volveré. Te lo aseguro.
1169. MARTA.— (*Con triste sonrisa*). ¿Tú misma? No te entiendo. ¿Qué quieres decir?
1170. ELVIRA.— (*Pausa*). No nos has dejado crecer, mamá. Ni a Ramiro ni a mí. Ese ha sido tu error.
1171. MARTA.— (*Desconcertada*). ¿Error? ¿Cuál?
1172. ELVIRA.— Protegernos. Querernos demasiado.
1173. MARTA.— (*Con leve sonrisa*). Demasiado. ¡Hum! Por un tiempo pensé lo contrario. Ahora, no. Nunca el cariño será suficiente. Al menos, para mí. Nunca, Elvira. Y si soy yo la equivocada... ¡Ojalá todas las equivocaciones fueran así! (*Desplázase por la cocina, como reflexionando. Se detiene, gira hacia Elvira y con mucha determinación*). Muy bien. Si has decidido irte... Andate.
1174. ELVIRA.— (*Estupefacta*). Mamá...

1175. MARTA.— Pero que sea al tiro. Sin volverlo a pensar.
1176. ELVIRA.— Cref... Cref... Cref que me dirías otras cosas...
1177. MARTA.— ¿Ah, sí? ¿Cuáles? ¿Qué lo pensarás más? ¿Que el niño te necesita? ¿Que el pobre don Antonio va a sufrir? ¡Ah, no, no, hijital! No esperes eso de mí. Si tú lo has decidido, ándate.
1178. ELVIRA.— Pero...
1179. MARTA.— ¿Te preocupa don Antonio? Ya se le pasará la pena. En cuanto al niño, sólo necesita cariño por ahora. Después, si tu ausencia es muy larga, no faltarán historias que contarle. ¡Ah, si Ricardo hubiera hecho algo parecido!
1180. ELVIRA.— ¿Irme?
1181. MARTA.— (*Afirmando*). A lo mejor habría aprendido a ser realmente un hombre.
1182. ELVIRA.— No te entiendo.
1183. MARTA.— (*Con leve risa*). ¡Oh! Para algunas cosas, siempre fuiste cabeza dura, no. (*Ríe de nuevo*). ¡Ah, Señor! Me acuerdo de tu primera comunión. No querías traje largo como todas. Y antes de irnos a la iglesia, cortaste a tijeretazos tu vestido. (*Pausa*). Al contrario de lo que decían las vecinas, esa rebeldía tuya me llenó de orgullo.
1184. ELVIRA.— Casi había olvidado eso.
1185. MARTA.— ¡Ah, yo, no! En ese gesto comenzaba a reconocer la pasta de mis hijos. Distintos. A contrapelo con la vida fácil. Con lo que los otros querían imponerle sin darles una razón que valiera la pena. (*Con un suspiro que reprime de inmediato*). Ahora eres más fuerte que yo. Andate, Elvira. Sin remordimientos. Lo que interesa es que llegues a ser tú misma. Tienes razón. Y si alguien piensa lo contrario, siéntate en la diferencia.
1186. ELVIRA.— (*Pausa*). Gracias.
1187. MARTA.— No te despidas. No me escribas. Si vuelves, toca el timbre. Yo te abriré. (*Elvira va a abrazarla*). No. Estas cosas son las que nos hacen débiles. (*Solozando, sin embargo, se precipita abrazando a Elvira*). Pero a mí no me importa ser débil ahora. (*Abraza profundamente a Elvira, pero de inmediato la rechaza con suma violencia*). Andate ya. Me estoy atravesando en mis quehaceres por tu culpa. (*Dáale la espalda con rapidez y empieza a manipular en las ollas*).
1188. ELVIRA.— (*Titubeante*). ¿Me despedirás de...?
- (*Sin mirarla, Marta asiente con la cabeza. Elvira titubea de nuevo, pero opta por cruzar el comedor y de ahí al interior. Marta, sin girar, deja de manipular y permanece tensa, atenta a cualquier ruido. Elvira regresa con una pequeña maleta. Avanza hasta la puerta de cruce, pero ya Marta ha retomado su labor, siempre de espaldas. Elvira va a acercarse, pero se dirige a la puerta de calle. Mira por última vez a la cocina y sale. Marta*

vuélvese rápida y, con el cucharón que tiene en la mano, golpea con furor sobre la mesa una, dos, tres, mil veces, gira hacia la cocina, retira las ollas, déjalas sobre la mesa. Corre al armario, saca frascos y más frascos, ordenándolos sobre la mesa. Destapa una de las ollas y, con una cuchara, prueba la mermelada).

1189. MARTA.—(Deponiendo su agobiadora tensión, sonríe) ¡Hum! ¡Harto buena que está! (Con rapidez empieza a llenar los frascos. De pronto se detiene y, con la mano extendida, mide el alto del contenido). ¡Bah! No se me había ocurrido. Desde hoy le echo dos dedos menos, pero mantengo los precios. (Termina de llenar los frascos, los cuenta y después los guarda en el armario. Se dirige al comedor, coge los delantales, revisándolos y los ordena en un atado. De súbito parece acordarse de algo). ¡Oh! (Se dirige a la cocina muy rápida y coloca dos ollas en la parrilla). A este paso no voy a tener almuerzo. Listo. (Vuelve al comedor, con nerviosismo creciente, sigue ordenando los delantales. Oyese el llanto de un niño. Pónese tensa hasta el agotamiento, pero, repentinamente, estremeciéndose entera, echa a reír con toda la fuerza de sus pulmones, con una risa fresca, espontánea, sonora, que parece borrarle todas sus preocupaciones, volviendo a ser la Marta de un año atrás). ¡Ah, pero qué tonta soy! ¡Si ahora tengo otro hijo, aunque no haya estado aquí! (Tócase el vientre). ¡Y esto es lo único importante! ¡Vivir! (Yéndose hacia el interior). ¡Voy! ¡Voy!, ¡mi lloronazo! ¡Voy! . . .

(Apenas ha desaparecido Marta, ábrese rápida la puerta de calle e irrumpe Ramiro, gritando muy alegre).

1190. RAMIRO.—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! (Corre hacia la cocina, entrando y girando en ella). ¡Mamá! (Regresa al comedor). ¡Mamá! (Dirigiéndose hacia el interior). ¡Mamá!
1191. MARTA.—(Viniendo muy rápida del interior). ¿Qué pasa, por Dios?
1192. RAMIRO.—(Cogiendo a Marta por los brazos). ¡Mamá! ¡Mamá querida! ¡Mirame bien, por favor!
1193. MARTA.—(Sonriente y sorprendida). Eres mi hijo, lo estoy viendo. No has cambiado nada desde ayer.
1194. RAMIRO.—(Abrazando a Marta con fuerza). ¡Oh, mamá! ¡Mamá! (Hácela girar con él por el comedor, riendo feliz).
1195. MARTA.—(También riendo y con asombro creciente). ¿Pero te has vuelto loco?
1196. RAMIRO.—(Girando con Marta). ¡Sí, sí, sí ¡Y sí!
1197. MARTA.—(Riendo). ¿Me dirás lo que pasa?
1198. RAMIRO.—(Siempre girando con Marta). ¡Oh, mamá! ¡Soy feliz! ¡Feliz como nunca creí poder serlo por la misma! . . .
1199. MARTA.—(Con falsa reconversión) ¡Ramiro!
1200. RAMIRO.—(Deja de girar). ¡Un momento, señoras y señores! (Coge a Mar-

- ta por una mano y la ubica en un extremo de la mesa. Se desplaza y, entre alegre y serio, mira a Marta). Mamá...*
1201. MARTA.—(Con rara aprehensión). Sí...
1202. RAMIRO.—(Pausa). Acaban de comunicarme que gané la beca.
1203. MARTA.—(Desconcertada). ¿Beca?
1204. RAMIRO.—Claro. Para serte franco, había perdido un poco la esperanza. (Pausa). Estudiaré mi especialidad en Europa.
1205. MARTA.—¿Europa?
(Ramiro afirma).
1206. MARTA.—Pero eso está muy lejos...
1207. RAMIRO.—Oh, mamá. Ahora con los jets, las cartas...
1208. MARTA.—(Levantándose y con dolor a su pesar). Una carta no es un hijo en la casa, entrando y saliendo. Riendo, como tú. Aquí. A mi lado.
1209. RAMIRO.—Se trata de mi porvenir, mamá.
1210. MARTA.—(Pausa). Claro. Claro... Es que recién...
1211. RAMIRO.—¿Recién, qué?
1212. MARTA.—(Rechaza, abraza a Ramiro estrechamente). ¡Así me gustan mis hijos!...
1213. RAMIRO.—(Feliz). Lo sabía. Tenías que entender. Fíjate que...
1214. MARTA.—(Desprendiéndose del abrazo). Ya me contarás todo, tal como a mí me gusta que me cuenten las buenas noticias. Con calma. Porque ahora, señor becario, a poner la mesa... que si va a viajar tan lejos, tiene que comer mucho.
1215. RAMIRO.—¡Listo, mi señoral (Vase al "buffet", saca los cubiertos e individuales y empieza a colocarlos).
1216. MARTA.—(Yendo a la cocina). Y yo, la madre del señor becario, a servir los porotos granados.
1217. RAMIRO.—(En voz alta desde el corredor). Esperaba la noticia antes de finalizar el año, eh.
1218. MARTA.—(En la cocina, sirviendo). Y muy calladito que estabas, ¿no?
1219. RAMIRO.—(Desde el comedor). No quería adelantarle nada. De repente las cosas fallan y...
1220. MARTA.—(Desde la cocina). Es mejor estar seguro.
1221. RAMIRO.—(Desde el comedor). No sé. Es una tontería, pero...
1222. MARTA.—(Desde la cocina, rápida). ...hablar antes de que sucedan las cosas, es como echarlas a perder, ¿no es cierto?
1223. RAMIRO.—(Desde el comedor). Claro. Y hoy, cuando menos lo esperaba, al finalizar unas pruebas...
1224. MARTA.—¿Saliste bien, no?
1225. RAMIRO.—(Cómicamente suficiente). ¿Qué crees tú?
1226. MARTA.—(Que había avanzado hasta la puerta de cruce, vuelve a la cocina). ¿En qué consiste la beca?

1227. RAMIRO.—(*Terminando su labor*). Pasaje pagado completo. Plata para el bolsillo...
1228. MARTA.—(*Desde la cocina*). ¿Y adónde, Ramiro?
1229. RAMIRO.—(*En la puerta de cruce*). Francia... Alemania...
1230. MARTA.—(*Afanada en el horno de la cocina*). ¿Tú sabes hablar esos idiomas?
1231. RAMIRO.—Más o menos. Me las arreglaré.
1232. MARTA.—Ni que lo hubiera sospechado. Adivina que hay de segundo.
1233. RAMIRO.—Algunas de sus cosas, pues...
1234. MARTA.—(*Indicándole el horno*). ¡Pero, adivina, pues! Se está dorando.
1235. RAMIRO.—(*Husmeando*). A ver a ver... ¿Humitas con chicharrones?
1236. MARTA.—(*En tanto saca cuatro lebrillos de greda*). Caliente, caliente... (*Quemándose*). ¡Caliente!
1237. RAMIRO.—(*Enarbolando un cuchillo*). ¡Ah! (*Triunfante*) ¡Pastel de chocos!
1238. MARTA.—(*Riendo*) ¡Con medio pollo escondido, a pesar de lo caro! (*Pasándole dos tiestos*). Toma.
1239. RAMIRO.—(*Deteniéndose en la puerta de cruce*). Te voy a echar mucho de menos.
1240. MARTA.—(*Dominándose*). Nada de tristezas, eh. Durante un año soñaste con esa beca. La ganaste y te vas. (*Pausa. Con dificultad*). ¿Por cuánto tiempo?
1241. RAMIRO.—(*Cruza hacia el corredor y deja en la mesa los lebrillos. En voz baja*). Dos años.
1242. MARTA.—(*Desde la cocina*). ¿Ah?
1243. RAMIRO.—(*En voz más alta*). Dos años.
1244. MARTA.—(*Cáesele un plato que se rompe*). Dos años.
1245. RAMIRO.—(*Corre hacia la puerta de cruce*). Mamá...
1246. MARTA.—(*Con risa forzada en tanto recoge los pedazos*). Debo estar poniéndome vieja. (*Pásale otro lebrillo*). Toma. (*Ramiro va a colocarlo*). A la tarde, voy a salir a pavonearme por el barrio. ¿Habrás vino, Ramiro?
1247. RAMIRO.—(*Revisando el "buffet"*). A ver... (*Saca una garrafa*). No... Es decir, queda un poco.
1248. MARTA.—(*Cruza hacia el comedor y mira la garrafa*). Pero si no queda nada. ¿No te dará vergüenza ir a comprar vino ahora que te has ganado esa beca?
1249. RAMIRO.—¡Bahl! ¿Por qué? Con o sin beca sigo siendo quien soy, ¿no? Ramiro Sánchez Mardones, hijo de Ricardo y de Marta. Y punto.
1250. MARTA.—(*Con sobria ternura*). Hijo...
1251. RAMIRO.—(*Sonriente*). Hoy día el vino corre por mi cuenta. Prepárese, señora. (*Vase a la puerta de calle con la garrafa*).

1252. MARTA.— (*Mirando la mesa, para sí*). Cuatro cubiertos.
1253. RAMIRO.— (*Detenido*). ¿Qué tiene de raro?
1254. MARTA.— (*Rápida vase a la cocina*). Nada.
1255. RAMIRO.— (*Deja la garrafa en el suelo y va a la cocina*). ¿Pasa algo, mamá?
1256. MARTA.— (*Enfrentándolo*). Elvira se ha ido.
1257. RAMIRO.— ¿Irse? ¿Pero cómo irse? No entiendo.
1258. MARTA.— Irse, pues. Mandarse cambiar. Abandonar a don Antonio. Al niño.
1259. RAMIRO.— Sigo sin entender. ¿Cómo hacer una tontería así?
1260. MARTA.— Es difícil de entender. Pero yo me lo he explicado muy bien.
1261. RAMIRO.— Sí, claro; pero así tan de repente...
1262. MARTA.— Nada sucede de repente.
1263. RAMIRO.— ¿No era feliz, entonces?
1264. MARTA.— ¿Qué es la felicidad, Ramiro? Para cada persona es una cosa distinta. Por eso, para encontrarla, Elvira se ha ido. Tú también te vas, ¿no?
1265. RAMIRO.— Hum...
1266. MARTA.— Los hijos son para irse. ¿Entiendes ahora por qué los he querido así? Ustedes eran la razón de mis mermeladas. De los delantales. De mis regateos en la Feria. (*Con brusca transición*). El vino, don Ramiro, no corre por su cuenta sino por la mía. (*Pásale dinero*). Por Marta Mardones. Y rápido, eh. (*Con unción coge uno de los lebrillos y lo alza a la altura de sus ojos*). Aquí tienes mi regalo de viaje. (*Pone el lebrillo a la cabecera de la mesa*). Su lugar, don Ramiro. El hombre de mi casa. (*Ramiro ríe y se dirige a la puerta de calle*).
1267. MARTA.— Ramiro...
- (*Ramiro se detiene*).
1268. MARTA.— Gracias.
1269. RAMIRO.— ¿Gracias? ¿Por qué?...
1270. MARTA.— Por no preguntar nada.
- (*Ramiro sonríe y sale rápido. Al quedar sola, Marta sécase con rudeza una lágrima y cruza hacia la cocina. Abrese la puerta de calle y, lentamente, entra don Antonio, muy abatido. Déjase caer en una silla*).
1271. MARTA.— (*Viene de la cocina con otros platos*). Bah... (*Ubica los platos en la mesa*).
1272. DON ANTONIO.— (*Con profundo dolor*). Elvirita pasó a verme al trabajo. (*Llora silenciosamente*). Disculpe, señora Marta.
1273. MARTA.— ¡Oh, don Antonio! El mundo no se ha venido abajo cuando se tiene un hijo como el suyo.
1274. DON ANTONIO.— ¿Mío?

1275. MARTA.—(Con fuerza). Sí. Suyo, por el cariño. Va a seguir queriéndolo tanto que cuando sea grande va a parecerse solamente a usted.
1276. DON ANTONIO.—¿De veras?
1277. MARTA.—Le doy mi palabra.
1278. DON ANTONIO.—Pero... ¿por qué? ¿por qué?
1279. MARTA.—Usted quiere a Elvira, ¿no? (*Don Antonio afirma*). Escúcheme, entonces. Si Elvira se ha ido es para llegar a ser una mujer mejor de lo que era. Créame.
1280. DON ANTONIO.—¿Y el niño?
1281. MARTA.—Lo criamos, pues. Usted y yo. Para eso son los niños, ¿no? Para ser criados con amor. Para que crezcan con amor. Si después se enchuecan, eso ya es problema de ellos. (*Riendo*). Claro que no podré darle de mamar. Sería muy sospechoso, ¿no le parece? A mi edad y viuda, eh. (*Don Antonio termina por reír*). Así me gusta verlo. Ría mucho. Que después tenemos mucho de qué hablar.
1282. DON ANTONIO.—(Con risa en la que aflora un leve dolor). Esta señora Marta...
1283. MARTA.—Y a comer antes de que se enfríe. Un pastel de choclos frío es como una luna de miel sin miel. (*Don Antonio se sienta*). Ahora tenemos que pensar en el porvenir de este hijo-nieto. ¡Ah, estoy maliciando que nos va a desvelar muchas noches!
(*Don Antonio sonríe*).
1284. MARTA.—(Extiende su mano sobre la mesa y aprieta con afecto la mano de don Antonio). Elvira volverá. Estoy segura.
(*Entra Ramiro con una garrafa*).
1285. RAMIRO.—Listo, mi señora. (*Coloca la garrafa sobre la mesa*). Destápela... cuñado. (*Don Antonio mira azorado*). Sí, sí. Usted, don Antonio. (*Don Antonio no atina qué hacer. Marta se levanta y del "buffet" saca un destapador. Se lo pasa. Ramiro se dirige a la cocina*). Permiso, Marta Mardones. Voy a entrar en tus dominios. (*Marta ríe. Ramiro trae de la cocina tres vasos. Don Antonio ha destapado la garrafa. Marta le pasa un jarro y don Antonio lo llena de vino*). Perfecto. (*Sirve los vasos, pasando uno a Marta y otro a don Antonio. Alza el suyo*). Un momento, señores. (*Pausa*). Brindo por la familia más estupenda, presente y ausente... y a la cual tengo el honor de pertenecer. La familia de Marta Mardones. Salud.
(*Don Antonio alza su vaso, sonriente. Marta, conmovida, no atina a coger el suyo*).
1286. RAMIRO.—(Pasándose lo. Con honda ternura). Mamá...
- (*Oyese llorar a un niño*).
1287. MARTA.—(Levántase muy rápida). Un momento, digo yo ahora. (*Vase al*

interior. Vuelve casi inmediatamente). ¡Van a tener que brindar solos!
¡Este condenado acaba de "hacerse" otra vez!...

(Rien don Antonio y Ramiro. Marta vuélvese hacia el interior, riendo ahora vigorosamente como si empezara a recuperar su dicha. El telón comienza a bajar, pero se oye aún la risa de Marta Mardones).

FIN DE LA OBRA

UNA VOZ EN EL TIEMPO

Paris

publicado en "Grecia" de Suiza.

Un long cri dans la nuit de l'humanité
Les ondes de la pensée suprême illuminant partout
Le Brésil, l'Afrique, le Far West étirant leurs bras aux yeux
par dessus la mer chaude.

L'Équateur se rafraîchissant dans la Seine
Les yeux des vierges sauvages tout grands ouverts
La Liberté de New York s'envolant radicalement
avec les ailes de Samothrace.

L'arbre sacré des druides dans les Bois silencieux
La rue de Rivoli, Notre Dame toutes les coupoles

Le Periscope de France.

La place Blanche Montparnasse les piles esthètes
Le Sacré Cœur, le Moulin de la Gallette

Les boulevards d'Or, les rosiers Rouges Belleville la Pente

La foule des midinettes Mimi Pinson

La Motte Picquet Grenouille Métro L'Odéon

Quartier juif Paris ocimes Vins de Sion

Vieille boutique de Salomon

Longs baisers dans la rue douces chansons
Les madames fines qui donnent du miel aux singes
Les enfants jouant dans la grande place et

les jets d'eau les badauds et les nounous

Dans la rue calme le petit bar de Sapho

Le mois de Mai chantant dans nos fenêtres

L'allée des Acacias les grandes cocottes

Symphonies des perles et des dentelles

Sainte Geneviève Jeanne D'Arc Clemenceau

Athila cloué dans la Muraille

Voilà Paris.

Jacques Edwards

Ocho poemas manuscritos

en el Archivo del Escritor
de la Biblioteca Nacional

AMAR.

*Alguien ha dicho el verso que yo debí decirte,
en otro corazón se apretó mi deseo,
la vida de otros hombres en mi vida revive
como un licor antiguo sobre unos labios nuevos.*

*Amo y Amor es éste que otros en sí tuvieron
bordado en oros duros, tatuado en surcos firmes.
Amor que es siempre el mismo como es el mismo cielo
el de las albas rojas y el de las tardes grises.*

*El recuerdo que escondo, la palabra que dije,
venían hacia mi alma desde el fondo del tiempo
y al tenderles mis redes ásperas y terribles
encantadas quedaron en palabra y recuerdo.*

*Pues exprimo las uvas de un oculto viñedo.
Dulces son tus racimos viñador invisible!
y en el cielo profundo de medianoche veo
escritas las palabras que no puedan decirse.*

*Amor, estoy alegre porque otros te tuvieron
estoy alegre Amor, y ebrio, y alegre y triste.
¡Por ti duerme en mi alma tantos remotos sueños
que en tantas almas nuevas volverán a dormirse!*

(Abril, 4 de 1922).

HOMBRE

*No seas como el árbol primifloro
que después de dar hojas y morir se
comienza a florecer...*

*La vida tuya
sea como la tierra ensangrecida,
germinadora y buena.*

*Todo paso
de otoños ha de ser como una ruta
que te alumbre de sol las yemas nuevas.
Después arder... hundirse en el espasmo
de florecer y florecer...*

*Más tarde
la Primavera pasará cantando...*

LA ANGUSTIA

*Vaquera, los caminos se han llenado de flores
y tus pies se deshacen de cansancio. ¿Por qué?*

*El mal de qué raigambres mojó tu primavera
que ayer era de rosas y antes era de miel?*

*Y, ¡oh silencio — silencio, es que tú, campesina,
te morirás también!...*

CON LOS BRAZOS ABIERTOS

*Mi juventud, buey lento, rumia tu recordancia
como si en otro plano te hubiera conocido.
Yo no sé tu recuerdo, yo no sé tu fragancia
y te busco en la sombra como un niño perdido.*

*Porque me desperté cuando tú ya no eras
cuando el cielo o la tierra te habían encubierto.
Pero sabré encontrarte cuando la Primavera
haga lumbre los brotes de los rosales muertos.*

*Sabré. Sabré encontrarte porque mi vida estira
los brazos que te esperan desde yo no sé cuándo
y ojalá que Dios quiera perdonar la mentira
de seguirte esperando...*

EL AMOR PERDIDO

*Mis deseos se van tras de la amada
en cauces apacibles o violentos
y se sacuden bajo su mirada
como las arboledas bajo el viento*

*Mis ojos tiemblan en la tarde oscura
adivinándola por los senderos;
ya no saben mirar hacia la altura,
que ven sobre la tierra los luceros.
Mi boca busca la palabra pura
que cubrirá mi corazón desnudo
cuando quiera dar toda la dulzura
que antes quiso entregar, pero no pudo.*

*Mis pies quieren seguir la senda suya
porque la senda suya sea mía,
porque concluya donde yo concluya
y sea mi alegría su alegría.*

*La mano suya emblandeció la roca
y arrancó del zarzal todas las púas.
Mis manos van tocando lo que toca
por ver si en mi su ser se continúa.*

*Ya no naufragará bajo tus ojos
mi corazón como una barca pobre,
te pesará mi amor sobre los hombros,
y tu garganta esconderá mi nombre.*

*Mis pasos hallarán sendas dolientes,
extinguirán mis ojos las estrellas,
y horadando la noche en que me encuentre
arderán tus placeres en mi pena.*

*Mis manos cogerán flores y frutos,
—aunque los cojan estarán vacíos—
amarán los racimos más oscuros,
degravarán las últimas espigas.*

*Y serán los balcones extranjeros,
tu voz lejana y tu mirada siempre;*

*la lámpara encendida del recuerdo
alumbrando las manos en la frente.*

*Déjame amarte más en esta hora
Amame ahora para no pensarlo.
En el jardín que morirá en la sombra
deja que el surtidor siga cantando.*

ELEGIA DE UN POBRE GRILLITO QUE MATARON MIS PIES

*Y bajo el pie asesino curvó el blando
pechito de quitina milagrosa.
... Llegó el dolor ... llegó el dolor ... quién sabe
cómo fue aquella crisis dolorosa.*

*Se sacudió la tierra como un seno
que rechazara un arañón tremendo
y así sufrió mi corazón de bueno
aquel dolor que no estaba sintiendo.*

*Todo siguió lo mismo, el monte, el río,
el olor rudo de las sementeras,
pero sentí la huida de algo mío
como cuando se va la primavera ...*

*Ya no dirá su canción primitiva
—cascabel pleno— rosa de alegría—
y entre los labios de mi boca viva
el grito crudo se torna elegía ...*

COMO EN LA NOCHE...

*Como en la noche el pueblo duerme benditamente
y no existen carruajes, ni almacenes, ni gentes,*

*marcha el hombre en la noche con la cabeza al viento,
agilizado el cuerpo de carne y sentimiento,*

*se imagina colgar de las estrellas. Piensa
que si el cielo nocturno fuera una copa inmensa*

*y su alma como un fruto se exprimiera sobre ella
y aquel jugo de su alma lavara las estrellas*

*la alegría del cielo sería su alegría
entre las astroledas su cantar quedaría*

*y como el agua de un surtidor imaginario
su sangre mojaría los jardines lunarios.*

*El hombre que camina grita incesantemente.
El hombre que camina debe ser un demente.*

*Sonámbulo o borracho déjalo que camine
tropezando en las piedras o pisando jardines.*

*Que cruzando una calle se olvidará del cielo
y quedará clavado como un árbol al suelo.*

*Mariposa sin alas, clavicordio sin notas,
se encorvará su espíritu como una cuerda rota,*

*y oyendo en las estrellas la voz que no lo nombra
el hombre que camina sollozará en la sombra.*

LAUS DEO

*Mis pies quieren seguir la senda suya,
porque la senda suya sea mía,
porque concluya donde yo concluya,
y sea mi alegría su alegría.*

*Mis manos van tocando lo que toca,
por ver si en mi su ser se continúa,
la mano suya emblandeció la roca
y arrancó del zarzal todas las púas*

*Mi boca busca la palabra pura
que cubrirá mi corazón desnudo
cuando quiera dar toda la dulzura
que antes quiso entregar, pero no pudo.*

*Alabo a Dios por esto y por aquello.
Porque clavando en ella mi deseo
en ella resumió todo lo bello,*

*por el dolor de aquel amor perdido,
porque por ella en mis jardines veo
florecer un rosal ya florecido.*

*Porque el amor que tengo me ilumina,
porque en ella creí y en ella creo,
y ella sabrá aquietar mi sed divina
uniendo a mi deseo su deseo,
mi corazón por mi garganta trina:*

LAUS DEO

LAUS DEO

DOCUMENTOS PARA CONOCER

Epistolario de Gabriela Mistral

Iniciamos la publicación del Epistolario asequible de Gabriela Mistral para contribuir al conocimiento de las preocupaciones que la movieron en los distintos momentos de la vida. Pueden tener las cartas mayor o menor interés, pero configuran el panorama de su existencia y son testimonio de sus amistades y preocupaciones.

La figura de don Pedro Aguirre Cerda está vinculada estrechamente con el destino de Gabriela. No en vano, a él y a su esposa, les dedica su primer libro "Desolación". Conoció al que sería Presidente de Chile en Los Andes y el hecho de que él también fuera profesor y hombre de la tierra, significará para Gabriela, una identificación afectiva, aunque no con la totalidad de sus ideas. A él, le deberá su primera designación como Directora en el Liceo de Niñas de Punta Arenas, que ha de firmar como Ministro de Educación. También intervendrá en los restantes nombramientos directivos y docentes. Una amistad que se prolongará hasta la muerte del Mandatario y prueba de que las fidelidades ganadas a Gabriela serán perdurables.

Comprende este epistolario, alguna carta del período de Los Andes. La mayoría son posteriores a 1920 y abarcan hasta el año 1936. Gabriela, muchas veces, acostumbraba a no fechar sus cartas, por lo que se hace difícil, si no hay puntos concretos de referencias, datarlas. Se han omitido las enviadas desde Punta Arenas (1918-1920) por haber sido incorporadas a otra publicación.

CARTAS A PEDRO AGUIRRE CERDA

Señor
don Pedro Aguirre Cerda.
Santiago.

Distinguido diputado:

Mi jefe puso en mi conocimiento las gestiones hechas por usted ante el Ministro de Instrucción en mi favor, con motivo de la vacancia del Liceo de Rancagua. Dióme con ello un motivo de satisfacción, y aún puedo decirle de orgullo, muy grande. Es grato ver que una mano se tiende desde lejos hacia nosotros, pero si ella es la de un hombre de su casta, el reconocimiento y la alegría pueden volverse legítimamente soberbia...

Hace ocho días me ofreció el Ministro las clases de Castellano que dejó la señorita Donoso en el liceo 2. Le contesté rehusando. El sueldo es inferior al que tengo aquí y las exigencias materiales son mucho mayores en Santiago.

A diversas personas (doña Sara del Campo, doña Dora Alcalde y doña Delia Matte) ha prometido el señor Iñiguez mi ascenso, pero na ha señalado con precisión a dónde quiere mandarme. Alguien me dice que se ha pensado en mandarme a Arica. La señora Brandau, directora del Liceo de Iquique, irá a Concepción. ¿Por qué no me dan Iquique? ¿Podría usted señor Aguirre, hablar en este sentido al Ministro?

Me limito a insinuarle respetuosamente esta gestión. Nada exijo. Lo que usted ha hecho por una desconocida es ya bastante.

Lo saluda reiterándole su conmovida gratitud.

LUCILA GODOY

LUCILA GODOY saluda muy respetuosamente al señor don Pedro Aguirre Cerda y le acusa recibo de sus bondadosas líneas en que agradece otras de la infrascrita sobre él. Ni remotamente he pensado en juzgar, con criterio de sufraguista, su labor. Soy muy mujer, pero esto mismo es ser lo bastante humana para seguir con cariño la obra del que se interesa en el bienestar de los humildes y en la educación nacional toda esta democracia genuina. Por otra parte, usted, es un orgullo para el magisterio.

No hay pues qué agradecer.

LICEO DE NIÑAS
LOS ANDES

Temuco, 1º de junio de 1920.

Señor

Dn. Pedro Aguirre Cerda.

Santiago.

Respetado señor Aguirre:

Lamenté que en su gira al sur no alcanzara hasta nuestro pueblo.

Quiero contarle algo sobre mi estada en ésta. La ciudad es como tantas del país, infinitamente inferior a P. Arenas en sentido de calidad de población, de nivel de cultura, etc. Pero hay, por eso mismo "una más aguda invitación a la siembra de ideales".

Lo más doloroso es la división, el estado de guerrilla, que el retiro de mi antecesora dejó aquí, en el personal y en el pueblo. El personal tardará mucho en educar, en alcanzar el sentido espiritual del oficio por esta razón. He sido y seguiré siendo imparcial, aunque me he convencido de que el bando (4 profesores) que acusó a mi antecesora es el menos sano. Como toda guerra, adquirió las malas armas de la enemiga...

Tengo que pedirle un favor: su recomendación ante su correligionario el Sr. Bahamonde, jefe de Sec. del Ministerio. Mi nombramiento parece que no fue grato, por haber perjudicado a la Srta. Aránguiz, a quien apoya, y no he podido obtener que atienda ningún asunto del Liceo. ¡Y cómo desalienta palpar cada día más en ese Ministerio que la simpatía personal y cierto sistema monárquico de adulación lo obtiene allí todo y que la razón a secas no logra nada!

Perdóneme, estas digresiones suelen ser necesarias...

Un saludo lleno de afecto para Ud. y los suyos, y mi recuerdo agradecido.

LUCILA GODOY

Señor

Dn. Pedro Aguirre Cerda.

Mi respetado señor:

Estimo conveniente comunicarle un camino nuevo que se abre en el Ministerio para solucionar la cuestión del liceo 6.

La Srta. F. Ramírez, Subdirectora del Liceo de Aplicación parece que obtendrá la Dirección de la Normal N° 1; cuenta con todo el apoyo de D. Darío Salas y tiene la palabra del Ministerio de que la nombrará si va en terna.

Si el Sr. Montebruno aceptase a la Sra. Dey o si ésta optara por una transacción, el Ministro nombraría a la Sra. Dey, pues así lo ha manifestado.

Quiera Ud., siempre bondadoso, excusar estas líneas sanamente inspiradas.

Mi respetuoso saludo para Ud. y los suyos.

LUCILA GODOY

P. D. Pasé a saludar a la Sra. Juanita y no tuve el gusto de encontrarla.

Stgo., 24 de abril 1921.

•

LICEO DE NIÑAS

Temuco, 21 de julio de 1920.

Mi noble amigo:

Me han hecho dudar de esos poemas en prosa escritos con intención alta.

Me han dicho que son crudos. Le ruego leerlos y darme su opinión desnuda, en la que descansaré en absoluto.

Para Ud. y su señora el afecto de:

GABRIELA MISTRAL

•

Señor

don Pedro Aguirre Cerda.

Santiago.

Mi distinguido señor y amigo:

Dos líneas para saludarlo y para pedirle no me olvide en una combinación de la que he tenido noticia. Me dicen que, por ascenso de la señora Labarca Hubertson a la Visitación, irá la directora del Liceo de Rancagua al 5, o, en su defecto, otra directora del centro. LE PIDO OBTENGA MI TRASLADO A ALGUN PUESTO QUE YO SEA CAPAZ DE DESEMPEÑAR y que no sea un pueblo de clima extremo ni lejos de Santiago. Tengo la convicción de que don Ricardo Valdés será senador por Cautín y, a no haber vacante propicia de aquí a marzo, tendría que aceptar lo que ofrecen de la Argentina.

Con mala suerte, pasé por su casa, a agradecer su visita a su señora y a contar a Ud. algunas cosas de interés del Ministerio: no los encontré.

Un respetuoso y cariñoso saludo de su servidora muy obligada.

LUCILA GODOY

20 septiembre. Temuco.

Señor

Dn. Pedro Aguirre Cerda.

Mi respetado y querido señor Aguirre:

Preséntole mis agradecimientos por los informes generosos que de mí dio al Sr. Ministro de Inst. y que formaron su criterio respecto del nombramiento que acaba de hacer.

Agradezco así mismo, a su noble esposa su simpatía y sus palabras en mi favor.

He leído con la satisfacción más viva y con el interés inmenso que tengo para su alta labor legislativa, su nota o circular en favor de la mujer que trabaja. En cuanto tenga paz, escribiré sobre ella y hallará Ud. en mi artículo mi deseo sincero de comprenderlo, de poner mi pequeña alma a la altura de su poderoso espíritu: de pagarle con sentimiento lo que no puedo pagarle con actos.

Por mi voz hablan muchas mujeres de clase media y del pueblo, para aplaudirlo y decirle su adhesión.

A Ud. y a su compañera saluda con respetuoso afecto.

LUCILA GODOY

Stgo., 16 de mayo de 1921.

AV. FRANCIA 1159.

P. D. Pasa al Liceo 6, la Prof. de Matem. que elimina del 5 la Sra. de Labarca. No la conozco; he aceptado proponerla por la paz de su colegio, el 5.

Señor

don Pedro Aguirre Cerda.

Presente.

Distinguido señor:

He estado todo este tiempo por ir a saludar a usted y a su señora; pero he tenido enfermos y trabajo extraordinario. Además, siempre estoy pensando en que no hay derecho a quitarle una hora de su tiempo, que es para las cosas grandes que lo solicitan.

Tengo que molestarlo por la milésima vez, por un asunto muy justo y que le hago llegar solamente en mérito de esta justicia.

La maestra primaria señora Magdalena Fuenzalida de Zúñiga, normalista con diez años de servicios, pide su ascenso de ayudante de escuela superior a directora de la escuela elemental N^o 95.

Cuenta con el Consejo, pero no está segura del Director, señor Salas. Se trata de una maestra muy trabajadora y culta. Es la esposa del pintor señor Julio Zúñiga, amigo de varios años, a quien apreció mucho y que nunca ha movido influencias políticas (es director del partido liberal aliancista) en favor de su compañera.

La señora Fuenzalida estima que unas cuantas palabras de usted decidirían al señor Salas. Me consta que no hay candidatas con méritos mayores y que se hace una injusticia si se las prefiere.

Ojalá, señor, le sea posible oír una vez más una petición y DISCULPEME.

Quiero pedirle a su señora se digne hacerme copiar algo que necesito para un artículo de diario: un proyecto suyo o un artículo, no sé a ciencia cierta, sobre colonias agrícolas y sobre la enseñanza de la agricultura en las escuelas. Dará la base de mi comentario sobre este asunto, que me interesa mucho.

En este mes se ha estado imprimiendo en EE. UU. mi libro que solicitaron los profesores de castellano de aquel país y que yo me permití dedicar a usted y a su esposa. Creo que llegará en junio e irá a ustedes el primer ejemplar.

Les desea bienestar y les saluda respetuosamente, su obligada servidora.

LUCILA GODOY

Santiago, 10 de mayo de 1922.

Señor

Senador don Pedro Aguirre Cerda.

Cámara de Senadores.

Santiago de Chile.

Honorable Senador y Amigo:

Le envío un saludo respetuoso y cordial desde esta tierra mexicana, y quiero conversarle de un asunto que me interesa, a pesar de ser político. Usted sabe que mujer ajena al mundo de ustedes he sido yo en mi país. Pero se sale

de él y cambian los puntos de vista de muchas cosas, y pasan a interesar cosas que no interesaron allí, y se desea comunicar lo que se ve y se oye y que interesa a Chile, a los hombres representativos suyos, para que lo conozcan, lo consideren y decidan.

Todos los diarios de México publican la noticia de que al próximo Congreso Panamericano que se celebrará en Santiago de Chile no será invitado México, porque nuestro país está moralmente, dicen algunos, económicamente dicen otros, dominado por Estados Unidos. Esta noticia choca con otra, la de que don Agustín Edwards ha declarado que la Liga de las Naciones y él muy especialmente, como latinoamericano, verían con agrado sumo el ingreso de México en la Liga.

Tendría que escribirle muy largamente para revelar a usted, señor, en toda su magnitud, la injusticia que significaría este acto de esa Cancillería nuestra hacia México. Se trata de un país donde se respira la unión latinoamericana, de una nación donde se ha declarado constitucionalmente que ningún hispanoamericano será considerado extranjero para los efectos de puestos públicos y de iniciativas diversas; de un país donde no se limitan a colmar de elogios líricos y de torpes adulos a los viajeros representativos de la América del Sur, sino que se hacen cargo de su vida, le allanan todo en sentido económico y le rodean de cuantas consideraciones es dable dar. Ese es el caso reciente de Soro, los gastos de cuyos conciertos, orquestas enormes, teatro, etc., corrieron de cuenta de la Secretaría de Educación, y es el mío. Yo no sé cómo expresar mi agradecimiento hacia un país que me ha cogido como a una criatura de su raza y en ningún momento me ha hecho sentir la nostalgia de los míos.

Ahora tenemos un Canciller aristócrata. Más hubiese esperado yo de Barros Jarpa. Temo que sienta hacia el gran México democrático recelo. Por otra parte, el Ministro de México en Santiago es hombre un poco vividor, dejado. El anterior, González Martínez, no habría permitido nunca para su país este desaire inmenso. Así, pues, es necesario que no caiga sobre Chile esta vergüenza, y que no la dé la patria a los que estamos aquí y que nos enrojeceríamos de ella.

Manuel Ugarte, en su reciente y admirable libro sobre Estados Unidos y los pueblos hispanoamericanos, dice que el único país de Sudamérica que, fuera de la Argentina, no tiene encima la bota yankee, el único totalmente digno es Chile. Yo he leído ese elogio con profunda complacencia. La exclusión de México de este Congreso significaría la declaración de la servidumbre norteamericana.

Lo que yo quiero pedirle es que, en el caso que la injusticia se consume, haya siquiera una voz que proteste en la Cámara de esto, pero que se haga después de haber tentado en vano la invitación a México.

Yo no entiendo de esos senderos tortuosos que las diplomacias, esa cosa repulsiva en nuestras democracias que deberían ser abiertas y de acción trans-

parente ante los pueblos, pero lo que sé es que hay actos que no se puede lavar un pueblo con ninguna excusa diplomática, y el acto a que aludo es de éstos.

En Chile se cree que este México es una caricatura de la civilización, una especie de ensalada de revoluciones y de minas de petróleo. México es con la Argentina el pueblo más culto de nuestra América, de una riqueza estupenda con una raza muy bien dotada y fatalizado por esta proximidad a los yankees que viven sembrando la reyerta y manteniendo la inquietud en el país; comprendo a la mala gente que hay en todas partes, desprestigiando a los Gobiernos, en el propio país, con su prensa pagada, y en el extranjero.

En poco más podrá usted conocer en Santiago a un hombre del México moderno, el Ministro Vasconcelos. Su solo trato revelará totalmente a la raza.

Perdone esta carta dilatadísima, y tenga todavía paciencia para leerse la copia adjunta de un editorial de periódico mexicano.

Quiera usted oír a su compatriota que nunca ha mentido, y que haga cuanto sea posible, todo lo que sea posible, porque no se verifique una indignidad.

Accepten Ud. y señora mi mejor recuerdo.

GABRIELA MISTRAL

Dirección: México. Mixcoac. Avenida Oaxaca 77.

3 de octubre de 1922.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

Santiago de Chile

Mi respetado y querido amigo:

Le escribo por dos cosas: para mandarle por paquete postal mi Libro, el que he dedicado a usted y a su compañera, y para pedirle no sé si el último servicio, pero de todas maneras el centésimo.

La comisión que me dio el Gobierno, autorizando mi viaje, es INDEFINIDA, pero yo dije en el Ministerio que volvería en marzo o abril. No puedo volver en esa fecha.

Por gratitud hacia este Gobierno, me he salido un poco del marco de trabajo que me había impuesto: escribir versos y prosa escolar para los cantos de las escuelas mexicanas y para un Libro de Lectura de la escuela que lleva mi nombre. Voy a hacer algo más: a ayudar al Ministro Vasconcelos en la organización de las escuelas de indígenas, a raíz de un congreso de los maestros mi-

sioneros que me tocó presidir y cuya labor me interesó profundamente. Aparte de eso, debo responder a una invitación muy honrosa y tierna que me han hecho los maestros de Costa Rica para visitar el país por cuenta del Gobierno y de ellos. Tengo, además, el compromiso de ir a Nueva York a dar alguna conferencia sobre Chile y México a los maestros de español que han publicado mi libro, en el Instituto Real de las Españas. Calculo para toda esta labor dos años.

A otros profesores, entre ellos a don Enrique Molina, se le han dado comisiones más largas. Yo no he solicitado de mi Gobierno viajes ni cosas extraordinarias, y por esto tengo ánimo de pedir ahora.

Se ha dicho que yo no vuelvo a Chile. No es efectivo, señor, yo comprendo que tengo el deber de servir a Chile; pero tengo la certidumbre de que le sirvo tanto o más, fuera que dentro del país. No hay una nación sudamericana que haga menos por su propaganda en el exterior. No le importa, o cree que esta propaganda sólo pueden hacerla los Ministros plenipotenciarios y los Cónsules, que hacen vida fácil y no divulgan jamás las cosas del país. Yo creo que puedo hacer lo que ellos no han hecho, por los dos medios únicos de propaganda efectiva: las escuelas y la prensa. Así, pues, mi conciencia me dice que yo no falto en Chile con permanecer lejos algunos años.

Mantengo yo mi sueldo de directora —no de profesora. Destino lo que recibo a la mesada de mi madre. En estas mismas condiciones se han mantenido en el extranjero a muchas personas. Pero si, por aquella falta mía de título con la que se me niega o se me han querido negar la sal y el agua, se considera que debe suspenderse esta asignación, acepto perderla.

Si no se acepta mi ausencia de dos años, yo me veré en la obligación de renunciar. Debo demasiado a México para irme sin dejarle un trabajo digno de su generosidad para mí.

Si se me niega la prórroga de la comisión, yo le ruego, señor Aguirre, que vea usted modo de que me jubilen con dieciocho cuarentavos de mi sueldo, a fin de que no pierda yo mis 18 años de servicios. Como no jubilaría por imposibilidad física, talvez este asunto es difícil, porque corresponde al Congreso conocer de él.

Se ha murmurado de mí en el sentido de que, por conveniencias de dinero, yo me alquilo a un gobierno bolchevique. Si de "lograr, de medrar", se tratara, habría aceptado el ofrecimiento del Presidente Obregón de ir a Europa por cuenta de su Gobierno a hacer propaganda mexicana, en condiciones espléndidas de sueldo. Me ha parecido feo aceptar este regalo de un país que nada me debe, y en carta reciente digo a este mandatario que procuraré, antes de aceptar esto, hacer alguna labor efectiva y durable, que me haga merecer la gracia.

En cuanto al bolcheviquismo del país se trata sencillamente de una maldad.

El gobierno es de un tipo parecido al socialista francés, en algunos estados solamente.

México no es una nación tranquila. Yo no me quedaría aquí si mi gobierno me dejara fuera; iré a la Argentina o a otra parte; pero serviría a México todo el tiempo que estuviese en paz, porque se trata de una nación que quiero y estimo y a la cual debo mucho en la formación de mi cultura artística. Por otra parte, no sólo ahora que trabajo con Vasconcelos soy hispanoamericanista; lo soy desde hace años y no siento extraño ningún país de mi lengua.

Respecto a la situación de mi colegio, se debería dejar a la reemplazante que quedó en mi lugar, persona llena de méritos morales, justiciera, ecuaníme, sensata y sumamente laboriosa. Se la ha querido ascender a Directora del Liceo de Traiguén y llevar a la Inspección General del 6 a aquella célebre señorita Aránguiz que lleva tres o cuatro Liceos recorridos azarosamente... Me arruinan el Liceo 6, que trabaja en completa paz. También se ha propuesto una permuta a la señorita Carmela Orellana, profesora de Matemáticas, quien no aceptó por no conocer mi voluntad. Yo no puedo sacrificarla a mis intereses; le digo en carta de hoy que si aún se mantiene esa situación acepte la permuta, aunque comprendo que la señorita Aránguiz llegará al 6, no a ser una tranquila profesora de matemáticas, sino a socavar el terreno a la Directora suplente. Me resigno, sin embargo, porque sé que toda la vida se hará política con los Liceos de Niñas y recuerdo que yo no tengo influencias de esta índole que oponer.

Si se coloca en mi ausencia en el Liceo como jefe a una persona extraña y dañina, comprenderé que se me señala un camino: el de no regresar...

Entrego a usted mi situación futura, por completo, señor Aguirre. He pedido a mi amigo Eduardo Barrios converse con usted sobre mi caso, le exponga otras razones más y me transmita por cable lo que usted disponga. Quiera serme una vez más guía y el único protector de mi carrera, mi UNICO AMIGO PROFESOR, ENTRE EL GREMIO ENEMIGO MIO POR EXCELENCIA.

Por paquete separado va también una revista francesa, donde hallará usted unas líneas mías sobre don A. Quezada Acharán. Le ruego se las envía con mi saludo.

En cuanto a mi libro, perdone su parte personalísima y mundana, en mérito de los trozos educativos que van en él. No he tenido nada mejor que ofrecerle, como expresión de mi gratitud honda, fuerte y perdurable.

A usted y a su señora saluda con respeto y cariño muy leales, su servidora y amiga,

LUCILA GODOY

México, San Angel, D. F. 1º de enero de 1923.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

Santiago

Mi distinguido y querido amigo:

Saludo a Ud. y a la señora, recordándolos en su campo verde, donde la vida se siente buena. Su servidora ha vuelto a pasar unos días con su viejecita, bajo la nube triste y perenne de esta ciudad que casi es Bélgica...

La señorita Corbat me escribe, comunicándome que usted le ha telefonado sobre el asunto de mi jubilación. Me deja asombrada su solicitud generosa para mí, que muy poco merezco ¿no es verdad, don Pedro? Pero dicen que los buenos castigan con la generosidad y, usted está haciendo conmigo eso...

Va hoy la solicitud, que le llevará la señorita Corbat. Sobre ella, quiero decirle algunas cosas.

Antes de que nada llegase, y aun antes de que yo supiera que usted volvía, escribí a don Beltrán Mathieu sobre estas cosas: consulta sobre si debía ir o no a Francia. (Le consulto, como a usted, mis asuntos graves). Consulta sobre si podía, decorosamente, a su juicio, ir allá con comisión argentina, pues no pensaba que Relaciones me diera lo necesario. Petición para el caso de que esto último fuera rechazado por él, de que se rectificara mi jubilación, dejándome a lo menos 1.500 pesos mensuales. El mandó un largo cablegrama a Barros Jarpa —no sé si también a don Luis Barros sobre esto último. Le contestaron que estaba concedida la totalidad de su petición en mi favor.

Como esto no es verdad, yo no he podido contestar a don Beltrán su cable, y le dejo una carta explicatoria. Barros Jarpa me concedió con excelente voluntad, pasajes y además cinco mil pesos, prometiéndome algo para el año próximo. No era eso lo que yo quería, pero nada le dije de mi verdadero deseo, porque es para mí profundamente desagradable pedir a las personas con quienes no tengo cabal confianza.

Creo difícil, don Pedro, que puedan hacerme examen médico antes de mi viaje a fines de diciembre (el 20). Por esta razón, y para dar a la solicitud alguna justificación, voy a añadir a la solicitud uno o dos de los certificados médicos de Europa en que se me prohíbe vivir en la altura de Santiago. Puede ser que de algo sirvan. Marco, además, la circunstancia de que hago este viaje por orden de Relaciones, para lo cual adjunto unas cartas del Ministro Matte.

Yo no sé cómo agradecerle a usted dignamente el que (como si no hubiese hecho ya demasiado por mí) cargue todavía con mi última gestión ante el Gobierno de Chile. Dios le ayude; el asunto es muy difícil. Si sale bien, ya tendría yo asegurada una vejez tranquila. Y cuando le digo tranquila, don Pedro, no le digo perezosa, digo, sobre todo, independiente. Sin una relativa independencia económica, no es posible decir la verdad en ninguna tierra, y sin la verdad no se sirve ni a Dios ni a las criaturas.

Ahora le explico (porque es indispensable) el por qué no voy solamente con el sueldo francés en este viaje. Mi empleo es de una enorme labor, sobre todo múltiple, que no podré realizar sola. Quiero llamar a París a ayudarme en la parte bibliográfica, en la que no soy una técnica, al crítico español Diez Caneado. La parte netamente francesa pienso darla a Marcelle Auclair; la hispanoamericana a la secretaria que llevo, señorita Guillén de la Universidad de México. Yo me he dejado tres cosas que bastan para un trabajo fuerte: literatura infantil de todas partes, literatura femenina, formación del sentido pacifista en los niños. Así, pues, yo cuento repartir los cuatro mil francos mensuales que a mí me dan entre mis auxiliares y atenerme para mis gastos únicamente a mi sueldo de aquí. No es, pues, codicia, es decoro de hacer un trabajo estimable, digno de la Liga.

Ahora nuestro asunto: yo acudiré al llamado de usted de trabajar en Chile, después de dos años, sin otra exigencia que ésta: la de que me den aquí una Normal rural o una escuela Granja, sin programas impuestos por profesores de ideas opuestas a las mías. He perdido mi vida haciendo clases conforme a los planes oficiales, en los que no entra para nada ni un alto idealismo ni un practicismo salvador de este pueblo pobre. Para servir esos empleos no pediría sueldo alguno fuera de mi jubilación, sino la dirección moral de la obra, concedida ampliamente, es decir, con confianza en mí. No me interesa el trabajo en las ciudades, sino en el campo de Chile.

Y esto, don Pedro, no es nacionalismo, es una especie de amor universal de lo rural, que hay en mí y que es lo único que me siento vivo y en pie...

No le mandé a los maestros comunistas, pero les he escrito para que lo busquen. Es difícil entenderse con ellos, y sin embargo, es de urgencia vital enrielarlos.

Le mando, para la señora, un libro mío, que no sé si ella tiene.

Para cualquier asunto futuro, don Pedro escribirme al Consulado General de Chile o a la Legación de México, en París. Y no olvidar que sus palabras (aunque me dé el lujo de discutir las en su presencia, nunca en su ausencia) me llevarán fuerza moral, la que emana de usted, bondad, y un poco de la comprensión de los míos, que nunca he recibido sino de un puñado de chilenos. Indíqueme las cosas que le parezcan útiles en Francia y Bélgica, para verlas y escribir sobre ellas al MERCURIO. Llevo la corresponsalia de éste, y con ello me haré un pequeño sueldo para mi mamá que queda aquí. Yo necesito mucho de guía y consejo frecuente, sólo que los recibo de pocos; los pido y los acepto a aquellos que son buenos y de limpia intención.

Un abrazo para la señora; para usted mis votos porque trabaje en su nueva era con paz y con éxito grande. Y todo mi agradecimiento. Su vieja amiga y servidora,

La Serena, 7 de diciembre de 1925.

LUCILA G.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

Santiago - Chile

Mi respetado y querido amigo:

Le saludo y le recuerdo, desde esta llanura de la Umbria, parecida a nuestro campo chileno, y le pido dar ese mismo saludo a la señora Juanita.

En Nueva York, les recordamos con el señor Inman. Me habló de su casa como de las cosas más gratas que conoció en Chile, y de usted como la esperanza más fuerte que él y otros tienen para la seriedad de la vida política y nacional nuestra en el futuro. Fue de mis mejores amigos de aquella horrible y maravillosa ciudad, y me he sumado a los que con él trabajan en su periódico.

Yo le deseo un paréntesis de esta paz que yo tengo ahora, y se las deseo, porque lo miro moverse dentro del torbellino político fatalmente, es decir, sin remedio, y yo querría que estuviese usted con sus fuerzas espirituales frescas para la lucha próxima. La miramos con mucha ansiedad los que estamos lejos, y los que le conocemos, sin esfuerzo, miramos hacia usted naturalmente, como mirarían todos, si le hubieran visto vivir en su trascendencia de honestidad y de civismo vivo.

Espero volver a Chile a principios del año próximo; comprendo que el gobierno me ha esperado bastante, reservándose el empleo, y no debo ser más gravosa. Con mi familia, y con un puñado muy pequeño, de amigos, usted, don Pedro, me hará volver, cuando he vacilado entre quedarme en otras tierras de vida más fácil para mí y donde podía trabajar en lo que me es más grato, pensaba siempre en aquella comisión, por usted pedida, y que a usted debo, y la honradez me hacía siempre optar por el regreso. Pero tal vez llegue, pidiéndole alguna modificación en mi servicio, porque la altura de México, de la cual no recelaba, porque me daba suavidad de clima, me ha dejado malo el corazón, muy débil, y tres médicos de Nueva York, me dieron la prescripción seria de vivir en la altura mínima "para durar", cosa ésta que a mí me importa poco pero, que a mi mamá le importa demasiado... Necesito conversarle con alguna extensión, de dos asuntos muy míos por el interés, y le pido su noble paciencia nuevamente para oírme.

En nuestra tierra, los escritores, don Pedro, viven como en ninguna tierra de la América; parece que se busca el que no escriban, el que se gasten en esa cosa inferior, que es el periodismo, o en el infeliz empleo público, que apenas les da — que no les da muchas veces, como yo lo he visto, para vestirse, y alimentar a su gente. En todas partes, el escritor conocido, con reputación hecha tiene decoro para la vida material y consideración social muy grande. No es sólo el caso notable de México, es el de Colombia, del Perú, de la Argentina, del Uruguay.

De dos nuestros quiero yo hablarle.

Eduardo Barrios está considerado en el extranjero el mejor novelista de nuestra América en este momento. Es además, del escritor fuerte y fino, un hombre laborioso, trabajador casi heroico (a pesar de su mala salud) porque está cargado de obligaciones. Apenas tiene tiempo de escribir; sirve dos empleos y llega a su casa rendido y sin la frescura de espíritu, necesaria para hacer lo suyo, con lo que hace más bien a Chile que con el papeleo de la Universidad.

Me ha dicho que va a jubilar un jefe de la Biblioteca de la Cámara; él es empleado allí, taquígrafo. ¿Podría usted, don Pedro, ayudarlo para conseguir ese empleo? Significaría para él la paz y el trabajo literario no interrumpido y feliz.

El otro caso es éste:

Armando Donoso recibió hace unos tres años, la promesa de ser nombrado para estudiar historia chilena de la colonia y de la Conquista, en los archivos de España gracias a un empleo, cuyo detalle no conozco, en una Legación. Donoso es hombre de una cultura extraordinaria, y honraria a Chile en cualquier empleo que esté a la altura de sus merecimientos. Tiene mejor situación económica que Barrios; pero yo me temo que el periodismo lo gaste en su banalidad todopoderosa, y que no puede seguir trabajando en esa serie de libros tan útiles para Chile que inició con su Bilbao. La promesa no le ha sido cumplida; él como Barrios, es delicado y no habrá insistido. Los gritones y los pechadores reciben siempre más...

Yo le encomiendo, don Pedro, dos escritores que son, como individuos, lo que usted estima: cabalmente caballeros y llenos de espíritu de trabajo. Conozco a Barrios como a mí misma, y lo siento casi de mi familia; a Donoso guardo verdadero respeto, porque es el único, entre los jóvenes, que se ha hecho una cultura seria y profunda. No son bohemios ni cosa parecida. Usted conoce seguramente a Donoso.

Si usted puede hacer algo por ellos, habrá ayudado mucho al nombre intelectual de Chile. Afuera tenemos triste leyenda de raza positiva y un poco burda, sin preocupaciones finas del alma; lo de la Beocia que dijo el muy pícaro don Joaquín de Mora, todavía circula. Y aunque allá, adentro, no importa nada la literatura como valor nacional, que prestigia a los pueblos, los que han viajado saben que eso es algo, que hasta hay países, como el Uruguay, que no son respetables sino por sus escritores.

Perdone esta carta, como otras pedigüeñas. Hay más que el deseo de ver trabajando con alegría a dos compañeros; hay mi aspiración de que deban a usted lo que necesitan. Porque yo sé que es penoso deber servicios grandes a políticos que no pueden ser respetados, y por no cargar con ese peso los escritores suelen no pedir...

De nuevo mis saludos y mi petición de excusas y mi esperanza de verlo pronto.

Su servidora y amiga obligada,

LUCILA GODOY

P. D. ¿No se le ofrece ningún encargo a la señora y a usted en Italia, Suiza, o España? Con mucho gusto lo haría, don Pedro.

Me encargó saludos cariñosos para Uds. ese fino viejo que es D. B. Mathieu.

14 de julio de 1924.

Mi distinguido amigo señor Aguirre:

Muchas gracias por ese nombramiento de Relaciones que me deja con más derecho para tratar en el Instituto los asuntos de Chile. Anduvo Ud. con extrema y cariñosa diligencia. Yo le debo ya tanto, que cualquier palabra me resulta repetición vacía. Ud. sabe que tengo fiel la memoria de nobles servicios.

He estado inquieta a causa de los sucesos últimos y hemos conversado con la familia Quezada sobre estas cosas. Como su servidora no entiende de política, los sucesos que aquí llegan se le quedan confusos y contradictorios, hirviéndole en la cabeza.

Ojalá Ud. con su gran prudencia evite males mayores, un conflicto peor de civiles y militares. Chile se desprestigia enormemente si va más lejos la situación y una guerra civil de la que hablan aquí algunos desocupados bélicos nos hundiría. Somos pobres de solemnidad y no hay ideales que justifiquen una matanza. Lo del Perú se ve muy oscuro. Yo trabajo con un profesor de la Universidad de Lima. Belaúnde haciendo un equilibrio hasta hoy feliz en el Consorcio... Ambos somos Consejeros. Yo siento en él y en los otros peruanos importantes de París, que están a mil leguas de renunciar a sus provincias. La opinión francesa está moralmente con ellos y no digo la Hispanoamericana.

La paz de Chile me preocupa hasta darme angustia. No es porque vivo de Chile, sino porque me parece grave que disminuyamos en honra, que es lo único que teníamos.

La situación de Europa también es turbia. Francia se militariza demasiado y yo caigo en el consuelo insensato de que todos sufrimos igual inquietud. Falta en el mundo, fe religiosa y probidad; falta lealtad porque se vive en el engaño de la diplomacia; faltan caracteres y el pueblo está envenenado y confuso. Los sucesos de China llevan camino de enredar a Europa entera.

Yo ando ahora viendo oficios para mandar a los tres diarios de la América en que escribo algunos rumbos que sirvan a los obreros. No crea que me pasee demasiado; procuro servir informando.

Mi salud se endereza, porque este invierno ha sido relativamente dulce. Pero tengo recaídas frecuentes y vivo con un régimen de dieta muy duro.

Recuerdo siempre a su señora que le da a Ud. tan linda sombra de paz y de cariño. Que Dios les guarde en estos momentos oscuros. Ud. con su presencia limpia ese ambiente y puede definirlo. Lo peor es la vaguedad de hoy.

Un saludo muy cariñoso y todo mi agradecimiento,

Santiago, 6 de mayo.

LUCILA G.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

Santiago de Chile

Mi respetado amigo:

Tuve mucho gusto al recibir su carta, hace dos días. Por el mismo correo venían MERCURIOS y completé con ellos sus noticias de Chile.

Yo le agradezco profundamente su buen recuerdo. No le había escrito antes, parte por mi trabajo, que aunque lo hago a medias en la casa, es fatigoso, parte porque creí haberlo dejado bajo una mala expresión mía... Tengo semanas y años en que no hago sino callarme lo que veo, pero vienen días —y a usted le tocó uno de esos en que me sube a la boca, definida y con colores fuertes, la masa que se ha ido acumulando de observaciones y desengaños.

Tengo entre las impresiones más penosas de mi vida mi vuelta a Chile. Yo viví siempre en mi país encerrada y no conocía a mi pueblo; volví a México con una gran curiosidad de verlo bien y de sentirlo, porque desde afuera tuve alguna vez el arrepentimiento de ignorarlo en muchos aspectos.

Mejor hubiese sido volver a salir sin conocerlo, porque no miré si no sintomas feos y odiosos e hice constataciones. Hoy he leído la entrevista que se le ha hecho a usted una señora. Usted he aludido a esa chacota de revoluciones sin ideología y sin ideales. Fue uno de mis asombros. Lucro, lucro, que antes se llamaba sanfuentismo, que después se llamó alessandrismo y más tarde espíritu revolucionario. Vi una maffia pedagógica de gente inepta, sin una luz de creación, queriendo dominarlo todo, y me parecieron más puros los pobres bolcheviques de la Asociación de profesores. Vi la misma esclavitud rural, y lo que parece cuento, anoté que no hay un solo partido que tenga en su programa la

cuestión agraria como cosa importante, en un país de latifundio medioeval y fantástico. Vi un fenómeno de relumbrón que no sabe adónde va. Vi una clase media enloquecida de lujo y de ansia de goce, que será la perdición de Chile, un medio-pelo que quiere automóvil y téas en los restaurantes de lujo, transformado en café cantantes por la impudicia del vestido y de la manera que la mujer de esa clase es la mía, ha adoptado de un golpe.

Y para qué fatigarlo. Tantas cosas más. Aquel día en que oyó usted tal vez expresiones violentas que le dieron mal juicio de mí, era uno de esos en que se hacen síntesis, y mi síntesis era la que le di. Tarde o temprano usted será Presidente de Chile. Bueno es que oiga a los pesimistas, aunque usted, como todos los fuertes y los felices, sea un optimista, porque el pesimismo atempera y sirve a su modo como los amargos en medicina.

Veo en Europa continuamente cosas que nos servirían; algunas van al Mercurio, otras no tienen índole informativo periodística y se me quedan en el espíritu. De tarde en tarde, sin fatigarlo, yo las pondré en una carta para usted. Usted no se siente con obligación de contestarme, sino de leer solamente, o de hacer que la señora las lea...

Sí, creo que hay remedios y creo que la raza tiene enmienda porque tiene fuerzas y porque tiene ambiciones. Me parece útil la ambición, hoy que yo no siento en mí nada de ella, y la fuerza también me parece salvadora, aún cuando en Chile posee aspectos de brutalidad y de "matonaje" que me repugnan.

Yo no soy mujer de batalla y en ese ambiente eléctrico que dejaron las revoluciones viví unos meses sufriendo. Lo que puedo hacer escribir —desde cualquier parte del mundo se hace, en paz, sin recibir salivazos ni cosas que descorazonan. No deseo volver todavía.

Aquí desde que he enderezado un poco mi salud —sólo un poco— trabajo como Consejera en el Instituto de Cooperación Intelectual de la "Soc. des. N.". Es una labor técnica, un poco estadística, con utilidad a la larga, algo burocrática, pero seria y humana. Tengo para dos años más, no dedicándole el año entero, porque voy al mediodía cuando puedo, a recoger fuerzas del sol. Mi cablegrama de ayer que ha debido desorientarlo, le pedía lo siguiente: yo soy empleada con nombramiento de la S. des. N. Lógicamente, debería presentar ahí a Chile puesto que represento los intereses de la América Española entera. Pues, mi Gobierno nombró como su delegado al señor Edwards Bello, a raíz de mi designación E. B. fue suspendido de su puesto en la Soc. des. N. por veleidades políticas y se ha radicado en España. Acaba de renunciar su cargo. Oí que había nuevos candidatos, y le puse ese telegrama para evitarme el nuevo bochorno de no representar allí en mi propia oficina a mi tierra. Yo le agradezco infinitamente su voluntad pronta para ir a Relaciones y le daré cuenta de lo que resulte de la gestión. Hoy tuve radiograma del señor Matte en el cual me indica dé más detalles al señor Quezada, y acabo de dárselo.

Cada país, europeo o americano, ha designado un representante, con el nombre de delegado. No son funcionarios, pero tienen cierta fuerza moral en el Instituto. El trabajo de información, en lo referente a nuestros países americanos, lo hago yo casi enteramente. El nuevo nombramiento no me recarga, por lo tanto, de labor, sólo me allega más derecho para tratar las cuestiones de Chile.

Voy viviendo con dificultades económicas, por tener dos casas, la de mi mamá y la mía, y porque la vida ha subido mucho de costo en Francia con el alza rápida del franco, que ha dejado los precios iguales... Pero escribo para periódicos, saldando mi déficit hasta ahora. Los sueldos que paga la S. des N. son decorosos sólo en Ginebra; por vanidad francesa (que usted conoce) este Instituto quedó costado por el Gobierno francés y el resultado han sido unos sueldos calamitosos. Espero que el señor Matte que tiene la culpa de que haya venido, porque me EXIGIO que viniese me dé lo que buenamente pueda el Ministerio, para eso que llaman gastos de representación y que en Francia resultan subidos en un cargo de esta jerarquía. Le he escrito, recordándole su insistencia para mi viaje que mi mamá rehusaba bastante. Espero que me fijen para 1927 alguna casa, ya me ayudaron en 1926.

Si, don Pedro, se advierte cierta anarquía de su partido y usted hizo bien en irse, pero sólo por poco tiempo, de la jefatura. Su partido tiene muchos "genios" y muy pocos hombres de honor y de sensatez superior. Si usted los abandona, esa enorme fuerza que es el partido pasará a manos impuras y el santuentismo resucitará adentro del partido radical. Bueno es que se den cuenta de que la limpieza de usted absoluta y sabida, que se impone a todos, no se halla en otros trigos. Cuando usted vuelva ya los encontrará capaces de más disciplina y cohesión.

Perdóneme esta carta larga, que para colmo anuncia otras... Un saludo muy cariñoso para la señora, mi agradecimiento por su nueva fineza, mi deseo de saber de usted y mi recuerdo leal.

Su servidora y amiga,

LUCILA

P.D. Le mandaré después unos artículos sobre feminismo en el que usted hallará su vieja idea —tan sabia— de las profesiones u oficios reservados a las mujeres. Han ido a una revista yanqui. Le será grato ver que sus ideas no se pierden... ni en mano de católica.

Fontainebleau, 28 de diciembre de 1926.

12 de octubre de 1927.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

Santiago

Distinguido señor y amigo:

Le parecerá que le cuento una fábula, pero es la pura verdad... postal. Su fina carta en que se dignaba pedirme algunas ideas sobre una Expos. femenina, vino a Francia —no sé a qué dirección—, volvió a Chile, a La Serena, y mi hermana me la manda ahora...

Es cierto: yo recibí hace un mes la nota de las señoras organizadoras; creí haber leído que se trataba de cosa un poco distante, y no respondí como debía en el mismo momento.

Muy bonita es su idea y yo quisiera decirle algo que valiera la pena. Pero nada de eso puede ser después de tanto tiempo en que las señoras habrán pensado asuntos mejores y con madurez.

Yo no veo hacia Chile trabajo apreciable, verdaderamente tan bello, y perfecto de las mujeres, sino las labores de mano, en alguna parte, la floricultura; y las obras de beneficencia, en el aspecto social. Intelectualmente sólo hemos pedido empleos o sacado títulos abundantes, detrás de los cuales no hay ninguna investigación sobresaliente que yo sepa, de índole científica, por ejemplo. Son las obreras de aguja, de telar, de crochet, las que pueden hacer una presentación magnífica. Recuerdo que antes de venirme, visitando el Liceo de Niñas de Quillota, me encontré con una viejita profesora que me mostró un muestrario de trabajos, que llamaría la atención hasta en Europa, en cualquier parte. Bastará pedir a la directora que consiga esa obra maestra en préstamo. Yo no recuerdo el nombre de la señora.

Sería lindo presentar el trabajo de algunas excelentes jardineras, don Pedro, y en Santiago es fácil buscarlas. Pero es la provincia la que en esto como en toda la obra más concienzuda. Un aviso en los periódicos de provincia serviría para conseguir que las pobrecitas jardineras de la provincia envíen algo.

Respecto a las labores de mano, por todas partes se encuentran maravillas. Algo hay de encuadernación y trabajo en cuero, hecho por mujeres.

La nota de las señoras me pareció muy vaga y no me dio idea clara de nada.

En otros países, como en México hay una cerámica hecha entera por mujeres; entre nosotros, pueblo que no dibuja y que desdeña el barro, no existe.

Recuerdo buenos trabajos en cestería de Santiago; la rama es simpática y se puede hacer con ella un buen pabellón de cestería.

Si usted pesa, don Pedro lo que significa entre nosotros la vieja labor de aguja y la labor intelectual de bachilleras y normalistas, podrá ver qué malas, qué impotentes y qué vanidosas son nuestras escuelas secundarias y normales.

En el trabajo manual tenemos artesanías de primera fila; en las otras, no se ha formado una química, una buena embalsamadora de animales, siquiera, una botánica, una inventora de objetos domésticos modernos. La mediocridad más completa y la superficialidad más perfecta en los estudios, caracterizan a las universitarias y a las maestras nuestras.

Pero cuando alguien desnuda las miserias de nuestra educación, como esos pobres maestros llamados comunistas, con valor civil, con datos, con ganas de reformar de raíz, se les desprestigia, se les echa afuera.

Va una cartita breve, dirigida a las señoras organizadoras, que ruego a la señora Juanita llevar por mí al lugar de las reuniones. En ella les digo que, por medio de una carta particular a su esposa, la presente, yo les doy los únicos datos que puedo ofrecer desde tan lejos. Yo le agradezco desde luego la fineza a su señora.

No sé qué ayuda puedan prestar la señora Barrios, a quien ya he tenido el gusto de conocer y M. Auclair. Le repito que la nota en que nos piden ayuda es muy vaga y yo apenas comprendo de qué se trata. Que su señora, que es tan práctica, me explique mejor; si un artículo les sirve, yo lo escribo con todo gusto, don Pedro.

Olvidaba decir algo sobre la beneficencia. Un buen pabellón puede hacerse, reproduciendo en miniatura una Gota de Leche Modelo, y honrando en él a doña Concepción Valdés, por ejemplo; otro ídem sobre la lucha contra la Tuberculosis, con un retrato de doña Anita Swinburn.

Les saludo con mucho cariño, pidiendo mil perdones por lo que ha ocurrido con su carta, que como suya, es orden para mí. Nunca olvido cuánto le debo y usted puede siempre indicarme trabajos. En este, desgraciadamente, y a tal distancia, soy casi inútil.

Su amiga muy obligada.

LUCILA GODOY

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda

París.

Respetado amigo:

Le escribo desde Madrid a donde he venido por un Congreso de Universitarias.

¿Cómo están Uds.? ¿Y dónde? En esta Europa tan pequeña también cuesta encontrarse

Yo he estado en Grasse (detrás de Cannes), viendo un poco la industria de los perfumes —muy linda— y de ahí me vine a Madrid. Vuelvo a Marsella en 14 días más a recibir a otra colega mexicana, que llega a Francia.

Me da mucha pena, don Pedro, darle una molestia material y fea, que no es de mi uso.

Hace seis meses, hice el préstamo de la mitad de mi subvención a una Dra. mexicana que quiso comprar en París unos aparatos de su clínica. (Ud. sabe cuánto le debo yo a esta gente buena). Creí no necesitar este dinero en el año en curso. Pero resulta que lo necesito y pronto, y yo le di a ella plazo de pago hasta abril de 1929.

Necesito 4.000 pesos chilenos para mis gastos de vida y tengo que pedirlos a Ud., con pena, con mucha pena, porque Ud. anda fuera de su tierra, lo que no es situación propicia ni holgada. Me atrevo a esto porque cuento con la seguridad del pago para abril. Se trata de persona solvente y honorable. No descansaría en mis pocos recursos para prometerle a Ud. el pago próximo y no le solicitaría este duro favor viéndole en viaje.

Ahora otro asunto confidencial.

El Ministro Alemparte —que estuvo muy cordial conmigo— me dijo estar un poco extrañado de que Ud. no hubiera pasado a la Legación, como amigo y como persona con comisión de confianza del Gobierno. Le contesté que Ud. andaba de viaje fuera de Francia y precisamente viendo cuestiones agrícolas en relación con su comisión. No tuve su dirección inmediata para comunicarle esto. De ahí la tardanza. Sentí en el Ministro el deseo de aproximarse y me habló de Ud. con estimación cariñosa.

Yo le estoy reuniendo en Marsella datos útiles sobre cosas agrarias de Francia. Se las mandaré cuando tenga más. No le envié la carta ofrecida para Copenhague porque la oficina escolar del Instituto se cierra en las vacaciones por tres meses.

Me entristece ver que no pueda ser Ud. quien hace esa reforma agraria en Chile (la que comienzan ahora). Ud., que hace tantos años propuso las granjas y con ellas la división de la propiedad rural.

A la señora, finos recuerdos. Para Ud. la petición de muchos perdones por mi abuso.

Saludo de cariñoso respeto,

LUCILA

Dirección. Siempre el "American Express". Marseille.

(1928).

Don Pedro:

En la carta adjunta verá Ud. la explicación de mi silencio, que no habrá logrado entender.

Pedí ayer... a Venezuela me busquen los diarios en que esos artículos salieron. Es fina gente y se darán el trabajo. Yo me quedé, como siempre, sin una sola copia. Mi máquina no me da sino los seis ejemplares que necesito. En un mes llega allá mi carta; en otro, vendrá aquello; en otro llegará a Chile. ¡Vea Ud., qué oportunidad!

Es malo el gremio —todos los gremios...—, don Pedro. Me ha costado entender esto; pero al fin he sabido. Se trata sencillamente de hacerme pasar por holgazana y de poca vergüenza! Cobro y no trabajo... Cada año me suma alguna decepción de éstas a las que ya tengo de mi gente.

He estado feliz del éxito de prensa de su libro. Excelente. Pero no olvide que aquellos no quieren concurrencia, ni agraria ni de otra clase y guárdese un poco.

Le ruego darme su dirección, que no tengo. Confío ésta a la buena voluntad de Silva Castro, colega del MERCURIO.

Mil perdones. A Ud. y a su señora, saludos con cariño respetuoso.

GABRIELA

Dirección: Cavi-Nacagna. Prov. Génova.

1 marzo 1930.

Mi respetado amigo:

Recibo hoy su fina carta, con atraso, porque usted pone mi nombre de veras que apenas me conoce alguien aquí. La carta llegó a la casa de mis amigos; los sirvientes me conocen sólo el nombre inventado y devolvieron la carta. Al fin la rescaté del Correo Central, de la lista sobrante con la anotación de... "desconocida". Poner los dos nombres, don Pedro.

Mi Cónsul le mandó aquel poder sin letras mías, porque yo no estaba en la oficina. Yo vivo en esta isla de la manera más peregrina; como es tan pequeña, ando por todas partes y vengo a mis clases de la Universidad y vuelvo a volar para confs. y simples convites. El clima me hace mucho bien, pero las buenas gentes me agotan en este ajeteo.

Muchas gracias por sus noticias sobre cuentas. Ni hay para qué se dé afán por esto; a mí me interesaba que se cobrase ese dinero, pero nada más. Respecto a la inversión de él, escribo a Laura Polizzi que le pida de esa cantidad lo que ella necesita para pagar un saldo de una casucha de Huemul que yo

debía y que es una cantidad gruesa. Escribo además a un amigo español, don Zacarías Gómez diciéndole que usted me hará el favor de entregarle tres mil pesos, abono a una deuda de mi hermana de las que hace, Don Pedro, sin razón y en silencio. Sin razón: jubilé con la misma suma que yo; le di una casa que ha hipotecado; le he dejado un arriendo, además y una mensualidad suficiente. Hago lo más que puedo y lo he hecho siempre; pero me irrita saber lo endeudada, siendo ella una sola persona. Le pido don Pedro atenderme esos pagos. Y le ruego que si un día mi hermana pide dinero a usted no se lo dé. Tiene su cabeza mala y la explota un conjunto de beatas de La Serena.

Antes de seguir con el lío económico, quiero saber qué hacen ustedes, si usted tomó de nuevo su fiscalía, si viven en Santiago, si están más tranquilos respecto de la situación del país, si este vértigo de las cuatro o más revoluciones no les ha dañado de modo particular, que dañarlos en general no lo dudo.

Yo recibo de allá tarde y mal impresiones sobre la situación que me informan poco. La clase media, la mía, ha perdido el juicio y no espera bienes si no por otros golpes militares y obreros. Me han escrito indignados de un juicio mío sobre Alessandri, por ejemplo, diciéndome que nadie que valga crea en él. Yo no he tenido nunca simpatía por este hombre, aun cuando en su honradez creí siempre, pero me he dado cuenta de que es la única carta que podemos jugar para una relativa unión de las clases, para unir aunque sea a medias a los opuestos, y para llenar, aunque también sea a medias el abismo que separa hoy a las gentes nuestras. Me parece el mal menor sin que me parezca ninguna maravilla; era sin duda, el candidato más razonable entre los que me presentaron a la lucha. Yo no puedo caer en ese nihilismo de nuestros izquierdistas de negar a todos y de volver la cara al... Juicio Final como la sola solución.

Estuvo aquí hace días un periodista yanqui que trabaja en Relaciones, agregado a la sección de la América Latina, hombre de cabeza sólida y clara. Le pedí que me hablara sin remilgos de lo nuestro, que me informase con sinceridad. Me dijo que personalmente él creía que el país más minado de comunismo del Continente es Chile y no el Perú ni el Uruguay, que en estos países el comunismo ha hecho presa sólo en el pueblo-pueblo y en un grupo de intelectuales, mientras que en Chile ha hincado en la clase media. Me dijo que en el Ministerio se sabe que la aventura de Dávila se repetirá en breve y que Alessandri no logrará purificar el ejército con eliminaciones porque lo teme, y que el fascismo, tentado por la Argentina para fines que él cree sanos, allá es impracticable. Que él no conservaría valores chilenos (bonos, acciones) porque la política nuestra es provisional y de un momento a otro habrá novedades muy malas. Que Rusia cuenta con seguridad con tres naciones nuestras: Chile, Perú y el Uruguay, pero que el Uruguay tiene defensas.

Oía estos juicios el consejero —uno de ellos— del City Bank que vino en misión a San Juan y asintió enteramente en la parte económica.

Le transcribo eso si de algo le sirviera.

En verdad lo más grave de nuestro mal es la conciencia desorientada y envenenada por desvarios de nuestra gente y el testarudismo de los latifundistas; habría que hacer la defensa del orden a base de campesinos deudores de algún beneficio efectivo al Gobierno (una verdadera división de la propiedad) pues son la única fuerza que se puede oponer a los obreros en una guerra civil, que tarde o temprano va a venir.

Es muy probable que yo no entienda ni mucho ni poco lo que ocurre; la distancia y la ausencia tan larga no sirven para ayudar el juicio.

Yo le agradezco mucho, amigo mío, querido y leal los afanes que usted se ha dado por mí en eso de pedir autorización para mandarme dinero. Comprendo que ha hecho cuanto se podía. Yo tenía mis pequeños ahorros en EE. UU. donde hay también una situación de control; sólo me dejan retirar un cinco por ciento de mi depósito. En todos los pueblos renace un patriotismo feroz para defenderse y en este momento nuestros líderes viven en pleno internacionalismo, sin darse cuenta de que la hora es de fieras para defenderse del hambre.

Usted me escribe antes de mi nombramiento de Cónsul de Madrid. Estoy muy agradecida a don Miguel Cruchaga de su oferta del cargo; le contesté diciéndole que el invierno de Madrid era imposible para mí. Me respondió que me autorizarían para pasar el invierno en otro lugar, lo que es una gran concesión. Acepté, pero pidiendo una comisión cualquiera sin sueldo que me permita acabar mis cursos de esta Universidad y otros, que serían en EE. UU. o Colombia— he firmado ambos, dejaría uno. No me han respondido sobre este particular. Si usted pudiera hablar con el jefe de la Sec. Consular, le agradecería mucho que comunicase lo que haya. El Consulado de Madrid, según me informa el Ministro, da diez mil pesetas mensuales, cantidad válida para vivir allí modestamente y sin gastos extras; pero en esa ciudad me conocen demasiadas gentes; hay una colonia sudamericana y con esa suma yo no puedo vivir; debo llevar ahorros de aquí y es preciso que me dejen terminar mis contratos. Ruégole dejar bien en claro que yo tengo toda buena voluntad para servir a Chile en España, que estimo y estoy agradecida a lo que me dan, pero que debo pensar también un poco en el decoro del cargo. Es un Consulado honorario y vive de las entradas consulares menguadas enormemente por el control nuestro que castiga el comercio extranjero con demasiada fuerza.

Le pido dejar en claro que lo más tarde que yo llegaré a Madrid será en septiembre, talvez en agosto.

En esta isla me hubiese quedado: me han ofrecido lo que quiera en la Universidad; vivo entre los isleños como dentro de una familia y me han dado una ciudadanía honoraria portorriqueña para que me sienta de ellos. Pero... están horriblemente divididos entre patriotas y ayancados y me tiran de un lado y del otro no dejándome en paz. No puedo ser yo una anexionista y renegar

de lo que pienso, por mirar a mi bienestar ni puedo embarcarme en la aventura sin salida de los patriotas que no lograrán nada porque son minoría y minoría mínima. Me conmovió esa aprobación de una ley especial por las dos Cámaras para declararme hija adoptiva del país; pero me voy de aquí como de todas partes, por más que este clima sería mi cura y mi vida larga. Ya voy tomando no sé qué carne de judío Errante.

Juanita y don Pedro, Dios nos tenga de su mano y salve a nuestra tierra. Dios le cuide para ella y les ahorre mayores penas y zozobras.

Su vieja amiga que les abraza estrechamente deseando tanto verles y oírles.

GABRIELA

10 de abril.

Dirección: Universidad, Río Piedras, Puerto Rico.

CONSULADO DE CHILE
MADRID

*Señor don Pedro Aguirre Cerda.
Santiago*

Respetado y querido amigo:

Me permito presentar a usted y a Juanita al señor don Manuel Góngora Echeñique, periodista español y abogado. El ha trabajado en Colombia y Cuba y ahora a establecerse entre nosotros, con gran fe en el país, hacia el que ha movilizado su capital y a donde lleva a su familia.

Querría yo que usted le diese ayuda moral y consejo para su establecimiento en Santiago. Quiere el señor Góngora fundar allí una revista de tipo nuevo o hacer una Editorial. Desconoce el medio y necesita absolutamente de guía.

Pido a Juanita también que haga a la señora Góngora la gracia de hablarle un poco de nuestra manera de vida, para orientarla.

Deseo a Uds. todo bienestar y sobre todo salud. Les pienso mucho, les quiero y les acompaño.

GABRIELA M.

Madrid, 12 de octubre de 1934.

Señor

Don Pedro Aguirre Cerda.

Santiago

Mi distinguido y querido amigo:

Le agradeci muchísimo su carta, que después de un largo silencio acerca de Uds. y de mis propias gestiones, me llegaba con noticias que estimo muy buenas a pesar de su imprecisión.

¿Cómo están ustedes? Yo saliendo de la pesadilla de la huelga revolucionaria española que nos ha tenido en una gran tensión de espíritu. En Chile ignoran completamente la situación real de este país y cuando yo he dicho a algún amigo que mi vida aquí me es desagradable y que la pierdo lastimosamente, no me lo han creído. Es cosa de escribir un libro para explicarles la realidad española y yo no tengo tiempo ni de escribir cartas.

Por este mismo correo aéreo envía a Relaciones, el Consulado General un pedido de cambio, que no es permuta, entre Pablo Neruda y yo. Neruda vive en Madrid y tiene su empleo de Cónsul adjunto en Barcelona. Quiere a toda costa desesperadamente, conseguir este Consulado de Madrid con carácter definitivo. Yo no puedo darle en el gusto de hacer una permuta definitiva, porque sé de manera confidencial que es muy probable que lo hagan Consulado de carrera el año próximo. Si así fuese, yo podría permutarlo con otro Consulado en Francia o en Portugal o en otro lugar cualquiera, lo cual es imposible hacer con un pobre consulado honorario de renta infeliz de derechas como el que tengo hoy. Tampoco puede negarme a dar facilidades a Neruda, poeta nuestro por cuya obra yo tengo bastante aprecio. Además hay el hecho de que a mí me gusta Barcelona más que Madrid, que no me gusta nada, y que allá tendría una cantidad más o menos estable de entrada mensual que sin costear mi vida, me obligaría a gastar de mi bolsillo mucho menos de lo que pongo aquí. El mes pasado dio esta oficina mía 700 pesetas y mi gasto fue, con dura economía, de mil quinientos; el presente mes lleva camino peor.

Después de dar muchas vueltas al asunto hemos llegado a esta combinación que el Cónsul General somete a Relaciones para su aprobación: yo iría en comisión como Cónsul Adjunto a Barcelona y Neruda quedaría como Cónsul en comisión en el Consulado de Madrid.

Ante todo debo esclarecerle a Ud. completamente el que este arreglo no significa para mí ninguna solución feliz y que, según lo establezco en mi oficio al Cónsul General, lo he aceptado con la finalidad moral de servir a un colega. Me importa mucho que el Ministerio se dé clara cuenta de este matiz.

Ahora viene el que su carta me habla de que Relaciones se ocupa de darme lo que pedí antes, que es lo que sigo pidiendo: un Consulado de carrera aunque sea de última clase. Es indispensable, y se lo ruego de la manera más en-

carecida, que antes de resolverse mi comisión a Barcelona, el Ministerio vea si no halla para mí cosa mejor que ese cargo subalterno y con sueldo insuficiente. Porque yo debo, mi amigo, hacer una mudanza de aquí a Barcelona, que es bastante costosa, y que mi estado actual de fondos me pone en apuros. No querría yo tener que volver a cambiarme a poco de llegar allá. Creo haberle dicho antes que por elemental decoro yo compré aquí muebles, cosa imposible de evitar cuando se vive en una ciudad en la que se tienen muchas relaciones.

Le ruego, pues, que haciendo uso de una gran paciencia y de una mayor generosidad Ud. vaya a ver al Sr. Cruchaga para pedirle el cumplimiento de su promesa, y le exponga con claridad de lo que se trata en este traslado mío. Es preciso que ellos no vayan a imaginar que este arreglo que yo hago en consideración a otra persona, es un punto final y un alivio efectivo para mí. Le pido aún el que me transmita un cablegrama con la respuesta, para preparar mi mudanza a Barcelona, si es que ninguna cosa mejor se ha conseguido. Naturalmente Ud. debe descontar el valor de este cablegrama de mi dinero, lo cual es muy lógico.

Recuerdos muy finos a doña Juanita y para usted el agradecimiento profundo de su vieja amiga, que le está resultando su pesadilla extranjera... Mil y mil perdones.

GABRIELA

Mi distinguido y querido amigo:

He dejado de escribirle en este tiempo a fin de dejarle un respiro en medio de tantas molestias mías y porque el Vía Crucis de Chile veda mandar penas a los que allá adentro viven angustiados.

Hoy, al fin, sé que hubo elecciones, que salió electo Alessandri y que hay muchas seguridades de que se vuelva a la normalidad. Dios lo quiera, mi amigo, aunque la era de las revoluciones en un país suela ser más larga. La noticia de la elección de Alessandri me ha alegrado por un grupo de amigos que podrán trabajar con él y por el hecho de que tengamos un gobierno civil. Por mi misma, me inquieta: me tiene mala voluntad y sabe que yo he tenido poca fe en su mesianismo. Sin embargo, yo misma espero vagamente de él algunas cosas buenas: ha vivido varios años en Francia, ha debido observar y aprovechar mucho, ha sido prudente —enfant sâge— en este periodo de locura colectiva de Santiago y está viejo, lo cual le sosegará los bríos excesivos.

Le confieso sin rubor, porque con usted yo confieso flaquezas, que llegué a

esperar algo útil de Dávila; en el fondo de esa fe, estaba mi viejo deseo de ver a un intelectual en la Presidencia, un dejo de mi sentido de solidaridad en el oficio. Me han contado, muy tarde, disparates y cosas feas de su gobierno, de las que los ausentes que leen diarios anodinos se queden ignorando.

Espero que, aparte de estas novedades acres de la política, ustedes y no tengan otras malas. Que se hallen sanos —son de muy buena pasta chilena— y alegres de salir de la cisterna de este año.

Hace un mes le puse un cable dirigido a Laura Polizzi, porque nunca tengo la dirección de usted y en el que le decía que el gobierno italiano rehusó el exequatur, lo cual me obligó a renunciar el Consulado de Nápoles. Fundaron la rehusa en que la ley prohíbe las funciones notariales a las mujeres; pero un amigo, el Ministro Rocco, me ha dicho, en una sesión reciente del Inst. de la S. de las N. de Roma, que la razón dada no es la verdadera sino una de éstas: que el gobierno negó lo mismo a una señora rusa hace muy poco y no quiere confesarle a Rusia la causa de su negativa o que la presentación de las letras patentes en cierto periodo de gobierno socialista, más informes malignos de índole política, me hayan hecho sospechosa. Dos cónsules de Nápoles me dijeron que casi asegurarían que es el seudónimo francés y el domicilio de Francia lo que me ha dañado. (El momento es de tensión muy fuerte en las relaciones italo-francesas). El hecho es que se negó dos veces, pues, el embajador de España llevó una petición personal al respecto. El Ministro de Chile, un secretario que suple solamente, no tiene situación en Roma, no insistió, no averiguó nada y no consiguió lo que otro habría conseguido.

Yo he gastado entre las dos mudanzas, entre las dos casas alquiladas por año, oficina y domicilio, unas diez mil liras que es muy difícil que recupere.

Creo partir para Puerto Rico el mes de diciembre, en los días en que esta carta llegará a su poder; no se lo digo de manera segura, porque he tenido, a consecuencia de la incertidumbre sostenida de este asunto y de fatiga del trabajo en el verano, veinte días de cama, con una fiebre que iba y venía y una laxitud completa. Me embarcaré solamente si me he rehecho de aquí a un mes. Mi noble compañera de México que es ahora Jefe del Dpto. de Ed. Secundaria en su país, Palma Guillén, me ha dicho con insistencia que no viaje de nuevo y que ella velará por mí en el año que viene. Pero a los amigos no hay que cargarlos con más cargas que las morales, o bien con materiales que no sean demasiado gravosos. Si voy y sigo bien, pasará a EE. UU.

En mi cablegrama le decía que me hiciese usted la gracia de hablar sobre mí acerca de otro consulado con don Jorge Matte. Quise aprovechar la buena voluntad que este caballero me demostró hace años. Él fue quien me mandó, no por deseo mío, sino contra mi deseo, a Europa. Quise indicar a usted esta posibilidad... antes de que viniese la presidencia que yo veía llegar, de don Arturo... Días más tarde, mandé al señor Matte una carta por vía aérea.

Quise tentar también el que un nombramiento de cónsul me evitase esta nue-

va fatiga de un viaje por la América, donde mis clases son fáciles y gratas, pero el horrible visitar de medio mundo me agota.

Temo que Laura Polizzi me haya contestado con dirección al Consulado, que clausuró hace un mes, y haya una carta perdida. No sé nada de ella ni de usted, directamente, porque, indirectamente, sé por don Maximiliano Salas que Educación mandó un oficio a Hacienda pidiendo que me hagan pagar por Europa, y eso no ha podido hacerlo usted. Mi pobre hermana tan torpona para cosas prácticas, le escribió al señor Salas indicándole retirase una solicitud de ella en ese sentido "porque estando nuestra moneda tan baja no me convenía pagarme a este tipo". Como si fuese posible que tengamos otra moneda antes de cinco años, o alguna vez... Me ha inquietado el que esta torpeza pueda echar a perder la diligencia de usted ya encaminada, y doliéndome escribirle tan pronto con otro encargo, lo hago para evitar el daño, y escribo también a ella.

Mi hermana recibe de mí, don Pedro, un arriendo de mi casita de La Serena, de doscientos pesos, una mensualidad de trescientos que nunca le he suspendido, aparte de que en los peores meses de juerga revolucionaria, le mandé recursos de EE. UU. Vive explotada por cierta gente de algunas iglesias, y nada le basta. Le ha rogado que se venga conmigo, porque además que necesito siempre vivir con alguien, me aliviaría enormemente mi situación económica. Estoy casi segura de que no la dejarán venirse. Doy a usted estos detalles tan íntimos, porque hay quienes creen que yo he abandonado a mi familia. Cargo con ella y con parentela natural del lado de mi padre, y siendo sola, soy, en verdad, una docena más o menos...

Yo entrego en sus manos mi suerte, que nunca ha estado lejos de ella. Le decía en mi cable que aceptaría cualquier consulado: quería jubilar de nuevo con una pensión decorosa que me deje en la vejez sin la esclavitud de los artículos de periódico; les ocuparía el consulado que me diesen unos dos años y se los dejaría libre después, porque conozco las feas pechas de los solicitantes. Naturalmente, desearía un clima que no me arruine más, pero en último caso iré a donde me manden.

Si usted ve, don Pedro, que la nueva presidencia no deja posibilidad para mí en un cargo consular, le ruego me lo diga francamente escribiéndome a Puerto Rico, pues en tal caso deberé dejar por ella trabajo avanzado para cursos futuros, y seguiré viviendo la mitad de los meses en el barco o en el tren...

Mi dirección en Puerto Rico es, hasta mayo, Villa Mirabel, Santurce, Puerto Rico, Vía Nueva York, dirección más segura que la de la Universidad. El gobierno puede ordenarme por su Cónsul, un señor Hostos, amigo mío en la isla.

El saludo y el recuerdo leal y agradecido de su vieja amiga para la señora y usted. (¿Dónde vive ahora el doctor Luis?)

GABRIELA

Cavi di Lavagna, Génova, 3 de Nov. 1932.

Señor

don Pedro Aguirre Cerda

Santiago de Chile

Respetado y querido amigo Don Pedro y doña Juanita:

Les deseo salud y paz, que son las cosas mejores de este mundo. El sosiego de Chile llega al parecer real y lindo, puesto al lado de la tempestad europea —no sólo española. Las noticias de los diarios de hoy dan una sensación de peligro inmediato, por la repercusión de los hechos de España en el Continente, y como la prensa portuguesa tiene una censura estricta, los afuerinos que la leemos pensamos siempre que las noticias malas pudiesen ser peores.

D. Pedro, me habló en su carta pasada del eco que lo español ha tenido allá y de su aprovechamiento político... Veo por "El Mercurio" que allá le sirven al público una salsa fuerte de las crueldades "rojas"; ya vendrá el tiempo en que se sepan las de los moros y habrá también para gritar y escandalizarse. Con todo y dar tanto horror la forma de guerra colonial con que se pelea esa gente a la que llaman "Madre Patria" los chilenos, yo creo que más serio, por ser de más fondo, es la agitación francesa y, al lado de eso, la organización, seguramente ya finiquitada de los fascismos europeos y a la preparación rusa que es su consecuencia. Si Europa está tan loca como para suicidarse, ésta será la hora de nuestra América y ojalá nuestros dirigentes vean con claridad el hecho que se viene encima. Pero ojalá sepan que, aun en el caso de que el Fascismo triunfase en toda la línea aquí —lo que es dudoso— ellos tendrán que hacer allá un mejoramiento muy subido, muy fuerte, de las condiciones en que vive nuestro pobre pueblo, porque hasta esos fascismos envalentonados miran mucho por hacer justicia social y la cumplen a marchas forzadas. El programa fascista de Mussolini ojalá lo masticasen bien nuestros conservadores para corrección de sus egoísmos y de su tremenda ignorancia de la realidad nazi y de la italiana, en este aspecto social.

Don Pedro, aquí le va una molestia nueva. "Cuándo no", tiende a decirme usted. Anteayer tuve una carta de mi jefe de Depart., consular, el señor Errázuriz. Me dicen que han "resuelto" mandarme como Encargado de Negocios y Cónsul General a Guatemala, que él cree que la noticia me será muy grata. El no sabe que, contra la leyenda, yo soy una mujer que no tiene ninguna ambición, que sólo le pidió a su patria darle eso que se llama el mínimum vital y que, conseguido esto, se quedó tranquila, sin mirar a un escalafón del cual aquella ley especial la excluyó y feliz de no pensar en los artículos de periódico para comer. Pero, lo que ha pasado, Don Pedro, es que en Portugal no he podido hacer la propaganda de conferencias que me encomendó el Ministro... porque mi ministro señor Azócar, se ha negado rotundamente a que yo las dé, pues, según él, a Portugal no le importa nada de la América, porque

según él la gente de aquí es muy necia y no lee ni escucha y porque el esfuerzo no vale la pena. En semejante disparadero de una obligación que cumplir y de un jefe que me ha maniatado por entero, yo me he puesto, por mi voluntad de servir de algo, a escribir artículos de propaganda para cinco diarios de América; cosa que tiene a Relaciones muy contenta, según me dicen en oficios. Pedí a mi jefe del Depto. mi nombramiento de Cónsul en Porto a fin de tener allá la libertad de acción que aquí no me ha dejado mi ministro y resultó esta otra donosura. Me dijo mi amigo Azócar que este gobierno ultra-conservador no querría a una mujer de Cónsul en Porto y que él prefería, por mi propio interés, guardar las letras patentes y no presentarlas. Esta vez la indita que hay en mí saltó dentro, y pedí a un amigo del régimen preguntase al Ministro de Estado el asunto, y escribí a Gonzalo Zaldumbide, Min. de Ec. en París y amigo del Ministro portugués, me obtuviese el exequatur; se hizo todo con la facilidad mayor y el Canciller portugués me mandó decir que le extrañaba y le dolía que yo hubiese podido pensar en que él iba a negarme el ex., conociéndome personalmente y por mi trabajo en la Liga, viendo él con tanta complacencia que yo viva en su país y teniendo ellos mismos una mujer Cónsul en Berna. Transmití esto a mi amigo Azócar, quien al fin presentó las letras patentes; salió el ex., lo dejó consigo y me lo ha traído anteayer, junto con el ofrecimiento de Guatemala. Es una historia tonta, que tenía que contarle, Don Pedro, porque alguien debe saberla allá, para el caso de que cualquier día se diga, por alguna mala persona, que yo no hago nada en Portugal. No vaya usted a pensar que mis relaciones con mi Legación han sido malas. Tan cordiales son que, cuando mi ministro sale a Alemania, por ejemplo, me deja a sus hijas a quienes adoro; vienen a mi casa ellos semanalmente y que él usa conmigo un trato familiar. El hombre dice que Portugal ha deshecho su actividad de joven, que la pereza nacional lo ha tomado y el pesimismo lusitano más que todo... Y yo me temo, Don Pedro, que por esta desidia suya que me ha atajado el cumplimiento de mi misión aquí, el Ministerio haya pensado en mandarme a otro lugar, a la América, donde yo "hago cosas". Yo las hago en Europa lo mismo, sólo que con menos campanillas que, en esas tierras, donde se echan a volar por cualquier nadería.

Yo he contestado ayer por cable a D. C. Errázuriz que acepto agradecida. Rehúsar no podía, por mi temor de aparecer como persona de "malas ganas", también porque el tono de su nota, muy afectuoso es de darme el asunto por resuelto; también porque se trata de la América donde está mi corazón, aunque mi cuerpo ande ambulando por estas Europas.

Pero la verdad es que a mí me ha dado una grande, una profunda pena dar mi vida de paz de aquí, de este Portugal medio-angélico, donde yo mejoraba bastante de mi mal, he tenido un año de felicidad, nada menos que de felicidad. Yo no hallo este país ni tonto ni inferior, como dicen los sudamericanos. Hay una dictadura fuerte y no popular, pero de administración honrada; yo

no me mezclo en política en parte alguna de este mundo; tenía aquí tierra verde, un río precioso, mis libros, etc. He recogido aquí mi libro nuevo de versos, donde está mi trabajo de diez años; he escrito lo que era dable sobre Chile para el extranjero. Me acongoja salir de este reparo y refugio al aire tremendo de eso que llaman la diplomacia. Pero obedezco sin ningún rezongo, porque he agradecido a Chile infinitamente que, al fin, pensara en mi vida material y me alargase el pan nuestro de cada día. El puede mandarme donde le dé la gana, contra mi corazón de vieja sentimental. Hace dos meses me nombraron en Ginebra para un cargo de mucha importancia, que acepté declarando que quedaba en Europa; quedo mal con los que me lo dieron. Es la Comisión de Letras y Artes, donde se juntan las mejores cabezas europeas, y no hay más americano que yo.

El pedido es éste, Don Pedro: no me he atrevido a preguntar a Don Carlos Errázuriz qué renta llevo yo a Guatemala. Aquí tenía ochenta y cuatro libras, más o menos; con eso en Portugal, país de vida barata, he vivido holgadamente, pero ayer hablé con el Ministro de México, amigo mío que ha vivido en Guatemala y me ha dicho que la moneda de allá, el quetzal, es casi el dólar y no puede compararse el standard de vida, a causa de esta circunstancia, con que establece aquí el pobre escudo, cuyo valor es casi el del peso chileno. Me ha dicho de precaverme y de pedir datos exactos. El Ministro de Chile, por su parte, piensa que el Consulado General que me ofrecen es honorario, que yo llevaría allá el sueldo actual, el de la ley que se dictó, más una subvención de 7 libras para servir la Encargaduría de Negocios. Eso sería insuficiente, Don Pedro; no ha habido allí Legación y hay que comprarlo todo y llevar mis muebles, lo cual haré. Mi ruego es el de que usted me haga la gracia de averiguarme el dato en el Ministerio, en forma muy discreta, pues siempre es feo que la interesada apavezca presionando por dinero. Y sabida la suma total, que incluya sueldo y asignación, tomar dinero mío, mi amigo para ponerme un cable bien explicativo del asunto. Don Carlos no me ha hablado de Consulado General honorario, pero pudiese ser. El sueldo más bajo de C. Gral. de profesión, me satisfaría, pues es válido para vivir.

Don Pedro, perdone este eterno abusar y dar asanes. Yo salgo para París, por una sesión del Inst. de C. Int. Dejo encargo de que me trasmitan su cable. Usted puede dirigirlo a Minchile, Lisboa. El me hará llegar su contenido. Un gran abrazo para los dos amigos queridos, de cara presente, a pesar de los años y de nombre y de recuerdos vivos en mi corazón. Les piensa siempre y más, mientras envejezco.

GABRIELA

Respetado y querido amigo: ¿Cómo están Uds? Llegan aquí los diarios tarde y mal. Sé de Chile solamente que el Gobierno no se siente estable, que la caída del dólar les ha beneficiado y que el Control continúa.

Dije en carta larga a Don Enrique Molina que, cada vez que algo hagan por sacar de la anarquía a nuestra juventud, me indiquen lo que yo puedo hacer desde lejos. Él, como la mayoría de los chilenos, tiene el patriotismo quisquilloso y tal vez le cayeron mal mis opiniones sobre la educación nuestra. Yo tengo el hábito del chileno viejo de decir lo que pienso. Lo digo de los países extranjeros y no es raro que no haga excepción con mi propia tierra. Ud. mismo, Don Pedro, no se me hiera cuando juzgo con dureza. Nadie desea con más fuerza que yo, un Chile sólido y cuerdo, un Chile de política inteligente y sobre todo coherente que amar y que obedecer. Sería Ud., Don Pedro. Se me ocurre que ese nombramiento de Cónsul justifica mucho más la petición. (En el mismo sentido escribí al Presidente). No se entiende el que nieguen el pago de su sueldo en el exterior a un cónsul por más que sea ad honorem.

Yo necesitaría a) la autorización para el envío de mis sueldos —por su intermedio— correspondientes a 1933; b) la orden directa del pago por Londres o París de los mismos por 1934. Lo más importante es lo segundo. Yo sé que Ud. ha trabajado mucho en este sentido sin poder obtener nada. Pero esta vez la circunstancia alegada es importante. Y la indicación del Sr. Vicuña en este sentido permite esperar algo. Téngame paciencia aún y ensaye el recurso por si fuese eficaz.

Mi dirección de Puerto Rico es válida hasta fin de junio solamente. Después, si Ud. sabe por los diarios que estoy en Colombia, se me puede escribir a la Legación de Chile en Bogotá (hasta agosto). Después, sería el Consulado de Chile en Madrid, si no hay sorpresas.

Me da mucha pena leer esas destituciones en masa de los maestros comunistas; no creo que eso arregle nada. Son fanáticos y la persecución los afirma más en su credo que es ya el de un tercio de Chile, según parece. ¡Si se consiguiese encaminarlos hacia un socialismo de tipo francés! Lo peor es que, como no tienen ya fe en nadie, ninguno puede aproximárseles con un consejo y ser creído. Parece que hay un plan de ayuda intersudamericano y que una subida del comunismo al gobierno del Perú agravará lo de Chile. Pero más que en esas influencias creo yo en la de la miseria sobre este movimiento. Puede ser que D. M. Cruchaga, hombre de visiones grandes, consiga tratados de comercio para nuestra exportación. Esa política comercial valdría por muchos empréstitos.

Un abrazo a Juanita y a Ud. toda la gratitud de su vieja amiga.

GABRIELA

4 de mayo.

He vacilado bastante respecto de este viaje a Colombia. Es peligroso cuando se es funcionario, aunque sea ad honorem, ir a país en guerra con periodis

tas impertinentes que cuando no obtienen reportajes, los inventan. Pero yo no puedo volverme a Europa con sólo las economías de Puerto Rico, porque ese Consulado es sin renta y la ruina del comercio hispano-chileno no puede dárseles. Conozco allí demasiada gente y debo darle algún decoro a esa oficina de Chile. He pedido al Jefe de Educación, Nieto Caballero, que me respeten la neutralidad y no me creen dificultades. Espero vagamente que la muerte de Sánchez Cerro acabe con la guerra.

Escribí hace un mes al Subsecretario de Relaciones, Sr. Vicuña, sobre el asunto del pago de mi jubilación en el exterior. Él me indica que haga la gestión por medio de mi apoderado.

Me han dado el Consulado en Madrid. Estoy muy agradecida al Ministro Cruchaga. Ignoro si Ud. ha andado también en esa gestión.

Contesté primero que el invierno de Madrid me dañaba; me autorizaron para pasar fuera el invierno y entonces acepté. Luego me dieron licencia hasta septiembre. He cancelado mi contrato con Vermont por cursos de verano con el fin de ir a Colombia. Sigo cansada, rendida de ajetreo social que no puedo evitar, deshecha de viajes semanales por la Isla. La gente no me deja. Sin embargo, creo reponerme con un descanso de un mes en la Isla y poder cumplirle a Colombia que desde hace años me es cordial y fina. Saldría a fines de junio de aquí; recorrería el país hasta agosto y embarcaría en septiembre para Madrid. Si es que antes no hay trastornos en Chile y se me evapora ese consulado como el de Nápoles...



Mi respetado y querido amigo: le escribí hace meses; mandé mi carta por conducto de un amigo y él tampoco me ha dicho nada. Envío ésta sin dirección precisa porque no la tengo, tal vez recomendada al Sr. Quezada Acharán. He olvidado el número de su casa con mi cabeza cansada de tanta minucia contradictoria.

De Venezuela me avisaron que me enviaban números con los famosos artículos perdidos. Aún no llegan. En "El Mercurio", y aunque asegure la buena fe de su gente en bloque el Sr. Silva, aquello y otras cosas desaparecieron.

¿Cómo están Uds.? Yo les recuerdo con el cariño, el agradecimiento y la distinción de siempre. Alguien me dice que Ud. ha aceptado un cargo en Justicia, lo que me convence más que la lectura de la prensa, de que aquello se limpia y se mejora. Dios lo quiera. Yo me alegro de todas maneras de que su capacidad vuelva a ser aprovechada en bien de la colectividad.

Yo he retardado en tres meses mi viaje a EE. UU. He tenido una inflamación del hígado seria y hace sólo días que me siento sin molestia y puedo trabajar en esta posición. Parece que me embarcaré a fines de septiembre.

Antes de irme he querido mandarles ese abono modesto a mi cuenta que ya se arrancia. Va letra adjunta del Banco Trasatlántique, por 50 libras esterlinas.

Excúseme Ud. con su paciencia generosa y larga esta tardanza en enviarle algo. Los viajes me hacen gastar lo que en trapos no gasto.

Creo mandar en agosto aquellos artículos de nuevo. No los he rehecho porque nunca rehago un artículo y sobre todo porque mi recargo de obligaciones de diario se me ha vuelto grande, con diarios nuevos. Pero en ningún momento he olvidado mi obligación y mi promesa.

He salido de la buena fortuna del libro, del nutrido comentario y el elogio unánime, lo que me ha puesto contenta por Ud. y por la buena causa que la obra sirve.

Un saludo afectuoso a la señora; mi recuerdo lleno de amistad para Ud. y mis deseos del bienestar de ambos.

GABRIELA

Dirección: Santa Margherita Ligure, Casela 53, Italia.

10 de julio 30.

P.D. No le escribo más por la molestia que da mi letra. La máquina no me la dejan en la cama.

Hamburgo, 30 de Dic. de 1936.

Respetado y querido don Pedro: Me es muy grato escribirle en las postrimerías del año, para recordarles en su final, teniendo muy presente lo que Ud. hizo por mi en la odiosa campaña que no quiero calificar y para sentirme yo y sentirles a Uds. cerca de mi en el año que viene. Muy duros, confusos y feos se van poniendo los tiempos que vivimos; tiempos de guerra aun para los que no quieren pelear... Don Pedro sólo hoy, 30 de Dic., puedo leer su carta aérea mandada a Lisboa. Estuve en París componiendo su libro chileno que publica el Inst. de Coop. Int. con el Prof. Rivet. Luego salgo para Alemania con el fin de dar dos conferencias en Bonn (Univ.) y en el Inst. Ib.-Am de Hamburgo, sobre geografía de Chile. Un mexicano de toda confianza a quien dejé en mi casa, me transmitió por telegrama un resumen de su carta. Resultó tan oscuro que no entendí nada. Así se explicará Ud. el que hiciese la barbaridad de pedirle en un cable "nuevas y últimas noticias". Si hubiese leído su carta me habría dado cuenta de que Ud. se había dado la molestia nada menos que de tener una larga conversación con el Sub-Sec. y de que además, por su posición política no puede ser cosa grata para Ud. volver al Ministerio. Don Carlos Errázuriz, para quien era mi encargo, es persona más llana y fácil y al margen de un partido que el Sr. Vergara. Muchas gracias, infinitas gracias, mi amigo.

¿Cómo están Uds.? Yo acabo de saber en nuestro consulado aquel atentado contra Grove que me ha hecho volar el pensamiento hacia Ud. Aunque tengo

Ud. todo lo que a Grove falta: medida y sentido cabal de las responsabilidades; guárdese mi amigo. El mundo va entrando en una antesala de guerra civil; la vida suya es preciosa para nuestro país y para sus amigos y no es un exceso el alarmarme yo por Ud. al leer ese telegrama.

Le mando, en hoja separada, parte de una carta mía a Don Carlos Errázuriz. Me parece que debo contarle a Ud. lo que ha ocurrido con eso de Guatemala. Para cualquier caso de comentario, en país de prensa que calumnia, y especialmente para que Ud. el asunto que toca a su vieja paisana. Esa hojita lleva lo esencial de la cuestión.

Don Pedro, o yo no recuerdo, ya nada de cosas de administración o es muy extraño ese ofrecimiento de Relaciones. El hecho de que yo, Cónsul de 2ª Clase en Oporto pudiese pasar a Guatemala conservando lo anterior, como Cónsul General, más Encargado de Negocios y además hacer una gira de propaganda por América, rematándola en Chile, me resulta... asombroso! En todo caso, naufragó lo de Guatemala, creo que para bien mío y con mucha alegría mía, por cierto. Resuelto, o disuelto, este proyecto; queda mi obligación de chilena y de persona en deuda con el país, a causa de aquella ley especial de aceptar esa gira por América. Voy a hacerla, indicando al Sub-Sec. algunos cambios de itinerario. Lo que me parece penoso de tratarle es lo de mi ida a Chile. Ahora los Cónsules tenemos el deber de volver allá, después de 4 años. Pero hay dos cosas que yo considero y que a Ud., no al Sr. Vergara, puedo decirle de corazón a corazón. Hace no más que un año la prensa de mi patria me ha arrastrado por el barro, en una campaña de injurias. Yo tengo, para mi mal, fiel la memoria de la desgracia. Voy a pedir que a lo menos dejen pasar un año más, desde esos sucesos hasta mi regreso. Ir ahora mismo sería tener la malaventura de salir pronto y con un sabor muy amargo en la boca. Yo sé que algunos de aquellos individuos pagados por los comerciantes españoles no han desarmado, y yo no puedo ver con indiferencia el que en papeles públicos me insulten vilmente. Pero hay más, Don Pedro, y ésta es la confidencia: junto varios signos que vagamente me dicen el que dos personas de gobierno quieren que yo vaya a Chile en el mal período de votaciones y de cambio de régimen, para hacerme dar color, o afiliarme, o fascistizarme. Color lo tengo y en ninguna parte lo he negado: yo soy socialista no internacionalista, es decir, con herejía o cisma en el sentido de desear que nuestro socialismo futuro sea americanista criollo. No puedo ser fascista y menos puedo ayudar a ciertas personas en una propaganda sorda o abierta de esta índole. He visto con pena en mi Legación de Lisboa, en la de París (aquí con más discreción) y en la de Berlín, que se abre en Chile, la era negra de la policía diplomática y consular y el torquemadismo aplicado a abrir almas y arrancarles su confesión de ideas para proceder... Las maneras son todavía muy finas y delicadas, señoriles; pero, desde los tiempos de Ibáñez no se veía en nuestras Legaciones este estilo y esta labor secreta... Si el nuevo régimen que se prepara queda en esto es

tolerable; pero si se aguza o se precipita habrá que pensar en buscarse el pan por otro camino que el oficial. Era lo que quería contarle, aunque Ud. talvez ya conozca estas nuevas realidades. Mis ideas sobre libertad religiosa me impiden a mí aceptar el marxismo. Muchas otras ideas me vedan el hacerme prosélita y propagandista de un fascio de orden alemán y aun italiano. Los planes no parecen ser inmediatos. Cuando Ud. vea, Don Pedro, que ya entran en acción directa, yo le ruego que me lo haga saber, porque habrá que improvisarse otros medios de vida.

Esta carta no le pide nuevas gestiones, Don Pedro. Yo llegaré a Lisboa el 18 de enero. Mañana mando al Sr. Vergara una carta proponiéndole dos fórmulas de gira por América. El Perú es país difícil para mí. El Ministerio no se da cuenta de que yo tengo simpatías que no son gubernamentales en varios países nuestros: las tengo entre escritores y profesores y éstos viven en la oposición. En Colombia, donde López va a entregar el gobierno a un liberal-conservador, ya hallaría a mi gente también en la oposición. Talvez más les sirviese en Brasil, en Venezuela. Con sacrificio iré a EE.UU. Sigue siendo a Dios gracias, país de libertad, pero mejor les sirve allí un hombre propagandista que una mujer que no alcanza a ser una modesta sufragista...

El sueldo, cuya cifra Ud. me da, me basta perfectamente para país de moneda depreciada: Brasil, Venezuela. Para Estados Unidos también basta si se consulta el hotel de una sola persona. Yo viajo siempre con alguien. Ya Palma Guillén no puede ser mi lazarillo, pobrecita, buena alma, tan leal. Está ahora como Ministro de su país en Dinamarca. Llevaré conmigo para ese largo viaje a una persona medio secretaria, medio enfermera. La ley especial no me da derechos a pasajes ni a viáticos; creo que, en EE.UU. tendré muy ceñidamente para mis viajes. Veré, procuraré equilibrar esto con las economías posibles en Brasil y Venezuela (si el Ministerio acepta el que yo reemplace el Perú por el Brasil). No es cuestión de que Ud. haga ninguna gestión nueva de esta índole, Don Pedro. Yo diré estos detalles en carta al Sr. Vergara. Lo dicho va —para que Ud. lo sepa como versión de la otra parte— de la mía.

Mi salud ha mejorado mucho con el descanso y la paz de Portugal. Corren aquí y en Francia noticias alarmantes respecto a mi Portugal. Los rojos de Madrid siguen aventajando a Franco. Si ganasen, se dice que Salazar les declararí la guerra por evitar el contagio y a pesar de la presión de Inglaterra. Pero tantos disparates corren, que hay que taparse los oídos con cera en Europa para ir viviendo.

A doña Juanita y a Ud. todos mis buenos deseos y un abrazo tierno de su vieja miga,

GABRIELA

A Doña Juanita, le ruego de leer esta carta y contarla a Don Pedro.

G.

LA CULTURA EN LA VIDA

Una gran donación enriquece a la Biblioteca Nacional

No siempre se sabe hacer justicia a los grandes gestos de la generosidad. Después de la donación que hiciera el polígrafo don José Toribio Medina a la Biblioteca Nacional, ninguna es tan valiosa como la que, en el año pasado, instituyera el historiador don Sergio Fernández Larraín. La prensa despachó el hecho en unas pocas líneas o lo ignoró. Y, sin embargo, el archivo documental del señor Fernández Larraín, reunido en más de cuarenta años, vasto en sus materias, riquísimo en cantidad y calidad, constituye el fondo más importante quizá con que cuente una Biblioteca Nacional en Hispanoamérica. Documentos históricos que constituyen unidad, indispensables para el estudio de un período, y que abarcan no sólo lo chileno, americano y español, sino también del resto del mundo; valiosísimos epistolarios; manuscritos de escritores chilenos y de España, hasta constituir el todo una cantidad quizá superior a 42.000 piezas, que en este momento se están inventariando. Lo espiritual no puede ser justipreciado, pero para los que las cifras económicas dan la medida de las cosas, se considera que el valor de lo que dona el señor Fernández Larraín alcanza a una suma calculada en un millón de dólares. Sólo la publicación de su catálogo dará medida de su incalculable importancia. La calidad ética del gesto de desprendimiento merece bien de la República y la modestia con que lo ha hecho don Sergio Fernández Larraín lo realza aún más.

Con motivo de una visita realizada por el Director de los Servicios al señor Larraín en Viña del Mar, en enero de 1976, se perfeccionaron las conversaciones que, desde el primer momento tuvieron la más amplia y cordial acogida, en un cambio de cartas que han sido debidamente protocolizadas, y, a partir de ello, a realizar el inventario pertinente que fija lo que constituirá la Fundación acordada. Parte del material será entregado para su uso en cuanto se per-

feccione el aspecto legal y se determine la Sala que se le dedicará en la Biblioteca Nacional.

A continuación, reproducimos el cambio de cartas que fijan los términos del acuerdo y expresan el espíritu que ha movido a las partes en la búsqueda del bien común espiritual para la Nación.

Santiago, 7 de junio de 1976.

N° 757

Muy distinguido amigo:

Ud. ha tenido durante su vida la muy noble pasión de la cultura, de la defensa de los valores históricos en todos los planos de la vida, y de ella ha procedido no el mero acopio de materiales para el estudio del panorama vital del mundo, sino su obra de investigación, expresada en celebrados libros, donde abarca liberalmente una pluralidad de temas que le califican, como los antiguos dirían, de humanista. Del acopio de materiales que movió su pasión del conocer y del analizar, ha surgido un Archivo que, en manos de un particular, no debe tener parangón en América. No se me escapa que toda tarea de esa índole, significa una continuidad de búsqueda sostenida durante decenas de años, pero junto a ella, un desprendimiento de otros bienes de goce, que revela la generosidad de quitar para sí lo que se va convirtiendo en un patrimonio cultural de tal envergadura, que lo excede, por una parte a uno mismo, y por otra construye, como lo realizó el polígrafo don José Toribio Medina, un sentido de la existencia y una historia espiritual de un hombre, que no debería destruirse.

Le he oído, en ocasiones, su voluntad de que aquello que constituyó uno de los estímulos espirituales de su existencia, siga siéndolo para los hombres de su patria, y, aunque Ud. no lo haya expresado, un respeto de sus descendientes hacia una parte esencial de la contribución de su padre al enriquecimiento del patrimonio cultural chileno, que si les puede mermar en algún aspecto, en el permanente, enaltece a quien los engendró y a ellos mismos, porque una nación no puede sino mostrarse permanentemente agradecida a esa clase de linaje del espíritu.

Alentado por esta voluntad suya, me atrevo a proponerle, si es su deseo preservar la integridad de su Archivo y entregarlo a Chile, sugerirle que la Biblioteca Nacional se sentiría honrada con su confianza, en el entendido de que ello, aunque se acuerde en el presente, como ejemplo, se realizaría cuando Ud. lo dispusiera. Si Ud. accede a este principio, me permito, a mi vez, proponerle como inicio de un Convenio:

a) la creación de una Fundación que llevaría su nombre y de una sala digna, exclusiva y expresamente determinada para la conservación debidamente protegida de lo que constituye su Archivo y lo que pudiera integrarlo hasta el momento de su entrega;

b) la instalación de una Comisión Administradora o Asesora integrada por el Director de la Biblioteca Nacional o del Archivo Nacional, según Ud. lo determinara, por un miembro de su familia, y por una persona de alto nivel cultural que habría de servir las funciones de Conservador de dicho Archivo, designado por acuerdo entre el Supremo Gobierno y el representante de su familia, de una terna propuesta por la Academia Chilena de la Historia;

c) el compromiso permanente de preservación de la organicidad de su Archivo, del que no podría desprenderse a ningún pretexto, parte ninguna de él;

ch) la fijación de un inventario, realizado por persona especializada y responsable, para lo que tengo la aquiescencia del señor Conservador del Archivo Nacional, quien pondría, en cuanto se fijaran las bases de este acuerdo, al servicio de esa tarea a un funcionario altamente calificado. Se entendería que, realizado este Inventario y, en el momento oportuno, se publicaría el Catálogo de dicho Archivo, como se ha hecho en casos calificados anteriores.

Al rogarle que tenga Ud. a bien expresarme todo lo que podría corresponder a su pensamiento en lo que me he permitido formularle, precisar algunos términos o corregirlos, con la certeza de que en toda esta gestión no me mueve sino el conocimiento de su espíritu y su generosidad y el bien para nuestra patria al cual Ud. puede, generosamente contribuir.

Le saluda atentamente,

ROQUE ESTEBAN SCARPA
 Director de Bibliotecas, Archivos
 y Museos y Director de la
 Biblioteca Nacional

Santiago, 15 de junio de 1976.

Señor Don
 Roque Esteban Scarpa
 Director de Bibliotecas, Archivos y Museos
 y Director de la Biblioteca Nacional.
 Presente.

Mí distinguido amigo:

Me es muy grato dar respuesta a su atenta comunicación del día de hoy en la que Ud. valoriza, con generosidad suma, mi "pasión de la cultura" y "de la defensa de los valores históricos en todos los planos de la vida", pasión de

la que ha surgido un Archivo que "en manos de un particular", a su juicio, "no debe tener parangón en América".

Paso por alto sus magnánimos conceptos al apreciar mi labor cultural, conceptos cuya altura y nobleza cargo, por cierto, a su generosidad y delicadeza.

Hace Ud. referencia en su amable nota al conocimiento que tiene de mi voluntad "de que aquello que constituyó uno de los estímulos espirituales" de mi existencia, "siga siéndolo para los hombres de mi "patria" ... En este aspecto, interpreta Ud. mi pensamiento con absoluta fidelidad.

En seguida alude con admirable fineza y sensibilidad a mi posición de padre de diez hijos, los que al ser privados del acervo documental e histórico que representa mi Archivo, se verán mermados "en lo permanente" en forma importante. Tiene Ud. razón, y, precisamente, en tal consideración radica el que yo admita las cláusulas que Ud. me insinúa al proponerme la creación de una Fundación que lleve mi nombre, y las garantías precisas e indispensables para su cabal realización. Usted se adentra en mi espíritu y capta mi situación moral de padre que al aceptar la creación de una Fundación con sus necesarias limitaciones y requisitos, lo hace, no en mira a una situación de vanidad sino exclusivamente de dar satisfacción a sus hijos por el desprendimiento que para ellos significa tanto en lo material como en lo efectivo, de aquello que encarnó en gran parte la razón de ser y de vivir en el plano intelectual de quien fue su progenitor.

Con los antecedentes expuestos, apruebo plenamente cuanto Ud. me plantea; y para su mayor claridad me permito reproducir literalmente, a continuación, sus precisas y definitivas modalidades.

Dice Ud.:

"Alentado por esta voluntad suya, me atrevo a proponerle, si es su deseo preservar la integridad de su Archivo y entregarlo a Chile, sugerirle que la Biblioteca Nacional se sentiría honrada con su confianza, en el entendido de que ello, aunque se acuerde en el presente, como ejemplo, se realizaría cuando Ud. lo dispusiera. Si Ud. accede a este principio, me permito, a mi vez proponerle como inicio de un Convenio:

"a) La creación de una Fundación que llevaría su nombre y de una sala digna, exclusiva y expresamente determinada para la conservación debidamente protegida de lo que constituye su Archivo y lo que pudiera integrarlo hasta el momento de su entrega;

"b) La instalación de una Comisión Administradora o Asesora integrada por el Director de la Biblioteca Nacional o del Archivo Nacional, según Ud. lo determinara, por un miembro de su familia, y por una persona de alto nivel cultural que habría de servir las funciones de Conservador de dicho Archivo, designado por acuerdo entre el Supremo Gobierno y el representante de su familia, de una terna propuesta por la Academia Chilena de la Historia;

"c) El compromiso permanente de preservación de la organicidad de su Archivo, del que no podría desprenderse a ningún pretexto, parte ninguna de él;

"ch) La fijación de un inventario, realizado por persona especializada y responsable, para lo que tengo la aquiescencia del señor Conservador del Archivo Nacional, quien pondría, en cuanto se fijaran las bases de este acuerdo, al servicio de esa tarea a un funcionario altamente calificado. Se entendería que, realizado este Inventario y, en el momento oportuno, se publicaría el Catálogo de dicho Archivo, como se ha hecho en casos calificados anteriores".

En los acápites reproducidos quedan precisadas por Ud., tanto la naturaleza como las condiciones de la proyectada Fundación, que a mi vez ratifico por la presente en todas sus partes, en el entendido de su fiel y leal cumplimiento.

No quisiera cerrar estas líneas sin aludir a dos circunstancias que para mí alcanzan particular jerarquía: el recuerdo pertinente de la Academia Chilena de la Historia, a la que me siento ligado por lazos tan hondos como sinceros; y al hecho que la tramitación de esta iniciativa haya permanecido en manos tan delicadas como las suyas, hecho que para mí constituye la mayor y más eficaz garantía.

Le ruego aceptar como siempre mis mejores expresiones de consideración y de amistad,

SERGIO FERNÁNDEZ LARRAÍN

Con motivo del 163 aniversario de la fundación de la Biblioteca Nacional, el 19 de agosto, se recibió simbólicamente la donación y se inauguró una exposición representativa de lo que constituirá ese Archivo. En esta ocasión, el catálogo de estos "Momentos de la Historia Universal", llevó el siguiente prólogo:

La historia se hizo cada día, se hace cada día con el pensar, con el querer, con la acción y aun con la potencia del deseo de uno a uno de los seres humanos. Está entreverada con la vida y el destino, con la libertad y la atracción inconsciente, o plenamente consciente, hacia una forma de ser en el mundo. El viento de los tiempos borra a los que no les es permitido afirmar esa personalidad responsable, pero a quienes se le otorga memoria en el tiempo, les ofrece, al unísono, sentido a cada uno de sus gestos, trascendencia a sus palabras, peso a sus acciones, aun a las que parezcan leves y transitorias. El que fue, es, y sigue siendo porque su nombre contiene el ser que tuvo y su resonancia. El nombre es piedra lanzada al agua de la eternidad que, desde el lugar en que semejó ya no estar, se revela en círculos cada vez más vastos y que no se borran.

En el tiempo, cesan los tiempos. El ayer lejano está tan próximo como el que acabamos de dejar, y en su día cupo cada forma de hombre: el Rey, el conquistador, el Libertador, el que creó otro orden, el Papa, el Santo, el Hereje, el Poeta en todas las artes y de todos los sueños, el Filósofo, el Educador, el Científico, el Gobernante y el hombre común que supo hacerse único y que fue Héroe en algún sentido. Cada espectador en la continuidad de los vivos y de los que vivirán, escogerá según su íntima simpatía y conocimiento al que le habla de ser a ser. Sólo quien tie-

ne amplitud en la sabiduría y en el comprender sabe valorarlos, más allá de las costumbres y querellas en los siglos, en su significado de hito o momento trascendente. Tiene que vencerse a sí mismo para justipreciar lo opuesto o dispar. Es signo de excepción.

Chile tiene la honra de contar con la excepción. Su nombre, además de nobleza y generosidad, es Sergio Fernández Larraín. Convoca a los más disímiles seres de los más distantes años y actualidades a un juicio donde los papeles hablan. Donde el hombre, en diferentes lenguas, cuenta cómo fue hombre. Donde su historia en el mundo se condensa en un Archivo milagroso, que D. Sergio Fernández Larraín funda para su patria. La Biblioteca Nacional escoge su 163º aniversario para mostrar un mínimo fragmento del vasto tesoro que la paciencia alerta, la intuición, el saber convocó, no con propósitos venales, sino de trabajo y desprendimiento, para hacerlo de todos. Honremos a la virtud que lo generó y oigamos el clamor de estos rasgos mudos tan elocuentes.

En la ceremonia conmemorativa, con asistencia de lo representativo consciente de la intelectualidad chilena, con la honrosa presidencia del señor Embajador de España y la compañía de don Sergio Fernández Larraín y su familia, el Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos y Director de la Biblioteca Nacional, don Roque Esteban Scarpa, pronunció el siguiente discurso:

EL LIBRO HOJA TRAS HOJA

LA POESIA DE JORGE PLESCOFF

La poesía de nuestro Jorge Plescoff viene de Israel. Sólo la sitúa en otro hemisferio, alguna referencia como aquella sobre los hombres y mujeres que se aman en el calor de agosto o es otra sobre el camino por el desierto donde la ciudad se disuelve y el hombre cuelga sus vestiduras en montículos de sal que bordean el arenal amarillo. Podrían, en cierta forma, pertenecernos por la imagen de soledad creciente que contemplamos en el norte, si cierta trascendencia, con su nota que viene de las edades bíblicas, no nos desengañara: "¡Dios no nos castigues / con tus maravillas!".

*Los pecados
se salen
entre zarzas ardientes;
alguien busca
a Dios;
el desierto
sigue creciendo.*

Porque una característica de la poesía de Jorge Plescoff es vencer la unitalidad del verso con la potencia existencial del contenido. No es una poesía morosamente nacida, sino creada por una urgencia de ser, de definirse en el tiempo, en la soledad, frente a Dios, y dar una imagen del mundo que le corresponde vivir, pero una imagen surgida desde dentro porque conoce que el hombre, en lo temporal, cree que "con sus sentidos aprisiona la realidad".

Si su visión del tiempo se inicia con cierta exultación irónica para que se convierta en "garantía contra desvelos", poseedor del poder en un solo dedo que detiene el paso de sus arenas y le permite reírse del ábaco y del computador, colgar de las estrellas y hundir, al unísono, los pies en el tiempo, si una hoja se desprende "y cabalga / suavemente / al viento", da paso esa visión primera al asombro de que no cuenten los años al final de la ruta, "sino sólo el estar vivo", para, des-

pués, sentir que los yo huyen en es-
tampida siniestra, mientras el yo esen-
cial espera un milagro, y

el milagro fue la blancura de mis
[huesos
yaciendo bajo ese cielo
al que exigimos tanto,
dándole tan poco.

Cuando se posee este conocimiento
del tiempo, fútil y trascendente sin em-
bargo, toda la existencia se matiza de
esa bipolaridad. Incluso se la verá en-
tre los demás, entre el viento que pun-
tea las cumbres andinas, mientras las
sendas "transportan" a los indios de
piel de cobre,

ancestros de polvo,
hombres sin tiempo,
Sus ojos de cóndor
contemplan el mundo,
mientras sus espaldas
se despluman
indiferentes.

Y en lo propio puede llevar a la
conciencia de una incomunicación no
querida, que es forma de soledad. Su
visión ciudadana es acre: esos trabaja-
dores sudorosos que se refrescan pen-
sando en la noche y en la televisión,
esa doncella que se ofrece en los bal-
cones cansada de su albo color, esas
mesas separadas de las cafeterías, esas
piedras silenciosas que decoran las fa-
chadas de las casas altas y bajas, mien-
tras él pregunta por las flores, por los
parques, por los pájaros, para concluir
que, en la ciudad, las flores están en-
carceladas en floreros y los parques no

caben en ellos y "las campanas espan-
tan los pájaros de mi ciudad". En lo
personal humano contempla como un
pintor expresionista, "una calle vacía,
llena de gente" por la que corre en su
desnudez esencial, y ese vacío en el
mismo que, porque no se ve, quería
verse en los otros,

yo quería verme en aquella gente
que vacía, mirando no veía:
¡qué tristeza!
el caminar por una calle vacía
llena de gente.

Y la vida transcurre en ese peligro
de estar entre la existencia y la nada,
inconscientemente o con pensamien-
tos vagos, que significan ganar, gozar
y perder el tiempo para siempre en un
gesto que Plescoff retrata en el vaho
que emerge del café y se disuelve sin
destino:

Yemas ardientes
apriman
un café,
mientras la mirada
se enreda
entre la espuma
y el aire,
entre el aire
y la nada.

Esa posibilidad de pérdida de la
humanidad en lo humano y su posibi-
lidad de recobro, la dice Plescoff con
gran fuerza expresiva en su poema
"Mendigo". La figura que es sólo
"mancha oscura junto al muro, / co-
mo planta que ha unido su vida / a
la humedad del concreto", y que tie-
ne una corteza de arrugas, un color de

olivo viejo, y, como ramas, surgen sus dedos extendidos "en flaccidez de recibo", suspendidos inmóviles "sobre el precipicio del camino",

*emergiendo desde abajo
como espina gigantesca
que quiere desgarrar las vestiduras
de quien se acerca,*

y que, sin embargo, posee, más allá del derrotismo perpetuado a través de los siglos, la esperanza de recibir "algún día, / una fracción de su herencia cósmica". En virtud de esa esperanza no quebrará su inmovilidad si colocan en esa rama-mano la fugaz moneda de los hombres, se conmovirá si le depositan una simple flor que le pone en contacto con el milagro de la tierra. Mas, si colocan en esa mano en la que el polvo ha borrado las líneas del destino, un corazón, lo contemplarán con mirada incrédula, desde dos pozos "profundos de eternidad" que después de dudar en siglos de espera, ahora, "con ansia desesperada / de calor, / de amor, / de amistad", son "ojos vivos en una máscara de indiferencia". No podrá esbozar una sonrisa ni articular palabras ya olvidadas. Sólo las lágrimas que, interiormente, le acompañaron siempre, inundarán esos ojos como manantial milagroso.

Y el hombre que al detenerse junto a esa mancha oscura para depositar, en un crescendo de humanidad, la moneda, la flor, su corazón, y el que ha ido emergiendo de la mancha, a la planta, al ser, se unen, a través del signo humano y permanente de las lágrimas, y ellas darán vida no sólo a am-

bos hombres que han recobrado su sentido eterno sino

*a la tierra
que nos sustentá.*

Esta calidad de expresar la trascendencia de lo humano y el conflicto en que la misma realidad le pone ha sido dada en imágenes de tasgos y una atención adecuadas. Plescoff sabe darle a cada circunstancia el tono propio. En el "Himno al vino", la botella se enreda "tambaleándose en su embriaguez" en un universo dolorido de gargantas ardientes y ese "sol de madera / de magnetismo líquido, / atrae planetas vivos / entrega muertos abandonados", mientras en el proceso de la desesperación brotan "árboles de amigos". En cambio, en "Destino de espuma", vemos cómo la soledad sentada sobre una rosa junto al océano, "contempla con ojos lánguidos / su inmensidad":

*Dedos de espuma,
cuerpo de sal,
asciende escalas solares
sobre alas de gaviotas*

*que la dejan colgando
entre el ser y la nada
hasta que un día,
cansada,
caerá.*

La plasticidad de la imagen se hace una con el ritmo. El mundo externo como una interrogante, el mundo soñado y de la esperanza entre la fe y la duda, el ser que se niega a la in-

consciencia en ese juego de afirmarse en lo humano y denunciar su pérdida de autenticidad en lo que le circunda, los matices de los instantes, captados desde un ángulo singular, están en esta poesía que viene de Israel y es nuestra, que nace firmemente en gracia, y a la que debemos saludar con fervor por el enriquecimiento de la poesía y la conciencia de lo humano que vienen con este libro, "Sonrisa de luna verde", Santiago, 1976, que no ha tenido la fortuna de una buena edición.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Esperándote, por Carlos Alberto Cornejo. Ediciones Sedmay. Madrid. 1976.

Sedmay Ediciones de Madrid ha publicado un libro de Carlos Alberto Cornejo. El autor, equivocadamente, me expresa, al enviármelo, que ese libro era una tarea que no le había encargado. Sin embargo, era aquello que yo esperaba que de él naciera con la admiración por las posibilidades de su talento. Y bajo un título simple "Esperándote", la muy compleja historia de un muchacho que solamente espera a la muchacha que ha de salir con él. La narración de un tiempo concreto y elástico que se detiene en lo externo para comprobar, reflexionar, ver en un pasado que encarna la hermana menor de la mujer amada como un presente que será otro presente que él contempla imaginariamente desde la distancia de la espera y dentro del recuerdo, y del presente de la madre,

que ha injuriado el tiempo, y puede ser el futuro de aquello que él ama, unida a su propia pluralidad temporal, da al relato esa movilidad interna que apenas puede tener la anécdota que lo genera.

Realizar desde lo simple la magia de lo complejo, recoger, simultáneamente, el destrozamiento del tiempo en lo existente y la virtud del ansia del deseo y de la esperanza, la lucha de la juventud contra lo establecido como valla o como sustancia de mujer que juega con esa voluntad tensa y vencida de antemano del hombre, el autoanálisis de su ser que no se ejecuta racionalmente, sino como la superposición de imágenes provocadas por cada gesto de una casa animada misteriosamente por ese valor que concedemos a las importantes minucias que desencadenan la imaginación y la encadenan a las conclusiones que ella misma engendra, da a la obra de Carlos Alberto Cornejo un ritmo entre onírico y cinematográfico, nunca liberado de la realidad en que está inmerso el protagonista desde que ingresa a ese mundo de la espera.

Sabe graduar con verdadera maestría ese juego de planos. Le ayuda un impulso entre dionisíaco y demoníaco que traen el amor y la obsesión, corregido por un ojo implacable y una inteligencia irónica sobre el mundo en torno y sobre sí mismo. La impaciencia es una crítica clarividente porque desata todas las posibilidades implícitas en lo aparentemente inerte, y el autor, a través de ella, las encauza, y para lograr sus efectos necesarios y lógicos, como ayuda al lector perezoso-

so, si es que cupiera otra cosa que avidez ante el desarrollo, utiliza las palabras que por voluntad propia, se erigen en mayúsculas; sigue el fluido de su pensamiento, lo detiene en el silencio de los blancos; da paso a los gestos separados del relato y glosados por el ruido de los gestos ajenos; quiebra con sus interrogantes la seguridad que vuelve a plantear lo existente como una posibilidad segura que en sí debería llevar la esencia de no serlo convencionalmente; junta la irritación con el deseo y lo hace congruente, la voz poética y la palabra de la ira, hasta obtener la dramaticidad agónica que tiene el alma del protagonista en una eterna espera que se repetirá hasta el infinito o hasta la entrega a un mundo de convenciones que detesta. El mismo lo dice: "Entonces comienza todo, o mejor, o peor, comienza otra vez". Y el punto de partida de su actitud es el punto de inicio de su novela breve de páginas, extensa de reflejos: "Mi oído tenso, alerta, escucha sin quererlo y casi en contra...". Aquí dentro, en el salón, me dejan solo, escuchando cosas, preferentemente cosas que no entiendo, pues la madre es experta en susurros y disimulos, pero la hermana, no; yo miro el sofá rojo, la alfombra desteñida, el teléfono, la lámpara y el cenicero en la mesa de centro y repito el recorrido con la vista, pero no puedo impedir escuchar —dolorosamente— sus respuestas. "Ella explica con detalle —sin saber lo que produce en mí— por qué tardas tanto en venir".

Este personaje invisible de la amada está morosamente recogido sobre

las bases de esa realidad insinuada o sobre pequeños detalles entrevistados en un pasado inmediato, pero, a la manera de Proust en "Albertina desaparecida", sin que haya influjo del escritor francés en la forma ni en el enfoque, recrea otra realidad posible, imaginariamente quizá más rica que la verdadera, en la cual cada instante de ese tiempo de la tardanza se hace riquísimo de gestos probables, en que se detiene el ansia del muchacho con una morosidad de su intensidad de alma, pero con una prisa de sucesión que se contrapone a esa lentitud con que fija aquellas posibilidades que acaricia, en las que querría participar, contra las que se irrita por ser espectador separado por paredes de cristal para él. Hace de ella, invisible, un personaje vivo, carnalmente presente, a la que sirven de coro antagonico, madre y hermana no esbozadas, sino quemadas al agua fuerte con rápidos trazos. Y junto a esa presencia cambiante, separada por el tiempo fragmentado y el espacio en que ella reposa o se mueve, el oleaje atormentado del alma del protagonista, cambiante como el mar a las distintas luces que le atacan o él, con su propio movimiento, provoca, y que viene de una niñez inolvidada, quemante, que le lleva al crescendo final de desafío y angustia, que rompe a partir de un *aunque* con puntos suspensivos, la presencia súbita de la realidad: "Al salir, mi oído tenso, alerta, escucha, entre lamentos apagados, a tu madre que nos despide, diciendo —;Qué se diviertan, chicos...! Entre la alta voz interior, la del lamento, y la voz menor de la realidad, irónica-

mente suenan apenas esos ladridos de un perro, que antes lo había mirado por debajo de la cortina, como todos los miran en esa casa, que lo miraba jadeando y golpeando el parquet con la cola". Si la obra había comenzado con un oído tenso, alerta, que escuchaba sin quererlo y casi en contra, se cierra también con ese oído insoportable: "mi oído tenso, alerta, escucha..." La composición musical que encierra el relato de Carlos Alberto Cornejo, intuitiva, por los diversos ritmos e instrumentos que hace sonar, se hace patente.

Ha creado el chileno en Madrid una obra de gran calidad, auténtica, rica de ritmos y realidades, mitad obra de esperanzas y desesperanzas, mitad luz de cruda existencia. Y si aquella voluntad no fuera visible en su esencia sensual, la ha marcado con las fotografías sucesivas de Iván Zulueta, que tienen ese tono vago, insinuante y crepuscular del relato.

ROQUE ESTEBAN SCARPA

Dos momentos en la poesía de Roque Esteban Scarpa: "Cancionero de Hammud" (1942); "El dios prestado por un día" (1970).

Median entre ambas obras 34 años, sin embargo permanece una misma presencia poética; sólo matices propios de una evolución las diferencian. Lo que en el "Cancionero de Hammud" es exaltación sentimental en "El dios prestado por un día" es reflexión, fina ironía, pero siempre presente la sen-

sualidad, verdadera constante en su poesía.

*"Mi nombre de varón sobre la piedra,
y el dulce vino claro de los dátiles,
y la suave embriaguez de tu mejilla".*
(*"Cancionero de Hammud"*).

*"Pueden el vino, el amor, la juventud
vencer a la muerte con la danza
—embriaguez, embriaguez, embriaguez,
todas distintas y al mismo tiempo una,
la sola para uno, el bien amado—,
a quien no abandona como el vino*
[rojo,
*como el amor que es llama y es ceniza,
y la juventud que el tiempo*
[desvanece..."

(*"Entreacto"* de *"El dios prestado por un día"*).

El primer momento poético muestra una poesía adolescente con un Eros transformado en "dulce vino claro de los dátiles" en "suave embriaguez de tu mejilla". Es un presente absoluto. El yo poético es "sensus", no existen para él ni pasado ni futuro. La adjetivación es copiosa, no puede, ni desea la desnudez sustantiva. Sólo así será fiel al motivo creador.

El segundo momento es poesía de la madurez. Un Eros y un Thanatos que se entrecruzan en vertiginosa danza. El temple de ánimo, de un tono melancólico y reflexivo. Por un lado vino, amor, juventud, por el otro muerte. Las amables apariencias de la vida se han mutado en áspera realidad. Ya no existe el presente absoluto del primer momento. La fugacidad lo preside:

"... como el amor que es llama y es
 [ceniza,
 y la juventud que el tiempo
 [desvanece".

Lo absoluto, "el bien amado, a quien no abandona como el vino rojío", es la muerte.

"El Cancionero de Hammud" por su mismo carácter se hace más asequible al lector, sin embargo en este segundo momento el tono reflexivo y conceptual dificulta una comprensión rápida, pero una vez adentrados en su yo poético invisionamos su esencia. La adjetivación sigue siendo la misma, pero tras logros distintos. Es fácil, en un juicio apresurado, creer que la poesía de Scarpa, en especial la de su segundo momento, es un andamiaje perfecto, producto de un trabajo de laboratorio. No es así, basta revisar los originales para concluir que su creación poética es enteriza. La corrección no va nunca a lo sustantivo.

Otra característica de su poesía es la lejanía de toda moda. Es ciudadana de toda época, que se satisface con volcar todo el caudal que la inunda, sin otras preocupaciones que le restarían espontaneidad y valor.

En el primer momento encontramos un tono marcadamente apelativo. Todo se funde en un tú: "Mi nombre", "tu mejilla". De la fusión resulta la imagen perfecta del amor.

En el segundo momento tenemos un carácter enunciativo. El yo poético cobra importancia sólo como el elemento que traduce en reflexión lo que lo rodea: vino, amor, juventud.

Ambos momentos evidencian el matiz autobiográfico, inherente a la poesía de Scarpa, un valor en las letras chilenas.

MARIO ANDRÉS SALAZAR

Impreso en los talleres de
EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454
Santiago, Chile

